NICK HORNBY

Alta fidelidad

Rob Fleming está a punto de cumplir treinta y seis años y tiene una tienda de discos antiguos en el norte de Londres donde sólo vende vinilos. Su negocio, destinado a un público de serios coleccionistas de frivolidades, está siempre al borde de la bancarrota. Y Laura, su última novia, le ha dejado. ¿Será porque Rob parece empeñado en prolongar su adolescencia hasta la decrepitud o, como piensa él, porque su colección de discos y la de Laura eran incompatibles? Para consolarse, Rob se refugia en la compañía de Barry y Dick, sus cómplices en la tienda, y juntos hacen innumerables listas de los top del pop: las cinco mejores películas, los cinco mejores episodios de "Cheers"… Y también comienza a salir con Marie, una cantante americana. Pero de pronto reaparece Laura. Y aunque Rob creyera al principio que esa ruptura no estaba entre las más cruentas de su vida, muy pronto comenzará a hacerse preguntas arduas sobre la familia, la monogamia, el amor y la madurez. ¿Será que por fin va a descubrir que también hay vida, y música, después de la adolescencia?

Nick Hornby

Alta fidelidad

ePub r2.1
GONZALEZ 24.02.2019

Título original: *High Fidelity*
Nick Hornby, 1995
Traducción: Miguel Martínez-Lage

Editor digital: GONZALEZ
ePub base r2.0

A Virginia

Antes…

Mis cinco rupturas amorosas más memorables, las que me llevarían a una isla desierta, por orden cronológico:

1. Alison Ashworth
2. Penny Hardwick
3. Jackie Allen
4. Charlie Nicholson
5. Sarah Kendrew

Éstas son las únicas que realmente me dolieron. ¿Qué, Laura? ¿No está tu nombre en esa lista? ¿No lo ves? Calculo que por los pelos podrías entrar entre las diez primeras, pero está claro que para ti no hay sitio entre las primeras cinco; esos cinco lugares están reservados para ese tipo de humillaciones que de verdad te rompen el corazón, y que tú no eres capaz de infligir, así de sencillo. Probablemente, esto que digo parezca más cruel de lo que en realidad quisiera, pero la verdad es que ya somos los dos demasiado mayorcitos para destrozarnos el uno al otro, y eso me parece muy positivo, así que no te tomes a la tremenda tu fracaso por no haber entrado en esa lista. Agua pasada no mueve molino, y el pasado puede irse, por mí, con viento fresco; la infelicidad sólo era algo de veras importante en aquel entonces. Ahora no es más que una pesadez, un inconveniente parecido a tener la gripe o estar sin blanca. Si de verdad quisiste dejarme hecho polvo, tendrías que haberme conocido mucho antes.

1. ALISON ASHWORTH (1972)

Casi todas las noches nos dedicábamos a tontear en el parque, a la vuelta de la esquina de la calle en que vivía. A todo esto, yo vivía en Hertfordshire, pero habría sido lo mismo si hubiese vivido en cualquier otro barrio periférico de cualquier ciudad de Inglaterra: era esa misma especie de barrio periférico, esa misma especie de parque que estaba a tres minutos de casa, nada más cruzar una calle en la que había una corta hilera de tiendas (un supermercado, un quiosco donde además vendían tabaco y dulces y cosas así, un establecimiento de vinos y licores). Por allí no había nada, lo que se dice nada, que te sirviese para hacerte una idea geográfica más o menos precisa de tu paradero; si las tiendas estuvieran abiertas (y cerraban a las cinco y media, cómo no, y a la una los jueves, y el domingo todo el día), se podría probar suerte en el quiosco y comprar el periódico local, pero es muy posible que eso tampoco hubiera sido una pista ni mucho menos decisiva.

Teníamos doce, trece años, y habíamos descubierto hacía muy poco tiempo la ironía o, al menos, lo que más adelante descubrí yo que era la ironía: sólo nos permitíamos el lujo de jugar en los columpios y en el balancín, montar en el que daba vueltas y en todos los demás aparatos oxidados de los niños pequeños si lo hacíamos con una suerte de distanciamiento irónico por otra parte bastante cohibido. Para ello, había que fingir que estabas distraído (silbando, charlando, jugueteando con una colilla de cigarrillo o con una caja de cerillas; por lo general, era suficiente) o bien fingías un flirteo con el peligro, y así saltábamos de los columpios al llegar al punto en que ya no iban a subir más, o montábamos de un salto en el que daba vueltas cuando estaba claro que ya no podía ir más deprisa, y nos colgábamos de un extremo de la barcarola hasta que se ponía casi vertical. Si conseguías demostrar que estos juegos infantiles encerraban el potencial de hacerte papilla la sesera, entonces no había ningún inconveniente en divertirse con ellos.

Claro que no teníamos ni gota de ironía cuando se trataba de estar con las chicas. No tuvimos tiempo para desarrollarla. De pronto dejaban de estar allí, o al menos ya no estaban allí de una forma que pudiera interesarnos; a renglón seguido era imposible dejar de verlas, porque estaban por todas partes. En un momento dado te entraban ganas de arrearles un buen tortazo porque una era tu hermana, o la hermana de otro; un minuto después, te entraban ganas de… La verdad, ninguno sabía del todo bien qué era lo que le apetecía hacer a continuación, pero algo tenía que ser, algo. Casi de la noche a la mañana, todas aquellas hermanas de uno o de otro (todavía no había chicas que no fuesen hermanas de éste o de aquél) se habían convertido en personas no ya interesantes, sino incluso perturbadoras.

A ver: ¿había una auténtica novedad, algo distinto de lo que ya teníamos antes? Las voces eran chillonas, pero una voz chillona no te sirve de mucho, las cosas como son: te convierte en un personajillo más ridículo que deseable. Y los primeros brotes

de vello púbico eran nuestro secreto, un secreto estrictamente guardado entre cada cual y su calzoncillo; aún tendrían que pasar años hasta que una persona del sexo opuesto pudiese verificar que ese vello estaba donde tenía que estar. Las chicas, en cambio, tenían tetas bien visibles; por si fuera poco, tenían una nueva forma de caminar, con los brazos cruzados sobre el pecho, en una postura que a la vez disimulaba y llamaba la atención sobre algo que acababa de ocurrirles. Y luego apareció el maquillaje, el perfume a la fuerza barato y a veces aplicado con total inexperiencia, cómicamente incluso, a pesar de lo cual era un síntoma aterrador de que las cosas habían avanzado sin contar con nosotros: habían avanzado hasta dejarnos muy atrás, y habían avanzado a nuestras espaldas.

Empecé a salir con una de ellas… O no, no fue del todo así, ya que yo no tuve lo que se dice nada que ver con la decisión. Tampoco podría decir que ella empezó a salir conmigo, porque el problema está precisamente en esa frase hecha, «salir con», pues hace pensar en que de algún modo existe cierta paridad e igualdad. Lo ocurrido fue, lisa y llanamente, que la hermana de David Ashworth, Alison, se alejó adrede del grupo femenino que todas las tardes se juntaba en un banco del parque y entonces me eligió, me pasó el brazo por el hombro y me alejó de la barcarola, que era donde solíamos estar nosotros.

Ahora mismo no recuerdo del todo bien cómo lo hizo. No creo que ni siquiera me diese cuenta en el momento, porque en medio de nuestro primer beso, de mi primer beso, sí recuerdo haberme sentido absolutamente perplejo, totalmente incapaz de explicar cómo habíamos llegado a tener esa intimidad Alison Ashworth y yo. Ni siquiera estaba muy seguro de cómo había terminado yo en el lado del parque que le correspondía a ella, lejos de su hermano, de Mark Godfrey y de todos los demás; tampoco sabía cómo nos habíamos apartado de su grupo, ni entendía por qué inclinó su cara hacia la mía, levemente ladeada, de tal manera que sí supe en cambio que tenía que colocar mis labios sobre los suyos. Todo ese episodio sigue desafiando cualquier explicación racional. Lo cierto es que todo aquello ocurrió así, y no es menos cierto que casi todo volvió a ocurrir la tarde siguiente, y también la tarde que siguió.

¿Qué pensaría yo que estaba haciendo? ¿Qué pensaría ella? Ahora, cuando me apetece besar a una chica de esa manera, con toda la boca, con la lengua, es porque quiero además otras cosas: una relación sexual, ir el viernes por la noche al cine, pasar buenos ratos juntos, charlar, fundir nuestras respectivas redes de familiares y amigos, que me lleve Beecham Lemon a la cama cuando estoy con gripe, que un día me regale unos auriculares nuevos, puede que un niño que se llame Jack, una niña que se llame Holly o quizá Maisie, aún no lo tengo decidido. En cambio, con Alison Ashworth no quería lo que se dice nada que tuviera que ver con todo eso. No quería tener hijos, está claro, porque los dos éramos unos críos; no quería ir con ella al cine los viernes por la noche porque íbamos al cine los sábados por la mañana, y no quería que me trajese Beecham Lemon a la cama porque de eso ya se ocupaba mi madre, y

dudo mucho que quisiera tener una relación sexual, por favor, Dios mío, ¿para qué iba yo a querer una relación sexual, que no en vano era el invento más repugnante y más aterrador de principios de los setenta?

Entonces, ¿qué sentido pudo tener aquel amago de lote que nos dimos? La verdad es que no tuvo ningún sentido. Los dos estábamos perdidos en el espacio. En parte tuvo que ser imitación (si pienso en las personas a quienes había visto besarse antes de 1972, se me ocurren James Bond, Simon Templar, Napoleón Solo, Barbara Windsor y Sid James, o quizá Jim Dale, Elsie Tanner, Omar Shariff y Julie Christie, Elvis y montones de actores en blanco y negro que mi madre siempre tenía ganas de ver por televisión, aunque ellos nunca movían la cabeza de un lado a otro), en parte tuvo que ser esclavitud hormonal, en parte cedimos a un grupo de presión (porque Kevin Bannister y Elizabeth Barnes ya llevaban quince días dándose el lote), en parte tuvo que ser pánico ciego… No hubo la menor conciencia de lo que estábamos haciendo, como tampoco hubo deseo, ni placer, más allá de una calidez desconocida y moderadamente agradable, localizada en la boca del estómago. Éramos animalillos, lo cual no equivale a decir que al cabo de una semana estuviéramos quitándonos la ropa el uno al otro; sólo quiero decir, metafóricamente hablando, que habíamos empezado a olisquearnos el uno al otro, y que ese olor no nos resultó del todo repelente.

Pero te diré una cosa, Laura. Al cuarto día de nuestra relación, aparecí por el parque, como todas las tardes, y me encontré a Alison sentada en el banco, pero con el brazo en torno a Kevin Bannister. Elizabeth Barnes no estaba por allí. Nadie dijo nada: ni Alison, ni Kevin, ni yo, ni tampoco los retrasados que estaban sentados en la barcarola, los que sexualmente aún no se habían iniciado: ellos tampoco dijeron ni pío. Me quedé de piedra, me puse colorado, y de pronto se me olvidó cómo caminar sin ser plenamente consciente de todas y cada una de las partes de mi cuerpo. ¿Qué hacer? ¿Adónde ir? No quería pelearme; mucho menos quería quedarme allí sentado con los dos; no tenía ningunas ganas de irme a casa. Por eso, concentrándome a fondo en los paquetes de tabaco barato que señalaban el camino entre la zona de las chicas y la de los chicos, y sin levantar la vista, sin mirar atrás, sin mirar a uno u otro lado, volví a las prietas filas de los chicos solos que estaban donde la barcarola. A mitad de camino cometí mi único error de apreciación: me detuve a mirar qué hora era en mi reloj, aunque por mi vida puedo jurar que no tengo ni idea de qué intenté transmitir de ese modo, ni a quién pretendía engañar. Al fin y al cabo, ¿qué hora tendría que ser para que un chaval de trece años se alejase de una chica y volviera a los columpios con las palmas de las manos sudorosas, el corazón desbocado, a punto de echarse a llorar? Desde luego, no las cuatro de una nublada tarde de septiembre.

Le gorreé un pitillo a Mark Godfrey y fui a sentarme a solas en un columpio.

—Vaya mariconazo —espetó David, el hermano de Alison. Le sonreí en señal de agradecimiento.

Total, que eso fue todo. ¿En qué me había equivocado? La primera tarde, parque, pitillo, lote. La segunda, ídem de ídem. La tercera, tres cuartas partes de lo mismo. La cuarta, zas, se acabó. Vale, entendido. Tal vez tendría que haberme fijado en las señales. Puede que al llegar al segundo ídem, hubiese debido interpretar que estábamos metidos en una encerrona, que yo había dejado que las cosas se estropeasen, hasta el punto de que ella anduviera en busca de otro. ¡Pero ella también podría habérmelo dicho! Al menos, podría haberme concedido un par de días de margen para que intentase arreglar las cosas.

Mi relación con Alison Ashworth había durado seis horas (es decir, las dos horas que iban desde el final de las clases al telediario, tres veces en total), así que tampoco podría afirmar que me acostumbré a estar con ella, ni que no supe comportarme. La verdad es que apenas recuerdo nada de ella. ¿Que tenía el pelo largo y negro? Puede ser. ¿Que era bajita? Más baja que yo, eso seguro. ¿Ojos rasgados, casi orientales, y tez morena? Ésos podrían ser sus rasgos, pero puede que correspondieran a los de cualquier otra. Da lo mismo. Ahora bien, si esta lista estuviera confeccionada por orden de mayor a menor tristeza, en vez de por orden cronológico, yo la pondría directamente en el número dos. Sería agradable pensar que a medida que envejezco también los tiempos van cambiando, las relaciones de pareja son más sofisticadas, las mujeres son menos crueles, todos tenemos la piel más curtida, reaccionamos con más agudeza, tenemos el instinto más desarrollado. No obstante, es como si aquella tarde en el parque contuviese un elemento que ha seguido estando presente en mí; todas mis historias románticas, todas las demás, parecen una versión improvisada sobre aquel modelo. Es verdad que nunca más tuve que dar aquella larga caminata, y es verdad que las orejas no se me han vuelto a poner tan coloradas; nunca más he tenido que contar los paquetes de tabaco que había en el suelo para ahorrarme las miradas burlonas, para contener las lágrimas… No, la verdad es que todo aquello no ha vuelto a suceder así. Pero a veces tengo una sensación muy similar.

2. PENNY HARDWICK (1973)

Penny Hardwick era una chica bien maja. Hoy en día, estoy del todo a favor de las chicas majas, aunque entonces no estuviera tan seguro. Su padre y su madre eran majos, tenía una casa majísima, sin adosar, con jardín, un árbol frondoso y un estanque lleno de peces; tenía un pelo bien majo (era rubia y lo llevaba corto, desenfadado, sin exagerar); tenía los ojos sonrientes, majos; por si fuera poco tenía una hermana pequeña majísima, que me sonreía con amabilidad cuando llamaba al timbre de su casa, y que siempre que nosotros se lo decíamos, se quitaba de en medio y nunca daba la lata. Era de modales muy majos —a mi madre le encantaba por eso—, y siempre sacaba unas notas estupendas en la escuela. Penny era muy bonita; sus cinco cantantes preferidos eran Carly Simon, Carole King, James Taylor, Cat Stevens

y Elton John. Le caía bien a todo el mundo. De hecho era tan maja que nunca me dejó meterle mano por debajo del sujetador, ni tampoco por encima, así que un buen día rompí con ella, aunque obviamente nunca le dije por qué. Se echó a llorar y yo la odié por eso, porque hizo que me sintiera fatal.

No es difícil imaginar en qué se habrá convertido Penny Hardwick: en una chica majísima. Sé que fue a la universidad, sé que le fue bien y que terminó trabajando de productora de programas de radio para la BBC. Yo diría que es inteligente, seria —puede que demasiado seria—, que a veces es ambiciosa, aunque no de forma que te entren ganas de vomitar; ya era una versión de todo esto cuando salíamos, y debo reconocer que en otra etapa de mi vida me hubiesen parecido de lo más atractivas todas estas cualidades. Por entonces, sin embargo, no me interesaban las cualidades: me interesaban los pechos, y por eso Penny no me sirvió para nada.

Me gustaría poder contarte que mantuvimos largas e interesantes conversaciones, que fuimos amigos durante todos los años que duró nuestra adolescencia —desde luego, habría sido una amiga fenomenal—, pero no creo que llegásemos a hablar nunca. Íbamos al cine, íbamos a fiestas, a discotecas, y luchábamos a brazo partido. Luchábamos en su dormitorio y en el mío, en el salón de su casa y en el de la mía, en los dormitorios de las casas a las que íbamos de fiesta, en los salones de esas mismas casas, y en verano luchamos en el césped de varios jardines. Luchábamos por la misma cuestión de siempre. A veces me aburría tanto de intentar tocarle los pechos que procuraba tocarle la entrepierna, gesto que tenía algo de ingenio paródico: era como si intentase que alguien me prestara cinco libras y, al decirme que no, decidiera pedirle prestadas cincuenta.

Ahí van las preguntas que nos hacíamos los chicos en la escuela (una escuela en la que sólo estudiábamos chicos): «¿Qué, te has comido algo?» «¿Te deja comerte algún rosco?» Etcétera. A veces, las preguntas eran claramente de coña, y se esperaba una respuesta negativa: «No te estás comiendo ni un rosco, ¿a que no?» «Aún no le has tocado ni media pera, ¿eh?» Las chicas, por su parte, tenían que contentarse con expresiones como la que utilizaba Penny: «Es que todavía no quiero estrenarme, ¿sabes?», me explicaba con toda paciencia, y puede que con un punto de pena (porque daba la impresión de entender que un buen día, aunque todavía no, tendría que ceder, y que cuando tal cosa ocurriese seguramente no iba a gustarle nada), a la vez que me apartaba la mano de su pecho por enésima vez. Ataque y defensa, invasión y rechazo. Era como si las tetas fuesen objetos que uno pudiera poseer, sólo que habían sido inconcebiblemente anexionados por el sexo opuesto; era como si nos pertenecieran por derecho propio, como si quisiéramos que a toda costa nos fuesen devueltas.

Por fortuna, qué caramba, había traidoras y quintacolumnistas en el bando enemigo. Algunos conocían a otros chicos cuyas novias les «dejaban» hacer de todo; a veces, esas mismas chicas habían participado activamente, según suponíamos, en su propio rebajamiento. Ninguno de nosotros tenía noticia de que hubiera chicas que

llegaran al extremo de desnudarse, ni tampoco de quitarse o de desabrocharse las prendas interiores, claro está. Eso habría sido llevar el colaboracionismo demasiado lejos. Tal como yo me imaginaba todo el asunto, esas chicas simplemente se habían colocado de tal manera que facilitaban al chico el acceso. «Si es que hasta mete barriga», comentó una vez Clive Stevens, en tono de aprobación, acerca de la novia de su hermano. A mí me costó casi un año entero calibrar la trascendencia de esta maniobra. No es de extrañar que aún me acuerde del nombre de pila de la chica que metía barriga (Judith): aún hay una parte de mí que tiene ganas de conocerla.

Basta con leer cualquier revista femenina para comprobar que se trata de la misma queja de siempre: los hombres —esos muchachitos, sólo que al cabo de diez, veinte, o treinta años— son un desastre en la cama. No les interesan «los prolegómenos»; no tienen el menor deseo de estimular las zonas erógenas propias del sexo opuesto; son egoístas, codiciosos, torpes, nada sofisticados. Estas quejas, es inevitable percibirlo, tienen un deje irónico. Por aquel entonces, lo único que nosotros buscábamos eran los prolegómenos, y a las chicas les importaban un pepino. No querían que uno las tocase, las acariciase, las estimulase, las excitase; de hecho, te daban un pescozón si lo intentabas. Por eso no es de extrañar, a mi entender, que no se nos dé nada bien. Nos pasamos dos o tres larguísimos años sumamente formativos, es verdad, aguantando un chorreo constante para que ni siquiera pensáramos en ello. Entre los catorce y los veinticuatro, eso de los prolegómenos pasa de ser lo que los chicos quieren y las chicas no, a ser lo que las mujeres desean y a los hombres les importa un pimiento. (O eso es lo que dicen. A mí, la verdad es que me gustan los prolegómenos, sobre todo porque aquellas veces que yo sólo quería tocar están alarmantemente frescas en mi recuerdo.) El emparejamiento perfecto, si quieres que te diga lo que pienso, es el que se daría entre la chica *Cosmopolitas*, y el chaval de catorce años.

Si alguien me hubiese preguntado por qué carajo estaba tan empecinado en agarrar a manos llenas un pedazo de pecho de Penny Hardwick, no habría sabido qué contestar. Y si alguien le hubiese preguntado a Penny por qué estaba ella tan empecinada en no dejarme, me juego cualquier cosa a que tampoco habría tenido una contestación a punto. ¿Qué otra cosa podía hacer yo? A fin de cuentas, yo no iba buscando ninguna clase de reciprocidad. ¿Por qué no quería ella que estimulase sus zonas erógenas? No tengo ni idea. Lo único que tengo claro es que, si uno quisiera, podría encontrar las respuestas a todas esas preguntas tan difíciles enterradas en el interregno belicoso que hubo entre el brote del primer vello púbico y el primer Durex ensuciado.

En mi caso, además, yo tampoco tenía tantas ganas de meterle mano a Penny por debajo del sostén, o no tantas como había pensado. Puede que hubiese otras personas con más ganas que yo de que la tocara, tiene gracia. Al cabo de dos meses de luchar a

brazo partido con Penny en la mitad de los sofás de la ciudad, me había hartado: había reconocido a un amigo que por ese camino no iba a ninguna parte, y lo había reconocido desatinada y retrospectivamente, porque mi amigo se lo había contado a otros amigos suyos, de modo que me convertí en blanco de unos cuantos chistes crueles y desagradables. Le di a Penny una última oportunidad, en mi dormitorio, una vez que mi padre y mi madre estaban en la sede de la junta municipal de distrito viendo una adaptación de *El viento en los sauces* a cargo de una compañía teatral del barrio; puse en juego un grado de fuerza que hubiese ultrajado y aterrado a cualquier otra mujer adulta, pero no llegué a donde quería, y cuando la acompañé a su casa prácticamente no cruzamos ni palabra.

Cuando nos volvimos a ver estuve bastante brusco con ella, y cuando hizo el gesto de besarme al final de la noche me la quité de encima con un encogimiento de hombros. «¿Para qué? —le dije—. Si nunca llegamos a ninguna parte.» La vez siguiente me preguntó si me apetecía que nos viéramos, y yo aparté la mirada. Llevábamos tres meses saliendo, es decir, todo lo que uno puede aproximarse a una relación permanente cuando está en tercero de bachillerato. (Sus padres incluso habían conocido a los míos, y las dos parejas se cayeron muy bien.) Ella soltó la lagrimita, y yo la odié por hacer que me sintiera culpable y por obligarme a cortar con ella de ese modo.

Luego salí con una chica que se llamaba Kim, de la que sabía a ciencia cierta que ya había sido sobeteada, aparte de que no iba a poner la menor objeción, y en eso no me equivoqué, cuando otro la quisiera sobar. Penny empezó a salir con Chris Thomson, que era de mi clase; un chaval que había tenido más ligues que todos los demás juntos. Me quedé hecho trizas, igual que ella. Una mañana, puede que tres semanas después de mi último forcejeo con Penny, Thomson entró rugiendo en la clase.

—Joder, Fleming —me dijo—, eres un anormal. ¿A que no sabes a quién le toqué las peras ayer mismo? —Me pareció que el pasillo empezaba a dar vueltas—. ¡Tú no le has rozado una teta en tres meses, y yo me la he comido entera en una semana!

Tuve que creerle; todos sabíamos que siempre se salía con la suya, daba lo mismo con quién se las viese. Me había humillado, me había derrotado, me había aventajado a la hora de la verdad. Me sentí estúpido, minúsculo, mucho más pequeño que ese imbécil que encima era desagradable, grandullón y bocazas. No debería haberme importado tanto. Thomson estaba al margen de todos los demás cuando se trataba de los asuntos de cintura para abajo, y en 3.° B había abundantes mamoncetes que ni siquiera habían rodeado la cintura de una chica con el brazo. Mi propia parte en el debate, por inaudible que fuera, tendría que haberles parecido a esos bobalicones de una sofisticación imposible. No había perdido tantos puntos, ni mucho menos; con eso y con todo, seguía sin entender lo que había pasado. ¿Cómo había tenido lugar aquella transformación en Penny? ¿Cómo había pasado de ser la chica que nunca haría nada de eso a ser una de las chicas capaces de hacer todo lo que hubiese que

hacer? Puede que lo mejor fuera no darle tantas vueltas; no me apetecía nada sentir ninguna lástima por otro que no fuese yo.

Supongo que a Penny le habrán salido bien las cosas, y también sé que al final salí bien parado de aquélla; hoy diría incluso que Chris Thomson tampoco es la peor persona que anda por ahí suelta. Al menos, me resulta difícil imaginármelo llegar perdiendo el resuello a su puesto de trabajo, ya sea una sucursal bancaria, una compañía de seguros o un establecimiento de venta de automóviles, abriendo el maletín sobre las rodillas e informando sobre la marcha a uno de sus colegas, con estridente alborozo, de que le «ha metido mano» a la mujer de dicho colega. (Sí que es fácil imaginarlo metiéndole mano a su mujer, conste. Ya entonces parecía de esos que meten mano incluso a su esposa.) Las mujeres a las que no les gustamos los hombres, y es cierto que hay miles de hombres que no podrían gustarle a nadie, sino muy al contrario, tendrían que tener en cuenta cómo tuvimos que empezar, y el largo camino que hemos tenido que recorrer.

3. JACKIE ALLEN (1975)

Jackie Allen era la novia de mi amigo Phil, y yo se la levanté poco a poco, muy despacito, a fuerza de paciencia, durante varios meses. No fue nada fácil. Me costó muchísimo tiempo, no menos aplicación y otro tanto de engaños. Phil y Jackie empezaron a salir más o menos a la vez que Penny y yo, sólo que ellos siguieron saliendo después de que nosotros cortáramos: aguantaron todas las risitas y el chute hormonal de segundo de bachillerato, el fin del mundo que podía acontecer si sacabas malas notas en tercero y la sobriedad falsa y burlonamente adulta de COU. Eran nuestra pareja estrella, nuestros Paul y Linda, nuestros Newman y Woodward, la prueba palpable, vivita y coleando, de que en un mundo plagado de infidelidades y de mentiras era posible crecer, o envejecer al menos un poco, sin cortar y cambiar de novia cada tres meses.

No estoy nada seguro de por qué quise estropeárselo todo a ellos dos y a todos los que necesitaban que ellos dos siguieran juntos. ¿Sabes qué pasa cuando ves unas cuantas camisetas apiladas en una tienda de ropa, todas ellas estupendamente dobladas por colores, y qué pasa cuando te compras una? Al verla después en casa, nunca está igual que en la tienda. Sólo era preciosa en la tienda, aunque de eso te das cuenta cuando ya es tarde, porque estaba bien acompañada por otras prendas a su altura. Bueno, pues más o menos fue así. Yo esperaba, pobre de mí, que si conseguía salir con Jackie, parte de su dignidad de mujer de porte suntuoso y aire de estadista se me pegaría un poco, aunque estaba clarísimo que Phil no tenía nada de eso. (Y si era eso lo que yo quería, tal vez debería haber intentado encontrar una manera de salir con los dos, aunque si eso es durísimo de aguantar cuando eres adulto, a los diecisiete podría haber bastado para morir de un colocón.)

Phil empezó a trabajar los sábados en una *boutique* de ropa para hombres, y yo aproveché el momento. Los que aún no trabajábamos, o los que trabajábamos después de clase, pero librábamos el sábado, nos encontrábamos los sábados por la tarde paseando de una punta a otra de la calle mayor; pasábamos demasiado tiempo y perdíamos demasiado dinero en Harlequin Records, y «nos dábamos el gustazo» (es imposible saber cómo se nos pudo pegar ese vocabulario de la abstinencia de posguerra, el de nuestras madres) de tomar un buen café expreso, que nos parecía entonces el no va más de la moda francesa. A veces pasábamos por la tienda a ver a Phil; a veces me dejaba aprovechar su descuento de empleado para hacer alguna compra. Y eso no me impidió follarme a su novia a sus espaldas.

Como Alison y Penny me habían enseñado, yo ya sabía que romper con una chica puede ser de lo más triste. Lo que no sabía aún es que salir con alguien puede ser igual de penoso. Lo que pasa es que Jackie y yo tuvimos una relación triste y penosa, sí, pero de una manera apasionante, adulta. Nos veíamos en secreto, nos llamábamos en secreto y nos acostábamos en secreto; nos decíamos en secreto cosas como «¿Qué vamos a hacer ahora?», y hablábamos de lo agradable que sería todo cuando ya no estuviéramos obligados a guardarlo en secreto. Nunca llegué a pensar en serio si eso tenía trazas de ser verdad o no. No hubo tiempo para pensar en eso.

Procuré no hacer papilla a Phil: bastante mal me sentía con las cosas como eran, follando con su novia y todo lo demás. Lo que pasa es que fue inevitable, porque cuando Jackie comentó las dudas que tenía acerca de él, a mí no me quedó más remedio que alimentar aquellas dudas como si fuesen minúsculos y enfermizos cachorros de gato, hasta verlas crecer y convertirse primero en quejas y agravios dotados de una salud excelente, luego en resquemores de pelaje atigrado, cada uno de ellos con su propia gatera, lo cual les daba pie a entrar y salir a su antojo de nuestras conversaciones.

Y entonces, una noche, en una fiesta, vi a Phil y a Jackie en un rincón; vi que Phil estaba visiblemente intranquilo, pálido, a punto de echarse a llorar. Al poco se marchó a su casa, y a la mañana siguiente me llamó ella y me propuso que fuésemos a dar un paseo, y le dije que sí, encantado de la vida, y dejamos de hacer las cosas en secreto. Aguantamos juntos unas tres semanas más.

Dirás que es de lo más pueril, Laura. Dirás que es una estupidez por mi parte comparar a Rob y a Jackie con Rob y Laura, que estos dos ya tienen treinta y tantos, que están asentados, que viven juntos. Dirás que el adulterio entre adultos deja a la altura del betún cualquier adulterio entre adolescentes, pero debo decir que te equivocas del todo. Desde entonces he estado varias veces en una de las tres puntas de un triángulo, pero aquella primera punta fue la más punzante de todas. Phil no me volvió a dirigir la palabra; la gente con la que íbamos de compras los sábados tampoco tenía muchas ganas de andar con nosotros dos. Mi madre incluso recibió una llamada telefónica de la madre de Phil. Ir a clase, por espacio de unas semanas, fue un martirio.

Compáralo con lo que pasaría si ahora me metiese en un lío parecido. Fíjate qué contraste: ahora podría ir a pubs y a discotecas distintas, dejar puesto el contestador automático a todas horas, salir bastante más, quedarme todo lo que quisiera donde me diera la gana, enredar con mi compás de relaciones sociales, trazar un nuevo círculo de amigos (en todo caso, mis amigos nunca han sido los amigos de ella, al margen de quién fuese ella), ahorrarme el contacto con unos padres molestísimos por mi conducta. Esa clase de anonimato era inasequible entonces. Había que aguantar el chaparrón, cayera lo que cayese.

Lo que más perplejo me dejó de todo, las cosas como son, fue la sensación de aplanamiento y de desilusión que me entró cuando Jackie me llamó aquel domingo por la mañana. No pude entenderlo. Llevaba meses planeando aquella captura, y cuando llegó el momento de la capitulación no sentí nada, o incluso menos que nada. Lógicamente, esto no pude decírselo a Jackie; por otra parte, fui del todo incapaz de manifestar el entusiasmo que ella sí necesitaba, así que decidí tatuarme su nombre en el brazo derecho.

No lo sé; dejarme una marca de por vida me pareció en su momento mucho más fácil que tener que decirle a Jackie que todo había sido una grotesca metedura de pata, que había vuelto a hacer el bobo. Si en cambio le mostraba el tatuaje, según mi peculiar lógica, ya no tendría que molestarme en pronunciar unas palabras que ni por el forro estaban a mi alcance. Quizá deba explicar que no soy de esos tipos que se hacen un tatuaje en un momento u otro: ni era entonces ni tampoco soy ahora el tipo de rocanrolero decadente, ni el musculitos de turno. Pero la verdad es que en la escuela estaban de moda los tatuajes, y sé perfectamente que hay por ahí varios tipos de treinta y tantos tacos, asesores fiscales y maestros de escuela, directores de personal y programadores de ordenador, que llevan inscritos en la piel terribles mensajes muy de aquella época, del estilo de «MANCHESTER UNITED A MUERTE», «LYNYRD SKYNYRD», con todos los adornos de rigor.

Yo había pensado en hacerme un sencillo y discreto «J ♥ R» en el brazo, pero Victor, el tío de los tatuajes, no me lo iba a poner nada fácil.

—¿Quién es ella? ¿Jota o Erre?

—Jota.

—¿Y cuánto tiempo dices que llevas saliendo con esa chati?

Me dio miedo la agresiva masculinidad de su salón de tatuajes, el resto de los clientes (que sí eran unos cachas de mucho cuidado, y que inexplicablemente parecían la mar de divertidos de verme por allí), los pósters de mujeres desnudas en las paredes, los escabrosos ejemplos de los servicios ofrecidos, la mayor parte de los cuales estaban convenientemente colocados en los antebrazos de Victor, e incluso el lenguaje levemente ofensivo de Victor.

—Tiempo de sobra.

—Eh, chaval, eso soy yo el que lo tiene que juzgar, no me jodas, ¿vale?

Me pareció una curiosa manera de atender a un cliente, pero decidí ahorrarme el comentario para mejor ocasión.

—Bueno, un par de meses.

—Y tienes pensado casarte con ella, ¿no? ¿O es que la has dejado preñada?

—No, ni lo uno ni lo otro.

—¿Así que solamente salís? ¿No le has prometido el matrimonio?

—Eso es.

—¿Cómo la conociste?

—Antes salía con un amigo mío.

—No fastidies. ¿Y cuándo rompieron?

—El sábado.

—Joder. —Soltó una carcajada que pareció el ruido de un desagüe—. Mira, no quiero que tu mami venga a quejarse por aquí, así que hazme un favor y quítatelo de la cabeza, ¿entendido?

Perfectamente. Me lo quité de la cabeza en un santiamén.

Victor había dado en el clavo: la verdad es que algunas veces me he sentido tentado de acudir a él, sobre todo cuando me agobiaba algún que otro mal de amores. Seguro que en diez segundos hubiera sabido decirme si una chica determinada merecía que me hiciese un tatuaje por ella o no. De todos modos, incluso después de que Phil y Jackie hicieran las paces, después de que en un enorme éxtasis y en medio de un río de lágrimas volvieran a estar juntos, las cosas ya no fueron como antes. Algunas chicas de su escuela, y también algunos compañeros de la mía, fueron diciendo que Jackie me había utilizado para negociar de nuevo los términos de su relación con Phil, y las compras de los sábados por la tarde ya nunca más fueron como antes. Dejamos de sentir admiración por las parejas que llevaban muchísimo tiempo saliendo juntas, e incluso hablábamos de ellas con sarcasmo. En muy pocas semanas, aquel estatus casi de casados dejó de ser algo a lo que se podía aspirar; se convirtió en motivo de burlas. A los diecisiete años, íbamos volviéndonos tan amargados y tan poco románticos como nuestros padres.

¿Lo entiendes, Laura? Es imposible que lo cambies todo, y Jackie sí que lo cambió. Ya nos ha pasado demasiadas veces a los dos; volveremos a tratar a los amigos, volveremos a los pubs, a la vida que llevábamos antes. Lo dejaremos todo como estaba, y seguramente nadie se dará cuenta de la diferencia.

4. CHARLIE NICHOLSON (1977-1979)

Conocí a Charlie cuando estaba en el politécnico; yo hacía un curso sobre medios de comunicación y ella estudiaba diseño, y nada más verla caí en la cuenta de que era el tipo de chica que había tenido ganas de tratar desde que tenía edad de tratar con chicas. Era alta, tenía el pelo rubio y lo llevaba muy corto, desigual (dijo que conocía

a no sé quién, que estudiaba en Saint Martin, que era amiga de Johnny Rotten, pero nunca me lo llegó a presentar), y sobre todo parecía diferente, llamativa, exótica. Hasta su nombre me parecía llamativo, diferente y exótico, porque hasta entonces yo había vivido en un mundo en el que las chicas tenían nombre de chica, y muchas veces nombres que no eran nada interesantes. Hablaba por los codos, así que con ella no se producían esos terribles, tensos silencios que habían caracterizado de algún modo las relaciones que tuve con las chicas el año anterior, pero es que cada vez que hablaba decía además cosas notablemente interesantes, ya fuese sobre su curso de diseño, o sobre el mío, o sobre música, películas, libros y política.

Además: yo le gustaba. Quiero decir que yo le gustaba. Yo le gustaba, ¿eh? Por lo menos, creo que le gustaba. Creo que *yo* le gustaba. Etcétera. Nunca he estado totalmente seguro de qué es lo que ven las mujeres en mí, de qué es lo que les gusta, pero sí tengo claro que la pasión siempre viene bien (hasta yo mismo sé que es muy difícil resistirse a alguien que te encuentra irresistible), y yo era desde luego apasionado: nunca fui una molestia, al menos hasta muy al final, ni tampoco abusé de su hospitalidad, no mientras había hospitalidad de la que abusar, pero fui amable, sincero, atento, cuidadoso, y me acordé de sus cosas en todo momento, y le dije que era una chica preciosa, y le compré pequeños regalos que muchas veces remitían a una conversación que habíamos tenido poco antes. De todo esto, nada me supuso el menor esfuerzo, las cosas como son, y tampoco hice nada con la menor idea de cálculo: me resultaba fácil acordarme de sus cosas, de lo que le importaba, de lo que ella era, porque en realidad no pensaba en nada más, y porque de hecho estaba convencido de que era preciosa, y tampoco habría podido controlarme y dejar de comprarle pequeños regalos, y nunca tuve que fingir la menor dedicación. No me costó ningún trabajo. Por eso, cuando una de las amigas de Charlie, una chica que se llamaba Kate, dijo un día mientras almorzábamos, con un punto de melancolía en la voz, que ojalá pudiera ella encontrar a alguien como yo, me quedé tan sorprendido como muerto de gusto. Muerto de gusto, claro está, porque Charlie estaba oyendo lo que ella dijo, y fue algo que a mí no me iba a perjudicar, ni mucho menos; sorprendido, en cambio, porque todo lo que yo había hecho con ella era actuar en interés propio, así de fácil. Y sin embargo fue suficiente, al parecer, para convertirme en una persona deseable. Qué raro, ¿no?

De todos modos, al irme a vivir a Londres me fue mucho más fácil gustar a las chicas. Antes, en casa, la mayor parte de la gente que me había conocido, o que había conocido a mi padre y a mi madre, o que había conocido, si no, a alguien que me conocía a mí, o a mi padre y a mi madre, me había conocido cuando yo era pequeño; en consecuencia, siempre había tenido yo esa inquietante sensación de que mi adolescencia estaba a punto de ser desvelada al mundo entero. ¿Cómo ibas a llevar a una chica a tomar unas cervezas a un pub, cuando aún no teníamos la edad de que nos sirvieran nada en un pub, si además sabía que en el armario de casa tenías colgado un uniforme de *boyscout*? ¿Por qué iba a tener una chica ganas de besarte, si sabía (o si

conocía a alguien que sabía) que pocos años antes tú insistías en coserte parches con escudos de recuerdo de los Norfolk Broads o de Exmoor en el anorak? Para colmo, en casa de mis padres había miles de fotografías mías en las que salía invariablemente con orejas de soplillo y con una ropa realmente lamentable, sentado en un tractor o dando palmadas de alborozo mientras un tren de juguete llegaba a la estación de juguete; aunque años más tarde, pese a ser motivo de gran desazón, a mis novias les pareciesen una monada esas fotos, por entonces eran algo demasiado próximo a mí para servirme de consuelo. Sólo me había costado seis años pasar de ser un chavalito de diez años a ser un chaval de dieciséis. Seguro que seis años no era tiempo suficiente para justificar una transformación de semejante magnitud. Cuando tenía dieciséis años, aquel anorak de los parches me quedaba pequeño sólo por un par de tallas.

Charlie no me conocía cuando yo tenía diez años, lo cual era un alivio, y tampoco conocía a nadie que me hubiese conocido entonces. Me conoció cuando ya era un joven adulto. Cuando la conocí, ya tenía edad de votar; tenía edad suficiente para pasar la noche con ella, la noche entera, en su colegio mayor, y tenía una opinión formada sobre muchas cosas, y la invité a una copa en un pub, plenamente seguro de mí mismo por saber que mi carné de conducir, gráfica demostración de mi edad, estaba a salvo en mi bolsillo… y que tenía edad suficiente para iniciar una historia personal. En casa yo carecía de una historia personal: solamente tenía trozos sueltos que todo el mundo conocía, y que por tanto no valía la pena repetir.

Pero me seguía sintiendo fraudulento. Era como todos aquellos que de pronto se afeitaban la cabeza e iban por ahí diciendo que siempre habían sido punks, que eran punks desde antes de que el punk se inventase. Me sentía como si en cualquier momento pudiera ser descubierto, como si en cualquier momento pudiera entrar alguien en el bar del politécnico con una de aquellas fotografías mías con anorak, gritando: «¡Eh! ¡Rob antes era un crío! ¡Era un chavalito!» Era como si Charlie pudiera ver esa foto y mandarme a freír espárragos. Nunca se me pasó por la cabeza que posiblemente ella tenía una pila de libros sobre ponis, y algunos ridículos vestiditos de fiesta, escondidos en casa de sus padres, en Saint Albans. Por lo que a mí se refería, era como si ella hubiese nacido con sus enormes pendientes, sus vaqueros de pitillo y su entusiasmo, increíblemente sofisticado, por las obras de arte que hacía un tío que tenía por costumbre ir salpicando por ahí con un bote de pintura naranja.

Estuvimos saliendo dos años, y durante cada minuto tuve la sensación de estar de pie en una cornisa peligrosamente angosta. Nunca me podía relajar, no sé si me explico: es que no había sitio para estirarse y ponerse cómodo. Me deprimía bastante lo poco vistoso que era mi vestuario. Dudaba a cada paso de mis habilidades amatorias. No lograba entender qué le veía ella al tío de la pintura naranja, por más veces que me lo explicase. Me preocupaba la posibilidad de que nunca llegara a decirle algo interesante, algo gracioso, algo sensato, sobre lo que fuese. Me

intimidaban los demás alumnos de su curso de diseño, y terminé por convencerme de que cualquier día se largaría con uno de ellos. Se largó con uno de ellos.

Perdí el hilo durante un tiempo. Y me perdí también la trama secundaria, el guión, la banda sonora, el intermedio, las palomitas, los títulos de crédito, el rótulo de la salida. Seguí rondando el colegio mayor de Charlie hasta que unos amigos suyos me pillaron por banda y me amenazaron con darme una paliza. Decidí que iba a matar a Marco (¡Marco, nada menos!), el tío con el que ella se fue, y me pasaba largas horas, a mitad de la noche, pensando cómo iba a hacerlo, aunque cada vez que me tropezaba con él murmuraba un torpe saludo y me largaba de cualquier manera. Pasé por una fase en la que robaba en las tiendas, aunque, ahora mismo, no alcanzo a entender la motivación exacta de esa conducta. Me metí en el cuerpo una sobredosis de Valium, y al minuto siguiente me introduje el dedo hasta la campanilla para vomitarlo todo. Le escribí infinitas cartas, parte de las cuales llegué a enviar, y preparé infinidad de conversaciones, ninguna de las cuales llegamos a mantener: no hubo ocasión. Y cuando recuperé el sentido, al cabo de dos meses de desconcierto, entendí de golpe que había suspendido el curso y que estaba trabajando en una tienda de discos y casetes situada en Camden.

Todo había ocurrido demasiado deprisa. Yo más o menos había esperado que mi vida de adulto fuese larga, jugosa e instructiva, pero todo sucedió en ese plazo de dos años; a veces da la impresión de que todo lo que me pasó y todas las personas que traté no fueron más que distracciones secundarias. Hay gente que nunca fue más allá de los sesenta, o que no fue más allá de la guerra, o no más allá de aquella noche en que el grupo en el que tocaban actuó como telonero de los Rolling Stones en el Marquee, y luego se han pasado el resto de la vida caminando para atrás; yo nunca llegué a ir más allá de Charlie. Fue con ella cuando me ocurrió lo más importante, las cosas que aún me definen.

Algunas de mis canciones preferidas: «Only Love Can Break Your Heart», de Neil Young; «Last Night I Dreamed That Somebody Loved Me», de los Smiths; «Call Me», de Aretha Franklin; «I Don’t Wan’t to Talk About It», de quien sea. Y luego, «Love Hurts», «When Love Breaks Down» y «How Can You Mend a Broken Heart», y también «The Speed of Sound of Loneliness» y «She’s Gone», y «I Just Don’t Know What to Do with Myself», y qué sé yo. Hay canciones de éstas que he escuchado por término medio al menos una vez por semana (trescientas veces el primer mes, y después de vez en cuando) desde que tenía dieciséis, diecinueve o veintiún años. ¿Cómo no va a dejarte eso magullado por algún sitio? ¿Cómo no te va a convertir eso en una persona fácilmente rompible en mil trocitos, cuando tu primer amor se va al garete? ¿Qué fue primero: la música o la tristeza? ¿Me dio por escuchar música porque estaba triste? ¿O es que estaba triste porque escuchaba música? ¿No te convierten todos esos discos en una persona de tendencia melancólica?

Hay quien se preocupa, y mucho, de que los niños pequeños jueguen con armas de fuego, de que los adolescentes vean vídeos en los que la violencia es moneda corriente; nos da miedo que esa especie de cultura de la violencia termine por tragárselos como si tal cosa. A nadie le preocupa en cambio que los niños escuchen miles, literalmente miles de canciones que tratan siempre de corazones destrozados, de rechazos y abandonos, de dolor, tristeza, pérdida. Las personas más desgraciadas que yo he conocido, románticamente hablando, son las que tienen un desarrollado gusto por la música pop. Y no sé si la música pop es la causante de esta infelicidad, pero sí tengo muy claro que han escuchado esas canciones infelices desde hace más tiempo del que llevan viviendo una vida más o menos infeliz. Así de claro.

Da igual. He aquí cómo no conviene planear un buen futuro profesional: a) rompiendo con tu novia; b) suspendiendo un curso; c) yéndote a trabajar a una tienda de discos; d) quedándote en las tiendas de discos durante el resto de tu vida. Cuando ves las imágenes de los habitantes de Pompeya, te suele parecer rarísimo: una partidita de dados después de merendar y te quedas clavado para siempre. Así te va a recordar todo el mundo durante los siguientes milenios. ¿Y si fuera la primera partida de dados que jugabas en tu vida? ¿Y si sólo jugaste por hacerle compañía a tu amigo Augusto? Tiene gracia, porque en ese momento también podrías haber terminado un poema brillante, o algo así. ¿No sería un fastidio que te recordasen como un simple jugador de dados? A veces me quedo mirando mi tienda (y es que en estos catorce años no he dejado que me crezca la hierba debajo de los pies: hace unos diez años que pedí prestado el dinero para montar mi negocio) y a mis clientes fijos de los sábados, y me doy cuenta de cómo se tienen que sentir exactamente aquellos habitantes de Pompeya en el supuesto de que puedan sentir algo (aunque el hecho de que no puedan es parte de la gracia que tiene su caso). Me he quedado atascado en esta pose, la pose del dueño de una tienda de discos, ya para siempre, sólo porque durante unas cuantas semanas de 1979 me volví un tanto majara. Podría haber sido peor, ya lo sé: podría haberme presentado en una oficina de reclutamiento militar o en el matadero más cercano. A pesar de todo, tengo la impresión de que hice una mueca y de que cambió el viento. Ahora tengo que seguir de por vida con la cara torcida de esta forma tan poco apetecible.

Con el tiempo dejé de enviarle las cartas; meses después también dejé de escribirle. Seguía teniendo mis fantasías, pensaba en matar a Marco, aunque las maneras de morir que le imaginaba eran cada vez más suaves (le daba un momento, para que supiera qué iba a pasar, y ¡BLAM!, me lo cargaba); no me dio muy fuerte por las crueldades del típico psicópata. Volví a acostarme con otras chicas, aunque todas aquellas aventuras me parecían pura casualidad, noches sueltas, nada que realmente pudiera transformar la penosa imagen que tenía de mí mismo. (Igual que le pasa a James Stewart en *Vértigo*, me dio por un determinado tipo de mujer: rubia, de

pelo corto, de gustos artísticos, bastante llamativa, parlanchina, y eso me llevó a cometer algunas pifias desastrosas.) Dejé de beber tanto, dejé de escuchar canciones con aquella mórbida fascinación (hubo un tiempo en que cualquier canción en la que alguien hubiese perdido a la persona que amaba me parecía estremecedoramente seria; como ese género abarca casi la totalidad de la música pop, y como trabajaba en una tienda de discos, me estremecía más o menos a todas horas); en fin, dejé de pensar en hablar con ella, dejé de idear las respuestas contundentes que, a mi juicio, dejarían a Charlie retorciéndose por el suelo, presa del arrepentimiento y odiándose por hacer lo que hizo.

De todos modos, sí me aseguré de no meterme en nada, ni trabajo ni relaciones amorosas, demasiado a fondo: me convencí de que en el momento menos pensado podía recibir la anhelada llamada de Charlie, y que en ese instante tendría que pasar a la acción. Me sentí incluso inseguro al abrir mi propia tienda, no fuese que Charlie decidiera que los dos nos íbamos a ir al extranjero: con la tienda a cuestas, no podría hacerlo con la debida rapidez. El matrimonio, una hipoteca, la paternidad estaban descartados por eso mismo. También fui realista: de vez en cuando me imaginaba en qué se habría convertido con el tiempo la vida de Charlie, e imaginaba una serie de acontecimientos desastrosos (Está viviendo con Marco. Han comprado un piso entre los dos. Se han casado. Está embarazada. Tiene una niña pequeña), nada más que por estar en guardia. Aquellos acontecimientos imaginados me exigían toda clase de reajustes y de conversiones para que mis fantasías siguieran vivas. (No tendrá adonde ir cuando rompan. No tendrá lo que se dice nada, así que yo seré quien le dé sustento financiero. Cuando se case, despertará de la pesadilla. Cuando tenga que hacerse cargo del hijo de otro se dará cuenta de que yo sí soy un tío fenomenal.) Era capaz de procesar cualquier noticia; ni ella ni Marco podrían hacer nada para convencerme de que todo aquello no era una fase por la que estábamos pasando, una fase que antes o después tendría que terminar. Por lo que he podido saber, siguen juntos. Yo en cambio vuelvo a estar desparejado.

5. SARAH KENDREW (1984-1986)

La lección que saqué en claro de la debacle de Charlie es que uno ha de medirse con púgiles de su mismo peso. Charlie no era de mi categoría: era demasiado guapa, demasiado lista, demasiado ingeniosa. Era demasiado, vaya. Y yo, ¿qué? Soy como la mayoría, un simple peso medio. No soy el menda más brillante del mundo, pero está claro que tampoco soy el más soso: he leído novelas como *La insoportable levedad del ser* o *El amor en los tiempos del cólera*, y las he entendido, o eso creo (porque trataban sobre las chicas, ¿no es eso?), aunque tampoco es que me gustaran demasiado. Mis cinco libros favoritos de todos los tiempos son *El sueño eterno*, de Raymond Chandler; *El dragón rojo*, de Thomas Harris; *Sweet Soul Music*, de Peter

Guralnick; *Guía del autoestopista galáctico*, de Douglas Adams; y para terminar, qué sé yo, habría que poner alguno de William Gibson, o puede que de Kurt Vonnegut. Leo el *Guardian* y el *Observer*, aparte del *New Musical Express* y algunas revistas de música; no me duelen prendas cuando se trata de ir a Camden a ver películas en versión original subtitulada (ya puestos, las cinco mejores películas en V.O.S.: *Betty Blue, Subway, ¡Átame!, Mi hombre es un salvaje, La Diva*), pero en conjunto prefiero las películas americanas. (Las cinco mejores películas americanas, que es lo mismo que decir las cinco mejores películas de todos los tiempos: *El padrino, El padrino II, Taxi Driver, Uno de los nuestros y Reservoir Dogs*).

No tengo mala planta; de hecho, si ponemos por ejemplo a Mel Gibson en un extremo del espectro, y en el otro a Berky Edmonds, un tío de la escuela cuya grotesca fealdad era legendaria, calculo que estaría más decantado del lado de Mel, aunque no por mucho. Una novia que tuve me dijo una vez que me parecía un poco a Peter Gabriel, y Gabriel no está nada mal, ¿eh? Soy de estatura media, ni gordo ni delgado, no tengo ninguna desagradable pilosidad facial, suelo ir limpio y aseado, visto tejanos y camisetas y una chupa de cuero más o menos todo el año, salvo en verano, que es cuando dejo la chupa en casa. Voto al partido laborista. Tengo bastantes clásicos de comedia en vídeo: cosas de Monty Python, *Hotel Fawlty, Cheers*, etcétera. Entiendo de qué van las feministas casi en todos los aspectos, aunque no tanto las radicales.

Mi genio, si se puede decir así, consiste en combinar un montón de cualidades medias en una presentación compacta. Yo diría que hay millones de tíos como yo, pero en realidad no creo que sean tantos: muchos tíos tienen un gusto musical impecable, pero luego resulta que no leen; muchos tíos sí que leen, pero es innegable que tiran a gordos; muchos tíos simpatizan con la causa del feminismo, pero llevan una barba estúpida; muchos tíos tienen un sentido del humor digno del mejor Woody Allen, pero es que además son clavados a Woody Allen. Muchos tíos beben demasiado, muchos tíos hacen el idiota cuando conducen sus coches o sus motos, muchos tíos tienden a meterse en peleas o se las dan de tener dinero por un tubo o toman drogas. Yo la verdad es que no peco de nada de eso; si se me dan bien las mujeres no es por las virtudes que tengo, sino por las sombras que no tengo.

Aun así, uno tiene que entender cuándo ha perdido pie. Yo perdí pie con Charlie; después de mi aventura con ella, tomé la determinación de no perder pie nunca más, y por eso me pasé cinco años, hasta que conocí a Sarah, remojándome en la parte de la piscina que no cubre. Charlie y yo no encajábamos. Marco y Charlie encajaban a la perfección; Sarah y yo también encajábamos. Sarah era medianamente atractiva (tirando a pequeñita, flaca, con unos bonitos ojos castaños, algún diente torcido, melena castaña oscura hasta los hombros, aunque siempre parecía estar pendiente de un corte de pelo, al margen de la frecuencia con que fuese a la peluquería), y vestía con ropa que era más o menos como la mía. Sus cinco artistas musicales preferidos de todos los tiempos: Madness, Eurythmics, Bob Dylan, Joni Mitchell, Bob Marley.

Sus cinco películas preferidas de todos los tiempos: *National Velvet, La Diva* (¡eh!), *Gandhi, Desaparecido, Cumbres borrascosas*.

Y era una chica triste, en el sentido original que tiene la palabra. La había dejado dos años antes una especie de equivalente masculino de Charlie, un tío que se llamaba Michael y que quería llegar a ser alguien en la BBC. (Cosa que nunca consiguió, el muy pajillero, y cada día que pasaba y que no lo veíamos por televisión ni le oíamos por la radio, en el fondo nos alegrábamos los dos.) Fue su momento decisivo, tal como Charlie fue el mío, y cuando partieron peras, Sarah pasó una larga temporada jurándose que no volvería a liarse con nadie, tal como yo me había jurado dejar en paz a las mujeres, y sobre todo que ellas me dejasen en paz. Por eso pareció sensato poner fin conjuntamente a nuestras respectivas determinaciones, aunar nuestro aborrecimiento del sexo opuesto y comenzar a compartir cama al mismo tiempo. Todas nuestras amistades ya estaban emparejadas, nuestros respectivos trabajos parecían haberse endurecido, con esa dureza que da lo permanente, y nos daba miedo quedarnos solos durante el resto de nuestras vidas. A los veintiséis años, sólo las personas de una muy peculiar disposición anímica tienen miedo de quedarse solas durante el resto de sus vidas; los dos teníamos esa peculiar disposición. Todo parecía que ocurriese mucho más tarde de lo que en realidad estaba ocurriendo, y al cabo de unos meses ella se vino a vivir a mi piso.

No llenábamos ni una habitación. No quiero decir que no tuviéramos cosas suficientes: ella tenía montañas de libros (era profesora de inglés) y yo tenía cientos y cientos de discos, y el piso es bastante poca cosa. Llevo más de diez años viviendo aquí, y hay muchos días en que me siento como un perro de dibujos animados en su caseta. No, lo que pasa es que ninguno de los dos era demasiado ruidoso ni demasiado fuerte, de modo que cuando estábamos juntos a mí no se me iba de la cabeza la idea de que el único espacio que ocupábamos era el que necesitaban nuestros cuerpos. No podíamos proyectarnos hacia el exterior, tal como saben hacer algunas parejas.

A veces lo intentábamos en serio, por ejemplo cuando estábamos con otras personas aún más calladas que nosotros; nunca hablamos de por qué de pronto nos volvíamos más gritones y más parlanchines, pero estoy seguro de que los dos sabíamos muy bien qué estaba ocurriendo. Era para tener una compensación por el hecho de que la vida en realidad estuviese sucediendo en otra parte, de que en otra parte Michael y Charlie estuviesen juntos, pasándoselo mejor que nosotros con gente de más glamour que nosotros, y por eso armábamos un alboroto que era una especie de gesto de desafío, una fútil pero necesaria autoafirmación. (Esto suele verse por todas partes: abundan los jóvenes de clase media cuya vida les empieza a resultar decepcionante, y por eso hacen demasiado ruido en los bares, restaurantes y en las discotecas. «¡Miradme! ¡No soy tan pelma ni tan aburrido como pensáis! ¡Sé cómo divertirme!» Es patético. Yo me alegro de haber aprendido a quedarme en casa a rumiar mi mal humor.) El nuestro fue un matrimonio de conveniencia, tan cínico y

tan mutuamente ventajoso como el que más; yo de veras llegué a pensar que podría pasar mi vida con ella. Desde luego, no me habría importado. Era una tía que estaba bien.

Hay un chiste que vi una vez en una telecomedia —¿en *Un hombre en casa* tal vez?—, un chiste terriblemente malo, en el que un tío se liga a una chica desproporcionadamente gorda y con gafas para pasar la noche con ella, la emborracha y pasa a la ofensiva en cuanto la tiene en su casa. «¡Ay, que yo no soy de ésas!», chilla ella para defenderse. Él la mira boquiabierto, con cara de pasmo. «Pero… pero si tienes que serlo», dice. Me hizo mucha gracia cuando tenía dieciséis años, pero no había vuelto a pensar en ello hasta que Sarah me dijo que había conocido a otro y que… «Pero… pero no es posible», quise balbucear. No quiero decir que Sarah no estuviese de buen ver, porque no es verdad, ni mucho menos, y porque a ese otro tío está claro que ella le había gustado. Lo que quiero decir es que conocer a otro era algo totalmente contrario al espíritu de nuestro entendimiento. Todo lo que teníamos en común (nuestra admiración compartida por *La Diva*, a decir verdad, no nos duró mucho más allá de los primeros meses de convivencia) era lisa y llanamente que otros nos habían abandonado, y que en conjunto estábamos en contra del abandono: los dos éramos fervorosos antiabandonistas. Por eso, ¿cómo pude ser abandonado de nuevo?

Está claro que empezaba a portarme de modo poco realista. Se corre el riesgo de perder a una persona con la que vale la pena pasar el tiempo, es evidente, a menos que uno sea tan paranoico frente a la pérdida que escoja deliberadamente a una persona imperdible, a una persona que no pueda tener nunca el menor atractivo a ojos de los demás. Si uno va a optar por esta posibilidad descabellada, debe tener en cuenta de todos modos la hipótesis de que le salga el tiro por la culata, de que un tío llamado por ejemplo Marco, o en este caso Tom, aparezca y le haga puré todo el montaje. Pero yo no lo vi así en su momento. Lo único que vi claro es que había bajado a segunda división, o a tercera —es dudoso que estuviera en primera—, y que ni por ésas me había salido bien la jugada, lo cual me pareció causa más que suficiente para ponerme triste y autocompadecerme en abundancia. Y fue entonces cuando te conocí a ti, Laura, y vivimos juntos. Y ahora resulta que te has marchado. Por eso quiero que de todos modos sepas que en esto no constituyes ninguna novedad; si quieres llegar a entrar en la lista, tendrás que hacer algo más sonado. No soy tan vulnerable como cuando Alison o Charlie me abandonaron, tú tampoco has cambiado toda la estructura de mi vida, como hizo Jackie, ni tampoco me has hecho sentirme fatal, como hizo Penny (y no hay forma de que me humilles, como hizo Chris Thomson); además, soy más recio que cuando me dejó Sarah; por otra parte, a pesar de la pena negra y a pesar de lo mucho que dudas de ti mismo cuando te abandonan, de las dudas que entonces afloran a la superficie como burbujas salidas de lo más profundo, sé muy bien que tú no representabas mi última y mejor oportunidad para entablar una relación estable y duradera. Ya ves qué cosas. Estuvo

bien el intento: estuviste cerca, pero te faltó un pelo. Así que ya nos veremos un día de éstos.

Ahora…

1

Laura se va el lunes a primerísima hora, con un bolso de lona y una bolsa de plástico. Te inspira una total sobriedad, todo hay que decirlo, ver qué poca cosa se lleva esta mujer que adora sus cosas, sus teteras, sus libros, sus grabados, la pequeña escultura que se trajo de un viaje a la India; miro el bolso y pienso: joder, cuántas ganas tiene de dejar de vivir conmigo.

Nos damos un abrazo delante de la puerta. Está llorando un poco.

—No sé ni qué estoy haciendo, la verdad —me dice.

—Ya me doy cuenta —digo yo, una especie de chiste que tampoco lo es del todo —. Pero no hace falta que te vayas ahora. Te puedes quedar hasta cuando quieras.

—Gracias, pero ya hemos pasado lo más difícil, así que más vale, ya sabes…

—Bueno, quédate sólo a pasar esta noche.

Sin embargo, ella hace una mueca y agarra el pomo de la puerta.

Es una salida torpísima. Ella no tiene las manos libres, pero intenta abrir la puerta pese a todo, aunque no puede; se la abro yo, pero entonces le impido el paso sin querer, así que tengo que salir al rellano para dejarla salir, y ella tiene que sujetarme la puerta abierta, porque no tengo las llaves encima, y yo he de pasar a su lado encogiéndome, para pillar la puerta antes que se cierre tras ella. Eso es todo.

Lamento decir que me entra por algún sitio, a lo mejor por los dedos de los pies, un grandísimo sentimiento que es en parte liberación y en parte excitación nerviosa, un sentimiento que me barre el cuerpo entero como una oleada bien potente. Es una cosa que ya he sentido antes, y que por eso sé que no vale gran cosa. Es confuso, por ejemplo, porque no quiere decir que vaya a sentirme extasiado de felicidad durante las próximas semanas. Pero sí sé que debería hacer algo con él, disfrutarlo al menos mientras dure.

Es así como celebro mi regreso al Reino de la Soltería, que es algo así como el Reino de los Singles, tiene gracia: me siento en mi sillón, en el que se va a quedar aquí conmigo, y arranco a pellizcos el relleno del brazo; enciendo un cigarrillo a pesar de que es temprano y de que tampoco me apetece mucho, solamente porque ahora tengo total libertad para fumar en el piso cuando me venga en gana, sin que por eso se arme la menor trifulca. Me pregunto si ya conozco a la siguiente chica con la que voy a acostarme, o si será alguien que todavía me es desconocido; me pregunto qué aspecto tendrá, y si lo haremos aquí o en su casa, y me pregunto, en tal caso, cómo será su casa. Y decido que voy a pintar el logo de Chess Records en la pared del cuarto de estar. (En Camden Town había una tienda de discos que los tenía todos, el de Chess, el de Stax, el de la Motown, el de Trojan, troquelados a la entrada, sobre la pared de ladrillo. Quedaba fenomenal. A lo mejor puedo contratar al tío que hizo los troqueles y pedirle que me haga una versión algo más reducida aquí en casa.) Me siento estupendamente. Me siento muy bien. Me voy a trabajar.

Mi tienda se llama Championship Vinyl. Vendo música punk, blues, soul y rythm & blues, un poquito de ska, algunas cosillas indies, pop de los sesenta, en fin, de todo un poco, pero pensando más que nada en el coleccionista discográfico serio, que es lo que dice un rótulo irónicamente anticuado que hay en el escaparate. Estamos en una calle bastante tranquila de Holloway, situados estratégicamente para atraer a un mínimo de mirones; en realidad, no existe ninguna razón para venir por aquí, a menos que uno viva en la zona, y a la gente del barrio no parece interesarle gran cosa mi *Stiff Little Fingers* etiqueta blanca (te lo dejo en veinticinco libras: a mí me costó diecisiete en 1986), ni tampoco mi copia monoaural de *Blonde on Blonde*.

Voy tirando gracias a la gente que hace un esfuerzo especial por venir a comprar aquí los sábados —jóvenes, siempre hombres jóvenes con gafas a lo John Lennon, con chupas de cuero y los brazos cargados de bolsas de plástico— y gracias a los pedidos por correo: me anuncio en las páginas correspondientes de las revistas de música, y recibo cartas de jóvenes, siempre hombres jóvenes, de Manchester y de Glasgow, y hasta de Ottawa, hombres jóvenes dispuestos a gastar una cantidad desproporcionada de su tiempo buscando singles descatalogados de los Smiths y álbumes de Frank Zappa en los que destaque el rótulo GRABACIÓN ORIGINAL - NO REEDITADA. Tan poco les falta para estar locos de remate que, en el fondo, da lo mismo.

Llego tarde al trabajo. Dick ya está apoyado contra la puerta, esperándome, leyendo un libro. Tiene treinta y un años, lleva el pelo largo y algo sucio; hoy lleva una camiseta de los Sonic Youth, una chupa de cuero negro que intenta insinuar virilmente que ha conocido tiempos mejores, aunque la compró hace sólo un año, y un walkman con unos auriculares ridículamente desproporcionados, enormes, que no sólo le tapan las orejas, sino la mitad de la cara. Lo que lee es una edición de bolsillo de la biografía de Lou Reed. La bolsa de lona que tiene entre los pies —que sí ha visto tiempos mejores— anuncia un sello discográfico independiente, americano y violentamente moderno; le costó muchísimo esfuerzo hacerse con ella, y se pone nervioso cada vez que nos acercamos a la bolsa. La usa para llevar cintas de acá para allá; Dick ha oído casi toda la música que hay en la tienda, y prefiere llevarse cosas nuevas al trabajo —cintas que le prestan o le graban los amigos, piratas que ha encargado por correo— en vez de perder el tiempo escuchando lo que sea por segunda vez. («¿Te apetece venir a almorzar al pub, Dick?», le preguntamos Barry o yo mismo un par de veces por semana. Él mira con aire de plañidera su pila de casetes y suspira. «Me encantaría, pero aún tengo que escuchar todo eso, ya ves.»)

—Buenos días, Richard.

Se sujeta con evidente nerviosismo los cascos gigantescos, se desplaza uno a un lado de la oreja, el otro le cae encima del ojo.

—Ah, hola. Hola, Rob.

—Perdona por el retraso.

—Nada, no pasa nada.

—¿Qué tal el fin de semana?

Abro la cerradura de la tienda mientras él recoge sus cosas.

—Bien, bien, bien. Encontré en Camden el primero de Liquorice Comfits, el que trae «Testament of Youth». Aquí nunca se llegó a editar. Es importado de Japón.

—Joder, qué bien —le digo, pero no tengo ni idea de qué cojones está hablando.

—Te lo grabaré.

—Gracias.

—Lo digo porque a ti te gustó el segundo, o eso dijiste. *Pop, chicas, etc*. ¿Te acuerdas? Es el que lleva a Hattie Jacques en la portada. Pero tú no viste la portada, claro. Sólo tienes la cinta que te grabé yo.

Estoy seguro de que me hizo una cinta con un disco de Liquorice Comfits, y estoy seguro de que le dije que me había gustado. Tengo la casa llena de cintas que me ha grabado Dick, la mayor parte de las cuales no he oído nunca.

—¿Y tú qué tal? ¿Qué tal el fin de semana? ¿Algo bueno? ¿Nada bueno?

No consigo imaginarme qué clase de conversación tendríamos si le contase a Dick cómo me ha ido el fin de semana. Lo más probable es que se hiciera añicos si le explicase que Laura me ha dejado. A Dick no se le dan nada bien estas cosas; de hecho, si alguna vez le confesara algo de naturaleza lejanamente personal —por ejemplo, que tengo madre y padre, o que iba a la escuela cuando era más joven—, imagino que se pondría colorado, tartamudearía algo y terminaría por preguntarme si he oído el último álbum de los Lemonheads.

—Más o menos. De todo ha habido, ya se sabe.

Asiente. Está claro que he dado la respuesta correcta.

La tienda huele a humo rancio, a humedad, al plástico de las cubiertas protectoras; es angosta, deslucida, mugrienta, y está demasiado llena de cosas, no cabe ni un disco más, pero en parte porque es así como yo la quería, porque es así como han de ser las tiendas de discos, ya que sólo los fans de Phil Collins se interesan por esas otras que parecen tan limpitas y tan arregladas como un Habitat; también es en parte porque no me animo ni a hacerle una limpieza a fondo ni a cambiar la decoración de arriba abajo.

Hay expositores a ambos lados, y algunos más frente al escaparate, y compacts y casetes en las paredes, en vitrinas acristaladas, y más o menos eso es todo lo que contiene; a mí me parece que el tamaño es suficiente, sobre todo si se tiene en cuenta que no tenemos demasiados clientes, de modo que sí, la mayor parte de los días tiene un tamaño suficiente. La trastienda que hay al fondo es más grande incluso que la tienda, pero la verdad es que no tenemos nada en el almacén, aparte de unas cuantas cajas de discos de segunda mano que nadie se toma la molestia de etiquetar con un precio razonable, de modo que la trastienda sirve más que nada para tontear. Estoy bastante harto del aire que tiene la tienda y la trastienda también, si he de ser sincero. Tengo miedo de que cualquier día de éstos me dé un ataque, me vuelva majara,

arranque el móvil de Elvis Costello que cuelga del techo, tire por el suelo el cajón de los «Cantantes Country» (A-K), me marche a trabajar a un Virgin Megastore y no vuelva nunca más.

Dick pone un disco nada más entrar, algo que suena a psicodelia de la Costa Oeste, y prepara un café mientras yo repaso el correo; nos tomamos el café; él intenta después introducir con calzador algunos discos en los expositores que están llenos a reventar, mientras yo preparo un par de pedidos por correo; luego echo un vistazo al crucigrama rápido del *Guardian* mientras él lee una revista de rock americano de importación; después él mira el crucigrama del *Guardian* mientras yo leo la revista de rock americano de importación, y en un visto y no visto me toca a mí preparar un café.

A eso de las once y media, un borrachín irlandés que se llama Johnny entra dando tumbos. Suele venir a vernos unas tres veces por semana, y sus visitas han terminado por ser una rutina coreografiada con arreglo a un guión preestablecido, que ni él ni yo tenemos ningunas ganas de cambiar. En un mundo hostil e imprevisible como este en el que vivimos, los dos confiamos el uno en el otro para que no nos falle nunca algo con lo que podemos contar.

—Lárgate, Johnny —le digo.

—¿Qué pasa, tú? ¿Es que mi dinero no te vale, o qué? —dice.

—Tú no tienes dinero, y aquí no tenemos nada que te apetezca comprar, ¿vale?

Ése es el pie para que se lance a tararear con entusiasmo «All Kinds of Everything», de Dana, lo cual me sirve a mí de pie para salir del mostrador y llevármelo hacia la puerta, y así él sabe que le toca arrojarse hacia uno de los expositores, gesto que me sirve para abrir la puerta con una mano, aflojarle con la otra la mano con que él se sujeta al expositor, y sacarlo a la calle de un empellón. Hace ya un par de años que ideamos este conjunto de movimientos, así que ahora nos lo sabemos de corrido.

Johnny es nuestro único cliente antes de comer. Éste no es un trabajo para los que albergan ambiciones desaforadas.

Barry no aparece por la tienda hasta después del almuerzo, cosa que no es tan infrecuente como pudiera parecer. Tanto Dick como Barry fueron contratados en su día para trabajar sólo a tiempo parcial, tres días cada uno, pero poco después de contratarlos empezaron ambos a presentarse a diario, sábados incluidos. No supe cómo reaccionar —si en realidad no tenían nada mejor que hacer, ni mejor sitio en que pasar el día, yo tampoco quería, bueno, ya se sabe, llamar la atención sobre ese particular, no fuera a desatar sin querer quién sabe qué clase de crisis espiritual—, así que les subí un poco el sueldo y lo dejé correr. Barry interpretó la subida del sueldo como señal para que redujese sus horas en la tienda, así que no le he vuelto a subir el sueldo. Hace cuatro años de eso, y nunca ha dicho ni pío.

Entra en la tienda tarareando un *riff* de los Clash. La verdad sea dicha: «tararear» no es la palabra más adecuada para describir lo que hace, porque viene haciendo ese sonido de guitarra que hacen todos los niñatos, el que se hace poniendo morritos, apretando los dientes y dándole a la lengua con un «¡TRAN-TRRAAN!» bien potente. Barry tiene treinta y tres tacos.

—¿Qué tal, tíos? ¡Eh, Dick! ¿Qué coño has puesto, tío? Suena fatal. —Pone cara de asco y se tapa la nariz—. ¡Fuá!

Barry tiene la virtud de intimidar a Dick, hasta el extremo de que Dick no suele decir ni palabra cuando Barry está en la tienda. Yo sólo me meto cuando Barry empieza a ponerse pesado y se pasa de ofensivo, así que me limito a ver cómo Dick alarga la mano hacia el aparato de alta fidelidad y quita la cinta que había puesto.

—Muchas gracias, tío. En el fondo, Dick, eres como un niño. Hay que andar vigilándote a todas horas. Pero no sé por qué me toca vigilarte a mí. Eh, Rob, ¿tú no te habías dado cuenta de lo que estaba poniendo? ¿De qué vas, tío?

Habla sin parar, y todo lo que dice le sale más o menos atropellado. Habla mucho de música, pero también habla de libros (de Terry Pratchett, o de cualquier otra cosa en la que salgan monstruos, planetas y esas historias), y habla de películas y de mujeres. Pop, chicas, etc., como decía el disco de los Liquorice Comfits. Pero su conversación no pasa de ser una simple enumeración: si ha visto una buena película, no te describe la trama ni tampoco qué sensaciones tuvo al verla, sino que te dice en qué lugar de su lista de mejores películas del año figura, o en qué lugar de su lista de mejores películas de la década o de mejores películas de todos los tiempos: piensa y habla solamente en listas de los cinco o los diez mejores de lo que sea, hábito por el cual también a Dick y a mí nos da por confeccionar nuestras listas. Y a todas horas nos pide que redactemos incluso nuestras listas: «Venga, tíos. Las cinco mejores pelis de Dustin Hoffman.» O solos de guitarra, o discos grabados por artistas ciegos, o números de Gerry y Sylvia Anderson («No puedo creer que hayas puesto el del Capitán Escarlata en el número uno, Dick. ¡Si el menda era inmortal! ¿Qué gracia tiene eso?»), o caramelos que se vendan en frascos de cristal («Si alguno de los dos ponéis los Rhubarb y los Custard entre los cinco primeros, dimito ahora mismo»).

Barry se mete la mano en el bolsillo de la chupa, saca una cinta, la pone en la pletina y sube el volumen de un golpe. En cuestión de segundos, la tienda tiembla al ritmo de la línea de bajo de «Walking on Sunshine», de Katrina and the Waves. Estamos en pleno mes de febrero, hace frío, posiblemente va a llover. Laura se ha ido. No tengo ningunas ganas de oír «Walking on Sunshine». No sé por qué, pero está claro que no encaja con mi estado de ánimo.

—Quita eso, Barry —tengo que gritar, como el capitán de un bote salvavidas en plena galerna.

—No puedo ponerlo más alto.

—No he dicho que lo subas, gilipollas. He dicho que lo quites.

Se echa a reír y se va hacia la trastienda, tarareando a voz en cuello la parte de los vientos: «¡Da DA! Da da da da da-da da-da da-da-da.» Termino por apagarlo yo mismo y Barry vuelve a la tienda.

—¿Qué haces?

—¡Te he dicho que no quiero oír «Walking on Sunshine», joder!

—Pues es mi nueva cinta: mi cinta especial para los lunes por la mañana. La monté ayer por la noche, especialmente para hoy.

—Vale, tío, pues resulta que es lunes por la tarde, ¿te queda claro? Haberte levantado antes de la cama, joder.

—Y me habrías dejado ponerla por la mañana, ¿a que sí?

—No. Pero al menos así tengo una excusa perfecta.

—¿Es que no te apetece oír algo que te anime, algo que meta un poco de calor en tus miserables y envejecidos huesos?

—No.

—Entonces, ¿qué te apetece oír cuando estás cabreado?

—Yo qué sé. Cualquier cosa. Pero no «Walking on Sunshine», eso seguro.

—Vale, pues ya la corro para adelante.

—¿Qué has metido después?

—«Little Latin Lupe Lu».

Se me escapa un gemido.

—¿La de Mitch Ryder and the Detroit Wheels? —pregunta Dick.

—No, hombre. La de los Righteous Brothers. —A Barry se le nota que está a la defensiva. Salta a la vista que nunca ha oído ni hablar de la versión de Mitch Ryder.

—Ah, bueno. Bueno. Da igual. —Dick nunca llegaría al punto de decirle a Barry que se acaba de hacer un lío, pero está claro que se lo da a entender.

—¿El qué? —dice Barry poniéndose de uñas.

—Nada.

—No, venga. ¿Qué les pasa a los Righteous Brothers?

—Nada. Pero yo prefiero la otra —dice Dick con un punto de mansedumbre.

—Vaya mierda.

—¿Cómo va a ser una mierda expresar una preferencia? —digo.

—Si es la preferencia menos apropiada, mierda es lo suyo.

Dick se encoge de hombros y sonríe.

—¿A qué viene eso? ¿A qué viene esa sonrisita, eh?

—Barry, déjalo en paz. Da lo mismo. No pensamos oír ese coñazo de «Little Latin Lupe Lu», ¿te queda claro? Déjalo estar, anda.

—¿Desde cuándo se ha convertido esta tienda en un régimen fascista?

—Desde que tú has traído esa cinta infumable.

—Lo único que pretendía era animarnos un poco, joder. Sólo eso. En fin, lo siento mucho. Anda, poned cualquiera de esas músicas de hijos de puta tristones y acabados, a mí me importa un pepino.

—Tampoco quiero música de ningún hijo de puta tristón. Lo único que quiero oír es algo que me entre por un oído y me salga por el otro.

—Hostia, qué bien. Ésa es la gracia que tiene trabajar en una tienda de discos, ¿a que sí? Ya entiendo; se trata de poner cosas que no te apetezca escuchar. Pues yo había pensado que esta cinta nos iba a dar mucho que hablar. Pensaba preguntaros por vuestros cinco discos preferidos para oír un lunes por la mañana, un lunes lluvioso. Total, que vosotros me lo habéis estropeado.

—Ya lo haremos el lunes que viene.

—¿Y para qué vamos a dejarlo para el lunes que viene, tío?

Y así seguimos y seguiremos, probablemente durante el resto de mi vida, al menos mientras siga trabajando. Me gustaría hacer la lista de los cinco mejores discos que no te hacen sentir nada; de ese modo, Dick y Barry podrían hacerme un gran favor. Cuando llegue a casa, pienso poner algo de los Beatles. Seguramente *Abbey Road*, aunque a lo mejor programo el compact para saltarme «Something». Los Beatles eran como los cromos que venían con los chicles, o eran *Help* un sábado por la mañana en el cine del barrio, y aquellas guitarras de juguete con las que cantaba «Yellow Submarine» a voz en cuello cuando íbamos de excursión con el colegio, siempre en el último asiento del autobús. Son sensaciones que me pertenecen por entero, que no son mías y de Laura, ni mías y de Charlie, ni mías y de Alison Ashworth. Aunque me hagan sentir algo, no será nada malo.

2

Me preocupaba un poco cómo iba a ser la vuelta a casa esta noche, pero no ha estado mal: esa ingobernable sensación de bienestar, en la que tampoco se puede confiar demasiado, no me ha abandonado. Además, está claro que no siempre será así, que no siempre seguirán estando sus cosas ahí delante. Bien pronto se lo llevará todo, y el aire de barco abandonado que tiene el piso —el libro de Julian Barnes a medio leer en la mesilla de noche; las bragas en el cesto de la ropa sucia— bien pronto se habrá volatilizado. (A propósito: las bragas de las mujeres me supusieron una terrible decepción en cuanto empecé a cohabitar con ellas. La verdad, nunca me he recuperado del pasmo que me supuso descubrir que las mujeres son como son, que hacen lo que hacen y que luego pasa lo que pasa: se reservan las mejores prendas para esas noches en que saben que van a dormir en compañía. Cuando vives con una mujer, esas prendas indefinibles, esos trozos de tela desvaída, encogida, habitualmente comprados en las rebajas de Marks & Spencer, aparecen de pronto colgados de todos los radiadores de la casa, y tus lascivos sueños de adolescente, tu idea de que la edad madura iba a ser un tiempo en el que estarías rodeado de lencería exótica para siempre jamás…, todos esos sueños se desmoronan y se hacen polvo.)

Aparto de en medio las pruebas de los traumas sufridos anoche: el edredón del sofá, los pañuelos de papel arrugados, las tazas de café en cuyo fondo aceitoso y frío flotan un par de colillas, y pongo a los Beatles. Cuando he oído *Abbey Road* y los primeros temas de *Revolver*, abro la botella de vino blanco que trajo Laura el otro día, y me siento a ver los episodios de *Brookside* que tengo grabados.

Así como las monjas terminan por tener la regla al mismo tiempo, la madre de Laura y la mía han terminado misteriosamente por sincronizar sus llamadas semanales. La primera que llama es la mía.

—Hola, cariño, soy yo.

—Hola.

—¿Va todo bien?

—Bueno, no va mal.

—¿Qué tal ha ido la semana?

—Vaya, ya sabes…

—¿Qué tal la tienda?

—Así, así. Con altibajos, claro.

Si fuese realmente con altibajos, sería fantástico. Eso de los altibajos supondría que hubo algunos días mejores que otros, que hubo clientes que vinieron, compraron y se fueron. Pero, francamente, no ha sido el caso.

—Tu padre y yo estamos muy preocupados por esto de la recesión.

—Claro, tienes razón.

—Suerte tienes de que a Laura le vaya tan bien. Si no fuera por ella, no creo que ninguno de los dos pudiéramos conciliar el sueño.

Mamá, se ha ido. Me ha echado a los perros. La muy puta se ha largado y me ha dejado más solo que la una… No, no, no. No puedo. No parece el momento adecuado para las malas noticias.

—Más vale que gane de sobra y que no tenga que preocuparse de una tienda llena de discos antiguos de música pop…

¿Cómo describir, me digo, el modo en que todo el que haya nacido antes de 1940 pronuncia la palabra «pop»? Llevo más de dos décadas oyendo esa burlona explosión monosílaba, la cabeza adelantada, la expresión idiotizada que se les pone (porque los fans de la música pop son idiotas) durante el instante que les cuesta escupir delicadamente la palabra.

—… me extraña que no te obligue a vender y a buscarte un trabajo como Dios manda. Y es de extrañar más aún que haya seguido tanto tiempo contigo. Yo te habría abandonado a tu suerte hace una pila de años.

Aguanta, Rob. No dejes que te provoque. No muerdas el anzuelo. No… Bah, a la mierda.

—Bueno, pues la verdad es que ahora sí me ha abandonado a mi suerte. Supongo que estás de enhorabuena.

—¿Adónde ha ido?

—¿Y yo qué coño sé? Se ha ido, eso es todo. Se ha largado. Ha desaparecido.

Sigue un largo, un larguísimo silencio. Es un silencio tan largo que hasta oigo a medias una discusión televisiva entre Jimmy y Jackie Corkhill, sin oír en cambio un solo suspiro que denote sufrimiento telefónico.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Ahora sí que oigo algo: el sonido del llanto quedo de mi madre. ¿Qué será lo que pasa con las madres? Mejor dicho, ¿qué está pasando aquí? De adulto, sabes de un modo u otro que, según la vida sigue, pasarás cada vez más tiempo cuidando de la persona que empezó cuidándote a ti; es lo normal. En cambio, mi madre y yo invertimos los papeles cuando sólo tenía nueve años. Todo lo malo que me haya pasado durante las últimas dos décadas —los castigos y las expulsiones de la escuela, las malas notas, la expulsión del politécnico, romper con mis sucesivas novias— ha terminado siempre así, con mi madre visible o audiblemente trastornada. Habría sido mucho mejor para los dos que yo me largase a Australia por ejemplo cuando tenía quince años, que llamase a casa una vez por semana y que diese cuenta de una serie de triunfos ficticios. A cualquier otro chaval de quince años le hubiese resultado muy duro vivir por su cuenta, en la otra punta del mundo, sin dinero y sin amigos y sin familia, sin trabajo y sin cualificación, pero a mí no me hubiera costado nada. Si se compara con la necesidad de aguantar estas pesadeces semana tras semana, habría sido coser y cantar.

No es…, no es justo, así de claro. Nunca ha sido justo. Desde que me fui de casa, lo único que ha hecho es quejarse, preocuparse y remitirme recortes del periódico local, en los cuales se informaba al personal de los éxitos menores de mis antiguos compañeros de clase. ¿Es eso ser un buen padre, una buena madre? Para mi gusto, no. Lo que yo necesito es simpatía, comprensión, consejos, dinero de vez en cuando, y no por fuerza en ese orden, aunque todos ésos son conceptos desconocidos en el mundo en que ellos viven.

—Yo estoy bien, si es eso lo que te trastorna.

Sé de sobra que no es eso lo que la trastorna.

—Sabes de sobra que no es eso lo que me trastorna.

—Coño, pues es lo que debería tenerte preocupada, ¿no te parece? ¿No te parece, mamá? Mira, me acaban de abandonar. No estoy para tirar cohetes, ¿sabes? —Y tampoco es que esté por los suelos, todo hay que decirlo: los Beatles, media botella de Chardonnay y unos episodios de *Brookside* han surtido efecto—. Bastante jodido estoy como para aguantar tu retahíla de siempre.

—Ya sabía yo que esto terminaría por pasar.

—Pues si ya lo sabías, ¿por qué estás tan disgustada?

—Rob, ¿qué es lo que vas a hacer?

—Verás: me voy a beber el resto de una botella de vino que he abierto hace un rato delante de la tele. Luego me iré a dormir, mañana me levantaré y me iré a trabajar.

—¿Y después?

—Conocer a una buena chica, tener hijos.

Es la respuesta correcta.

—Ay, si fuera así de fácil…

—Lo será, te lo prometo. La próxima vez que hablemos, lo habré resuelto todo.

Está casi sonriendo; se lo noto por teléfono. Empiezo a ver un punto de luz al final del largo y oscuro túnel telefónico.

—Pero ¿qué dijo Laura? ¿Sabes al menos por qué te ha dejado?

—La verdad es que no.

—Pues yo sí.

Me invade una pasajera y repentina alarma, hasta que entiendo qué se propone.

—No, mamá; no tiene nada que ver con el matrimonio, si es eso lo que estás insinuando.

—Eso lo dirás tú, pero ya me gustaría oír lo que dice ella.

Tranquilo. No dejes que te… No te cebes… Bah, a la mierda.

—Mamá, ¿cuántas veces tendré que aguantarte esto, por Dios? Laura no quería casarse, te lo aseguro. No es una chica de esas que tú te piensas, por usar la frase hecha. Ahora las cosas ya no son como tú te crees.

—No sé cómo son las cosas, aparte de que siempre es lo mismo: conoces a una chica, se va a vivir contigo, te deja. Conoces a una chica, se va a vivir contigo, te

deja. Siempre igual.

Supongo que se ha marcado un punto a su favor.

—Anda, mamá, calla de una vez, ¿quieres?

La señora Lydon llama unos minutos más tarde.

—Hola, Rob. Soy Janet.

—Hola, señora Lydon.

—¿Qué tal estás?

—Bien, ¿y usted?

—Bien, gracias.

—¿Y Ken?

El padre de Laura no está precisamente como una rosa: tiene angina de pecho, y tuvo que acogerse a la jubilación anticipada.

—No va mal. Con sus achaques, ya sabes. Oye, ¿está Laura?

Qué interesante. No ha llamado a su casa para decir nada. ¿Será tal vez un indicio de culpabilidad?

—No, me temo que no está. Se ha quedado en casa de Liz. ¿Quiere que le diga que le llame?

—Sí, pero si no vuelve muy tarde.

—De acuerdo, sin problema.

Y ésa es posiblemente la última vez que hablamos en la vida. «Sin problema»: las últimas palabras que digo a una persona con la que he tenido una razonable proximidad antes de que nuestras vidas adquieran rumbos muy distintos. Es raro, ¿eh? Te pasas las vacaciones de Navidad en casa de una persona, te preocupas por las operaciones quirúrgicas que le tienen que hacer, le das abrazos, besos, le regalas flores, la ves incluso en bata de andar por casa…, y de golpe, ¡zas!, se acabó. Se acabó para siempre. Y tarde o temprano habrá otra madre, otra Navidad, más venas varicosas. Son todas iguales. Sólo cambia la dirección, el distrito postal, el color de la bata de andar por casa.

3

Estoy en la trastienda intentando poner un poco de orden, cuando oigo de lejos una conversación entre Barry y un cliente, un hombre de mediana edad a juzgar por la voz; por lo que dice, no está muy al día que digamos.

—Estoy buscando un disco para mi hija, para regalárselo por su cumpleaños. «I Just Called to Say I Love You.» ¿Lo tienen?

—Desde luego —dice Barry—. Desde luego que lo tenemos.

Sé de sobra que el único single de Stevie Wonder que tenemos en estos momentos es «Don't Drive Drunk». Lo tenemos desde hace una pila de años. Y nunca hemos podido quitárnoslo de encima, ni siquiera rebajándolo a sesenta peniques. ¿A qué estará jugando?

Me acerco al mostrador para ver qué se cuece. Ahí está Barry, de pie, sonriéndole. El tío parece un tanto aturullado.

—Entonces, ¿me lo puede vender? —pregunta, esbozando una media sonrisa de alivio, como un niño pequeño que en el último segundo se ha acordado de añadir el «por favor» de turno.

—No, lo siento mucho, pero no puedo.

El cliente, que tiene bastantes más años de los que supuse en principio, lleva una gorra de tela impermeabilizada y una gabardina beige bastante sucia. Parece clavado en el sitio. Para empezar, yo no quería entrar en este agujero infernal y ruidoso, se ve lo que está pensando. Para colmo, este tío me va a enredar.

—¿Por qué no?

—¿Cómo dice?

Barry ha puesto algo de Neil Young, y en este preciso instante le ha dado a Neil la vena eléctrica.

—¿Por qué no?

—Pues porque es una mierda sentimentaloide, una horterada. Por eso. ¿Me explico? ¿O es que tiene este local pinta de ser una de esas tiendas de tres al cuarto en las que se venden porquerías como «I Just Called to Say I Love You», eh? Ande, lárguese de aquí y no pierda el tiempo.

El viejo se da la vuelta y se larga. Barry se ríe por lo bajo, encantado de la vida.

—Un millón de gracias, Barry. Eres un chollo.

—¿Qué pasa, tío?

—Que acabas de acojonar a un puto cliente, eso es lo que pasa. ¿Te parece poco?

—A ver, a ver, a ver. Un momento: no teníamos lo que quería. Sólo me he reído un poco de él, y además no te cuesto ni un penique.

—No se trata de eso.

—Entonces, ¿de qué coño se trata?

—Se trata, escúchame bien, de que no quiero volver a oírte hablar así a nadie que entre en la tienda. Nunca más. ¿Está claro?

—¿Y por qué no? ¿De veras crees que ese viejo zoquete iba a convertirse en un cliente habitual?

—No, no es eso… Escúchame, Barry. ¿Sabes qué pasa? Que el negocio no va tan bien como pueda parecer. Ya sé que antes les meábamos en la oreja a todos los que venían pidiendo algo que no nos hiciera gracia, pero eso se tiene que acabar.

—Cojones, si hubiésemos tenido el disco, se lo habría vendido, y así tendríamos cincuenta peniques o puede que una libra más que ahora, pero sin meada en la oreja, y tampoco le habríamos visto el pelo nunca más. Vaya negocio.

—¿Se puede saber qué te ha hecho ese tío?

—Sabes muy bien qué me ha hecho. Me ha ofendido con su gusto lamentable.

—Si el gusto ni siquiera era suyo, hombre; si venía a comprar un disco que le había pedido su hija…

—Te estás reblandeciendo con los años, Rob. No sé si te acuerdas, pero hubo un tiempo en que lo habrías echado a patadas.

Tiene razón, es verdad. Pero parece como si hubiera sido hace mucho tiempo. Lo que pasa es que ya no me enrolla nada tanta mala leche.

El martes por la noche me dedico a reorganizar mi colección de discos; es una cosa que suelo hacer en época de altibajos emocionales. Habrá gente a quien le parezca una forma bastante aburrida de pasar una velada, pero yo no estoy entre ellos. Mi vida es mía, es ésta, y resulta agradable sumergirse en ella hasta los codos, tocarla con los dedos.

Cuando Laura estaba aquí conmigo, tenía los discos ordenados alfabéticamente; antes los había clasificado por orden cronológico, empezando por Robert Johnson y terminando no sé por dónde, por Wham!, por algún africano, por lo que estuviera escuchando cuando nos conocimos Laura y yo. Esta noche, en cambio, me apetece algo muy distinto, así que voy a intentar recordar el orden en que los he ido comprando: de esa forma espero escribir mi propia autobiografía, pero sin tener que molestarme en coger la pluma. Saco los discos de los estantes, los coloco en montones por el suelo del cuarto de estar, busco *Revolver* y empiezo por ahí; cuando he terminado, me siento de puta madre, ya que a fin de cuentas ése soy yo. Me agrada ver cómo he pasado de Deep Purple a Howling Wolf en veinticinco jugadas; ya no me reconcome recordar la melodía de «Sexual Healing», que escuché mientras duró una larga temporada de celibato forzoso, ni me avergüenza tampoco acordarme de que formé un club de rock en la escuela, una estupenda idea para reunirme con los demás chavales de octavo y charlar de Ziggy Stardust y de *Tommy* hasta hartarnos.

Pero lo que de veras me gusta es la sensación de seguridad que me produce mi nuevo sistema clasificatorio; así me he convertido en algo más complejo de lo que

soy en realidad. Tengo unos dos mil discos, y ahora hay que ser yo, o tener como mínimo el doctorado en Flemingología, para saber por dónde encontrar cualquiera de ellos. Si me apetece poner, es un decir, *Blue*, de Joni Mitchell, tengo que acordarme de que lo compré para regalárselo a una persona en el otoño de 1983, y que me lo pensé mejor y que decidí quedármelo, por razones en las que ahora no me apetece entrar. Vaya, vaya: de todo eso no tienes ni la menor idea, ¿eh? Así que estás que no sabes ni por dónde te hallas, ¿no? Pues tendrás que pedirme que te lo encuentre, y por alguna razón esto me resulta de lo más reconfortante.

El miércoles sucede algo bastante extraño. Johnny entra en la tienda, canturrea «All Kinds of Everything», intenta llevarse un fajo de fundas, y terminamos bailando nuestro baile de siempre hasta salir de la tienda, pero de repente se retuerce, me mira a la cara y me pregunta a bocajarro si estoy casado.

—No, no estoy casado, Johnny. No. ¿Y tú?

Se echa a reír a la vez que oculta la cara a la altura de mi sobaco: tiene una manera de reír poco menos que terrorífica, una risa de maníaco, que apesta a alcohol y a tabaco y a vómito, y que termina con una explosión de flemas.

—¿Tú crees que estaría tan jodido como estoy si tuviera una mujer? —me espeta a la cara.

No le digo nada; me concentro tan sólo en acompañarle hasta la puerta para darle el bote, pero la tosca y triste apreciación de sí mismo que acaba de hacer Johnny ha llamado la atención de Barry; puede que aún esté dolido por lo que le dije anteayer, y se inclina sobre el mostrador.

—No te serviría de nada, Johnny. Rob tiene en casita a una mujer encantadora, y ya lo ves. Está que da pena verlo. Lleva un corte de pelo lamentable. Tiene espinillas. Lleva un jersey que da asco. Los calcetines, grimosos. La única diferencia que hay entre Rob y tú, Johnny, es que tú no tienes que pagar todas las semanas el alquiler del local.

Ésas son las lindezas que me dedica Barry casi a todas horas. Hoy, no sé por qué, no se lo aguanto, y le miro de esa manera que ha de darle a entender, se supone, que se calle la boca, pero que él interpreta como una invitación para seguir pasándose conmigo todo lo que le dé la gana.

—Rob, conste que lo hago por tu bien. Llevas el jersey más feo que he visto nunca. De verdad, nunca he visto un jersey que le siente tan mal a nadie, quiero decir, a nadie con quien yo me hable, claro, que por la calle se ve cada cosa… Es una desgracia para la raza humana. David Coleman nunca se pondría una cosa así en *A Question of Sport*; John Noakes habría hecho que lo detuvieran por delito contra la moda. Val Doonican le habría echado un vistazo y…

Echo a Johnny de la tienda, lo dejo plantado en la acera, cierro de un portazo; agarro a Barry por las solapas de su chaqueta de ante y le digo que si le oigo decir

una más de sus chorradas patéticas, inútiles e intolerables, una sola más en toda mi vida, lo mataré con mis propias manos. Cuando lo suelto, estoy temblando de rabia.

Dick sale de la trastienda y se pone a dar saltitos.

—Eh, tíos —susurra—. Eh, eh, tíos.

—¿Y tú qué pretendes, pedazo de idiota comemierda? —me pregunta Barry—. Como me hayas roto la chaqueta, me la vas a pagar bien gorda.

Eso es lo que ha dicho: «Me la vas a pagar bien gorda.» Joder. Acto seguido, sale de la tienda hecho una furia.

Voy a sentarme en el escalón de la trastienda, y veo a Dick aparecer por la puerta.

—¿Estás bien?

—Sí, lo siento. —Prefiero tomar la salida más fácil de todas las posibles—. Mira, Dick. Resulta que no tengo una mujer estupenda esperándome en casa. Se ha marchado. Oye, si volvemos a ver a Barry alguna vez, a lo mejor tú podrías decírselo.

—Claro, claro que se lo diré, Rob. No hay problema. No hay ningún problema. Se lo diré la próxima vez que lo vea, descuida —dice Dick.

No digo nada. Le hago un gesto de asentimiento.

—Tengo…, tengo otras cosas que decirle, así que no hay problema. Le diré lo de, ya sabes, lo de… Laura, se lo diré cuando le diga todo lo demás —dice Dick.

—Vale, tío.

—Bueno, claro que empezaré por contarle lo tuyo antes de ir a lo mío. A todo esto, lo mío no es gran cosa. No es más que un concierto en el Harry Lauder mañana por la noche. Por eso se lo diré antes. Buenas noticias y malas noticias, más o menos —dice Dick. Se ríe con evidente nerviosismo. Mejor dicho, malas noticias y buenas noticias, porque a él le gusta la persona que va a tocar mañana en el Harry Lauder; una mirada de horror le cruza un momento por la cara—. Quiero decir que, bueno, que también le gustaba Laura, no quería decir eso. Y también le caes bien tú, ya lo sabes; lo que pasa es que…

Le digo que no se apure, que ya sé qué quiere decir, y le pido que me prepare un café.

—Claro, cómo no. Mira, Rob… ¿Quieres…, quieres que hablemos de, bueno, de todo eso?

Por un momento, casi me siento tentado: una conversación de hombre a hombre con Dick sería una experiencia única en la vida. Pero termino por decirle que no hay nada que decir, y por un instante hasta me parece que está a punto de darme un abrazo.

4

Nos vamos los tres al Harry Lauder. Todo va como la seda con Barry; Dick le puso al corriente cuando volvió por la tienda, y ahora los dos se desviven por cuidarme. Barry me ha hecho una elaborada y anotada cinta recopilatoria, y Dick ahora repite sus preguntas hasta cuatro y cinco veces, en lugar de las dos o tres habituales. Los dos insistieron a su manera en que fuese al concierto con ellos.

El Lauder es un pub enorme, con unos techos tan altos que el humo de los cigarrillos se condensa allá arriba, como si fuese una nube de tebeo. Es un sitio espacioso, algo gastado; a los asientos les han vaciado el relleno de cualquier manera, la gente que trabaja en el local tiene cara de pocos amigos, y los clientes con pinta de habituales o son terroríficos o están casi inconscientes; los servicios son húmedos y malolientes, no hay nada que comer en la barra, el vino es pésimo, la cerveza tiene demasiado gas y está demasiado fría; dicho de otra manera, es un pub corriente y moliente, como tantos otros del norte de Londres. No venimos mucho por aquí, aunque está bastante cerca. Aquí suelen tocar esos grupos punk de tercera regional, por los que más de uno pagaría la mitad del jornal a cambio de no tener que aguantarlos. De uvas a peras, que es lo que pasa esta noche, actúa algún que otro oscuro artista americano de folk o de country, de esos que podrían llegar con todos sus admiradores en el mismo coche. El pub estará más o menos a un tercio de su aforo, no está nada mal; cuando entramos, Barry señala a Andy Kershaw y a un tío que escribe en el *Time Out*. El Lauder no podría estar más a tope de marchoso.

La mujer a la que hemos venido a ver se llama Marie LaSalle; sacó un par de discos en solitario en un sello independiente, y Nanci Griffith grabó una versión de uno de sus temas. Dick comenta que ahora vive aquí; ha leído en alguna parte que Inglaterra le parece más abierta al tipo de música que hace, y eso querrá decir seguramente que somos más indiferentes que activamente hostiles. Hay un montón de tíos solos, y no quiero decir solteros, sin pareja, sino solos, sin amigos. Con semejante compañía, los tres (Dick, tímido y nerviosillo; Barry, atento a censurar lo que sea; yo, monosilábico y reservado) parecemos compañeros de trabajo en una salida nocturna oficial y en masa.

No hay teloneros, sino un destartalado equipo de música por el que suena bastante mal música de country-rock escogida con gusto, eso sí. La gente anda por ahí, con las jarras de cerveza en la mano, hojeando los folletos que les han dado a la entrada. Marie LaSalle aparece en escena (aunque eso es mucho decir: sólo hay una pequeña tarima con un par de micrófonos, pocos metros delante de nosotros) a las nueve en punto; a las nueve y cinco, con intensa irritación y no menos vergüenza por mi parte, se me escapan las lágrimas y se volatiliza ese mundo en el que no sentía nada, en el que he estado viviendo los últimos días.

Hay un montón de canciones que he procurado evitar desde que se fue Laura, pero la canción con la que abre Marie LaSalle su actuación, la canción que me hace llorar, no es una de ellas. La canción que ahora me hace llorar nunca me había hecho llorar así; la verdad es que la canción que me hace llorar es de las que antes me daban ganas de vomitar. Cuando fue un éxito yo estaba en el politécnico; cuando sonaba en la gramola del bar (la ponía invariablemente un estudiante de geografía o una chica que estudiaba magisterio) Charlie y yo nos quedábamos con los ojos en blanco y nos metíamos los cuatro dedos en la boca. No creo que se nos pueda acusar de esnobs por afirmar una verdad como la copa de un pino. Total, la canción que me hace llorar es la versión que hace Marie LaSalle de «Baby, I Love Your Way», el tema de Peter Frampton.

Imagínate: ahí de pie con Barry y con Dick, éste con su camiseta de los Lemonheads, escuchamos una versión de Peter Frampton y se me escapan las lágrimas. ¡Peter Frampton, joder! «Show Me the Way!» ¡Qué horterada! ¡Y aquella especie de bolsa en la que soplaba, de modo que la guitarra le sonaba como la voz del Pato Donald! *¡Frampton Comes Alive*, aquel doble directo que fue número uno en las listas de Estados Unidos durante más o menos setecientos veinte años! ¡Un disco que seguramente compraron todos los cabezas huecas pasados de rayas que había entonces en Los Ángeles! Ya comprendo que estaba necesitadísimo de algún síntoma que me indicase el tremendo trauma sufrido por los últimos acontecimientos, coño, pero no había por qué llegar a estos extremos, digo yo. ¿No podía haberse conformado Dios con algo igual de horroroso, pero al menos tolerable, como un viejo éxito de Diana Ross o incluso un tema de Elton John?

Además, la cosa no quedó así. A resultas de la versión que hace Marie LaSalle de «Baby, I Love Your Way» («Ya sé que no debería gustarme esta canción, pero me gusta», dice con una sonrisa descarada cuando termina), me encuentro de golpe metido en dos estados de ánimo aparentemente contradictorios: por un lado echo de menos a Laura con una pasión que no había sentido para nada en estos cuatro días; por otro, me acabo de enamorar de Marie LaSalle.

Son cosas que pasan. Bueno, al menos les pasan a los tíos. O a este tío en particular. Sí, a veces me pasa. Es difícil explicar cómo y por qué te ves de pronto arrastrado en dos direcciones distintas; está claro que hace falta una buena dosis de irracionalidad, de ensoñación, aunque de todos modos existe en ello una lógica. Marie es bien bonita, muy de ese estilo de americana casi bizca, sin llegar a serlo: se parece a Susan Dey tal como era después de *La familia Partridge y* antes de *La ley de Los Ángeles*, sólo que está un poco más rellena. Si te va a dar la ventolera de enamorarte rendida y espontáneamente de una chica, te podría salir mucho peor. (Un sábado por la mañana, nada más levantarme, puse la tele y de pronto me quedé chiflado por Sarah Greene, la de *Going Live*. No se me ocurrió decir ni pío sobre ese enamoramiento, claro.) Además, tiene encanto, al menos por lo que he podido ver hasta ahora: cuando por fin se le pasa el cuelgue que tiene con Peter Frampton y se

pone a tocar sus canciones, descubro que son buenas, que te llegan, que tienen gracia y que son delicadas. Durante toda la vida he tenido ganas de acostarme —no, de tener una relación amorosa— con una cantante: me gustaría que compusiera sus canciones en casa, que me preguntase qué opinión me merecen, que quizás incluyese alguna de nuestras bromas privadas en la letra de una, que me diera las gracias en los créditos del disco, que incluyese, por qué no, una foto mía en la funda, perdida entre otras muchas, y que me dejara ver sus actuaciones desde el *backstage* o desde un lateral del escenario, aunque es verdad que en el Lauder parecería un perfecto gilipollas, porque la tarima carece de laterales: estaría de pie, solo, a la vista de todo el mundo.

Así pues, lo de Marie es fácil de comprender. Lo de Laura requiere más explicaciones, aunque en el fondo creo que se trata de esto: la música sentimental tiene la especial cualidad de llevarte hacia atrás en el tiempo a la vez que te lleva hacia delante, y por eso te sientes nostálgico y esperanzado a la vez. Marie es la parte positiva y esperanzada; puede que no sea ella necesariamente, pero sí alguien que se le parezca, alguien que sepa transformarme. (Es exactamente eso: siempre pienso que las mujeres me van a salvar, me van a conducir a una vida mejor que esta que llevo, que me van a transformar y a redimir.) Y Laura es la parte retrospectiva, la última chica a la que amé, así que al oír esos acordes de guitarra acústica tan dulces y pegadizos me vuelvo a inventar el tiempo que estuvimos juntos. No me doy ni cuenta, y de pronto nos veo a los dos en el coche, intentando cantar los coros de «Dove Hurts», riéndonos al comprobar lo mal que nos salían las armonías. En la vida real, eso es algo que no hicimos nunca. Nunca cantamos en el coche, nunca nos reímos —faltaría más— cuando algo nos salía mal. Por eso no debería estar escuchando música pop en estos momentos.

Esta noche, la verdad es que no importa ni lo uno ni lo otro. Marie podría acercárseme cuando ya estuviera a punto de marcharme, proponerme que comiésemos algo juntos; si no, podría irme a casa, y Laura estaría allí sentada, tomándose un té y esperando el perdón hecha un manojo de nervios. Los dos sueños pintan igual de atractivos. Cualquiera de los dos me haría muy feliz.

Marie hace un descanso al cabo de una hora. Se sienta en la tarima y se bebe a morro una botella de Budweiser.

Un tío aparece a su lado y coloca una caja de cintas sobre la tarima. Las vende a cinco libras y noventa y nueve peniques, pero como no tiene cambio cuestan en realidad seis libras. Los tres le compramos una, y nos entra el pánico cuando ella nos dirige la palabra.

—¿Lo estáis pasando bien?

Los tres asentimos con un gesto.

—Estupendo, porque yo me lo estoy pasando en grande.

—Qué bien —digo. Parece que por ahora no sabría decir nada mejor.

Sólo tengo un billete de diez libras, así que me quedo esperando como un pasmarote a que el tío de las cintas saque del bolsillo cuatro libras en monedas.

—Tengo entendido que vives en Londres, ¿verdad? —le pregunto.

—Pues sí. Bastante cerquita de aquí.

—¿Y te gusta? —pregunta Barry. Qué idea: a mí no se me hubiese ocurrido.

—Sí, está bien. Eh, colegas, seguramente vosotros tenéis que saber si hay por aquí alguna tienda de discos de las buenas. ¿O tengo que ir al centro?

¿De qué serviría molestarse? Está claro que somos de los que saben seguro si hay o no tiendas de discos. Se nos tiene que ver en la cara, y es verdad.

Barry y Dick casi se caen de la prisa que se dan en contestar.

—¡Éste tiene una!

—¡Éste tiene una, sí!

—¡En Holloway!

—No tiene pérdida; está al final de Seven Sisters Road.

—¡Se llama Championship Vinyl!

—¡Nosotros trabajamos en la tienda!

—¡Seguro que te encanta!

—¡Tienes que ir a verla!

Ella se ríe a gusto por ese arranque de entusiasmo.

—¿Qué música tenéis?

—Un poco de todo lo bueno. Blues, country, soul añejo, nueva ola…

—Qué guapo.

Hay otro que quiere hablar con ella, así que nos dedica una simpática sonrisa y se vuelve a atenderle. Volvemos los tres a donde estábamos viendo su actuación.

—¿Para qué le habéis hablado de la tienda? —les pregunto a los dos.

—Vaya, no sabía que fuera un secreto —contesta Barry—. Ya sé que no nos sobran los clientes, pero supuse que eso era mejor no decírselo, ¿no? No creo que sea la mejor estrategia para el negocio.

—Seguro que si viene no compra nada.

—Seguro, tío. Por eso nos ha preguntado si conocemos alguna buena tienda de discos, porque lo que quiere es venir a hacernos perder el tiempo.

Me doy perfecta cuenta de que me estoy portando como un idiota, pero no quiero que Marie LaSalle vaya a mi tienda. Si va, a lo mejor empieza a gustarme de verdad, y entonces me pasaría los días esperando a que viniese, y cuando por fin viniese me portaría como un bobo, con los nervios de punta, probablemente terminaría invitándola a una copa no sin dar antes muchos rodeos, como un patoso, y ella no me seguiría el juego, con lo cual sí que me sentiría como un gilipollas, o bien rechazaría de plano mi invitación, y me sentiría como un gilipollas. Al volver a casa después de la actuación ya me voy preguntando si vendrá mañana mismo, si eso querrá decir algo; y si quiere decir algo, me pregunto a cuál de los tres le dirá algo, aunque seguramente Barry no tiene nada que rascar.

Coño. Cómo me jode todo esto. ¿A qué edad hay que llegar para que deje de pasarte?

Cuando llego a casa me encuentro dos mensajes en el contestador: uno de Liz, la amiga de Laura, y otro de la propia Laura. Van como sigue:

1. Rob, soy Liz. Te llamaba para saber, vaya, para saber qué tal te va, si estás bien. Llámanos un día de éstos, ¿vale? Eeeh… Conste que no pienso ponerme de parte de uno ni de otro, al menos por ahora. Un besazo, adiós.
2. Hola, soy yo. Necesito un par de cosas. ¿Me puedes llamar al trabajo mañana por la mañana? Gracias.

Un demente podría interpretar miles de cosas en cualquiera de las dos llamadas; los cuerdos llegarían a la conclusión de que la primera llamada es afectuosa y cálida, y que la segunda es la llamada de una persona a la que le da lo mismo. Yo no soy un demente.

5

Llamo a Laura a primera hora. Al marcar el número me pongo enfermo, y me pongo peor aún cuando la telefonista pasa la llamada. Antes me reconocía, pero ahora no noto nada en su voz. Laura quiere pasar por casa el sábado por la tarde, cuando yo esté trabajando, para recoger más ropa interior. Me parece perfecto. Ahí tendríamos que haber dejado la conversación, pero yo intento entablar otra conversación distinta, cosa que a ella no le agrada, porque está trabajando, a pesar de lo cual yo insisto, hasta que me cuelga el teléfono cuando poco le falta para echarse a llorar. Me siento como un imbécil, pero son cosas que no sé evitar. Nunca he sabido cómo.

Me pregunto qué diría si supiera que estaba simultáneamente tenso ante la posibilidad de que Marie visite la tienda. Acabamos de tener una conversación por teléfono en la cual le he insinuado que me ha jodido la vida, cosa que, mientras dura la llamada, me he creído del todo. Ahora, en cambio, me preocupa qué ropa me voy a poner, cosa que puedo hacer sin asomo de desconcierto, sin una gota de insatisfacción; me preocupa más si estoy mejor con barba de tres días o bien afeitado; me pongo a pensar en la música que pondré hoy en la tienda.

A veces parece que si la única manera que tiene un hombre de juzgar si es o no agradable, si tiene o no decencia, es mediante sus relaciones con las mujeres o, mejor dicho, con las mujeres con que ha tenido o puede tal vez tener una relación sexual. Es muy fácil ser agradable con tu compañera. La invitas a una copa, le regalas una cinta hecha especialmente para ella, la llamas para preguntarle qué tal está… Hay muchísimos métodos rápidos e indoloros de convertirse en un buen chico. En cambio, cuando se trata de tu novia es mucho más espinoso ser constantemente delicioso. Un buen día caminas sin hacer ruido, limpias la taza del retrete, expresas tus sentimientos y haces todas esas cosas que se supone que ha de hacer un tío moderno; al día siguiente, eres un manipulador, estás malhumorado, eres un tramposo, andas de mentira en mentira incluso con las mejores. Yo no lo entiendo.

Llamo a Liz a primera hora de la tarde; me contesta con simpatía. Me dice que lo siente muchísimo, que qué buena pareja hacíamos, que a Laura yo le había hecho mucho bien, que la había ayudado a centrarse, a salir de sí misma, a pasárselo bien y a dejarse de preocupaciones; me dice que la había convertido en una persona más simpática, más tranquila y relajada, que la había llevado a interesarse por cosas distintas de su trabajo, que era lo único que le importaba antes. No es que Liz use exactamente estas palabras; ésa es mi interpretación. Entiendo que quiere decir eso cuando comenta que hacíamos una buena pareja. Me pregunta cómo estoy, si me cuido; me dice que el tío ese, el tal Ian, no le parece gran cosa. Quedamos en vernos la semana próxima para tomar una copa. Cuelgo.

¿Quién cojones es el tal Ian?

Marie llega a la tienda poco después. Estamos los tres dentro. Estaba sonando su cinta, y cuando la veo entrar intento quitarla antes de que se dé cuenta, pero no lo hago con suficiente rapidez, así que termino quitándola cuando ella iba a decir algo a propósito, la vuelvo a poner, se me suben los colores. Ella se ríe. Me voy a la trastienda y ya no salgo. Barry y Dick se encargan de atenderla; compra cintas por valor de setenta libras.

¿Quién cojones es el tal Ian?

Barry explota al entrar en la trastienda.

—Marie nos ha incluido en la lista de invitados de la actuación que va a dar en el White Lion, ¿qué me dices? Nos ha invitado a los tres.

En el transcurso de la última hora me he humillado delante de una persona por la que estoy interesado, y he descubierto que mi ex tenía un lío con otro. No quiero saber nada de la lista de invitados del White Lion.

—Me parece fenomenal, Barry, fenomenal. ¡Invitados al White Lion! Sólo tenemos que ir a Putney, y luego volver, y nos habremos ahorrado cinco libras cada uno. Qué cosas, esto de tener amigos influyentes, ¿verdad?

—Hombre, podemos ir en tu coche.

—Yo no tengo coche, tío. El coche es de Laura, se lo ha quedado Laura, a ver si te enteras. Así que una de dos: pasamos dos horas en el metro o pillamos un taxi, que nos va a costar… cinco libras a cada uno. Cojonudo, ¿eh?

Barry se encoge de hombros, como si dijera: ¿qué se puede hacer con este tío? Y se larga. Me siento fatal, pero no le digo nada.

No conozco a nadie que responda al nombre de Ian. Laura no conoce a nadie que se llame Ian. Hemos estado juntos durante tres años, y nunca le he oído hablar de ningún Ian. En su trabajo no hay ningún Ian. No tiene ningún amigo que se llame Ian, no tiene amigas que tengan un novio llamado Ian. No me atrevería a decir que no haya conocido a un Ian en toda su vida; seguro que había uno en la facultad, aunque no en el colegio, porque iba a un colegio femenino. Total, estoy convencido de que desde 1989 Laura vivía en un universo en el que no existía Ian.

Esta certeza, este descreimiento casi ateo en la inexistencia de Ian, me dura hasta que llego a casa. En el alféizar de la ventana que hay junto a la entrada común a todos los pisos, donde dejamos el correo, hay tres sobres entre el montón de cartas de restaurantes de servicio a domicilio y de tarjetas de minitaxis: una factura a mi nombre, una carta del banco para Laura… y una factura de la televisión por cable a nombre del señor I. Raymond (Ray para los amigos y, más en concreto, para sus vecinos), el tío que hasta hace mes y medio vivía en el piso de arriba.

Cuando entro en casa estoy temblando, enfermo. Sé que tiene que ser él; lo he sabido nada más ver la carta. Recuerdo que Laura subió a verle un par de veces; recuerdo que Laura… no es exactamente que flirtease con él, pero sí se pasó los

dedos por el pelo varias veces, sí le sonrió con gesto de tontear, más de lo que hubiera sido estrictamente necesario, cuando vino a casa a tomar una copa por Navidad. Desde luego, es su tipo: aires de muchachito extraviado, bien educado, atento, con la melancolía justa para parecer interesante. Nunca me cayó muy bien. Ahora mismo, qué coño, lo aborrezco.

¿Cuánto tiempo…? ¿Cuántas veces…? La última vez que hablé con Ray, con Ian, el día antes de que se mudara a otro piso…, ¿estarían ya liados? ¿Subiría ella a su casa las noches en que yo salía por ahí? ¿Sabrán algo John y Melanie, la pareja que vive en la planta baja? Paso un buen rato buscando la tarjeta que nos dio con su nueva dirección, pero no la encuentro: es ominoso y es significativo que haya desaparecido así, a no ser que yo mismo la tirase a la basura, en cuyo caso es mayor si cabe ese ominoso significado. (¿Qué haría si la encontrase? ¿Le llamaría por teléfono? ¿Me pasaría por su domicilio, a ver si está bien acompañado?)

Ahora empiezo a recordar algunas cosas: sus pantalones de peto, la música que ponía (africana, latina, búlgara, cualquier basura étnica que estuviera de moda esa semana); me acuerdo de su risa histérica, nerviosa, que me repateaba; me acuerdo del espantoso olor a cocina que dejaba por toda la escalera, de las visitas que se quedaban en su casa hasta muy tarde, que se pasaban de copas y hacían demasiado ruido al marcharse. No recuerdo nada mínimamente bueno de ese tipo.

Me las arreglo para que no aflore el peor recuerdo, el más doloroso, el más perturbador, pero sólo hasta que me acuesto, que es cuando oigo a la mujer que ahora vive arriba: hace un ruido del demonio al ir de un lado a otro abriendo y cerrando los armarios. Es lo peor de todo, es lo que dejaría empapado de un sudor gélido a cualquier hombre (¿a cualquier hombre?) que estuviese en la situación en que me encuentro yo: *a veces le oíamos fornicar*. Oíamos los ruidos que hacía él, los ruidos que hacía ella, y conste que fueron dos o tres compañeras de cama durante el tiempo en que los tres —los cuatro, si contamos a la que estuviese en la cama con Ray— estuvimos separados por unos cuantos metros cuadrados de tarima chirriante y de yeso desconchado.

—Aguanta un buen rato el tío —le dije a Laura una noche en que estábamos despiertos los dos en la cama, mirando al techo.

—Tiene que ser un chollo —dijo Laura. Fue una broma, y nos reímos: ja, ja, ja. Los dos a la vez. Ahora no me hace ninguna gracia: nunca he oído una broma que me inspirase más náuseas, más paranoias, más inseguridad, más autocompasión y más temor, más dudas.

Cuando una mujer abandona a un hombre, y ese hombre se siente desdichado… (es verdad: después de la insensibilidad, después del ridículo optimismo, después de encogerme de hombros diciendo «¿qué más da?», me siento desdichado, aunque aún me gustaría aparecer en las fotos del próximo disco de Marie), ¿en el fondo es esto lo que sucede? A veces me lo parece, a veces no. Pasé por esto mismo después de lo de

Charlie con Marco: me los imaginaba juntos, *dale que te pego*, e imaginaba la cara de Charlie contraída por una pasión que yo nunca fui capaz de suscitar.

Aunque no me apetezca nada (porque lo que quiero es estar hecho polvo, darme pena, celebrar mi ineptitud: es lo que uno hace en momentos así), debería decir que en todo momento pensé que las cosas iban francamente bien por ese frente. Lo pensé. Sin embargo, en mis amedrentadas imaginaciones Charlie se mostraba tan entregada, tan abandonada y tan alborotada como cualquier personaje de una película porno. Era un juguete en manos del tal Marco; respondía a todas sus caricias con aullidos de goce orgásmico. No hay en la historia de la humanidad una sola mujer que haya gozado más del sexo que esa Charlie, con Marco, en mis suposiciones más descabelladas.

Pero eso no fue nada, porque carecía de fundamento en la realidad. Por lo que sé, Marco y Charlie nunca llegaron a consumar su relación, y Charlie se ha pasado la década transcurrida desde entonces intentando recuperar el éxtasis apacible y modoso de aquellas noches que pasamos juntos los dos, sólo que fracasando miserablemente en el empeño. Ahora bien, sí sé de buena tinta que Ian era una especie de amante endemoniado, como también lo sabe Laura. Si yo lo oí todo, está claro que ella también. La verdad es que me jodía; pensé que a ella también le jodía todo aquel estrépito. Ahora ya no estoy tan seguro. ¿Será ésa la razón de que se fuese? ¿Me dejó porque le apetecía probar un poco de aquello que se cocía en el piso de arriba?

En realidad, no sé por qué importará tanto. Ian podría ser mejor que yo a la hora de hablar, de cocinar, de trabajar, o en casa, o para ahorrar; podría ganar más que yo, o gastar más y mejor que yo, o entender mejor los libros o las películas; podría ser más simpático que yo, más guapo y presentable, más inteligente, más generoso de espíritu, mejor ser humano en cualquier sentido que se quiera considerar… y a mí me daría lo mismo, de veras lo digo. Tengo asumido que uno no puede ser bueno en todo, lo comprendo; sé que tengo una trágica carencia de habilidad y de conocimientos en cuestiones muy importantes. De todos modos, el sexo es distinto: saber que tu sucesor es mejor que tú en la cama es algo imposible de asumir, y sigo sin saber por qué.

Tengo muy claro que esto es una bobada como la copa de un pino. Por ejemplo, tengo muy claro que el mejor rollo de cama que he tenido en mi vida no fue importante; el mejor rollo de cama lo tuve con una chica que se llamaba Rosie, con la que me acosté sólo cuatro veces. No fue suficiente; me refiero al rollo de cama, por bueno que fuese, y no a las cuatro veces, que sí que fueron más que suficientes. Me volvía loco y yo la volvía loca; los dos teníamos pillado el tranquillo de corrernos a la vez (para mí, esto es lo que se entiende cuando alguien habla de un buen rollo de cama, al margen de lo que digan las sexólogas sobre la conveniencia de compartirlo todo, de tener consideración por el otro, de hablar en la cama, de variar de postura y de utilizar unas esposas si hace al caso), pero eso no sirvió de nada.

Así pues, ¿qué es lo que me pone tan enfermo al pensar en Ian y en Laura? ¿Por qué me importa tanto que aguante muchísimo sin parar de follar, comparándolo con

lo que aguanto yo? ¿Por qué no se me va de la cabeza el ruido que ella hacía conmigo y el alboroto que armará con él? En el fondo, supongo que es así de simple: que aún oigo a Chris Thomson, el adúltero de Neanderthal cargado de testosterona que tuve que aguantar en segundo de bachillerato, el que me llamó anormal cuando me dijo que le había tocado las peras a mi novia. Y su voz me pone del hígado.

De noche, tengo uno de esos sueños que en realidad no lo son, un montón de imágenes en las que aparece Laura en la cama con Ray, o Marco follándose a Charlie; me alegro de haberme desvelado a media noche, porque eso quiere decir que el sueño ha terminado. Ese placer nada más dura unos segundos, porque todo se me cae de golpe encima: que Laura está follando de veras con Ray en algún lugar (bueno, puede que no exactamente ahora, porque son las 3.56 de la madrugada, aunque teniendo en cuenta su resistencia, su *incapacidad de llegar al clímax*, je, je, nunca se sabe); se me cae de golpe encima que yo en cambio estoy aquí, en este piso de mierda, a solas, y que tengo treinta y cinco años, que soy dueño de un negocio que no marcha del todo bien, que mis amigos no parecen amigos de verdad, sino personas cuyos números de teléfono no he perdido con el paso del tiempo. Y si me volviese a dormir y durmiera cuarenta años seguidos, y si despertase desdentado, con el hilo musical de fondo, en un asilo de ancianos, no me preocuparía demasiado, porque lo peor de la vida, que es lo que aún me queda por vivir, habría terminado. Ya ni siquiera tendría que suicidarme.

Me empieza a rondar la idea de que es importante tener algo en marcha en otra parte, ya sea en casa o en el trabajo; si no, no haces más que aguantar el tirón de mala manera. Si viviese en Bosnia, estar sin novia no me parecería lo más importante del mundo. Aquí, en Crouch End, sí que lo es. Te hace falta todo el lastre que puedas reunir para que no se te lleve la corriente; te hace falta gente a tu alrededor, que pasen cosas; si no, la vida parece una película cuyo presupuesto se ha agotado, cuando ya no quedan platós, exteriores, actores, técnicos, y no hay más que un solo tío que mira por el visor de la cámara sin nada mejor que hacer, sin nadie con quien hablar. ¿Quién se iba a creer a ese personaje? Tengo que conseguir más cosas, lo que sea; tengo que meter en mi vida más historias, más detalles, porque corro el riesgo de caerme por un precipicio.

Al día siguiente, en la tienda, una mujer me pregunta si tengo algo de soul, de «alma». Me entran ganas de responder que depende: unos días sí, otros no. Hace unos días se me había agotado, y ahora tengo una burrada, demasiado, más alma de la que puedo aguantar. Ojalá pudiera repartirla de forma más equitativa, con más equilibrio. No puedo solucionarlo. Me doy cuenta de que a esa mujer no tienen por qué

interesarle mis problemas de control del stock interno, así que le indico dónde está el soul, ahí al lado de la salida, al lado del blues.

6

Exactamente a la semana de marcharse Laura, recibo una llamada de una mujer que vive en Wood Green: dice que tiene unos cuantos singles que a lo mejor me pueden interesar. En general, nunca me tomo la molestia de hacer recogidas a domicilio, pero esta mujer sí parece saber de qué está hablando: me murmura algún dato suelto sobre las etiquetas blancas, las fundas con imágenes y otras cuantas cosas más, por todo lo cual me da en la nariz que no estamos hablando de esa media docena de discos algo rayados, casi todos de la Electric Light Orchestra, que se olvidó su hijo al irse de casa.

Vive en una casa inmensa, una de esas casas que parecen haber llegado a Wood Green desde quién sabe qué otra parte de Londres. No es que sea particularmente simpática conmigo. Tendrá cuarenta y bastantes años; gasta un bronceado que no parece de fiar, y me mira con cara de pocos amigos. Aunque viste tejanos y camiseta, los tejanos llevan el nombre de un diseñador italiano allí donde debería estar el nombre del señor Wrangler o del señor Levi, y la camiseta lleva abundante pedrería cosida en la pechera, formando el símbolo de la paz.

No sonríe, ni tampoco me ofrece una taza de café ni me pregunta si he encontrado la casa sin problemas a pesar de la lluvia helada que cae sin cesar y que me impedía hace un rato ver el callejero que tenía abierto delante de las narices. Me hace pasar sin más a un estudio que hay a un lado del recibidor, enciende la luz y me señala los singles —hay cientos, conservados además en cajas de madera hechas a medida, de encargo— que hay en la estantería. Y me deja que me las componga yo solo.

En las estanterías que recorren la pared entera no hay un solo libro: solamente álbumes, compacts, cintas y un buen equipo de alta fidelidad; las cintas están numeradas con etiquetas, lo que siempre es señal de que nos las vemos con una persona bastante seria. Hay un par de guitarras apoyadas contra la pared, y también una especie de ordenador que parece capaz de darte alguna que otra alegría musical y creativa, si es que sientes esa inclinación.

Me subo a una silla y voy bajando al suelo las cajas de singles. Habrá siete u ocho en total, y aunque las dejo en el suelo procurando no fijarme demasiado en lo que contienen, sin querer me llama la atención el primer single de la última caja: es un James Brown de la King, treinta años de antigüedad, de modo que se me hace la boca agua sólo de pensar en el festín que me aguarda.

Cuando me pongo a repasar como es debido, entiendo que tengo entre manos el cargamento que siempre soñé encontrar, siempre, desde que empecé a coleccionar discos. Hay singles de los Beatles en edición especial y limitada para los clubs de fans; está la primera docena de singles de los Who, y hay originales de Elvis, de principios de los sesenta; hay montones de singles de blues y de soul, y… ¡un ejemplar del «God Save the Queen», de los Sex Pistols, editado por la A&M! ¡No lo

había visto en mi vida! Y… ¡oh, no! ¡Oh, no! ¡Dios, no! Está «You Left the Water Running», de Otis Redding, en la edición especial hecha siete años después de su muerte, retirada inmediatamente del mercado por su viuda porque no le…

—¿Qué te parece?

Me mira apoyada contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados, una media sonrisa por la cara de bobo que seguramente se me habrá puesto.

—Es la mejor colección que he visto en mi vida.

No tengo ni idea de qué puedo ofrecerle. El lote debe de valer al menos seis o siete de los grandes, y ella lo sabe. ¿De dónde voy a sacar tanta pasta?

—Pues dame cincuenta libras y te los puedes llevar todos hoy mismo.

Me la quedo mirando: acabamos de dar oficialmente el salto a Chistelandia Fantástica, que es donde aparecen esas viejecitas que te pagan unos buenos dineros para convencerte de que te lleves sus muebles estilo Chippendale. Lo que pasa es que no me las estoy viendo con una viejecita, y ella sabe de sobra que lo que tiene ahí vale muchísimo más de cincuenta libras. ¿Qué está pasando?

—¿Son robados?

Se echa a reír.

—No creo que me hubiese valido la pena, ¿verdad que no?, llevarme todo este lote por una ventana para sacar en total cincuenta libras. No, son de mi marido.

—Entiendo. ¿Así que últimamente no se lleva demasiado bien con él?

—Ni me llevo ni me dejo de llevar. Se ha largado a España, a no sé qué costa, con una chavala de veintitrés años. Una amiga de mi hija, para más señas. Y ha tenido el morro de llamarme y pedirme dinero prestado. Yo le he dicho que no, así que me ha pedido que venda su colección de singles y que le envíe el cheque por lo que saque, quedándome un diez por ciento de comisión. Ahora que me acuerdo, asegúrate de darme un billete de cinco libras, porque quiero enmarcarlo y colgarlo de la pared.

—Le tiene que haber costado muchísimo tiempo reunir esta colección, ¿sabe?

—Sí, años enteros. Esta colección es más o menos el único éxito que ha tenido en toda su vida.

—¿Tiene trabajo?

—Él dice que es músico, pero… —Hace una mueca de incredulidad y de desprecio—. No hace otra cosa que gorronearme y pasarse el día ahí sentado, con el culo cada vez más gordo, mirando los sellos de los discos.

Imagínate: vuelves a casa y te encuentras con que se han pulido tus singles de Elvis y tus singles de James Brown, tus singles de Chuck Berry y todos los demás por cuatro perras, por puro despecho. ¿Qué harías? ¿Qué dirías?

—Mire, ¿no puedo pagarle como es debido? Ni siquiera tendría que decirle a él cuánto ha sacado por los singles: le manda las cuarenta y cinco libras y el resto se lo gasta en lo que quiera, o lo da para obras de caridad, o lo que sea.

—No, ése no es el trato. Quiero ser odiosa pero justa.

—Bueno, lo siento. Yo… prefiero no tener nada que ver con este asunto.

—Como quieras. Seguro que hay otros muchos que sí.

—Ya, lo sé de sobra. Por eso estoy intentando llegar a un acuerdo. ¿Qué le parece mil quinientas? Lo más probable es que la colección valga cuatro veces más.

—Sesenta.

—Mil trescientas.

—Setenta y cinco.

—Mil cien. Y de ahí no bajo.

—Pues yo no pienso vendértela por más de noventa.

Los dos estamos sonriendo. Es difícil imaginar otras circunstancias en las que pudiera darse semejante negociación.

—Es que así mi marido podría permitirse el lujo de volver a casa, ¿entiendes? Y eso sí que no, de ninguna manera.

—Lo lamento, pero creo que lo mejor será que busque a otro.

Cuando regrese a la tienda me pondré a llorar a moco tendido, a llorar como un crío durante un mes entero, pero es que no puedo animarme a hacerle a ese tío semejante putadón.

—Por mí, estupendo.

Me levanto para marcharme, pero me vuelvo a arrodillar. Sólo quiero echar una última mirada con calma.

—¿No me podría vender solamente este single de Otis Redding?

—Desde luego que sí. Diez peniques y es tuyo.

—Venga, por favor. Déjeme pagarle diez libras; por mí, como si después quiere regalar todos los demás.

—Hecho, pero sólo porque te has tomado la molestia de venir hasta aquí, y porque eres un tío con principios. Y sólo por esta vez. No pienso vendértelos uno a uno.

Y así es como voy hasta Wood Green y vuelvo con un «You Left the Water Running» que está nuevecito, y que me ha costado sólo diez libras. No está mal para una sola mañana de trabajo. Barry y Dick se quedarán impresionados, pero si alguna vez se enteran de todos los Elvis y los James Brown, de todos los Jerry Lee Lewis y los Pistols y los Beatles que se han quedado allí, sufrirán un inmediato *shock* traumático posiblemente grave y yo tendré que darles asistencia terapéutica, y así…

¿Cómo leches he terminado poniéndome de parte del malo de la película, del cabronazo que ha dejado a su mujer y se ha largado a España con una nínfula? ¿Cómo es que no consigo sintonizar con lo que siente su mujer? No sé, a lo mejor tendría que ir derecho a casa y pulir la escultura de Laura, dársela a alguien que luego la haga pedazos y la use de relleno; a lo mejor me sentaría muy bien. Pero sé que no lo haré. Lo único que veo es la jeta de ese cabrón cuando reciba su patético cheque por correo, y sólo siento una desesperada, dolorosa compasión por él.

Sería estupendo poder contar que la vida está llena de incidentes exóticos como éste, pero no es así. Dick me graba el primer disco de los Liquorice Comfits, tal como me prometió; Jimmy y Jackie Corkhill dejan de reñir, al menos de momento; la madre de Laura ya no llama, pero mi madre sí. Se le ha ocurrido que a lo mejor Laura sentirá más interés por mí si me apunto a unas clases nocturnas… de lo que sea. Estamos de acuerdo en que no estamos de acuerdo, o, en todo caso, termino por colgarle el teléfono diciéndole que me deje en paz. Y voy con Dick y con Barry en minicab al White Lion para ver actuar a Marie, y es verdad que nuestros nombres figuran en la lista de invitados que maneja el tío de la puerta. El trayecto nos cuesta exactamente quince libras, pero eso no incluye la propina, y la cerveza negra está a dos libras la pinta. El White Lion es más pequeño que el Lauder, así que parece medio lleno, en vez de dos tercios vacío, y es más agradable, y hay incluso un telonero, un terrible cantautor local al que se le acabó el mundo después de «Tea for the Tillerman», de Cat Stevens, y no con un estruendo, sino con un quejido.

Buenas noticias: 1) No lloro mientras canta «Baby, I Love Your Way», aunque sí me siento un pelín enfermo. 2) Nos saluda en plena actuación: «Eh, ¿no son esos de allí Barry, Dick y Rob? Me alegro de veros, colegas.» Y luego añade, para información del público presente: «¿No habéis estado nunca en su tienda? Se llama Championship Vinyl y está por el norte de Londres. ¿No? Pues deberíais ir, os la recomiendo.» Y la gente se vuelve a mirarnos, y los tres nos miramos con timidez, y Barry está a punto de echarse a reír por lo bajo, el muy gilipollas. 3) Todavía tengo ganas de salir un día en los créditos de un álbum, donde sea, a pesar de que esta mañana, cuando fui a trabajar, estaba hecho unos zorros, pues me había pasado la mitad de la noche en vela, fumando cigarros liados con restos de colillas apagadas y bebiendo licor de plátano y echando de menos a Laura. (¿Ésa es una buena noticia? Puede que sea bastante mala, es verdad, la prueba definitiva de que estoy como una cabra, pero es una buena noticia porque demuestra que todavía me queda una especie de ambición, y que el hilo musical no es la única visión del futuro que se me presenta.)

Ahora, las malas: 1) Marie saca a un tío para que cante con ella los bises. Es un menda que comparte micrófono con ella, pero con un grado de intimidad que no me hace ninguna gracia, y que le hace los armónicos en «Love Hurts», que la mira y la remira mientras canta, pero de una manera que me lleva a pensar que está por delante de mí en la cola de los que esperamos salir en uno de sus discos un buen día. Marie sigue teniendo aire de Susan Dey, y este tío —nos lo presenta diciendo que es nada menos que «T-Bone Taylor, el secreto mejor guardado de todo Texas»— parece una versión remozada de Daryl Hall, el del dúo Hall and Oates, si es que hay quien pueda imaginar a semejante monstruo. Tiene el pelo muy rubio y muy largo, los pómulos marcados, mide más de dos metros y medio, pero tampoco le faltan sus buenos musculitos (lleva un chaleco tejano sin camisa debajo), y canta con un vozarrón al lado del cual el tío que hace los anuncios de Guinness resultaría incluso baboso, una

voz tan profunda que parece aterrizar de un golpetazo en el escenario y rodar hacia nosotros como si fuese una bala de cañón.

Ya sé que en estos momentos no ando muy sobrado de autoestima, sobre todo sexual; ya sé que a las mujeres no les interesan por fuerza el cabello largo y rubio, los pómulos marcados, la estatura; ya sé que a veces les da por el cabello castaño y tirando a corto, los pómulos que no se notan y cierta anchura corporal, pero, sin embargo… ¡Si es que basta con echarles un vistazo! ¡Susan Dey y Daryl Hall! ¡Encima, entrelazando las líneas melódicas de «Love Hurts»! ¡Si es que casi mezclan la saliva de uno con la del otro! Menos mal que el otro día, cuando vino a la tienda, me había puesto mi camisa preferida; si no, es que no hubiese tenido nada que rascar.

Fin de las malas noticias. Eso es todo.

Cuando termina la actuación, recojo la chupa del suelo y me marcho.

—Sólo son las diez y media —dice Barry—. Venga, vamos a tomar otra.

—Ve tú si quieres. Yo me piro. —No me apetece nada tomar una copa con un tío que encima se hace llamar T-Bone, pero tengo la impresión de que eso es precisamente lo que a Barry más le gustaría. Tengo la impresión de que tomar una copa con un tío que se hace llamar T-Bone sería el momento culminante de la década en la vida de Barry—. Prefiero no chafarte la noche. A mí es que no me apetece quedarme.

—¿Ni siquiera media horita?

—No, de verdad.

—Pues entonces espera un momento. Tengo que echar una meada.

—Yo también —dice Dick.

Cuando se van camino del lavabo, salgo sin pensarlo dos veces y paro un taxi de los normales. Esto de estar deprimido es estupendo: te puedes portar como un cerdo si te apetece.

¿Qué hay de malo en quedarte en casa con tu colección de discos? No tiene nada que ver con coleccionar sellos, o posavasos de marcas de cerveza o dedales antiguos. En una colección de discos hay todo un mundo, un mundo más simpático, más guarro, más violento, más apacible, más lleno de color, más sórdido, más peligroso, más adorable que el mundo en el que vivo; en él hay historia, geografía, poesía y otras mil cosas que debería haber estudiado en el instituto o en la facultad, incluyendo música.

Cuando llego a casa (son veinte libras el trayecto de Putney a Crouch End, y no cuento la propina, porque no la doy) me preparo una taza de té, me coloco los cascos y pongo una tras otra todas las canciones de auténtico cabreo contra las mujeres que encuentro entre los discos de Bob Dylan y Elvis Costello, y cuando he terminado me pongo un directo de Neil Young hasta que me rechina la cabeza de tanto *feedback*, y cuando he terminado con Neil Young me voy a la cama y me quedo mirando al techo, aunque ésta ya no sea aquella actividad neutra y repleta de ensoñaciones que era en

tiempos. Ha sido un chiste, ¿eh? Lo de Marie. Las cosas como son: me estaba engañando al pensar que habría algo por donde iba a poder continuar tal cual, una transición sencilla, sin pliegues ni rupturas, que podría hacer sin altibajos. Ahora me doy cuenta. Siempre me doy cuenta de las cosas con retraso: el pasado se me da muy bien, no el presente. El presente no lo puedo entender.

Llego tarde a trabajar, y Dick ya ha tomado nota de un mensaje que me ha dejado Liz. Tengo que llamarla al trabajo; es urgente. No tengo la menor intención de llamarla al trabajo. Lo que seguramente pretende es cancelar la cita que teníamos esta noche para tomar una copa, y ya sé por qué, y no le voy a dejar. Tendrá que decírmelo a la cara.

Consigo que Dick le devuelva la llamada y le diga que se había olvidado de decírselo, pero que no iré a la tienda en todo el día: le dice que me he ido a una feria del disco que hay en Colchester, y que pensaba volver a tiempo de asistir a una cita que tenía esta noche. No, Dick lo siente mucho, pero no le he dejado un teléfono de contacto; tampoco cree que vaya a llamar a la tienda a lo largo del día, repite que lo siente mucho. Durante el resto del día no cojo el teléfono, no sea que haya intentado pillarme en un renuncio.

Habíamos quedado para vernos en Camden, en un pub tranquilo que hay en Parkway. Llego temprano, pero voy con el *Time Out*, de modo que me siento en un rincón a tomarme una pinta y un platillo de pistachos, a seleccionar qué películas me gustaría ir a ver si tuviera con quién ir.

La cita que tenía con Liz no dura demasiado. La veo venir hecha un basilisco hacia mi mesa: es una tía simpática Liz, pero es enorme, y cuando está rebotada, como ahora, la verdad es que da miedo. Intento lucir mi mejor sonrisa, pero me doy cuenta de que no me servirá de nada, porque está demasiado pasada de vueltas como para volver a la normalidad así por las buenas.

—Eres un mamón de mierda, Rob —me dice. Se da la vuelta y sale por donde ha venido. Los de la mesa de al lado se me quedan mirando. Me pongo como un tomate, miro el *Time Out*, le doy un trago largo a la pinta y espero que la jarra me tape la cara colorada.

Tiene toda la razón, qué coño. Soy un mamón de mierda.

7

Durante un par de años, a finales de los ochenta, trabajé de pinchadiscos en una discoteca que estaba en Kentish Town, y allí conocí a Laura. No era gran cosa; poco más que una sala amplia encima de un pub, es cierto, pero durante unos seis meses fue muy popular entre determinado tipo de londinenses, los de 501 negros y botas Doctor Martens, que iban en masa al mercado de la zona, a Town and Country, a Dingwalls y al Electric, una sala de baile que estaba en Camden Plaza. Creo que se me daba bien eso de pinchar discos. En todo caso, la gente que venía parecía estar encantada: bailaba, se quedaba hasta tarde, me preguntaba dónde podría encontrar alguno de los discos que había puesto, y sobre todo volvía a la semana siguiente. Llamábamos al local Groucho Club, por aquello de que Groucho Marx dijo que nunca se apuntaría a un club en el que lo admitieran como miembro. Más adelante descubrimos que existía otro Groucho Club en el centro de la ciudad, pero nadie parecía confundirse: todos sabían cuál era cada cual. (A propósito, las cinco canciones con las que más se llenaba la pista en el Groucho: «It's A Good Feeling», de Smokey Robinson y los Miracles; «No Blow No Show», de Bobby Bland; «Mr. Big Stuff», de Jean Knight; «The Love You Save», de los Jackson Five; «The Ghetto», de Donny Hathaway.)

Y me flipaba, aquello me flipaba. Ver la sala llena de gente, ver cómo todo el mundo cabeceaba al ritmo de la música que yo había elegido era algo de lo más exultante que se pueda sentir. Durante los seis meses en que el club estuvo de moda, fui más feliz que nunca. Fue la única temporada en que de veras tuve una sensación de impulso, aunque más adelante comprendiera que era un impulso falso, ya que no tenía nada que ver conmigo: estaba exclusivamente en la música, pero todo el que hubiese puesto sus discos de baile preferidos en un sitio lleno de gente hasta la bandera, de gente que además había pagado por oír esos discos, habría sentido exactamente lo mismo que yo, seguro. La música de baile, a fin de cuentas, tiene que tener impulso. Lo que pasa es que me confundí.

A lo que iba: conocí a Laura en aquella época, en el verano del 87. Según dijo más tarde, había estado en el club tres o cuatro veces antes de que yo me fijara en ella, y es posible que así fuera: es bajita, flaca, guapa, más o menos del estilo de Sheena Easton, pero antes de instalarse en Hollywood y cambiar de imagen (aunque Laura parecía más dura que Sheena Easton, quizá por el pelo alborotado, muy de abogada radical, por las botas y por sus ojos azul claro, unos ojos que daban miedo), aunque la verdad es que allí había mujeres más guapas, y cuando uno mira desde la cabina del pinchadiscos, suele fijarse sólo en las más guapas. Total, que aquella tercera o cuarta vez se acercó a la cabina a charlar conmigo, y me gustó desde el primer momento. Me pidió que pusiera un disco que a mí me flipaba («Got to Get

You off My Mind», de Solomon Burke, por si acaso a alguien le interesa), pero que cada vez que lo ponía despejaba la pista de baile por completo.

—¿Estabas aquí la otra vez que lo puse?

—Sí.

—Vaya, pues ya sabes lo que pasó. Un poco más y se marchan todos a casa.

Es un single que dura tres minutos, y tuve que quitarlo al cabo de minuto y medio. Puse «Holiday», de Madonna, para paliar la situación; suelo poner cosas modernas de vez en cuando, en los momentos de crisis, tal como los que creen en la homeopatía a veces tienen que recurrir a la medicina convencional, aunque lo desaprueben.

—Esta vez no pasará lo mismo.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque la mitad de la gente que ves ha venido conmigo, y pienso asegurarme de que baile.

En resumidas cuentas, se lo puse, y es verdad que Laura y sus amistades se apiñaron en la pista, aunque uno por uno se fueron escaqueando, meneando la cabeza y riendo. Es una canción difícil de bailar; tiene un ambiente de rythm & blues de tiempo medio, y la introducción parece como que se para y arranca cada dos por tres. Laura la aguantó sin problemas; me apetecía ver si era capaz de bailársela hasta el final, pero me puse nervioso al ver la pista desierta, así que cambié y empezó a sonar «The Love You Save», para salir del paso.

Ella no quiso bailar nada de los Jackson Five, y volvió a la cabina, aunque me sonrió desde lejos y me dijo que no pensaba pedirme otra. Sólo quiso que le dijera dónde podía comprar el disco. Le dije que si volvía al Groucho la semana siguiente, yo le prepararía una cinta, y pareció encantada.

Me pasé una pila de horas grabando aquella cinta. Para mí, grabar una cinta que le voy a regalar a alguien es como escribirle una carta: hay mucho que borrar, pensar a fondo, a veces empezar de nuevo, y quería que aquella cinta fuese buenísima, porque…, con sinceridad, no había conocido a ninguna mujer tan prometedora como Laura desde que empezara a pinchar discos, y conocer a mujeres prometedoras es en parte algo que tiene mucho que ver con eso de pinchar discos. Una buena cinta de recopilación, igual que una ruptura, es algo dificilísimo de hacer bien. Tienes que empezar con un tema arrasador; tienes que mantener el ánimo del oyente (empecé con «Got to Get You off My Mind», pero me di cuenta de que a lo mejor no pasaba del primer tema de la primera cara, ya que así le iba a dar lo que ella quería sin más preámbulos, y por eso decidí esconder ese tema en la mitad de la segunda cara); tienes que subir un puntín, o enfriar un poco el ánimo, y tampoco puedes mezclar música blanca con música negra, ni colocar dos temas del mismo artista en una cara, a menos que lo hagas todo por parejas de canciones, y además… Bueno, hay miles de reglas que cumplir.

En cualquier caso, esa cinta me la estuve trabajando a fondo, y aún debo de tener por ahí dos cintas de prueba, dos prototipos que al final, repasándolos, no terminaron de convencerme. El viernes por la noche, en el club, la saqué del bolsillo de la camisa cuando se acercó a saludarme, y después nos fuimos juntos a casa. Fue un comienzo estupendo.

Laura era y es abogada, aunque cuando la conocí se dedicaba a algo distinto de lo que hace ahora: entonces trabajaba para un bufete de asesoramiento legal para necesitados (de ahí, imagino, que fuese a discotecas y que llevase una chupa de cuero negro). Ahora trabaja para un bufete dedicado a asuntos fiscales y financieros, como todos los que hay en la City (de ahí, imagino, los restaurantes caros, los trajes carísimos y la desaparición de su pelo de pincho, así como un gusto por el sarcasmo hastiado que antes no se le notaba nada), pero no porque experimentase una conversión política, para nada, sino porque primero se quedó en paro y luego no encontró trabajo en el tipo de asesoría legal que a ella le gustaba. Tuvo que conformarse a regañadientes con un trabajo con el que gana cuarenta y cinco mil libras al año porque no encontró ninguno en el que le pagasen menos de veinte mil; comentó de pasada que con eso no hacía falta saber nada más del thatcherismo, y supongo que tenía razón. Cambió un montonazo cuando empezó en el trabajo nuevo. Siempre había sido muy intensa, sólo que esa intensidad tan suya antes la podía dedicar a causas satisfactorias: se interesaba por los derechos de los inquilinos, por los dueños de los pisos de las zonas más desfavorecidas, por los niños que vivían en casas sin agua corriente. Ahora es muy intensa sólo cuando se trata de su trabajo: lo mucho que se le acumula, las presiones que tiene que soportar, cómo resuelve los asuntos más difíciles, qué piensan de ella los socios del bufete, en fin, esas cosas. Y cuando no se muestra así de intensa por el trabajo, su intensidad se centra en por qué no iba a tomarse el trabajo con tanta intensidad, o en cualquier caso su trabajo.

A veces —últimamente no muchas, todo hay que decirlo— yo sabía decir algo o hacer algo que le permitía escapar de sí misma y de sus cosas, y era entonces cuando mejor estábamos; ella se queja a menudo de mi «implacable trivialidad», es cierto, pero eso no deja de tener sus ventajas, ¿o no?

Nunca estuve totalmente colado por ella, y eso me preocupaba de cara al futuro; antes pensaba que toda relación amorosa necesita ese violento empujón que trae consigo un enamoramiento incontrolado, más que nada para echar a andar con buen paso, para salvar sin complicaciones cualquier cabreo —y puede que, tal como terminamos, aún lo piense—. Así, cuando la energía de ese empujón desaparece, cuando ves que se aproxima un parón, basta con mirar a tu alrededor para comprobar qué es lo que tienes. Puede que sea algo totalmente distinto, puede que sea algo más o menos semejante, aunque más suave, más tranquilo. Si no, puede que no sea nada de nada.

Con Laura cambié durante una temporada de forma de pensar sobre ese proceso. No hubo noches en blanco, no hubo pérdida de apetito, no hubo esperas agonizantes

hasta que sonase el teléfono; no las hubo para ella ni para mí. Pero seguimos como si tal cosa; como no tuvimos que desahogarnos, nunca tuvimos que echar ese vistazo alrededor, ni fijarnos en lo que teníamos, porque teníamos lo que siempre habíamos tenido. Ella no me hizo sentirme triste, ansioso, incómodo; cuando nos acostábamos, no me entraba el pánico, no sé si me explico del todo, pero creo que sí se me entiende.

Salíamos mucho; ella venía al club todas las semanas. Cuando le venció el contrato de alquiler de su piso de Archway se vino a vivir conmigo, y todo fue de maravilla, y así siguió siendo durante años y más años. Si a mí me diera por ponerme algo obtuso, diría que el dinero lo cambió todo: cuando ella cambió de trabajo, de pronto le sobró el dinero; cuando yo perdí el trabajo en el club, cuando la recesión hizo que la tienda pareciera invisible para los transeúntes, yo me quedé sin blanca. Está claro que las cosas así complican la vida y que hay que pensar en toda clase de reajustes, en batallas que librar, en fronteras que trazar con pulso firme. Pero lo cierto es que el dinero no tuvo nada que ver. En el fondo, fui yo. Ya lo dijo Liz: en el fondo, soy un mamón.

No el día en que Liz y yo habíamos quedado en vernos para tomar una copa en Camden, sino la noche anterior, Liz y Laura habían quedado para cenar juntas, y Liz sondeó a Laura sobre el tal Ian, pero Laura no tenía pensado decir nada en defensa propia, porque eso habría sido como agredirme, y siempre ha tenido un poderoso sentido de la lealtad, bien que a veces mal encarrilado. (Yo, la verdad sea dicha, no habría podido contenerme.) Por lo visto, Liz se pasó de rosca en su interrogatorio y Laura no pudo aguantar, se quebró y le salieron a borbotones un montón de cosas sobre mí; luego lloraron las dos, y Liz pidió disculpas entre cincuenta y cien veces por haber hablado cuando no le tocaba el turno a ella. Y al día siguiente, claro, fue Liz la que se quebró, intentó llamarme por teléfono y luego se plantó en el pub y me puso verde. Todo esto no lo sé con seguridad, claro. No he tenido ningún contacto con Laura, y sólo he tenido un breve e infeliz encuentro con Liz. Sin embargo, no hace falta ser muy refinado a la hora de entender a los personajes en cuestión para imaginarse cómo está el patio.

No tengo ni idea de lo que le pudo decir Laura con todo detalle, pero seguramente le reveló al menos dos, y puede que las cuatro informaciones sobre mí que enumero a continuación:

1. Que me había acostado con otra cuando ella estaba embarazada.
2. Que esa aventura mía influyó directamente en el hecho de que ella pusiera fin a su embarazo.
3. Que, después del aborto, le pedí prestada una considerable cantidad de dinero que aún no le he devuelto.

4. Que poco antes de que me dejase, le dije que yo no estaba contento con nuestra relación y que tal vez estaba ya más o menos buscando a otra chica.

¿Hice o dije yo todas estas cosas? Sí, es verdad. ¿Existen algunas circunstancias atenuantes? La verdad es que no, a menos que cualquier circunstancia (es decir, el contexto) pueda ser considerada como atenuante. Antes de emitir un juicio, aunque probablemente ya lo hayas hecho, yo te pediría que anotases las cuatro cosas más lamentables que le hayas hecho a tu pareja, sobre todo —y muy especialmente— si tu pareja no las sabe. No las disimules; tú apúntalas, haz la lista con el lenguaje más sencillo que sepas utilizar. ¿Has terminado? Estupendo. Ahora, dime quién es el mamón.

8

—¿Dónde cojones te has metido? —le pregunto a Barry cuando aparece a trabajar el sábado por la mañana. No le he visto desde que fuimos a la actuación de Marie en el White Lion: ni una llamada telefónica, ni una disculpa, nada.

—¿Que dónde cojones me he metido? ¿Que dónde cojones me he metido yo? Dios, Rob: eres un gilipollas del copón —espeta Barry por toda explicación—. Lo siento mucho, Rob. Ya sé que las cosas no te van del todo bien, ya sé que tienes problemas y todo eso, pero, joder, tío, nos pasamos horas buscándote la otra noche, ¿no se te había ocurrido?

—¿Horas? ¿Quieres decir que estuvisteis más de una hora buscándome? ¿Dos horas al menos? Yo me fui a las diez y media, así que abandonasteis la búsqueda, supongo, a las doce y media. ¿Es eso? Tuvisteis que ir a pie de Putney hasta Wapping.

—No te pases de listo, gilipollas.

Un buen día, y puede que no durante las próximas semanas, pero sí desde luego en el futuro que se puede concebir como algo más o menos inmediato, tal vez haya alguien que sea capaz de referirse a mí sin utilizar la palabra «gilipollas» en una parte u otra de la frase.

—De acuerdo, lo siento. Pero me juego cualquier cosa a que me buscasteis durante diez minutos y luego tomasteis una copa con Marie y con su guaperas, el tal T-Bone.

Me toca la moral llamarle T-Bone. Me da dentera, como cuando tienes que pedir una Buffalo Billburger, cuando lo único que quieres es una hamburguesa de cuarto de libra normal y corriente; mejor dicho, es como tener que pedir «Como me lo hacía mamá», cuando lo que quieres es un simple pastel de manzana. Son como niños.

—No se trata de eso.

—Lo pasasteis bien, espero.

—Fenomenal. T-Bone ha tocado en dos discos de Guy Clark y en uno de Jimmie Dale Gilmore.

—No jodas, tío.

—Que te den por el culo.

Me alegro de que sea sábado, porque estamos pasablemente ajetreados, así que Barry y yo no tendremos gran cosa que decirnos. Cuando Dick prepara café y yo ando en busca de un viejo single de Shirley Brown que estaba en la trastienda, o al menos eso creo, viene a decirme que T-Bone ha tocado en dos discos de Guy Clark y en uno de Jimmie Dale Gilmore.

—¿Y sabes una cosa? La verdad es que es un tío bien majo —añade, asombrado de que alguien que haya alcanzado tan alucinantes alturas sea capaz de cruzar unas cuantas palabras en tono civilizado en un pub. Pero el contacto entre el personal de la

tienda en realidad no pasa de ahí; hay muchas otras personas con las que sí hay que conversar.

Aunque entra un montón de gente en la tienda, la verdad es que sólo un reducido porcentaje de los que vienen llegan a comprar algo. Los mejores clientes son los que a la fuerza tienen que comprarse un disco los sábados, aunque en realidad no busquen nada en particular; son los que si no vuelven a casa agarrados a una bolsa de plástico plana y cuadrada, se sienten desdichados. A los adictos al vinilo es fácil descubrirlos, porque al cabo de un rato se cabrean con los expositores que han estado repasando a conciencia, se marchan a una sección totalmente distinta, sacan una funda casi parece que al azar y se acercan con ella al mostrador; es porque mentalmente han confeccionado una lista de posibles adquisiciones («Si no encuentro nada en cinco minutos, tendré que dar por buena esa compilación de blues clásico que vi hace media hora»), y de pronto se ponen de los nervios por la cantidad de tiempo que han perdido buscando algo que en realidad tampoco quieren llevarse. Es un sentimiento que conozco bien (es mi gente; la entiendo mejor que a nadie en el mundo); una sensación pegajosa, como si se te pusieran los pelos de punta, una especie de pánico ilocalizable, y terminas por salir de la tienda dando tumbos. Después caminas mucho más deprisa, tratando de recuperar la parte del día que se te ha escapado, y muchas veces sientes después la necesidad de leer de cabo a rabo la sección internacional de un periódico, o de ir a ver una película de Peter Greenaway, de consumir algo denso y jugoso, que te ancle en tierra y que disipe toda la futilidad de azúcar de algodón que te envuelve la cabeza.

Las otras personas que me gustan son las que vienen impulsadas por el empeño de encontrar una melodía que no les ha dejado a sol ni a sombra, que les trae incluso por el camino de la amargura y les distrae a diario, una melodía que oyen al jadear cuando van corriendo para alcanzar un autobús, o en el ritmo de los limpiaparabrisas cuando vuelven a casa después de trabajar. A veces, la distracción sólo se explica por algo banal y evidente: han oído esa melodía en la radio o en un bar. Pero otras veces es una melodía que se les ha metido en la cabeza como por arte de magia. A veces se les ha metido en la cabeza porque no lucía el sol y han visto a una persona que les ha parecido la octava maravilla del mundo, y de pronto se encuentran tarareando un trozo de canción que no oían desde hace quince o veinte años. Así, una vez vino un tío porque había soñado un disco entero, como lo oyes: melodía, título y artista. Y cuando se lo encontré (era un viejo tema reggae, «Happy Go Lucky Girl», de los Paragons) y resultó que era más o menos exactamente lo que a él se le había aparecido en sueños, se le iluminó la cara de tal modo que no me sentí como el individuo que tiene una tienda de discos, sino como una comadrona, como un pintor, como una persona cuya vida roza lo trascendente en todo momento.

Es facilísimo ver de qué van Dick y Barry las tardes de los sábados. Dick tiene la paciencia, el entusiasmo y la amabilidad de un profesor de primaria: sabe vender a los clientes discos que ellos ni siquiera habían soñado que tal vez desearan comprar,

porque intuitivamente acierta sobre eso que más les conviene llevarse. Charla con ellos, pone en el plato vete a saber qué, y en un visto y no visto los clientes dejan sobre el mostrador billetes de cinco casi de forma distraída, como si fuera eso lo que venían buscando. Barry, entretanto, es como una apisonadora que aplana a los clientes y los convence para que cedan a lo que él diga. Es capaz de poner a uno literalmente a caldo por no tener el primer álbum de Jesus and Mary Chain, y la persona en cuestión se lo lleva sin dudarlo, o bien se ríe de otro porque no tiene *Blonde on Blonde* en su colección, de modo que el cliente se lo compra encantado de la vida, y sabe cómo explotar de pura incredulidad cuando uno le confiesa que nunca había oído hablar de Ann Peebles, de modo que también se lleva alguna cosa de ella. A eso de las cuatro, casi todos los sábados, es cuando preparo una taza de té para los tres, y es cuando me siento con un punto de lucidez, quizá porque a fin de cuentas éste es mi trabajo, y porque va sobre ruedas, o quizá porque me siento orgulloso de los tres, del modo en que nuestros talentos respectivos, sin ser nada del otro mundo, tienen su peculiaridad, y además los empleamos de la forma más provechosa.

Por eso, cuando cierro la tienda y nos preparamos para ir a tomar un par de copas, cosa que hacemos todos los sábados, de hecho, estamos encantados de estar juntos; tenemos tan buen rollo que nos durará para gastarlo poco a poco durante los siguientes días de vacío, y se nos habrá terminado del todo el viernes a la hora del almuerzo. Estamos tan contentos que al tiempo que despedimos a los últimos clientes y damos el día por cerrado hacemos cada uno nuestra lista de canciones preferidas de Elvis Costello (yo me quedo al final con «Alison», «Little Triggers», «Man Out of Time», «King Horse» y una versión estilo Merseybeat, que tengo en una cinta pirata aunque ni siquiera sepa dónde está, de «Every Day I Write the Book»: lo digo con la idea de que la oscuridad del último tema seleccionado contrarreste la obviedad de los primeros cuatro y me libre así de las pullas de Barry). Terminadas las peloteras y los muermos de la semana, sienta de cine pensar de nuevo en cosas como ésas.

Sin embargo, cuando salimos de la tienda me encuentro con que Laura me está esperando apoyada en la franja de pared que separa la tienda de la zapatería de al lado, y me acuerdo de golpe de que éste no es ni por asomo uno de los períodos más atinados de mi vida.

9

Lo del dinero es bien fácil de explicar: ella lo tenía, yo no, ella tenía ganas de dármelo. Fue cuando llevaba pocos meses en su trabajo nuevo, cuando su sueldo empezaba a engordar un poco su cuenta corriente. Me prestó cinco de los grandes porque ella los tenía y yo no; si no me los hubiese prestado, lo habría pasado fatal. Nunca se los he devuelto porque nunca he podido, y el hecho de que ella se haya largado a vivir a otra parte y esté saliendo con otro tío no me convierte automáticamente en un menda más rico, al que de golpe le sobren cinco de los grandes. Así de sencillo. El otro día, cuando hablamos por teléfono y se lo puse de lo más crudo, cuando le dije que me había jodido la vida entera, ella comentó de pasada algo sobre ese dinero; dijo, no sé, que también podía empezar a devolvérselo en cómodos plazos, y yo contesté que muy bien, que le pagaría una libra por semana durante los próximos cien años. Y me colgó el teléfono.

Eso es lo del dinero. Lo que le dije sobre mi descontento con nuestra relación, sobre el hecho de que en el fondo más o menos andaba con ganas de conocer a otra tía… Fue ella quien me obligó a decirlo. Me engatusó de tal manera, me lió tanto que al final lo dije. Ya sé que parece un argumento tirando a flojo, pero es verdad. En plena conversación sobre el estado de las cosas, me dijo con todo el morro del mundo que pasábamos por una fase bastante insatisfactoria, qué coño, y yo contesté que sí, que era verdad; me preguntó si no se me había pasado por la cabeza la idea de encontrar a otra, y yo lo negué, pero ella se echó a reír, y dijo que las personas que se encuentran en la misma situación que nosotros siempre terminan por pensar en encontrar a otro que, a lo mejor… Total, que yo le pregunté si había pensado siempre en la posibilidad de conocer a otro tío, y ella dijo que sí, que estaba claro, para que yo reconociera que a veces también soñaba despierto, que uno no es de piedra. En ese momento sólo me pareció que era una de esas conversaciones que giran en torno a la idea de que hay que ser adultos de una vez por todas, de que la vida no es perfecta, ni mucho menos; ahora me doy cuenta de que en realidad estábamos hablando de ella y de Ian, y ahora entiendo que me enredó de tal manera que le dije, sin haber querido decírselo nunca, que me parecía muy razonable. Fue uno de esos trucos de abogada más lista que el hambre, y es verdad que caí con todo el equipo, porque no conviene engañarse, ella es mucho más lista que yo, las cosas como son.

Yo no tenía ni idea de que estuviera embarazada. Está claro que no lo sabía. Ella no me lo había dicho, porque sabía que yo estaba saliendo con otra. (Sabía que estaba saliendo con otra porque yo se lo había dicho. Pensamos que estábamos portándonos

como dos adultos de pies a cabeza, cuando en realidad estábamos siendo descaradamente ingenuos, infantiles incluso, al pensar que cualquiera de los dos sería capaz de aguantar semejante desdén, al convencernos de que no era para tanto.) No me enteré de la historia hasta pasados varios siglos, una eternidad: pasábamos una etapa estupenda, yo hice un chiste inocente sobre la idea de tener hijos, y ella se echó a llorar de golpe. Por eso la obligué a decirme qué coño estaba pasando, y ella me lo dijo, después de lo cual tuve uno de esos breves y en el fondo lamentables arranques de estruendosa superioridad moral (lo de siempre: que también era hijo mío, que qué derecho tenía ella, bla, bla, bla), hasta que su incredulidad y su desprecio terminaron por hacerme callar.

—Es que por entonces no me parecía que fueras una apuesta aconsejable a largo plazo —me confesó—. Y tampoco es que me gustaras mucho, las cosas como son. No quería tener un hijo tuyo. No tenía ningunas ganas de ponerme a pensar en una de esas espantosas relaciones que están marcadas por los derechos de visita del progenitor que no tiene la custodia, que se terminan por alargar hacia un futuro imprevisible, pero nada apetecible. Y tampoco andaba con ganas de ser madre soltera; no fue una decisión muy difícil de tomar, ¿sabes? No tenía ningún sentido consultarte, conocer tu opinión sobre el asunto.

Todo eso me pareció razonable. En verdad, si por entonces yo me hubiese quedado embarazado de un tío como yo, habría abortado exactamente por las mismas razones por las que abortó ella. No se me ocurrió nada que decir.

Esa misma noche, bastante más tarde y después de haber vuelto a pensar con calma en todo el asunto de su embarazo, teniendo en cuenta la nueva información que de repente tenía a mi disposición, le pregunté por qué se lo había tenido tan callado.

Se quedó un buen rato pensando.

—Porque nunca había guardado un secreto así, y porque me juré cuando hicimos las paces y volvimos a estar juntos que iba a ser capaz de atravesar al menos una mala racha yo solita, aunque sólo fuera por ver qué tal me las arreglaba. Por eso. Además, tendrías que haberte visto, estabas patético al decir lo mucho que lamentabas lo de aquella tal Rosie… —Rosie, la de los cuatro polvazos y el orgasmo simultáneo, aquella pedorra insufrible, la pesada con la que yo salía cuando Laura estaba embarazada—, tanto, que durante una temporada bastante larga te portaste fenomenal conmigo, y es que era exactamente eso, tu cariño, lo que a mí me hacía falta entonces. Tenemos una relación bastante profunda, Rob, aunque sólo sea porque llevamos juntos un tiempo más que razonable. Una cosa más: yo no quería que se fuera todo al garete, no quería tener que empezar de cero, a no ser que no me quedase más remedio. Por eso no te dije nada.

Entonces, ¿por qué había seguido conmigo? Desde luego, no por razones tan nobles ni tan adultas como ésas. (¿Hay algo más adulto que mantener en pie una relación de pareja que se cae a pedazos sólo por la esperanza de que tarde o temprano sabrás enderezarla? Yo es algo que no he hecho en mi vida.) Yo seguí con nuestra

historia porque muy de repente, al final del rollo que tuve con Rosie, descubrí que Laura me volvía a atraer muchísimo: fue como si en el fondo hubiese necesitado a Rosie para dar un poco de sabor a lo que tenía con Laura. Y pensé que lo había destrozado todo yo solo (no sabía que ella estuviese haciendo ese experimento con el estoicismo). Vi cómo iba perdiendo ella todo interés por mí, así que me puse a trabajar como un descosido para recuperar ese interés, y cuando lo hube recuperado volví a perder todo interés por ella. Es una historia que me suele pasar a menudo. No sé cómo podría aclararme. Total, que eso más o menos nos pone al día: cuando toda esta penosa historia sale así, de un tirón bien gordo, está claro que hasta el mamón más corto de vista, hasta el más dolido de los amantes, el más capaz de engañarse, el que realmente ha sido plantado, entiende que en todo esto hay algunas relaciones de causa efecto, y que los abortos, Rosie, Ian y el dinero están ligados entre sí, o son partes de una historia que se tienen bien merecidas unas a las otras.

Dick y Barry nos proponen que vayamos con ellos al pub a tomar una rápida, pero es difícil imaginarnos a los cuatro sentados alrededor de una mesa y riéndonos por ejemplo del cliente que confundió a Albert King con Albert Collins («Ni siquiera se inmutó cuando estaba examinando el disco, por si estaba rayado, y vio el sello de Stax», nos dijo Barry con un meneo de cabeza inspirado claramente por las honduras antes insospechadas a que puede llegar la ignorancia del ser humano), así que rechazo la invitación con amabilidad. Doy por hecho que vamos al piso, así que me encamino a la parada de autobús, pero Laura me tira de la manga y se da la vuelta para encontrar un taxi.

—Pago yo —dice—. No tendría ninguna gracia ir en el veintinueve, ¿a que no?

Tiene toda la razón. La conversación que vamos a mantener estará mejor dirigida sin conductor, sin revisor, sin perros, niños, gente con exceso de peso y enormes bolsas de Marks & Spencer.

En el taxi apenas decimos palabra. De Seven Sisters Road a Crouch End no se tarda más que un cuarto de hora, pero el trayecto es tan incómodo, tan intenso, tan desdichado, que me acomete la sensación de que lo voy a recordar durante el resto de mis días. Además está lloviendo, y los fluorescentes nos trazan dibujos variados en la cara; el taxista nos pregunta si lo hemos pasado bien, pero nosotros soltamos un gruñido por toda respuesta, así que cierra el cristal de separación. Laura va mirando por la ventanilla, y yo la miro de reojo de vez en cuando, más que nada por ver si esta semana pasada la ha convertido en una chica distinta a la de antes. Se ha cortado el pelo igual que siempre, muy corto, estilo años sesenta, más o menos como Mia Farrow, sólo que a ella le sienta mucho mejor que a Mia Farrow, y no lo digo con mala leche. Lo que pasa es que tiene el pelo tan moreno, casi negro del todo, que cuando lo lleva así de corto es como si los ojos se le comieran la cara. No lleva ni gota de maquillaje, supongo que pensando en mí. Es una forma bien fácil de

mostrarme que está agobiada, preocupada, trastornada incluso, y de que está demasiado hecha polvo para andarse con fruslerías. Hay en esto una simpática simetría: cuando le regalé aquella cinta con la canción de Solomon Burke, hace un montón de años, ella llevaba una tonelada de maquillaje, mucho más de lo que acostumbraba ponerse, muchísimo más, desde luego, del que llevaba la semana anterior, y yo di por sentado, o quizá solamente esperé, que también fuese pensando en mí. Ya se ve: al principio, toneladas, para hacerte saber que las cosas van bien, que todo es positivo y excitante, y al final nada de nada, para que te enteres de lo desesperada que es la situación. Bonito, ¿verdad?

(En cambio, algo más tarde, cuando ya doblamos la esquina de mi calle y me empieza a entrar pánico por el dolor y por la dificultad de la conversación inminente, veo a una mujer que sólo depende de sí misma, se le nota: una mujer con cuerpo de sábado por la noche, que va a encontrarse con otro, o con unos amigos, con un amante, en otra parte. Cuando vivía con Laura, echaba de menos…, ¿cómo definirlo? Quizás echaba de menos que alguien tomase el autobús, el metro o un taxi, que una chica se desviase de su camino habitual nada más que para estar conmigo, puede que bien arreglada, un poco más maquillada que de costumbre, puede que un poquito nerviosa, por qué no; cuando era más joven, saber con toda certeza que yo era el responsable de todo eso, incluido el trayecto de autobús, hacía que me sintiera especialmente agradecido. En cambio, cuando estás permanentemente con alguien no recibes nada de eso: si a Laura le apetecía verme, le bastaba con volver la cabeza, o con ir del cuarto de baño al dormitorio, y para ese viaje no se molestaba en arreglarse. Y cuando venía a casa, venía a casa porque vivía en mi piso, no porque fuéramos amantes, y cuando salíamos, unas veces se arreglaba y otras no, según adonde fuésemos, aunque tampoco tenía nada que ver conmigo. De todos modos, todo esto lo cuento sólo para decir que la mujer que vi por la ventanilla del taxi me dio inspiración y consuelo, bien que momentáneamente: puede que no sea demasiado viejo para provocar un viaje de una parte a otra de Londres, y si alguna vez tengo otra novia, si me las apaño para quedar con mi novia por ejemplo en Islington, y si ella tiene que venir por ejemplo desde Stoke Newington, que es un trayecto de seis u ocho kilómetros, le daré las gracias desde el fondo de mi despedazado y treintañero corazón.)

Laura paga al taxista y yo abro la puerta de entrada, enciendo la luz y la hago pasar. Se detiene y repasa el correo que se ha amontonado en el alféizar de la ventana, pero lo hace sólo por la fuerza de la costumbre, supongo, aunque era de esperar que se metiese en aprietos de inmediato: mientras ojea los sobres, se topa con el recibo de la televisión por cable que corresponde a Ian, que está pendiente de pago, y la veo titubear sólo un instante, aunque es suficiente para que desaparezca todo rastro de duda de mi interior, y me pongo a morir.

—Llévatelo si quieres —le digo, aunque no me atrevo a mirarla, al tiempo que ella tampoco me mira—. Así me ahorras tener que devolverlo al remitente.

Pero ella termina por dejarlo en el montón de sobres, que luego coloca entre las cartas de los restaurantes con servicio a domicilio y las tarjetas de taxis que hay en el alféizar, para subir luego la escalera.

Cuando llegamos al piso me resulta muy raro verla ahí. Pero lo que más raro resulta de todo es que procura no hacer las cosas que antes hacía siempre; se ve que intenta controlarse. Se quita el abrigo; antes lo dejaba de cualquier manera sobre uno de los sillones, pero esta noche no quiere hacer ese gesto. Se queda con el abrigo entre las manos unos momentos, así que se lo quito y lo tiro encima de uno de los sillones. La veo ir hacia la cocina, no sé si para preparar un té o para servirse una copa de vino, así que le pregunto con toda cortesía si le apetece una taza de té, y ella me pregunta, con toda cortesía, si no tengo algo un poco más fuerte, y cuando le digo que queda media botella de vino en la nevera, se contiene y no comenta que cuando ella se marchó la botella estaba entera, y que la había comprado ella. En cualquier caso, ya no es suya, o no es la misma botella, o lo que sea. Y cuando se sienta, escoge el sillón más próximo al aparato de música —mi sillón—, en vez del que está más cerca del televisor, que es el suyo.

—¿Qué, ya la has hecho? —pregunta, señalando con un gesto las estanterías repletas de discos.

—¿El qué? —contesto, y eso que sé muy bien el qué, por descontado.

—La Gran Reorganización. —Se le nota que lo dice con mayúsculas.

—Ah, pues sí. La otra noche. —No quiero decirle que la hice a la noche siguiente de que se marchara, a pesar de lo cual esboza una de esas sonrisitas de suficiencia, como si dijera «fíjate, lo que hay que ver»—. ¿Qué? —le digo—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Nada. Bueno, sólo que no te ha llevado mucho tiempo.

—¿No te parece que tenemos cosas de que hablar, cosas más importantes que mi colección de discos?

—Sí, Rob. Siempre me lo ha parecido.

Se supone que soy yo el que moralmente está en ventaja sobre ella (que es la que se ha acostado con los vecinos al fin y al cabo), pero no consigo pensar siquiera en cómo aprovechar esa baza.

—¿Dónde has pasado la semana?

—Creo que eso ya lo sabes —dice ella con toda calma.

—Pero he tenido que averiguarlo por mi cuenta, ¿no?

Me vuelvo a sentir enfermo, casi con ganas de vomitar. No sé si se me notará en la cara, pero de pronto veo que Laura afloja un poco: parece cansada, triste; mira al frente con esfuerzo, para no ponerse a llorar.

—Lo siento. Tomé algunas decisiones que no han sido de lo más acertado. Es verdad, no he sido muy justa contigo. Por eso fui a la tienda esta tarde, porque pensé que había llegado el momento de portarse con valentía.

—¿Y ahora tienes miedo?

—Sí, claro que sí. Me siento fatal. Esto es dificilísimo, no sé si te das cuenta.

—Está bien.

Silencio. No sé qué decir. Hay cientos de preguntas que quisiera hacerle, pero son todas preguntas que en realidad no quiero que me conteste: para empezar, ¿cuándo empezaste a salir con Ian? ¿Fue quizá por los ruidos que oíamos a través del techo? Dime, ¿es mejor con él? (¿el qué?, me preguntaría ella, y yo contestaría sencillamente: todo, ¿qué va a ser?). ¿Es realmente definitivo, o es tan sólo una especie de etapa por la que estás pasando? Y, además —hay que ver qué grado de flaqueza empiezo a tener—, ¿me has echado de menos alguna vez, aunque no sea más que un poquito? ¿Me quieres? ¿Le quieres a él? ¿Quieres terminar emparejada con él, quieres tener hijos con él? Y sobre todo, ¿es mejor con él? *¿Es mejor con él?* ¿ES MEJOR CON ÉL?

—¿Es por mi trabajo?

¿De dónde habrá salido ésa? Está más claro que el agua: no tiene nada que ver con mi trabajo, qué coño. ¿Por qué se lo habré preguntado?

—Oh, Rob, pues claro que no.

Por eso se lo he preguntado. Porque yo mismo me doy pena, porque quería un consuelo barato: quería que me dijera «pues claro que no», pero dicho con ternura, quitándole toda importancia, mientras que si le hubiese hecho la pregunta del millón quizá me hubiese encontrado con una embarazosa negativa, o con un silencio embarazoso, o con una embarazosísima confesión, y no estoy para ninguna de las tres respuestas posibles.

—¿Es eso lo que piensas, que te he dejado porque no estás a mi altura? Hombre, Rob, dame la credibilidad que me merezco, por favor. —Sólo que vuelve a decirlo con toda simpatía, con un tono de voz que reconozco desde hace un montón de tiempo.

—No lo sé. Pero sí es una de las cosas que había pensado.

—¿En qué otras cosas habías pensado? Dime…

—Vaya, en las obviedades de turno.

—¿Qué son las obviedades de tumo?

—Yo qué sé.

—Entonces resulta que no es tan obvio, ¿no?

—No.

Nuevo silencio.

—¿Te va bien con Ian?

—Venga, Rob. No seas pueril.

—¿Qué tiene eso de pueril? ¿No estás viviendo con ese tío? Sólo te lo pregunto porque me apetecía saber cómo te va, eso es todo.

—No estoy viviendo con él. He pasado unos días con él, hasta que decida qué voy a hacer. Mira, una cosa quiero que te quede bien clara: esto no tiene nada que ver con ningún otro, con nadie más. Y lo sabes, ¿o no?

Siempre dicen lo mismo. Siempre, siempre dicen que no tiene nada que ver con otro. Me juego lo que quieras a que si Celia Johnson se hubiese largado con Trevor Howard al final de *Breve encuentro*, le habría dicho a su marido que no tenía nada que ver con ningún otro. Es la primera ley del trauma romántico. Se me escapa un ruido un tanto repulsivo y desde luego inapropiado, una especie de bufido cómico, para manifestar mi incredulidad, y Laura está a punto de echarse a reír, pero parece que se lo piensa dos veces.

—Te dejé porque la verdad es que no nos entendíamos nada bien, porque ya ni siquiera hablábamos casi nunca, y porque tengo una edad en la cual creo que tengo todo el derecho del mundo a aclararme, y no me pareció que eso estuviese a mi alcance si seguía contigo, sobre todo porque tú pareces del todo incapaz de aclararte tú solito. Y es verdad que más o menos me había empezado a interesar otra persona, y ocurrió que eso se me fue de las manos, fue más allá de lo que debería haber ido, así que me pareció que era un momento apropiado para dejarte. Pero no tengo ni idea de lo que puede pasar con Ian a la larga. Lo más probable es que se quede en nada. A lo mejor, hasta es posible que tú madures un poco y que podamos enderezar las cosas, vete a saber. A lo mejor no os vuelvo a ver nunca más a ninguno de los dos, yo qué sé. Lo único que tengo muy claro es que éste no es un buen momento para vivir aquí contigo.

Más silencio. ¿Por qué son así las personas? Mejor dicho, porque ya es hora de afrontarlo, ¿por qué son así las mujeres? Ver las cosas de esa forma, pensar de esa forma, es algo que no sale a cuenta: todo es demasiado lioso, dudoso, gris; todo son líneas borrosas, en vez de la imagen nítida y clara que debería verse. Estoy de acuerdo, necesitas conocer a una persona nueva para prescindir de la que se te ha quedado vieja; tienes que ser increíblemente valiente y muy adulto para poner punto final a una historia solamente porque no funciona demasiado bien que digamos. Pero eso no lo puedes hacer a medias tintas, ni hablar, que es como lo está haciendo Laura ahora mismo. Cuando empecé a salir con Rosie, la de los orgasmos simultáneos, yo no era así: por lo que a mí se refiere, Rosie era una perspectiva seria, era la mujer que me iba a guiar sin sufrimiento alguno de una relación terminada a otra nueva, y si eso no llegó a suceder así, si finalmente Rosie resultó ser lo que se dice zona catastrófica, fue mera cuestión de mala suerte. Al menos, tenía en mente un plan de batalla bien claro, y no me anduve nunca por las ramas con esas irritantes excusas del estilo de «Oh, Rob, es que necesito tiempo». ¿Vale?

—Así que no has tomado la decisión definitiva de romper conmigo. Entonces, ¿queda aún una posibilidad de que volvamos a estar juntos?

—No lo sé.

—Bueno, pues si tú no lo sabes, está claro que tiene que haber alguna posibilidad.

—No sé si hay alguna posibilidad.

Joder.

—Es lo que te estoy diciendo, que si tú no sabes si hay alguna posibilidad, está claro que tiene que haberla, ¿no? Mira, es como si una persona está en el hospital, gravemente enferma, y el médico dice: pues no sé si tendrá alguna posibilidad de salir con vida. Eso no significa que el paciente se vaya a morir de todas todas, ¿no? Quién sabe, puede que salga con vida, aunque no sea más que una posibilidad remota.

—Supongo que sí.

—Por eso, tenemos una posibilidad de volver a estar juntos.

—Anda, Rob, calla de una vez.

—Solamente quiero saber en qué terreno me encuentro, qué posibilidades me quedan.

—No tengo ni puta idea de qué puta posibilidad te queda, ¿me explico? Lo que intento decirte es que estoy confusa, que hace siglos que no soy feliz, que nos hemos metido los dos en un marrón monumental, que he estado saliendo con otro. Y ésas son las cosas que cuentan.

—Lo entiendo. Pero si me lo pudieras precisar, aunque sólo fuese por aproximación, a mí al menos me vendría muy bien.

—Vale, vale. Tenemos un nueve por ciento de posibilidades de volver a estar juntos. ¿Te aclara eso la situación?

Está tan harta de todo esto, tan a punto de estallar, que tiene los ojos cerrados con fuerza, y habla con un susurro furioso, envenenado.

—Te estás portando como una imbécil.

En el fondo de mi ser, en alguna parte, sé muy bien que no es ella la que se está portando como una imbécil. A un determinado nivel, creo que entiendo que ella no lo tiene claro, que todo está en el aire. Pero eso no me sirve para nada. ¿Sabes qué es lo peor de que te rechacen? La falta de control sobre lo que sucede. Si pudiera al menos controlar el cuándo y el cómo del abandono, no sería ni la mitad de terrible. Claro que en ese caso no sería un rechazo, es evidente. Sería consentimiento mutuo. Sería mera cuestión de diferencias musicales: yo dejaría la relación mutua para emprender una carrera de solista. Ya sé que es increíble, que es patéticamente pueril presionar de este modo, para lograr solamente un mínimo grado de probabilidad, pero es lo único que sé hacer para conseguir alguna forma de control sobre la situación, o para quitarle parte del que ella tiene.

Cuando vi a Laura delante de la tienda, supe con toda seguridad, sin la menor sombra de duda, que la quería de nuevo a mi lado. Pero eso probablemente se deba a que es ella la que lleva a cabo el rechazo. Si consigo que admita que todavía existe una posibilidad, por pequeña que sea, de que podamos arreglar las cosas, todo me resultará mucho más llevadero: si no tengo que ir por la vida sintiéndome dolido, incapaz, hecho una pena, creo que podré sobrevivir sin ella. Dicho de otro modo, soy infeliz porque ella no me quiere; si logro convencerme de que me quiere un poco,

volveré a estar en condiciones, porque entonces yo no la querré, y así podré seguir en busca de otra.

Laura ha adoptado una expresión que he terminado por conocer muy bien durante estos últimos meses, una mirada que denota a un tiempo una paciencia infinita y una frustración irremediable. No sienta nada bien saber que se ha inventado esa forma de mirar solamente para mí. Antes no la había echado en falta. Suspira, apoya la cabeza en una mano y se queda mirando la pared.

—De acuerdo, puede ser que arreglemos las cosas. Puede que haya una posibilidad. Yo no diría que es una posibilidad así como muy viable, pero es una posibilidad a pesar de todo.

—Estupendo.

—No, Rob. De estupendo no tiene nada. Aquí no hay nada estupendo. Todo esto es una mierda.

—Pero dejará de serlo, ya lo verás.

Menea la cabeza con aparente incredulidad.

—Estoy demasiado cansada. Ya sé que es mucho pedir, pero ¿te importaría ir al pub y tomarte algo con los otros mientras yo recojo mis cosas? Necesito pensar mientras lo hago, y si estás aquí no puedo.

—No hay problema, pero déjame hacer una pregunta más.

—De acuerdo, sólo una.

—Te va a parecer una estupidez.

—No importa.

—Y no te va a gustar lo que se dice nada.

—Tú… hazla, y ya veremos.

—¿Es mejor?

—¿Que si es mejor el qué? ¿Mejor que qué?

—Bueno, el sexo. ¿Es mejor con él, te gusta más con él?

—Por lo que más quieras, Rob… ¿Es eso lo que te trae a mal traer?

—Pues claro que es eso.

—¿Y tú crees que cambiaría algo si fuera así?

—No lo sé. —Y la verdad es que no lo sé.

—Bueno, pues la respuesta es que yo tampoco lo sé. Todavía no lo he hecho con él.

¡Sí!

—¿Nunca?

—No, no he tenido ganas.

—¿Y tampoco antes, cuando vivía en el piso de arriba?

—Vaya, muchas gracias. No, tampoco antes. Antes vivía contigo, no sé si te acuerdas.

Me siento un poco avergonzado, y no digo más.

—Hemos compartido cama, pero no hemos hecho el amor. Todavía no. Pero te voy a decir una cosa: dormir con él sí es mejor que dormir contigo.

¡Sí, sí, señor! ¡Eso es! ¡Fantástica noticia! ¡El de los sesenta minutos sin parar aún no ha dado la hora! La beso en la mejilla y me voy al pub, a reunirme con Dick y Barry. Me siento como un hombre nuevo, aunque tampoco mucho. Me siento tanto mejor, de hecho, que voy a acostarme directamente con Marie.

10

UNA REALIDAD: en este país hay más de tres millones de hombres que se han acostado con diez mujeres al menos, o con más de diez. ¿Y tienen todos la planta de Richard Gere? ¿Son tan ricos como Creso, tan encantadores como Clark Gable? ¿Están tan absurdamente dotados como Errol Flynn, tienen el ingenio desbordante de Oscar Wilde? Para nada. No tiene nada que ver con todo eso. Es posible que haya media docena, entre esos tres millones, que tengan alguno de esos atributos, quizá todos ellos, pero así quedan…, bueno, pues tres millones, media docena más o menos. Y son todos tíos corrientes y molientes. Somos tíos corrientes y molientes, porque hasta yo mismo, nada menos que yo, soy miembro de ese exclusivo club de los tres millones. Diez no son tantas, si eres soltero y tienes treinta y tantos. Si uno se para a pensarlo, haber tenido diez compañeras de cama a lo largo de dos décadas de actividad sexual es en realidad bien poca cosa: sale a una compañera cada dos años, y si alguna de dichas compañeras fue lo que se llama un asunto de una sola noche, y si ese asunto de una sola noche se produjo en medio de una sequía de dos años, no es que uno esté exactamente en aprietos, pero difícilmente podrá ser el Amante Número Uno de su distrito postal. Diez no son tantas, al menos para un soltero con treinta y tantos. Bien mirado, veinte tampoco son tantas. Con cualquier cifra que pase de las treinta, calculo, su poseedor sí estará en su pleno derecho de salir en un programa televisivo sobre la promiscuidad.

Marie es mi amante número diecisiete. Más de uno estará preguntándose cómo me lo monto, como si lo viera: «Lleva jerséis lamentables, se lo hace pasar fatal a su ex novia, es un desastre, está arruinado, sale por ahí con dos pelagatos del ambientillo musical, y sin embargo se acuesta con una cantautora norteamericana que no sólo ha grabado un disco, sino que además se parece a Susan Dey. ¿Qué coño está pasando aquí?»

En primer lugar, no nos alborotemos y vayamos por partes. Es verdad, tiene un disco grabado, pero graba con una discográfica irónicamente llamada Discoéxito, que además tiene sus estudios en Blackpool, y ha firmado uno de esos contratos según el cual uno vende sus propias cintas durante el intermedio de su concierto en ese prestigioso local nocturno londinense que se llama Sir Harry Lauder. Yo no conozco a Susan Dey, y conste que al cabo de una relación que ha durado nada menos que veinte años tengo la sensación de que la conozco, o estoy convencido de que ella misma sería la primera en reconocer que parecerse a la Susan Dey de *La ley de Los Ángeles* no es lo mismo que parecerse, por ejemplo, a la Vivien Leigh de *Lo que el viento se llevó*.

En el fondo, y a pesar de todo, la noche que paso con Marie es mi mayor hazaña sexual, mi *polvus mirabilis*. ¿Y alguien quiere saber cómo llego a eso? Porque hago preguntas. Eso es. Ése es mi secreto, así de fácil. Si alguien quiere saber cómo hace

uno para cepillarse a diecisiete mujeres o más, ni una menos, he aquí mi consejo: que haga preguntas. Es un truco que funciona precisamente porque se supone que no es el mejor sistema, si uno se fía de la sabiduría colectiva masculina. Aún quedan suficientes ególatras a la vieja usanza, bocazas y tercos en sus opiniones, para que un tío como yo resulte un soplo de aire fresco, totalmente distinto de la media; Marie incluso llega a decirme algo por el estilo a mitad de la velada…

Al llegar, no tenía ni idea de que Marie y T-Bone iban a estar en el pub con Dick y Barry, quienes al parecer les habían prometido una noche genuinamente inglesa, un típico sábado por la noche de los que nos gastamos por aquí: pub, restaurante indio, autobús nocturno y toda la pesca. Pero me alegro de verles a los dos; estoy de lo más animado después de mi victoria con Laura, y como Marie siempre me ha visto igual, callado como si se me hubiese comido la lengua el gato, y bastante alicaído, debe de estar preguntándose qué habrá ocurrido. ¿Sí? Pues que se lo pregunte. La ocasión de mostrarme enigmático y desconcertante no se me presenta muy a menudo.

Están sentados en torno a una mesa, tomándose unas pintas de cerveza. Marie se hace a un lado para dejarme un sitio, pero en el momento mismo en que lo hace me pierdo del todo, desaparezco. Creo que la que me ha hecho irme ha sido la mujer que iba camino de su cita de sábado por la noche, la que vi por la ventanilla del taxi. Veo el hecho de que Marie se haga a un lado como una maniobra en miniatura, pero no por eso menos romántica: ¡eh, eso lo acaba de hacer por mí! Patético, ya lo sé, aunque sobre la marcha empieza a preocuparme que Barry o Dick —seamos serios: Barry— le haya contado dónde estaba yo, qué estaba haciendo. Y es que si sabe algo de Laura, de la ruptura, y si sabe que me he puesto tenso pensando en ella, perderá todo interés por mí y, como ya de entrada no tenía mayor interés, eso me colocaría en una situación de interés negativo para ella. En cuestión de intereses me quedaría en números rojos.

Barry y Dick están preguntando a T-Bone por Guy Clark; Marie escucha, pero se vuelve hacia mí y me pregunta en tono conspiratorio si todo ha salido bien. Qué mamón es el bocazas de Barry.

Me encojo de hombros.

—Sólo venía a recoger parte de sus cosas. Nada del otro mundo.

—Dios, yo lo pasé fatal en esa etapa, cuando te toca recoger tus pertenencias. Pasé precisamente por todo eso antes de venirme a Londres. ¿Conoces esa canción que se titula «Patsy Cline Times Two»? Está en mi repertorio, la has tenido que oír. ¿Sí? Pues trata de cómo repartimos mi ex y yo nuestra colección de discos.

—Es una canción estupenda.

—Gracias.

—¿Así que la escribiste poco antes de venir a Londres?

—La escribí por el camino. Bueno, la letra. Llevaba un tiempo con la melodía en la cabeza, pero no sabía qué hacer con ella, y no se me ocurrió la solución hasta que encontré el título.

Me empieza a dar en la nariz que T-Bone no es más que una cortina de humo.

—Entonces, ¿ésa es la razón de que te vinieras a Londres? Me refiero al reparto de la colección de discos y a todo eso, ya sabes.

—Pues sí. —Se encoge de hombros, parece ponerse a pensar y luego se ríe, porque con esa afirmación ya ha contado toda la historia que habría que contar, y no hay mucho más que decir, a pesar de lo cual de todos modos lo intenta—. Pues sí, ya ves. Él me rompió el corazón, y de golpe me di cuenta de que no quería quedarme en Austin ni un día más, así que llamé a T-Bone y él me consiguió un par de actuaciones y un apartamento. Y aquí estoy.

—¿Compartes el apartamento con T-Bone?

Se vuelve a reír, pero esta vez es una gran carcajada que suelta encima de su cerveza.

—¡Qué va! T-Bone no se prestaría a compartir casa conmigo; mi presencia le cortaría el aire que respira. Y a mí tampoco me haría ninguna gracia tener que oír desde la habitación de al lado todo lo que sucediera en su dormitorio. Voy demasiado a mi aire, demasiado suelta para eso.

Vive sola. Yo ahora estoy solo. Soy un soltero sin compromiso que está charlando con una atractiva mujer soltera, que tal vez acaba de confesar, tal vez no, cierto sentimiento de frustración sexual. ¡Ay, Dios!

Hace algún tiempo, una vez que Dick, Barry y yo nos pusimos de acuerdo en que lo que importa es tu gusto, y no lo que seas ni lo que dejes de ser, Barry propuso la idea de un cuestionario para sondear a toda persona que fuera candidata a formar pareja con uno: un texto de dos o tres páginas, una batería de preguntas tipo test, que abarcase todos los apartados de música, cine, televisión y libros. Tendría por objeto: a) ahorrarse las conversaciones torpes del principio, y b) impedir que un buen tío saltase a la cama con una chica que, después, en otra ocasión, resultara tener todos los discos que haya podido grabar Julio Iglesias a lo largo de su vida. Nos divirtió en su momento, aunque Barry, siendo como es, fue un paso más allá: efectivamente preparó el cuestionario y se lo puso delante a una pobre chica por la que estaba interesado. Ella le sacudió en la cabeza con las hojas del cuestionario. Sin embargo, su idea contenía una verdad importante y esencial, que es precisamente el hecho de que estas cosas importan, y que por eso no sirve de nada fingir que cualquier relación puede ser viable en el futuro, teniendo en cuenta que tus gustos musicales y los de ella difieren violentamente, o teniendo en cuenta que las películas preferidas de los dos ni siquiera se dirigirían la palabra si se encontrasen en una fiesta.

Si le hubiese planteado un cuestionario a Marie, no me habría dado en la cabeza con él. Habría entendido la validez del ejercicio. Sostenemos una de esas conversaciones en las que todo hace clic, todo se funde, se corresponde, se articula; una conversación en la que hasta las pausas y los signos de puntuación parecen hacerse señas para demostrar que están de acuerdo. Nanci Griffith y Kurt Vonnegut, los Cowboy Junkies y el hip-hop, *Mi vida como un perro* y *Un pez llamado Wanda*,

Pee-Wee Herman y *Qué desparrame*, los deportes y la comida mexicana (sí, sí, sí, no, sí, no, no, sí, no, sí)… ¿Quién se acuerda de aquel juego de niños que se llamaba la Ratonera? Era aquella ridícula máquina de Heath Robinson que uno tenía que construir; las bolas de acero bajaban por unos canales y los hombrecillos subían por las escaleras, y una cosa golpeaba a otra, para que una más se desplazase, hasta que al final lograbas que la jaula cayese sobre el ratón y lo atrapara. Pues la velada transcurre con una precisión de chiste, pasmosa, de las que te cortan la respiración, dentro de la cual es como si pudieras ver lo que se supone que va a ocurrir, aunque al mismo tiempo no llegas a creerte que vayas a llegar hasta ahí, por más que después parezca que era de cajón.

Cuando empiezo a tener la sensación de que nos lo estamos pasando lo que se dice bien, le doy algunas oportunidades para que se salga por la tangente: cuando se hace el silencio, me pongo a escuchar a T-Bone, que le cuenta a Barry cómo es de veras Guy Clark en la vida real, como persona de carne y hueso, pero Marie se las arregla para encontrar un cauce privado por el que volvemos a charlar los dos. Y cuando nos vamos del pub al restaurante indio, decido caminar más despacio que el resto, para que ella me pueda dejar atrás si es que le apetece, pero ella también frena para ir a mi paso. Y en el restaurante soy el primero que se sienta, para que ella tenga la posibilidad de elegir dónde tomar asiento, y elige la silla que está a mi lado. Sólo al final de la noche hago algo susceptible de interpretarse realmente como un paso adelante: le digo a Marie que parece elemental que los dos compartamos taxi, yendo hacia donde vamos cada cual. De todos modos, más o menos es verdad, porque T-Bone se queda en Camden, y Dick y Barry viven los dos en el East End, de modo que no cabe pensar que haya redibujado yo todo el callejero de Londres para que se adapte a mis intenciones. Y tampoco es como si le hubiese dicho de plano que parece elemental que me quede a pasar la noche en su casa; si no quiere que me quede, basta con que se baje del taxi, intente meterme un billete de cinco en el bolsillo y se despida jovialmente. En cambio, cuando el taxi llega a donde vive ella, me pregunta si me apetece echar un vistazo a su mueble bar, y yo descubro que sí. Vaya.

Vaya. Su casa se parece mucho a la mía, un primer piso bastante cuadrado, típico de las casas de tres plantas que abundan en todo el norte de Londres. A decir verdad, se parece tanto al mío que resulta deprimente. ¿De veras es tan fácil aproximarse a mi vida? ¿Vale con llamar por teléfono a un amigo, eso es todo? A mí me ha costado toda una década, o puede que más, echar raíces aunque sean tan poco hondas como las mías. La acústica de la casa es un desastre; no hay libros, no hay una pared llena de discos y la verdad es que tiene muy pocos muebles: nada más que un sillón y un sofá. No hay equipo de alta fidelidad, sólo un magnetófono y unas cuantas cintas, parte de las cuales compró en la tienda. Y me emociona en cambio ver un par de guitarras apoyadas contra la pared.

Entra en la cocina, que en realidad está dentro del cuarto de estar, sólo que se diferencia porque la alfombra termina en la entrada, donde empieza el linóleo, y

viene con hielo y dos vasos (no me ha preguntado si quiero hielo, pero es el primer tropiezo, la primera nota discordante que le ha salido en toda la noche, y tampoco es para quejarse); se sienta a mi lado en el sofá. Le pregunto por Austin, por los clubs y la gente de por allá; también le hago un montón de preguntas sobre su ex, y resulta que habla bien de él. Describe el entorno y me cuenta el revés que se llevó con sabiduría y con honradez, y con una punta de humor seco y de desdén por sí misma; me doy cuenta de por qué le salen canciones tan buenas como las que compone. Yo no hablo bien de Laura; mejor dicho, no hablo siquiera con esa clase de profundidad. Recorto los cantos, limo las aristas, ensancho los márgenes y hablo sólo con letras de molde, para que parezca algo más detallado de lo que es en realidad, de modo que algo le cuento sobre Ian (aunque no llega a oír los ruidos que yo oí), y bastante más sobre el trabajo de Laura, pero no menciono nada del aborto, del dinero y de las mujeres de orgasmos simultáneos, que en el fondo son un auténtico coñazo. Me parece incluso a mí, que ya es decir, que empezamos a tener una conversación íntima; hablo con tranquilidad, despacio, pensativamente, expreso algún remordimiento, digo cosas bonitas de Laura, insinúo el hondo océano de melancolía que se halla bajo la superficie. En realidad, todo es una mamonada, un esbozo de caricatura en la que sale a relucir el tío decente y sensible, y funciona, porque me encuentro en posición de inventarme mi propia realidad y porque, me parece, Marie ha empezado a tener bien claro que le gusto.

Se me ha olvidado del todo cómo se hace lo que sigue, aunque nunca estoy muy seguro de que vaya a seguir otro paso. Recuerdo aquello que se hacía en plena juventud, aquello de pasar el brazo por encima del sofá para dejarle caer la mano en el hombro, o presionar un poco la pierna contra la suya; me acuerdo de aquellos gestos de adulto duro y curtido que ensayaba cuando tenía veintitantos, que consistían sobre todo en mirarla a los ojos y preguntarle si le apetecía que pasáramos la noche juntos. De todo aquello, no hay nada con pinta de ajustarse a la situación. ¿Qué se hace en estos casos, cuando uno ya está en edad de merecer? Al final —y si alguien quiere hacer una apuesta, en este caso le aviso que lleva las de perder, porque es difícil de acertar— todo se resuelve en una torpe colisión, de pie los dos en medio del cuarto de estar. Me levanto para ir al lavabo, ella me dice que me enseña el camino, chocamos, la sujeto, nos besamos y vuelvo a caer de lleno en la tierra de la neurosis sexual.

¿Por qué es el fracaso lo primero que se me ocurre cuando me encuentro en situaciones como ésta? ¿Por qué no me limito a disfrutar? Si uno tiene que hacer la pregunta a la fuerza, entonces sabe bien que está perdido: la falta de espontaneidad es el peor enemigo del hombre. De momento, ya me empiezo a preguntar si tendrá constancia de mi erección, tal como yo la tengo; si la tiene, me pregunto qué es lo que le inspira, pero no puedo mantener siquiera la preocupación, y para qué decir todo lo

demás, porque otro montón de preocupaciones me invade, y el siguiente paso parece ser tan difícil que me intimida: parece ser insondablemente aterrador, absolutamente imposible.

Veamos por dónde se le pueden torcer las cosas a un hombre. Para empezar, cabe que no pase nada de nada, pero también puede pasar demasiado y demasiado deprisa; luego está lo del bajón decepcionante tras un comienzo prometedor o el problema del tamaño, que nunca es importante hasta que uno se ve metido en el fregado; resumiendo, resulta que a veces no cumples como tendrías que cumplir. Frente a todo esto, ¿de qué tienen que preocuparse las mujeres? ¿De un poco de celulitis aquí o allá? Bienvenida al club. ¿Alguna duda, ganas de saber en qué lugar de la clasificación te encuentras? Lo mismo digo.

Me alegro de ser un tío, creo yo, pero a veces no me alegro tanto de ser un tío a finales del siglo XX. A veces pienso que preferiría ser mi padre. Nunca tuvo que preocuparse por cumplir, pues nunca supo siquiera qué tenía que cumplir; nunca tuvo que preocuparse del lugar que ocupaba dentro de los mejores cien de todos los tiempos para mi madre, porque fue el primero y el último de la lista. ¿No sería fenomenal que uno pudiera hablar de estas cosas con su padre?

Puede que un día incluso lo intente. «Oye, papá, ¿has tenido que preocuparte alguna vez por el orgasmo femenino, ya sea en su manifestación clitoridiana o en su manifestación vaginal, sin perder de vista que ésta casi seguro que es pura mitología? A decir verdad, ¿sabes bien qué es el orgasmo femenino? ¿Qué me dices del punto G? ¿Qué significaba en 1955 “ser bueno en la cama”, caso de que significase algo? ¿Cuándo se implantó en Gran Bretaña la práctica del sexo oral? ¿Envidias mi vida sexual, o te parece que es demasiado trabajosa? ¿Te ponías alguna vez nervioso al pensar en cuánto podías aguantar dale que te pego, o en tus tiempos no se pensaba siquiera en esas cosas? ¿No te alegras de no haber tenido que comprar nunca libros de recetas vegetarianas como paso previo al momento en que pudieras meterte dentro de las bragas de una mujer? ¿No te alegras de no haber tenido nunca esa conversación, ya sabes, “puede que seas un tío estupendo, pero ¿limpias el cuarto de baño alguna vez?”, que se suele dar cuando menos te lo esperas? ¿No te alivia haberte ahorrado los peligros del parto a que se enfrentan todos los hombres en la modernidad?» (Y me pregunto, dicho sea de paso, qué diría él si no estuviese amordazado por su clase social, su sexo y su retraimiento, su falta de seguridad. Probablemente contestaría algo así: «Mira, hijo: deja de quejarte. En mis tiempos no se había inventado aún el buen polvo, y por muchas recetas vegetarianas que leas, por mucho que limpies el cuarto de baño, te lo pasas mucho mejor de lo que nosotros pudimos soñar siquiera.» Y tendría toda la razón, es verdad.)

Ése es el tipo de educación sexual que nunca he tenido, la que versa sobre puntos G y asuntos semejantes. A mí nadie me dijo nada que realmente importase; nadie me dijo cómo quitarte los pantalones con dignidad, qué decirle a ella cuando no consigues tener una erección, qué significaba en 1975, en 1985, y para qué hablar de

1995, eso de «ser bueno en la cama». Ojo al dato: nadie me dijo nada siquiera sobre el semen, sólo se hablaba de esperma, y ahí hay una diferencia crucial. Por lo que yo alcanzaba a saber, esas cosas microscópicas y con forma de renacuajo saltaban invisibles del final de tu trasto, y así, con ocasión de mi primera… Bueno, dejémoslo, da lo mismo. Sin embargo, conste que la formación desastrosamente parcial que recibí sobre el funcionamiento de los órganos sexuales masculinos me causó inquietud y vergüenza y me hizo pasar muy malos ratos hasta que una tarde, estando en un Wimpy Bar de aquellos de antes, un amigo de la escuela comentó sin que viniese a cuento que la saliva que había dejado en el borde de su vaso de wimpy-cola «parecía lefa», enigmática observación que me llevó a pasarme una semana entera rompiéndome la cabeza, en un estado febril, por más que en el acto, cómo no, soltara una risita ahogada, como si supiera muy bien de qué iba aquello. Es realmente difícil ver una materia ajena y desconocida, que flota en un vaso de cola, y a partir de esa mínima información adivinar cuál es el milagro mismo de la vida, pero eso fue lo que tuve que hacer, y conste que lo hice.

A lo que íbamos. Estamos de pie y nos besamos, nos sentamos de nuevo y nos besamos, y la mitad de mí me dice que no me apure, que no hay por qué preocuparse, mientras la otra mitad se siente muy a gusto consigo misma, o sea, conmigo, y estas dos mitades forman una totalidad que no deja sitio al aquí y ahora, a cualquier placer, o lujuria, de modo que empiezo a preguntarme si alguna vez he disfrutado de veras con esto, con la sensación física, y no tanto con el hecho en sí, o si no será más bien algo que entiendo que he de hacer, y cuando termina esta especie de ensoñación descubro que ya no nos besamos, que nos estamos abrazando, y que yo miro fijamente el respaldo del sofá. Marie me aparta un poco para poder mirarme; en vez de permitir que me vea con la mirada perdida, entorno los ojos y los cierro con fuerza, cosa que me saca del agujero más inmediato, pero que posiblemente, y a la larga, sea un craso error, porque seguramente tendré todo el aire de haberme pasado media vida esperando a que llegara este momento, y eso sin duda le meterá un miedo tremendo, o la llevará a dar por sentadas algunas cosas que no debería dar por sentadas.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Asiento con un gesto.

—¿Y tú?

—De momento, sí. Pero no estaría nada bien si pensara que éste es el final de la noche.

Cuando tenía diecisiete añitos, me quedaba despierto por la noche, soñando y deseando que las mujeres me dijeran cosas como ésa. Ahora, en cambio, me devuelve de lleno al pánico.

—Seguro que no lo es.

—Eso está bien. En tal caso, si te parece, voy a preparar una copa para los dos. ¿Sigues con el whisky, o prefieres pasarte al café?

Sigo con el whisky, de modo que tendré al menos una excusa si no sucede nada, o si las cosas suceden demasiado deprisa, o si… lo que sea.

—¿Sabes qué? Llegué a pensar que me odiabas —dice—. Hasta esta noche, nunca me habías dicho más de dos palabras seguidas, y eso que siempre fueron palabras de cabreo sordo.

—¿Será por eso que te interesaba?

—Sí, puede ser, quién sabe, ¿no?

—Ésa no es la respuesta correcta.

—Ya, pero… Si un tío se porta conmigo de forma tan extraña, me apetece averiguar qué es lo que ocurre, ¿sabes?

—¿Y ahora ya lo sabes?

—Qué va. ¿Y tú?

Sí.

—Tampoco.

Nos reímos los dos de buena gana. Quién sabe: si me sigo riendo, a lo mejor logro posponer el momento de la verdad. Marie me dice que yo le había parecido muy mono, palabra que previamente nadie había utilizado en relación conmigo, y conmovedor, con lo cual me parece entender que quiere decir que soy callado y que siempre tengo cierto aire de estar un poco cabreado. Yo le digo que ella me parece guapísima, cosa que más o menos es cierta, y que tiene talento, de lo cual estoy totalmente convencido. Y así hablamos un buen rato, felicitándonos mutuamente por nuestra buena suerte y por nuestro buen gusto, que es como siempre suelen transcurrir esta clase de conversaciones después del beso y antes del sexo, según mi propia experiencia. Y me siento agradecido por todas y cada una de las banales palabras que nos decimos, porque me dan más tiempo.

En el sexo nunca me había entrado tan fuerte ese miedo devorador al momento de la verdad. Sí que me ponía nervioso, pero nunca tuve ninguna duda de que deseaba ir hasta el final; ahora, es más bien como si fuese suficiente con saber que si quiero, puedo, y si hubiese forma de hacer trampa, de dar un rodeo para ahorrarnos el siguiente paso —por ejemplo, si hubiese forma de conseguir que Marie firmase una especie de declaración en la que constara que he pasado la noche con ella—, la aprovecharía con los ojos cerrados. Me cuesta bastante imaginar, qué coño, que la emoción de hacerlo de verdad pueda ser mayor que la emoción que me produce de por sí estar en posición de hacerlo. Claro que a lo mejor así ha sido el sexo, para mí, durante toda la vida. A lo mejor nunca he gozado de la parte desnuda y sin tapujos del sexo, sino sólo de la cena, del café, del «hay que ver, si ésa también es la película que más me gusta de Hitchcock», o sea, de toda esa parte que es al fin y al cabo el largo preámbulo sexual, y no una charla de circunstancias, y…

¿A quién estoy engañando? Lo único que pretendo es sentirme algo mejor. Antes me encantaba el sexo en todas sus facetas y pasos sucesivos, las partes desnudas y las partes vestidas, y cuando hacía bueno, cuando soplaba el viento de popa, cuando no

había bebido demasiado y no estaba muy cansado, cuando estaba además en el momento más adecuado de la relación (que no es demasiado pronto, cuando uno aún tiene los nervios de la primera noche, y tampoco demasiado tarde, cuando uno tiene, incluso sin querer, esa melancolía rutinaria y bluesera del «oh, no, otra vez lo mismo»), además se me daba bien. (Con lo cual ¿qué quiero decir exactamente? No lo sé. Supongo que sólo era que no había lugar a quejas, aunque las quejas nunca se expresan cuando estás así con personas de buena educación, ¿no?) Lo grave del caso es que han pasado *años* desde la última vez que hice algo así. ¿Y si se echa a reír? ¿Y si se me atasca el jersey cuando intente quitármelo? Con este jersey, eso suele ocurrir. No sé por qué motivo, el agujero del cuello ha encogido bastante, pero el resto está como nuevo; o eso, o es que me ha engordado la cabeza más deprisa que el resto del cuerpo, y si esta mañana hubiera sabido que…, qué más da.

—Tengo que irme —digo. No tenía ni idea de que iba a decir una cosa así, pero cuando oigo lo que acabo de decir, me parece que encaja perfectamente. ¡Por supuesto! ¡Qué fantástica idea! ¡Vete a casa, Rob! No tienes que montarte una historia de cama con Marie si de verdad no te apetece. ¡Qué maduro por tu parte!

Marie se me queda mirando.

—Antes, cuando te dije que esperaba que no fuera ése el final de la noche, quería decir, ya sabes…, que desayunaríamos juntos y todo eso. No me refería a otro whisky y a otros diez minutos de cháchara. Me encantaría que te quedases a pasar la noche.

—Oh, claro —digo sin ninguna convicción—. Claro.

—Joder con la delicadeza. La próxima vez que le diga a un tío que se quede a pasar la noche conmigo, mientras siga estando en este país, lo pienso hacer a la americana. Joder, yo creía que los ingleses erais los maestros de la discreción, el comedimiento y la sutileza, de andarse con rodeos a todas horas y toda esa milonga.

—Sí, es una cosa que solemos utilizar, pero que no entendemos cuando la utilizan los demás.

—¿Ahora me entiendes? ¿Hablo claro? Preferiría dejarlo aquí, antes de tener que decir algo hiriente.

—No, por mí está claro. Lo que pasa es que pensé, bueno, ya sabes, que convendría aclarar las cosas.

—¿Y está todo claro?

—Sí.

—¿Y te quedas?

—Sí.

—Bien.

Hace falta verdadero genio para hacer lo que acabo de hacer. Tuve la oportunidad de largarme sin más complicaciones y la desaproveché; entretanto, me he revelado como un individuo incapaz de llevar adelante eso del cortejo con una mínima elegancia y con la debida sofisticación. Ella echa mano de una forma simpática y muy sexy de pedirme que me quede a dormir con ella, y yo le hago creer que su lazo

me ha pasado por encima de la cabeza sin acertarme, convirtiéndome así en el tipo de persona con el que ella, para empezar, nunca hubiese querido acostarse. Soy la pera.

Milagrosamente, sin embargo, ya no hay más hipidos. Sostenemos la conversación Durex de turno, es decir, que le digo que no he traído nada, y ella se echa a reír y apunta que le parecería de mal gusto que viniese dispuesto a todo, preparado, pero añade que lleva algo en el bolso. Los dos sabemos perfectamente de qué estamos hablando y por qué hablamos de esto, pero no le damos más vueltas. (No suele hacer falta, ¿a que no? Si pides un rollo de papel higiénico, no sueles mantener una conversación después sobre el uso que piensas darle.) Total, que ella coge su copa, me coge a mí de la mano y me lleva al dormitorio.

Malas noticias: hay un intermedio para el lavabo. Odio esos intermedios de lavabo, todo ese rollo, «si quieres puedes usar el cepillo de dientes verde y la toalla rosa». Que nadie me entienda mal: la higiene personal tiene la mayor importancia, y los que no se lavan los dientes terminan por ser cortos de vista y tontos de remate, y yo no consentiría que un hijo mío, etc., etc. Lo que quiero decir es que ¿no podemos encontrar un momento libre más indicado? Se supone que estamos arrebatados por una pasión que ninguno de los dos puede controlar cuando hemos llegado a este punto, así que ¿cómo coño encuentra el tiempo indispensable para pensar en sus Neutrogena, en su hidratante de caroteno, en sus bolas de algodón y en todo lo demás? En líneas generales, prefiero a las mujeres que están dispuestas a saltarse a la torera las costumbres de toda una vida en tu honor; en todo caso, los intermedios de lavabo no son nada buenos para los nervios de un tío, ni tampoco son beneficiosos para su entusiasmo, y creo que me explico. Me decepciona sobre todo enterarme de que Marie es amiga de los intermedios, porque pensé que sería un poco más bohemia, teniendo en cuenta su contrato de grabación y todo lo demás; pensé que el sexo sería con ella un poco más guarro, en sentido literal y en sentido figurado. En cuanto llegamos al dormitorio, desaparece sin decir más, y me quedo plantado, enfriado, preocupado por una cuestión tan baladí como es si debo desnudarme o no.

Es que si me desnudo y entonces viene ella y me ofrece el cepillo de dientes verde, estoy hundido: eso supone o bien dar el largo paseo hasta el cuarto de baño en pelotas, y para eso de momento no estoy preparado, o bien ir vestido del todo, con el riesgo de que después se me atasque el jersey al quitármelo. (Declinar el ofrecimiento del cepillo verde ni se considera, por razones obvias.) Para ella no hay problema, por supuesto: todo esto es algo que se puede ahorrar tranquilamente. Puede volver del cuarto de baño con una camiseta talla supergrande, con una foto de Sting, que después se quitará sin que me dé cuenta, o bien cuando yo esté en el cuarto de baño; así no habrá tenido que enseñar nada, mientras que yo seré un despojo de pura humillación. Me acuerdo entonces de que casualmente llevo puestos unos calzoncillos muy molones (regalo de Laura) y una camiseta blanca bastante limpia, así que puedo elegir la opción «ropa interior en la cama», que es una solución de compromiso no del todo inaceptable. Cuando vuelve Marie, estoy hojeando el libro

de John Irving que estaba en la mesilla, con el aire más compuesto y más ancho que logro adoptar.

Y me toca a mí el turno de ir al baño a lavarme los dientes; vuelvo, hacemos el amor, charlamos un rato, apagamos la luz y eso es todo. No pienso dejarme llevar a la otra historia, al «quién le hizo qué a quién». ¿No conoces «Behind Closed Doors», de Charlie Rich? Es una de mis canciones preferidas.

Tienes todo el derecho a enterarte de algunos detalles, digo yo. Tienes todo el derecho a saber que no me vine abajo, que no me afectó ninguno de los grandes problemas, que no cumplí como se suponía que debía, es verdad, aunque Marie dijo que de todos modos había estado muy bien, y yo la creí; tienes todo el derecho a enterarte de que yo también me lo pasé en grande, y que en un momento u otro, a mitad de la historia, recordé qué es lo que de veras me gusta del sexo: lo que más me gusta del sexo es que me puedo soltar, me puedo perder por completo. El sexo, a decir verdad, es la actividad más absorbente que he descubierto desde que soy adulto. Cuando era niño, sentía eso mismo al pensar en otras cosas, cosas de lo más diverso: los mecanos, *El libro de la selva*, *Biggles*, *The Man from U.N.C.L.E.*, los dibujos animados de los sábados por la mañana… Era capaz de olvidar dónde estaba, qué hora era, con quién estaba. El sexo es la única actividad semejante que he descubierto de adulto, quitando alguna que otra película muy de vez en cuando: los libros dejan de ser así cuando uno deja de ser adolescente, y esa sensación es algo que no he encontrado nunca, la verdad sea dicha, en mi trabajo. Todo ese horroroso envaramiento previo al sexo deja de atenazarme, y me olvido de dónde estoy, de qué hora es… Y sí, qué coño, me olvido también de con quién estoy, al menos por un momento. El sexo es la única actividad propia de un adulto que sé cómo se hace. Es raro, entonces, que sea lo único que me hace sentirme como si tuviese diez años.

Me despierto más o menos al amanecer y tengo la misma sensación que tuve la otra noche, la noche en que me quedé obsesionado pensando en Laura y Ray: me parece que voy sin lastre, sin peso que me ancle en tierra, y que si no me sujeto a lo que sea, quizás eche a volar y se me lleve el viento. Marie me gusta un montón; es graciosa, lista, bonita; tiene talento, pero ¿quién coño es? No se trata de una pregunta filosófica. Lo que quiero decir es que no la conozco de nada, así que ¿qué estoy haciendo en su cama? No cabe duda, tiene que existir un sitio mejor, más seguro, más acogedor que éste. Y en realidad sé que no, que ahora no existe, y eso me da un miedo tremendo.

Me levanto, encuentro mis calzoncillos molones y mi camiseta, me voy al cuarto de estar, busco el tabaco en los bolsillos de mi chupa y me siento a oscuras a fumar. Al cabo de un rato también se levanta Marie y se sienta a mi lado.

—Estabas aquí sentado, comiéndote el tarro, preguntándote qué estás haciendo aquí. ¿Es eso?

—No. Lo que pasa, es que…

—Lo digo porque, si te sirve de algo, por eso estoy yo aquí sentada.

—Vaya, creí que te había despertado.

—No, aún no he podido dormir.

—Entonces llevas mucho más tiempo que yo preguntándote lo mismo. ¿Has sacado algo en claro?

—Bueno, alguna cosilla. He sacado en claro que me sentía muy sola, más sola que la una, y que me acosté con el primero que quiso acostarse conmigo. También he sacado en claro que he tenido suerte de que fueras tú, y no uno de esos tipos aburridos, mezquinos, chiflados.

—¿Y te hubieras acostado con cualquiera que fuese así?

—De eso no estoy muy segura. He pasado una semana fatal.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada. La semana ha sido fatal, pero sólo dentro de mí, así de fácil.

Antes de acostarnos juntos, al menos existía la suposición fingida de que acostarnos era algo que a los dos nos apetecía, de que lo nuestro era el sano y potente comienzo de una relación nueva y excitante. Ahora, toda suposición y todo fingimiento parecen haberse volatilizado, y nos hemos quedado cara a cara con una realidad: estamos aquí sentados porque no conocemos a nadie más con quien pudiéramos estar sentados así.

—No me importa que te hayas puesto triste —dice Marie—. Por mí, de acuerdo. Y no me llamé a engaño con tu manera de tomarte en plan tranquilo lo de…, ¿cómo se llama?

—Laura.

—Laura, eso es. Todos tenemos derecho a ponernos cachondos y estar jodidos al mismo tiempo. Eso no debería darte ninguna vergüenza. A mí, por lo menos, no me da vergüenza. ¿Acaso iban a negársenos los derechos humanos elementales sólo por haber echado a perder nuestras relaciones de pareja?

Empiezo a sentirme más avergonzado por la conversación en sí que por todo lo que hayamos podido hacer poco antes. ¿Cachondos? ¿Son capaces de usar semejante palabra? Joder, me he pasado media vida con ganas de acostarme con una americana, y ahora que ya lo he hecho empiezo a entender por qué nadie lo hace más a menudo, aparte de los americanos, claro está, que seguramente se acuestan con americanas, y viceversa, a todas horas.

—¿Crees que el sexo es un derecho humano elemental?

—Por supuesto que sí. Y yo por mi parte no pienso dejar que ese caraculo se interponga entre un buen polvo y yo.

Mejor no pensar en el peculiar diagrama anatómico que acaba de dibujar, me digo; al menos, lo intento. Y también decido no señalar que, aunque el sexo tal vez

sea un derecho humano elemental, es como muy difícil insistir en ese derecho si cada dos por tres destrozas a las personas con las que quieres tener un trato sexual.

—¿Qué caraculo dices?

Escupe el nombre de un cantautor americano bastante conocido, uno de esos que casi con toda seguridad conoces.

—¿Ése es el que se repartió contigo los discos de Patsy Cline?

Asiente. Apenas puedo dominar mi entusiasmo.

—¡Es asombroso!

—¿Qué, que te hayas acostado con una tía que se ha acostado con…? —Y repite el nombre del conocido cantautor americano, al cual llamaré Steve en lo sucesivo.

¡Exactamente! ¡Es exactamente eso! ¡Me he acostado con una tía que se ha acostado con… Steve! (Ya sé que esa frase parece una bobada sin poner tal cual su verdadero nombre. Es algo parecido a esto otro: he bailado con un tío que bailó con una tía que bailó con… Bob. Pero si te imaginas el nombre de alguien que no es realmente famoso, pero sí bastante famoso —por ejemplo, Lyle Lovett, aunque he de apuntar, por motivos legales, que no se trata de él—, te puedes hacer una idea.)

—No seas boba, Marie. No soy tan presumido. Sólo quería decir que es asombroso que alguien que ha escrito —y aquí nombro el mayor gran éxito de Steve, una balada un tanto pegajosa y repugnantemente sensiblera— pueda ser tan hijoputa.

Me convence y me complace la explicación que le doy de mi asombro. No sólo me saca del agujero, sino que resulta a la vez aguda y muy a propósito.

—Esa canción trata sobre su ex, ¿sabes?, la chica con la que estaba antes de estar conmigo. Me sentaba de maravilla oírsela cantar noche tras noche, no hará falta que te lo jure.

Esto es la bomba. Así me imaginaba que sería salir con una tía que tiene firmado un contrato de grabación.

—Y luego yo escribí «Patsy Cline Times Two», y es probable que él haya escrito una canción sobre una chica que escribe una canción sobre todo eso, y posiblemente ella haya escrito una canción sobre una canción escrita sobre ella, y…

—Así son las cosas. Es lo que hacemos todos.

—¿Escribís canciones los unos sobre los otros?

—No, pero…

Sería demasiado largo explicarle lo de Marco y Charlie, y cómo escribieron ellos a Sarah, es un decir, porque sin Marco y sin Charlie nunca habría existido Sarah, y cómo Sarah y su ex, el que quería llegar a ser alguien en la BBC, cómo me escribieron a mí, y cómo escribimos Rosie y yo —sí, Rosie, la del orgasmo simultáneo, la que era un coñazo— a Ian. Lo único que pasa es que ninguno de nosotros tuvo el ingenio o el talento suficiente para hacer canciones con todo lo demás. Con todo lo demás hicimos solamente la vida, que siempre es más embrollada, más agotadora, y que además no te deja nada que silbar.

Marie se pone de pie.

—Voy a hacer algo inadmisible, así que intenta perdonarme —dice.

Se acerca al magnetófono, saca la cinta que está puesta, busca otra y la coloca, y los dos nos sentamos como estábamos, en la penumbra, a oír las canciones de Marie LaSalle. Creo que yo también puedo entender por qué; creo que si estuviese nostálgico, perdido, inseguro, sin saber a qué estoy jugando, creo que yo habría hecho lo mismo. Un trabajo que te llene plenamente es algo fantástico en momentos como éste. ¿Qué se supone que he de hacer yo? ¿Ir a abrir la tienda y darme una vuelta por los expositores?

—¿Te parece un descaro, una grosería, o qué? —dice al cabo de un rato—. Es una especie de masturbación, oírme cantar a mí misma por puro placer. ¿Qué impresión te produce, Rob? Tres horas después de que hayamos hecho el amor ya me estoy haciendo una paja.

Ojalá no lo hubiese dicho. De algún modo estropeó el instante.

Al final volvemos a la cama y dormimos; nos despertamos bastante tarde; tengo un aspecto algo más cutre, y es posible que huela algo más cutre de lo que ella hubiese querido, si éste fuera un mundo ideal, claro, y ella se muestra cordial pero distante. Salimos a desayunar a un sitio que está lleno de parejas jóvenes que han pasado la noche en amor y compañía, y aunque no parece que estemos fuera de lugar, yo sé que lo estamos: todo el mundo parece feliz, encantado de la vida, y no nervioso, ajeno, triste. Marie y yo leemos los periódicos con una intensidad que tiene por objeto cortar de cuajo todo brote de intimidad que pueda surgir. Sólo algo más tarde nos alejamos de los demás: un rápido y compungido beso en la mejilla, y me queda el resto del domingo para mí solo, tanto si me apetece como si no.

¿Qué es lo que salió mal? Todo, o nada, según se mire. Nada: pasamos una velada muy agradable, disfrutamos del sexo sin que ninguno de los dos se humillase, e incluso conversamos antes del amanecer, y fue una conversación que yo, y quizás ella, recordaremos durante años. Todo: la estúpida situación que se dio cuando yo no supe si me marchaba a mi casa o si me quedaba, dándole de paso la impresión de que soy medio bobo; la manera de empezar con brillantez, para descubrir luego que no teníamos gran cosa que decirnos; la despedida; el hecho de que siga estando igual de lejos de aparecer en las notas de su próximo disco que antes de conocerla. No es lo mismo que decidir si ese vaso está medio lleno o medio vacío; más bien se trata de que vertimos media pinta en un recipiente con capacidad para una pinta entera. Tenía que comprobar cuánto cabía allí dentro, y ahora ya lo sé.

11

Toda la vida he detestado los domingos, por las obvias razones genuinamente británicas (los *Cantos de alabanza*, las tiendas cerradas, esa salsa espesa que se va enfriando y a la que ni por asomo querrías acercarte, aunque ya sabes que nadie va a dejar que te escapes de ella) y por las no menos obvias razones internacionales, pero este domingo ya es el colmo. Podría hacer montones de cosas; tengo cintas que grabar, vídeos pendientes de ver, llamadas telefónicas que devolver… Pero nada de eso me apetece. Vuelvo al piso a la una; a las dos se me han puesto tan crudas las cosas que decido ir a casa, pero a casa de verdad, a casa de mamá y papá, con su salsa espesa que se va enfriando y sus *Cantos de alabanza*. Me bastó con desvelarme en medio de la noche y preguntarme de golpe y porrazo cuál es mi sitio en este mundo: mi sitio no está en casa, y no quiero que esté en casa, pero al menos es un lugar que conozco.

Esa casa de verdad está cerca de Watford; hay un buen trecho en autobús desde la estación de metro de la línea Metropolitan. Crecer en un sitio así fue terrible, supongo, pero no me importó. Hasta los trece años o así no fue más que un lugar por el que podía ir en bici; entre los trece y los diecisiete fue un lugar en el que podía conocer chicas. Y me fui de allí cuando tenía dieciocho, de modo que sólo dediqué un año a ver ese lugar tal cual es, un cagadero de la periferia, y a aborrecerlo. Mis padres se mudaron de casa hace unos diez años, cuando mi madre por fin reconoció de mala gana que yo me había marchado, que ya no iba a volver, pero sólo se fueron a la vuelta de la esquina, a una casa adosada de dos habitaciones. No cambiaron de número de teléfono y conservaron a los amigos de toda la vida.

En las canciones de Bruce Springsteen o te quedas y te pudres, o te escapas y te quemas. Eso está bien; por algo es un cantautor y necesita opciones así de simples para sus canciones. En cambio, nadie ha descrito nunca en una canción que es posible escapar y pudrirse: hay fugas en las que te sale el tiro por la culata, y también te puedes ir de la periferia para vivir en la ciudad, para terminar llevando una vida periférica, suburbana y arrastrada de todos modos. Eso es lo que me pasó a mí; es lo que le pasa a casi todo el mundo.

Mis padres no están mal, siempre y cuando te agrade ese tipo de vida, y no es mi caso. Mi viejo es un poco tonto, pero también tiene algo de sabelotodo: una combinación espeluznante, como indica su ridícula barba rizada, que pregona a los cuatro vientos que es uno de esos tíos que no dicen más que paridas y jamás atiende a razones. Mi madre no es más que eso, una madre, y esto es algo imperdonable, que no se puede decir bajo ninguna circunstancia, a excepción de ésta. Se preocupa por todo, me da la tabarra por la tienda, me da la tabarra cuando me habla de mi niñez.

Ojalá tuviera ganas de verles más a menudo. No es así. Cuando ya no me quedan razones para sentirme mal, me siento mal por eso. Seguro que se alegran de verme esta tarde, aunque a mí se me encoge el corazón al comprobar que esta tarde pasan por la tele *Genoveva*. (Las cinco películas preferidas de mi padre: *Genoveva, The Cruel Sea, Zulú, Oh! Mr. Porter*, que a él le parece hilarante, y, para postre, *Los cañones de Navarone*. Las cinco películas preferidas de mi madre: *Genoveva, Lo que el viento se llevó, Tal como éramos, Funny Girl y Siete novias para siete hermanos*. Supongo que te basta para hacerte una idea, pero te harás una idea aún mejor cuando te diga que, para ellos, ir al cine es tirar el dinero, porque antes o después pasan las películas por la tele.)

Al llegar me quedo con un palmo de narices: no están en casa. Me he recorrido un millón de estaciones de la línea Metropolitan un domingo por la tarde, he pasado ocho años esperando un autobús, es una putada que pasen *Genoveva* por la puta tele, y para colmo resulta que no están. Ni siquiera me han llamado para decirme que iban a salir, aunque yo tampoco he llamado para decirles que venía, muy cierto. Si fuera mínimamente propenso a la autocompasión, y lo soy, estaría hecho polvo por la terrible ironía que encierra encontrarte con que tus padres han salido cuando, por fin, descubres que los necesitas.

Estaba a punto de volver a la parada del autobús cuando mi madre se asoma a la ventana de la casa de enfrente y me llama a gritos.

—¡Rob! ¡Robert! ¡Ven, entra!

No conozco de nada a los vecinos de enfrente, pero nada más llegar me doy cuenta de que estoy en minoría, por no decir solo: la casa está llena de gente.

—¿Qué se celebra?

—Una cata de vinos.

—No lo habrá hecho papá en casa, ¿verdad?

—No, qué va; es vino de verdad. Esta tarde toca el vino de Australia. Lo probamos todos, y viene un señor que nos explica todo lo que hay que saber.

—Caramba, no sabía que os interesara el vino.

—Ah, desde luego. Y a tu padre le encanta.

Por supuesto que le encanta. Debe de ser terrible trabajar con él a la mañana siguiente, y no por el pestazo a priva que debe de despedir, ni por los ojos enrojecidos, ni porque se porte como un borde, sino por todas las chorradas que se habrá tragado. Se pasará la mitad del día contándole al personal cosas que nadie tiene ningunas ganas de saber. Lo veo al otro lado de la sala, charlando con un individuo de traje y corbata —es de suponer que será el experto que ha venido de visita— que tiene pinta de desesperado. Mi padre acaba de verme y finge que se cae del susto, pero no creo que suspenda su animada conversación.

La sala está llena de gente, pero no reconozco a nadie. Me he perdido la charla del individuo, que es el momento en que ofrece la cata de distintos vinos a los que quieran probarlos. Se ve que he llegado cuando eso de la cata de vinos se convierte sin más en atiborrarse de vino, aunque de vez en cuando veo a uno u otro que lo paladea, que tarda en tragarlo y luego dice alguna chorrada. La mayor parte de los presentes se dedica a meterse el vino entre pecho y espalda a toda velocidad. Es algo con lo que no contaba. Había venido a pasar una tarde de silenciosa tristeza, no de fiesta salvaje; lo único que aspiraba a sacar en claro de una tarde de domingo como ésta era una prueba incontestable de que mi vida puede que sea, es cierto, gris, vacía, pero no tan gris, ni tan vacía, como es la vida en Watford. Nueva metedura de pata. La vida en Watford puede que sea gris, cierto, pero es gris y plena. ¿Qué derecho tienen tus padres a irse de fiesta un domingo por la tarde sin que ninguna razón lo justifique?

—Mamá, esta tarde pasan *Genoveva* por la tele.

—Ya lo sé. La vamos a grabar.

—Caramba, ¿desde cuándo tenéis vídeo?

—Desde hace varios meses.

—Pues no me lo habíais dicho.

—Tampoco lo habías preguntado.

—A ver, ¿se supone que he de preguntaros todas las semanas si habéis comprado algún electrodoméstico nuevo?

Una señora inmensa, que lleva algo parecido a un caftán amarillo chillón, avanza hacia nosotros.

—Hola. Tú debes de ser Robert, ¿verdad?

—Sí, soy Rob. Encantado.

—Yo soy Yvonne, la dueña de la casa, la anfitriona. —Y suelta una risa demencial que no viene a cuento. Me apetece ver a Kenneth More—. Oye, tú eres el que trabajas en la industria de la música, ¿no es cierto?

Miro a mi madre, y ella mira a otro lado.

—No, la verdad es que no. Tengo una tienda de discos, ¿sabe?

—Ah, bueno. Da lo mismo. En fin, más o menos, ¿verdad? —Vuelve a reír, y aunque sería un consuelo pensar que está algo achispada, mucho me temo que no es eso.

—Bueno, supongo que sí, pero es como si la dependienta que revela las fotos en Boots trabajase en la industria del cine, claro.

—Rob, ¿te presto mis llaves? Si quieres, puedes ir a casa y preparar el té…

—Claro. No sea que me quede aquí y lo pase bien…

Yvonne farfulla algo que no entiendo y se va como ha venido. En el fondo, mi madre se alegra tanto de verme por aquí que no me lo va a poner crudo, pese a lo cual me avergüenzo un poco de mis palabras.

—Puede que ya sea hora de tomar el té, ¿verdad? —Se aleja para despedirse de Yvonne y darle las gracias; Yvonne me mira, ladea la cabeza y pone cara de pena; está claro que mamá le está contando lo de Laura para explicar y disculpar mi brusquedad. Me da lo mismo. Quién sabe, a lo mejor Yvonne me invita a la siguiente sesión de cata.

Nos vamos a casa y vemos el final de *Genoveva*.

Mi padre vuelve una hora después. Está borracho.

—Nos vamos todos al cine —dice.

Esto ya es demasiado.

—Papá, pero si a ti no te gusta el cine.

—Ojo, no me gusta la basura que tú vas a ver al cine, pero sí me gustan las películas bien hechas, las películas británicas.

—¿Y qué ponen en el cine? —le pregunta mi madre.

—*Regreso a Howard's End*. Es la continuación de *Una habitación con vistas*.

—Ah, pues qué bien —dice mi madre—. ¿Viene alguien más de los de la fiesta?

—Sólo les apetece a Yvonne y a Brian. Venga, hay que moverse, que empieza dentro de media hora.

—Mejor será que me marche —digo. Apenas he cruzado palabra con ellos dos en lo que va de tarde.

—Tú no te vas a ninguna parte —dice mi padre—. Vienes con nosotros. Venga, invito yo.

—Que no es por el dinero, papá. —¿Cómo voy a explicarle que es por Merchant y por el pesado de Ivory?—. Es por la hora. Mañana tengo que trabajar.

—No te me rajes, chico. Estarás en la cama antes de las once. Además, te vendrá bien distraerte, dejar de pensar en tus cosas.

Es la primera referencia al hecho de que hay cosas que más me valdría quitarme de la cabeza.

Además, se equivoca. Cuando tienes treinta y cinco años, ir al cine con tu madre, tu padre y los chiflados de sus amigos no te sirve para quitarte cosas de la cabeza, según descubro sobre la marcha. Si acaso, sirve para meterte a fondo en unas cuantas cosas. Así, mientras esperamos a que Yvonne y Brian se compren prácticamente todas las existencias del tenderete de palomitas, vivo una experiencia terrible, demoledora: el individuo más patético del mundo me sonríe de lejos, dándome a entender que me ha reconocido. El Individuo Más Patético del Mundo lleva unas inmensas gafas al estilo de Dennis Taylor y encima aparato dental; lleva un sucio anorak pardo y unos pantalones marrones de pana desgastados en las rodillas; también él viene a ver *Regreso a Howard's End* con sus padres, a pesar de que tiene veintimuchos años. Y para colmo me dedica esa sonrisilla terrible, porque piensa que acaba de descubrir a un espíritu gemelo. Me perturba tantísimo que no puedo concentrarme en Emma Thompson, Vanessa y todos los demás; cuando por fin me centro un poco ya es demasiado tarde, y la película ha avanzado un trecho tan largo

que ya no pesco nada. Al final, a uno de los personajes le cae encima una estantería llena de libros.

Llegaría al extremo de afirmar que la sonrisa del Individuo Más Patético del Mundo se ha convertido en uno de mis cinco momentos más terribles de todos los tiempos, aunque los otros cuatro ahora mismo se me escapan. Ya sé que no soy tan patético como el Individuo Más Patético del Mundo (por ejemplo, me permito dudar que haya pasado esta noche durmiendo con una cantante americana que ya tiene dos discos en la calle); lo que importa es que la diferencia que pueda haber entre nosotros a él no le resulta obviamente inmediata, y entiendo bien por qué. A decir verdad, éste es el no va más, el atractivo máximo que puede tener el sexo opuesto para cualquiera de nosotros, jóvenes y viejos, hombres y mujeres por igual: necesitamos que alguien nos salve de esas sonrisas de simpatía que destellan en la cola del cine un domingo por la noche; necesitamos que alguien nos impida caer en el pozo en el que los solteros empedernidos viven con sus padres. Yo no pienso volver a caer en ese pozo; prefiero quedarme en casa durante el resto de mi vida antes que arriesgarme a suscitar esa clase de atención.

12

A lo largo de la semana pienso bastante en Marie, pero también pienso en el Individuo Más Patético del Mundo, y pienso, por indicación de Barry, en mis cinco episodios preferidos de *Cheers*: 1) aquel en el que Cliff encuentra una patata que se parece a Richard Nixon como dos gotas de agua; 2) otro en el que aparece John Cleese dando consejos de terapia de pareja a Sam y Diane; 3) aquel en el que todos creen que el jefe del estado mayor de las fuerzas armadas de Estados Unidos, personaje que interpreta un tío que es almirante en la vida real, le ha robado los pendientes a Rebecca; 4) otro en que Sam consigue un trabajo como presentador de un programa de deportes en televisión; 5) aquel en el que Woody cantaba una ridícula canción sobre Kelly. (Barry comenta que me he equivocado en cuatro de los cinco, insiste en que no tengo ningún sentido del humor, y termina diciendo que piensa pedir a los responsables de Channel 4 que los viernes, entre las nueve y media y las diez, anulen la recepción de la señal en mi piso, porque soy un espectador que no se merece *Cheers*, que no sabe apreciarlo.) En cambio, no pienso para nada en lo que dijo Laura el sábado por la noche; mejor dicho, no pienso en eso hasta el miércoles, porque llego a casa y me encuentro con un mensaje suyo. Es poca cosa; sólo me pide la copia de una factura que debe de estar en el archivador de los asuntos domésticos, pero por el tono de su voz comprendo que parte de lo que hablamos el sábado debería haberme alterado, aunque no es así.

En primer lugar —a decir verdad, en primer y último lugar—, eso de que no se haya acostado con Ian… ¿Cómo tener la seguridad de que me está diciendo la verdad? Por lo que yo sé, podría llevar semanas, incluso meses acostándose con él. En cualquier caso, sólo dijo que no se ha acostado con él de momento, y eso lo dijo el sábado, es decir, hace ya cinco días. ¡Cinco días! ¡Desde entonces puede haberse acostado cinco veces con él! (Desde entonces, podría haberse acostado veinte veces con él, pero yo ya me entiendo.) Y aunque todavía no lo haya hecho, es indudable que amenazaba con hacerlo. ¿Qué quiere decir «de momento»? Por ejemplo, «De momento no he visto *Reservoir Dogs*». ¿Qué significa eso? Está claro: significa que piensas ir a verla un día de éstos, ¿no?

—Oye, Barry, si yo te dijera que de momento no he visto *Reservoir Dogs*, ¿tú qué entenderías?

Barry se me queda mirando.

—Venga, ¿tú qué entenderías? Piensa bien en esa frase: de momento no he visto *Reservoir Dogs*.

—Pues que eres un mentiroso. Una de dos: o me estás mintiendo o te has vuelto majara, porque la has visto dos veces. Una con Laura, otra conmigo y con Dick. ¿No te acuerdas? Luego estuvimos hablando un buen rato sobre quién mata al señor Rosa, o al color que fuera, joder.

—Sí, sí, ya lo sé. Pero imaginemos que no la he visto, y que te digo entonces: de momento no he visto *Reservoir Dogs*. ¿Tú qué pensarías?

—Pensaría que estás enfermo y me darías lástima.

—No, lo que quiero que me digas, cuando oyes esa frase, es si piensas que tengo la intención de ir a verla.

—Pues espero que sí, claro, porque si no tendría que pensar que no eres amigo mío.

—No, espera. Es que…

—Perdona, Rob, pero no me entero de nada. No entiendo adónde quieres llegar con esta conversación. Me estás preguntando qué pensaría si tú me dijeras que no has visto una película que sí has visto. ¿Qué se supone que tengo que decir?

—Tú escúchame bien. Si yo te dijera…

—… que de momento no has visto *Reservoir Dogs*, ya lo sé, ya lo has dicho antes…

—¿Tendrías…, tendrías la sensación de que me apetece ir a verla?

—Bueno… Puede que sí, pero tampoco pensaría que te mueres de ganas de verla, porque en ese caso ya habrías ido antes, ¿no?

—Exacto. Fuimos la noche del estreno, ¿verdad?

—Pero al decir de momento… Sí, yo diría que sí te apetece ir a verla. Si no, dirías que no te tienta demasiado.

—En tu opinión, ¿está claro que iría a verla un día de éstos?

—¿Y cómo quieres que lo sepa, tío? Quién sabe, a lo mejor te atropella un autobús, o te quedas ciego, o te pasa otra calamidad. A lo mejor te quitas la idea de la cabeza; a lo mejor te quedas sin blanca, o puede que te hartes de que todo el mundo te vaya diciendo que la tienes que ver, que no te la pierdas.

Eso no me gusta nada.

—¿Y por qué iban a decírmelo? ¿Qué le importa a la gente que la vea o que no?

—Tío, claro que importa: es una película acojonante. Es divertida, es violenta, salen Harvey Keitel y Tim Roth, tiene de todo. Y encima, tiene una banda sonora que te cagas.

A fin de cuentas, puede que no sea posible comparar *Reservoir Dogs* con el hecho de que Ian se acueste con Laura. Ian no tiene ni punto de comparación con Harvey Keitel y Tim Roth. No es ni mucho menos divertido, ni violento, y tiene una banda sonora que da asco, al menos a juzgar por lo que a veces nos llegaba del otro lado del techo. Bueno, ya basta.

De todos modos, no deja de preocuparme ese «de momento».

Llamo a Laura al trabajo.

—Ah, hola, Rob —dice como si yo fuese un amigo cuya llamada le diera una alegría: en primer lugar, no soy un amigo; además, no se alegra de que la llame. Aparte de eso…—. ¿Qué tal va todo?

No pienso dejar que se salga por la tangente con ese tono que hace pensar que sí, que antes salíamos juntos, pero que ahora todo va bien.

—Bastante mal, gracias —digo. Ella suspira—. Oye, ¿podemos vernos un rato? La otra noche dijiste algunas cosas de las que me gustaría hablar contigo.

—No quiero… No, es que todavía no estoy preparada para hablar otra vez de todo aquello.

—Vaya, ¿y qué quieres que haga yo mientras tanto?

Me doy cuenta de que me estoy poniendo quejica, agrio y desabrido, pero no creo que pueda contenerme.

—Vive tu vida, chico. No puedes esperar a que yo te diga por qué no quiero verte nunca más.

—¿Y qué ha sido de la posibilidad de que volviéramos a estar juntos?

—No lo sé.

—Lo digo porque la otra noche tú dijiste que cabía esa posibilidad.

Por este camino no llegaré a ninguna parte, está claro; además, entiendo que ella no está de humor para hacer concesiones de ninguna clase, pero a pesar de todo insisto.

—Yo no dije nada de eso.

—¡Sí que lo dijiste! ¡Lo dijiste, vaya que sí! ¡Dijiste que había una posibilidad de volver a estar juntos! ¡Dijiste que sí, que aún podíamos…!

Joder. Esto es realmente lamentable.

—Rob, estoy trabajando. Ya hablaremos…

—Oye, si no quieres que te llame al trabajo, a lo mejor deberías darme tu nuevo número de teléfono particular. Lo siento mucho, Laura, pero no pienso colgar ni pienso dejar de llamarte hasta que me digas que estás dispuesta a tomarte una copa conmigo. No entiendo por qué coño ha de ser todo esto como tú digas, así que ya vale.

Se le escapa una risita un tanto agria.

—Vale, vale, vale. Está bien. ¿Nos vemos mañana por la noche? Ven a recogerme a la salida del trabajo, ¿te parece bien?

Lo dice como si estuviera totalmente derrotada.

—¿Mañana por la noche? ¿El viernes? ¿Seguro que no estás ocupada? Estupendo, fenomenal. Me encantará verte.

No estoy muy seguro de que haya oído el tono positivo, conciliatorio y sincero que cuelo al final, porque me ha colgado.

13

Estamos los tres haciendo el vago en la tienda, a punto de cerrar e irnos a casa, repasando los cinco mejores temas de un single, solamente la primera cara, de todos los tiempos. Los míos son «Janie Jones», de los Clash, tomado de *The Clash*, el primer disco del grupo; «Thunder Road», de Bruce Springsteen, tomado de *Born to Run*; «Smells Like Teen Spirit», de Nirvana, tomado de *Nevermind*; «Let's Get It On», de Marvin Gaye, tomado de *Let's Get It On*; «Return of the Grievous Angel», de Gram Parsons, tomado de *Grievous Angel*.

—¿No se te ocurre nada más típico, tío? —me suelta Barry—. ¿Qué pasa con los Beatles? ¿Y dónde te dejas a los Rolling Stones? ¿Qué fue del cabrón ese… de ese cabrón de Beethoven? ¿No te gusta el primer corte de la cara uno de la *Quinta Sinfonía*? Coño, tendrían que quitarte la licencia para ser dueño de una tienda de discos.

Luego nos enzarzaremos en la discusión de siempre, a saber, si Barry es en el fondo un esnob y un oscurantista (los Fire Engines, que salen en la lista de Barry, ¿realmente son mejores que Marvin Gaye, que no aparece?), o si yo soy un aburrido, un carroza mediocre. Y Dick dice de pronto, por vez primera desde que trabaja en Championship Vinyl, si descontamos las veces que ha tenido que irse a sitios lejanísimos para ver actuar a uno de esos grupos absurdos, que esta noche, chicos, lo siente mucho, no puede venir al pub.

Se hace un silencio de asombro en buena parte fingido.

—Anda, Dick, no jodas, ¿vale? —dice Barry finalmente.

Dick esboza una especie de sonrisa algo avergonzada.

—No, de verdad. No puedo ir.

—Te lo advierto —dice Barry—: como no tengas una explicación convincente, tendré que darte el premio de Aguafiestas de la Semana.

Dick no dice nada.

—Venga, ¿con quién has quedado?

Sigue sin decir ni pío.

—Oye, Dick, no habrás ligado, ¿eh?

Silencio.

—No me lo puedo creer —dice Barry—. ¿Es que no hay justicia en este mundo? ¿Dónde está la justicia? Dick tiene una cita apasionante, Rob anda por ahí tirándose a Marie LaSalle, y en cambio el más guapo, el más inteligente de los tres lleva una temporada que no se come un rosco.

No se está tirando un farol: no lanza una sola mirada por el rabillo del ojo para comprobar si ha dado en el clavo. No titubea, no se para a ver si a mí me apetece decir algo. Lo sabe muy bien, y yo me siento algo hundido a la vez que lógicamente encantado de la vida.

—¿Cómo lo sabías?

—Joder, Rob, ¿por quién nos tomas? Da igual, porque me fastidia bastante más la cita que tiene Dick. ¿Cómo ha sido, Dick? ¿Qué explicación racional puedes darnos? A ver, déjame pensar. El domingo por la noche te quedaste en casa, porque me hiciste la cinta esa con las caras B de los singles de Creation. El lunes por la noche estuve contigo, igual que ayer, así que tuvo que ser… el martes.

Dick no dice nada.

—¿Dónde estuviste el martes?

—Fui a ver una actuación con unos amigos.

Me pregunto si de veras fue así de patente, y tengo que responder que seguramente sí, que el sábado por la noche se me debió de ver el plumero, pero Barry no tenía forma de saber qué es lo que ocurrió realmente.

—Vaya, ¿y qué clase de actuación es esa en la que resulta que conoces a una chica?

—No la conocí allí. Venía con los amigos con los que había quedado para ir a ver la actuación.

—¿Y esta noche has vuelto a quedar con ella?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Anna.

—¿Sólo tiene medio nombre? ¿Anna qué más? ¿Anna de las Tejas Verdes? ¿Anna Conda?

—Anna Moss.

—Anna Moss, vaya. Moss… La mosquita muerta. La mujer mosca, qué coño.

Esto es algo que ya le he visto hacer muchas veces con las mujeres, pero sigo sin saber por qué me desagrada tanto. Una vez lo comenté con Laura, porque también hizo un chiste así con su apellido, no recuerdo cómo era. Y me jodió un montón que lo hiciera. A mí me apetecía que mi chica fuese Laura sin más, que tuviese un nombre femenino y bonito, un nombre con el que pudiera soñar cuando me entrasen ganas de soñar. No me hizo ninguna gracia que, con su chiste, Barry la convirtiese en un colega. Laura pensó en cambio que yo me había molestado sin razón; pensó que yo prefería que las chicas siguieran siendo algo tontas, blanditas, como se supone que tienen que ser las chicas. Dijo que no me apetecía pensar en las chicas tal como puedo pensar en mis amiguetes. Y tenía razón, es cierto. Pero no se trata de eso. Barry no hace estos chistes por estar en favor de la igualdad entre los sexos: los hace porque tiene una mala leche que no se la salta un caballo, porque le gusta desinflar todo el bienestar romántico que Laura, Anna o quien sea pueda habernos aportado. Es mordaz este Barry. Mordaz y grosero. Sabe muy bien qué poder oculto tienen los nombres de las chicas, y no le gusta nada.

—¿Es verdosa y peluda?

La cosa ha empezado en broma, con Barry como abogado del diablo y Dick en el papel de abogado defensor, pero esos papeles han empezado a endurecerse. Dick parece más culpable que un asesino convicto y confeso, y lo único que ha hecho es conocer a una chica.

—Ya vale, Barry —le digo—. Déjalo.

—Ah, estaba clarísimo que ibas a decir eso, ¿cómo no? Ahora tenéis que manteneros unidos, claro. Ahí los tienes, Follarines Unidos jamás serán vencidos.

Procuro no perder la paciencia con él.

—Bueno, ¿tú vienes al pub o qué?

—No, qué cojones.

—Perfecto.

Barry se marcha; ahora es Dick el que se siente culpable de veras, no por haber conocido a una chica, sino porque yo me he quedado sin nadie con quien tomar unas cervezas.

—Creo que me queda tiempo para una ronda rápida.

—No te preocupes, Dick. Tú no tienes la culpa de que Barry sea un imbécil. Que lo pases bien, tío.

Me lanza una mirada de auténtica gratitud, de esas que te rompen el corazón.

Tengo la sensación de llevar toda la vida despachando conversaciones como ésta. Ninguno de los tres es un jovencito, pero lo que acaba de ocurrir entre nosotros bien podría haber ocurrido cuando tenía dieciséis, veinte o veinticinco años. Llegamos a la adolescencia y allí nos paramos en seco; fue entonces cuando dibujamos el mapa y hemos dejado las fronteras tal como estaban entonces. ¿Por qué le jode tanto a Barry que Dick esté saliendo con una chica? Porque no le apetece nada que un tío con aparato dental y el anorak sucio le sonría en la cola del cine, por eso. Le preocupa bastante el aire que va tomando su vida, y está solo. Los solitarios son los más amargados del mundo.

14

Desde que tengo la tienda hemos intentado por todos los medios sacarnos de encima un disco de un grupo que se llama Sid James Experience. Por lo general, los discos o cintas que no conseguimos vender, al final nos los quitamos de encima de cualquier manera: rebajándolos a diez peniques o, llegado el caso, tirándolos a la basura. Lo que pasa es que a Barry le encanta este disco (tiene dos copias en su casa, por si acaso alguien le pide uno prestado y luego no se lo devuelve, cosa que suele ocurrir); dice que es una joya, que es muy raro y que un día haremos muy feliz a alguien. La verdad es que ha terminado por ser una especie de chiste de la casa. Los clientes habituales preguntan por su salud y le dan una palmadita amistosa cuando se lo encuentran en un estante; a veces, alguno ha traído la funda hasta el mostrador, como si estuviese a punto de comprarlo, pero entonces suelta el típico «¡Era broma, tío!», y lo devuelve al sitio en que lo ha encontrado.

Total, que el viernes por la mañana aparece un tío al que nunca hemos visto el pelo y se pone a repasar la sección de «Pop británico» (S-Z); se le escapa un suspiro de asombro y viene corriendo al mostrador con la funda del disco apretada contra el pecho como si temiese que alguien pudiera quitárselo. Y entonces saca la cartera y lo paga, siete libras en total, sin intentar siquiera regatear, sin darse cuenta de lo que está haciendo. Dejo que sea Barry quien lo atienda —es su momento estelar, se lo ha ganado a pulso—, mientras Dick y yo miramos sin perder ripio, conteniendo la respiración. Es como si hubiese entrado un tío que se hubiese rociado de gasolina y acabara de sacar una caja de cerillas del bolsillo. No osamos soltar el aire contenido en los pulmones hasta que enciende la cerilla y se prende fuego, y cuando por fin se marcha de la tienda nos echamos a reír como energúmenos. Nos ha dado renovadas fuerzas: si es posible que alguien entre en la tienda y encima se lleve el disco de Sid James Experience por su precio, significa que en el momento menos pensado puede ocurrir algo bueno.

Laura ha cambiado desde la última vez que la vi. En parte es por el maquillaje; se lo pone para ir a trabajar, y le da un aire menos estresado, menos fatigado, como si fuese más dueña de sí. Pero no es eso solamente, sino que ha ocurrido algo más, algo que no sé si es real o sólo es fruto de su imaginación. Sea como fuere, se le nota que está segura de haber iniciado una nueva etapa en su vida. Pero no, ni mucho menos. No pienso dejarla.

Vamos a un bar cerca de su trabajo: no a un pub, sino a un bar que tiene fotografías de jugadores de béisbol en las paredes, un menú escrito a tiza en una pizarra y una llamativa falta de grifos de cerveza en la barra, y que está relativamente lleno de individuos con traje y corbata que beben cerveza americana en botella.

Encontramos sitio en una mesa al fondo. Ella va directamente al «¿Qué tal estás?», como si yo no importase ya tanto. No sé qué murmuro, pero sí me doy cuenta de que no voy a ser capaz de dominarme, de que voy a llegar demasiado pronto al quid de la cuestión, y acto seguido, ¡zas!, «¿Ya te has acostado con él?», y todo terminado.

—¿Por eso querías que nos viéramos?

—Supongo que sí.

—Joder, Rob.

Tengo ganas de hacerle la pregunta de nuevo, de disparar a bocajarro; quiero una respuesta, no quiero más «Joder, Rob», más miradas compasivas.

—¿Qué quieres que te diga?

—Quiero que me digas que no y que tu respuesta sea cierta.

—Pues no va a poder ser.

No es capaz de mirarme a la cara cuando lo dice.

Veo que va a decir algo diferente, pero ya no la oigo; he salido a la calle, pasando entre todos esos trajes con corbata y gabardina, cabreado y harto, y voy camino de mi casa, dispuesto a meterme unos cuantos discos más, a ser posible a todo volumen, a ser posible discos de cabreo que me hagan sentirme algo mejor.

A la mañana siguiente, el tío que vino a comprar el álbum de Sid James Experience viene a cambiarlo. Dice que no es lo que él pensaba.

—¿Y qué pensabas que era? —le pregunto.

—No sé —dice—, otra cosa.

Se encoge de hombros y nos mira sucesivamente a los tres. Los tres le miramos fijamente, desazonados, decepcionados. Él parece medio muerto de vergüenza.

—¿Lo has oído entero? —le pregunta Barry.

—No, lo quité a mitad de la segunda cara. Es que no me gustaba nada.

—Anda, vuelve a casa y prueba de nuevo —dice Barry a la desesperada—. No es de los que te entran a la primera, sino que lleva su tiempo. —El tío menea la cabeza con firmeza. Ha tomado una decisión y al final lo cambia por un compact de Madness de segunda mano. Vuelvo a colocar el Sid James Experience en su sitio.

Laura llama por la tarde.

—Tenías que haber supuesto que iba a suceder —dice—. No puede haberte pillado totalmente desprevenido. Tú mismo lo dijiste; llevo algún tiempo viviendo con él, ¿no? Tarde o temprano tenía que darnos por ahí. —Suelta una risa nerviosa y, al menos a mi juicio, muy inadecuada a la situación—. Además, he intentado decírtelo mil veces, ésa no es la cuestión. La cuestión que de verdad importa es que tú y yo nos metimos en un lío lamentable.

Me entran ganas de colgar, pero la gente sólo cuelga el teléfono para que les llamen de nuevo, y, pensándolo bien, ¿por qué iba a llamarme Laura otra vez? No tiene ningún motivo.

—Oye, ¿sigues ahí? ¿En qué estás pensando?

Estoy pensando en lo siguiente: me he dado un baño con esta persona que está al otro lado del hilo (solamente uno, hace años, pero un baño es un baño, ¿o no?), y ya me empieza a costar recordar qué aspecto tiene. Estoy pensando esto otro: ojalá hubiésemos terminado con esta etapa y ojalá pudiéramos pasar a la siguiente, esa etapa en la que miras el periódico y ves que pasan por televisión *Perfume de mujer*, y te dices «Ah, ésa la vi con Laura». Estoy pensando, además, si se supone que he de pelear por esto y, en ese caso, ¿con qué armas peleo y contra quién tengo que pelearme?

—No, en nada.

—Nos podemos ver para tomar otra copa, si te apetece. Así me podré explicar mejor; creo que como mínimo te debo eso.

Como mínimo. Vaya.

—¿Qué mínimo sería demasiado?

—¿Cómo dices?

—Nada, es igual. Mira, tengo que dejarte. Yo también trabajo, ¿sabes?

—¿Me llamarás?

—No tengo tu teléfono.

—Pero puedes llamarme al trabajo. Y podemos quedar, vernos y hablar de todo esto como es debido.

—De acuerdo.

—¿Prometido?

—Sí, de acuerdo.

—Lo digo porque no me gustaría que ésta fuera la última conversación que tengamos. Te conozco.

Pero en el fondo no me conoce en absoluto: la llamo a todas horas. La llamo esa misma tarde, cuando Barry sale a comer algo y Dick anda ajetreado, ordenando unos pedidos por correo ahí mismo, en la trastienda. La llamo pasadas las seis, que es cuando Dick y Barry ya se han marchado. Cuando llego a casa, llamo a información telefónica para conseguir el nuevo número de Ian y llamo unas siete veces seguidas, aunque cuelgo cada vez que él coge el teléfono; al final, Laura se lo huele y contesta ella misma a una de mis llamadas. La llamo a la mañana siguiente y dos veces más esa misma tarde, y la llamo desde el pub por la noche. Y después del pub me acerco a casa de Ian, más que nada para ver qué aspecto tiene por fuera. (No es más que otra casa de tres pisos, típica del norte de Londres, aunque no tengo ni idea de qué piso es el suyo, aparte de que no hay luces encendidas en ninguno de los tres.) No tengo nada mejor que hacer. En resumidas cuentas, he vuelto a perder, igual que perdí con Charlie, hace una pila de años.

Hay hombres que llaman y hombres que no llaman, y yo preferiría de largo ser de estos últimos. Son los hombres como es debido, esa clase de hombres que las mujeres tienen en mente cuando suspiran por nosotros. Es un estereotipo seguro, sólido y carente de significado: el tío que hace como que todo le importa un pimiento, que cuando lo abandonan a lo mejor se pasa un par de noches sentado a solas en el pub y luego sigue como si tal cosa con sus asuntos. Aunque la vez siguiente pondrá menos confianza que antes, al menos tiene bien claro que no ha quedado como un gilipollas y tampoco le ha dado un susto a nadie, mientras que esta semana yo he hecho ambas cosas. Un día, Laura se siente fatal, culpable por todo; al día siguiente, se encuentra asustada y cabreada, y el único y absoluto responsable de la transformación soy precisamente yo, cosa que no me ha hecho ningún bien. Si pudiera, dejaría de hacer lo que hago, pero me da en la nariz que no tengo elección en todo este asunto: es lo único que pienso, y lo pienso a todas horas. «Te conozco bien», dijo Laura, y es verdad, en cierto modo es verdad: sabe que soy de los que no se toman la molestia, sabe que tengo amigos a los que no veo desde hace años, y que nunca vuelvo a cruzar ni palabra con las chicas con las que me he acostado alguna vez. En cambio, no sabe cómo te lo tienes que currar para ser así.

Quiero verlas ahora: quiero ver a Alison Ashworth, que me dejó al cabo de tres penosas tardes en el parque; a Penny, que no me dejó ni rozarla, aunque luego se largó con el mamonazo de Chris Thomson y se lo hizo con él; a Jackie, aunque sólo me pareciese atractiva mientras estuvo saliendo con uno de mis mejores amigos; a Sarah, con la que formé una alianza contra todos los abandonistas del mundo y después me abandonó de todos modos. Y quiero ver a Charlie, muy especialmente a Charlie, porque a ella tengo que darle las gracias por todo: por mi fenomenal trabajo, por mi tremenda confianza en mi capacidad sexual, por todo. Quiero ser un ser humano redondo, entero y verdadero, sin todos estos bultos y nudos de rabia, culpa, disgusto y asco de mí mismo. ¿Y qué es lo que quiero hacer cuando las vea, eh? Yo qué sé. Charlar. Preguntarles cómo les va, saber si me han perdonado por pasarme con ellas cuando me he pasado con ellas, y decirles que las he perdonado por pasarse conmigo cuando se han pasado conmigo. ¿No sería estupendo? Si las viese a todas ellas en fila, una detrás de otra, y no quedasen malos rollos entre nosotros, sino sólo sentimientos de afecto, sentimientos aterciopelados, un brie cremoso en vez de un parmesano viejo y reseco, seguramente me sentiría limpio por dentro, tranquilo y en paz, dispuesto a empezar de nuevo.

Es lo que hace Bruce Springsteen en casi todas sus canciones. Puede que no en todas, pero lo ha hecho muy a menudo. ¿Conoces esa que se titula «Bobby Jean», que está en *Born in the USA*? Da igual; él llama por teléfono a una chica, pero le dicen que se fue de la ciudad hace años, y le jode un montón no haberlo sabido antes,

porque le habría gustado despedirse de ella, decirle que la echaba de menos, desearle buena suerte. Y entonces entra uno de esos solos de saxo de los que te ponen la carne de gallina, si es que te van los solos de saxo. Y Bruce Springsteen… Vaya, me gustaría que mi vida fuera como una canción de Bruce Springsteen. Al menos una vez. Ya sé que no he nacido para correr; ya sé que Seven Sisters Road no es Thunder Road ni de lejos, pero los sentimientos, que es de lo que se trata, no pueden ser tan distintos, ¿o sí? Me gustaría llamar por teléfono a todas esas personas y desearles buena suerte, decirles adiós, y que se sintieran bien, que yo me sintiera bien. Todos nos sentiríamos bien, y eso estaría bien. Qué coño: sería estupendo.

15

Llega el día en que conozco a Anna: Dick la trae al pub una noche en que Barry no viene con nosotros. Es pequeña, tranquila, educada, está claramente deseosa de agradar, de resultar simpática; salta a la vista que Dick la adora. Él busca mi aprobación, cosa que le puedo dar fácilmente y en cantidad. ¿Por qué iba yo a querer que Dick fuese infeliz? De ninguna manera. Quiero que sea tan feliz como se pueda ser en esta vida. Quiero que nos demuestre a los demás que se puede vivir una relación estupenda y tener al mismo tiempo una colección de discos inmensa.

—¿Y no tiene una amiga para mí? —le pregunto a Dick.

Normalmente, por supuesto, no me referiría a Anna en tercera persona estando ella con nosotros, pero esta vez tengo una excusa, porque mi pregunta es a la vez muestra de mi aprobación y alusión oculta. Dick sonríe, encantado de la vida al reconocerla.

—Richard Thompson —le explica Dick—. Es de una canción de Richard Thompson que se titula «I Want to See the Bright Lights Tonight». ¿A que sí, Rob?

—Vaya, Richard Thompson —repite Anna con una voz que me hace pensar que durante estos últimos días ha tenido que absorber muchísima información a toda velocidad—. Y ése ¿quién era? Es que Dick está intentando darme una buena educación musical, ¿sabes?

—Creo que aún no hemos llegado a Richard Thompson —dice Dick—. Da lo mismo; es un cantante de folk rock, aparte de ser el mejor guitarra eléctrica que hay en Inglaterra. ¿No te parece, Rob? —Me hace la pregunta con nerviosismo; si Barry estuviese aquí, se lo pasaría bomba bajándole los humos a Dick sin esperar un minuto más.

—Desde luego, Dick —le aseguro.

Dick asiente con un gesto de alivio y de satisfacción.

—Anna es una fan de los Simple Minds —me confiesa Dick, quizás animado por su éxito con Richard Thompson.

—Ah, ya.

Me quedo sin saber qué decir, pues en nuestro universo ésta es una información que rompe esquemas. Odiamos a los Simple Minds. Estuvieron en el número uno de nuestros «primeros cinco grupos o músicos que habrá que matar a tiros cuando llegue la revolución musical». (Michael Bolton, U2, Bryan Adams y, sorpresa, sorpresa, Genesis, que se colaron por los pelos en quinto lugar. Barry también quiso matar a tiros a los Beatles, pero le señalé de pasada que eso ya lo había hecho otro.) Me cuesta entender cómo ha terminado liándose Dick con una fan de los Simple Minds; es tan difícil como imaginarle emparejado con un miembro de la familia real o con otro del gabinete en la sombra. Y no es la atracción que pueda haber entre ellos lo que más pasmado me deja, sino cómo es posible que se hayan juntado.

—Pero creo que poco a poco va entendiendo por qué no debería serlo, ¿verdad?

—Puede ser, un poco. —Se sonríen el uno al otro. Si te paras a pensarlo, es un pelín siniestro.

Es Liz la que me insiste en que deje de llamar a Laura a todas horas. Me lleva al Ship y me deja de vuelta y media.

—La estás alterando de verdad —dice—. Y a él también.

—Coño, no fastidies. Como si me importara.

—Bueno, pues debería.

—¿Y por qué?

—Porque…, porque lo único que estás consiguiendo es que formen una alianza: ellos dos contra ti. Antes de que empezaras con todo esto, esa alianza no existía. No había más que tres personas metidas en un buen fregado. Pero ahora resulta que ellos dos tienen algo en común, y no te conviene empeorar las cosas.

—¿Y tú por qué estás tan interesada en esto? Pensé que, en tu opinión, yo no pasaba de ser un gilipollas.

—Sí, bueno, y él también lo es. Es un gilipollas aún mayor que tú, que ya es decir, y eso que aún no ha hecho nada malo.

—¿Por qué dices que es un gilipollas?

—Sabes de sobra por qué es un gilipollas.

—¿Cómo sabes tú que yo ya lo sé?

—Porque me lo ha dicho Laura.

—¿Habéis hablado de que a mí me parece que su nuevo novio es un perfecto gilipollas? Joder, ¿y cómo es que os ha dado por ahí?

—Después de un rodeo larguísimo.

—Pues explícamelo por el camino más corto.

—No te va a gustar nada.

—Venga, Liz, no jodamos.

—Como quieras. Ella me dijo que cuando tú empezaste a descojonarte de Ian, cuando los dos vivíais aún juntos… fue cuando ella decidió dejarte.

—No te queda más remedio que descoronarte de un menda como ése, qué coño. Con ese pelo a lo Leo Sayer y esos pantalones de peto; con esa risa de mamón y esa política de capullín sin remedio, con ese…

Liz se echa a reír.

—Pues veo que Laura no estaba exagerando. O sea, que no te cae nada bien, ¿no?

—Es un tío insufrible. No lo aguanto.

—Ya, yo tampoco, y conste que es por las mismas razones.

—Entonces, ¿se puede saber de qué va Laura?

—Me dijo que con tus ataques de insultos contra Ian se dio cuenta de lo muy… «agrio», ésa es la palabra que utilizó, lo muy *agrio* que te has vuelto. Dijo que

siempre te había querido por tu entusiasmo y por tu calidez, y que todo eso se te estaba resecando por dentro. Primero dejaste de hacerle reír y luego empezaste a deprimirla un montón. Ahora, para colmo, le das un miedo tremendo. No sé si te das cuenta de que, si quisiera, podría llamar a la policía y denunciarte.

La policía. Joder. En un momento dado estás bailando con ella en la cocina, una canción de Bob Wills y los Texas Playboys (¿qué pasa? ¡Aquella vez sí que la hice reír, y sólo han pasado unos meses!), y acto seguido te enteras de que te quiere ver entre rejas. Me paso una eternidad sin decir ni pío; no se me ocurre nada que, una vez dicho por mí, no parezca agrio. Tengo ganas de decirle que no tengo nada que me haga sentir esa calidez, que de dónde coño voy a sacar las ganas de mostrar algún entusiasmo. ¿Cómo vas a hacer reír a alguien si resulta que ese alguien quiere echarte encima a la policía?

—Pero ¿por qué sigues llamándola a todas horas? ¿Por qué estás tan desesperado por que vuelva contigo?

—¿Tú qué crees?

—No lo sé. Y Laura tampoco lo sabe.

—Bueno, pues si ella no lo sabe, ¿de qué sirve?

—Siempre hay un propósito, aunque no sea más que ahorrarse todo este lamentable follón la próxima vez.

—La próxima vez. ¿Tú crees que habrá una próxima vez?

—Venga, Rob, no seas tan patético. Por cierto, acabas de hacer tres preguntas para no tener que contestar a la mía.

—¿Cuál era la tuya?

—Ja, ja, ja. Había visto hombres como tú en las películas de Doris Day, pero nunca creí que existierais en la vida real. —Adopta un acento profundo, tontorrón, americano—. Me refiero a los hombres que no saben comprometerse, que no saben decir «te quiero» ni cuando desean decirlo, que carraspean y balbucean y cambian de tema. Y aquí estás: eres un espécimen perfecto, vivito y coleando. Es increíble.

Sé muy bien de qué películas está hablando, y son una ridiculez. Esos hombres no existen. Decir «te quiero» es bien fácil, está chupado. Más o menos todos los hombres que conozco lo dicen a todas horas. Yo he fingido un par de veces que no era capaz de decirlo, aunque no estoy muy seguro del porqué. Puede que fuera porque quise darle al momento ese aire de romanticismo hortera, estilo Doris Day, para que con el tiempo fuese más memorable de lo que hubiera sido en condiciones normales. Ya se sabe: estás con una chica, te pones a decir algo, te callas y ella salta automáticamente con ese «¿Qué decías?». Tú dices que nada, y ella insiste en que por favor se lo digas, y tú te plantas: «No, no, era una bobada», y al final te obliga a escupirlo, aun cuando tú tengas muy claro que ibas a decirlo de un modo u otro, y ella entiende que es algo más valioso por haber sido tan difícil arrancártelo y por haberlo conseguido ella sola. Puede que supiera en todo momento que sólo estabas tonteando, pero está claro que no le importa. Es como una cita textual: es lo más cerca que

podemos estar de sentirnos como en una película, esos días contados en que llegas a la conclusión de que una chica te gusta tanto como para decirle que la quieres, sólo que no te apetece nada estropearlo todo con un manchurrón de sinceridad amorfa, directa, al grano.

De todos modos no pienso aclararle nada a Liz; no pienso decirle que ésa es una forma de recuperar parte del control, ni tampoco le diré que no estoy seguro de amar a Laura o no, ni que difícilmente podré averiguarlo mientras viva con otro; preferiría que Liz pensara que soy uno de esos típicos tontos del culo que se trabucan al decir algo de lo más sencillo, pero que al final terminan por ver la luz. Supongo que no me hará ningún daño a largo plazo.

16

Empiezo por el principio, por Alison. Le pido a mi madre que me busque el teléfono de sus padres en el listín local y empiezo por ahí mis pesquisas.

—¿Es usted la señora Ashworth?

—Sí, dígame.

La señora Ashworth y yo nunca llegamos a conocernos personalmente. Aquella relación que duró seis horas no dio pie para entrar en la fase en que uno conoce a los padres de la chica con la que sale.

—Verá, soy un antiguo amigo de Alison y me gustaría ponerme en contacto con ella.

—¿Quieres que te dé su dirección en Australia?

—Si… si es allá donde vive, sí, claro.

No pienso perdonar a Alison, y menos aún con prisas. De hecho, me costará varias semanas escribir una carta, y harán falta otras tantas, o más, para esperar respuesta.

Me da la dirección de su hija y le pregunto qué es lo que hace Alison tan lejos; resulta que se ha casado con un tío que se dedica a los negocios inmobiliarios, que ella es enfermera y que tienen dos hijas, que bla, bla, bla. Consigo resistirme y me abstengo de preguntarle si alguna vez le habla de mí. No se puede llevar tan lejos el egocentrismo. Le pregunto luego por David, que está en Londres y trabaja para una asesoría fiscal, se ha casado y también tiene dos hijas, ¿es que nadie sabe hacer niños en esta familia? ¡Si hasta la prima de Alison acaba de tener una niña! Expreso incredulidad en los momentos correspondientes.

—¿Cómo conociste a Alison?

—Fui su primer novio.

Se hace el silencio; por un instante, me preocupa haber sido el responsable, a los ojos de la familia Ashworth, de quién sabe qué delito sexual que yo no llegué a cometer.

—Si se casó con su primer novio, con Kevin. Es la señora de Bannister.

Se casó con Kevin Bannister, nada menos. Eso significa que fui superado por fuerzas que escapaban a mi control. Es tremendo. ¿Qué posibilidad tuve yo frente al destino? Ninguna, ni la más remota. No tuvo nada que ver conmigo, con ninguno de los fallos que yo pudiera cometer; mientras hablamos noto cómo se me termina de curar la cicatriz Alison Ashworth.

—Si eso es lo que dice, es una mentirosa —pretendía hacer un chiste, pero me sale totalmente al revés.

—Perdona, ¿cómo dices?

—No, en serio, bromas aparte, ja, ja, yo estuve saliendo con ella antes que Kevin. Solamente duramos una semana, claro. —Tengo que alargarlo un poco, porque si le

dijera la verdad pensaría que estoy como una regadera—. Pero todo cuenta, ¿no le parece? Unos besitos siempre son unos besitos, vaya. Ja, ja.

No pienso dejar que me borren de la historia así como así. Yo tuve mi parte; representé mi papelito.

—¿Cómo me has dicho que te llamas?

—Rob. Bobby. Bob. Robert. Robert Zimmerman. —Joder, con el nombrecito.

—Bueno, Robert, pues cuando hable con ella ya le diré que has llamado. Pero no estoy muy segura de que se acuerde de ti.

Tiene toda la razón. Se acordará de la tarde en que empezó a salir con Kevin, pero no de la tarde anterior. Probablemente sólo me acuerdo yo de la tarde anterior. Supongo que debería haberla olvidado hace siglos, pero olvidar no se me da demasiado bien.

Acude a la tienda un hombre a comprar el tema original de Fireball XL_5 para regalárselo a su mujer por su cumpleaños (y resulta que lo tengo, y es suyo por tan sólo diez libras). Debe de tener uno o dos años menos que yo, pero habla con educación, viste un buen traje y lleva en la mano las llaves de su coche; por la razón que sea, esas tres cosas hacen que me sienta unas dos décadas más joven que él, como si tuviese veinte años frente a sus cuarenta y pico. Y de golpe me entra un deseo incontenible de saber qué es lo que piensa de mí. No cedo a esa presión, por descontado («Ten, el cambio y el disco; ahora, sé sincero: crees que soy un desastre, ¿verdad?»), pero después me paso un buen rato pensando en qué impresión le habré causado.

Dicho de otro modo, él está casado, cosa que da miedo de por sí, y lleva una de esas llaves de coche que uno agita con total confianza en sí mismo, de manera que obviamente debe de tener, no sé, un BMW, un Batmóvil o algo así de flipante, y tiene además un trabajo que le obliga a llevar traje y corbata. Aunque no soy un experto en estas cosas, a mí me parece un traje de los caros. Hoy voy un poco más puesto que de costumbre —llevo mis vaqueros nuevos, negros, en vez de mis raídos vaqueros azules, y me he puesto un polo de manga larga que incluso me tomé la molestia de planchar como es debido—, pero a pesar de todo salta a la vista que no soy un hombre maduro y que no tengo un trabajo maduro. ¿Me gustaría ser como él? No, en realidad no lo creo. Pero descubro que vuelve a preocuparme todo ese rollo de la música pop, si será que me gusta porque soy infeliz o si soy infeliz porque me gusta. Me vendría bien saber si alguna vez él ha estado sentado en un sillón y rodeado por miles y miles de canciones que tratan…, que tratan… (dilo, tío, dilo de una vez), bueno, que tratan del amor. Imagino que no, que él no ha estado en una situación así. Y tampoco el Príncipe Carlos, ni el tío que dirige el Banco de Inglaterra, ni David Owen, ni Oliver North, ni Kate Adie, ni montones y montones de famosos que debería conocer de nombre, pero que no conozco, simplemente porque nunca tocaron

con Booker T y los MGs. Son gente, se les ve en la cara, que nunca han tenido tiempo de oír siquiera la cara A de los *Grandes éxitos* de Al Green, y para qué hablar de sus otras composiciones (diez discos sólo en el sello Hi, aunque solamente nueve estuvieran producidos por Willie Mitchell); deben de estar demasiado ajetreados fijando los tipos de interés e intentando alcanzar la paz en la antigua Yugoslavia, y no les queda tiempo, claro, para oír «Sha La La (Make Me Happy)».

Por eso, es probable que me salten al cuello cuando se trata de examinar las ideas al uso sobre qué es la debida seriedad (aunque, como todo el mundo sabe, *Al Green Explores Your Mind* es una de las cosas más serias que hay en esta vida), pero yo debería tenerlos cogidos por los huevos cuando se trata de los asuntos del corazón. «Kate —tendría que estar en condiciones de decirle yo—, está muy bien eso de plantarse rápidamente en las zonas en que se recrudece la guerra, pero ¿qué piensas hacer sobre esa otra cosa que es lo único que en el fondo importa? Y sabes muy bien de qué te estoy hablando, preciosa.» Y tendría que estar en condiciones de proporcionarle todos los consejos que he aprendido en la Facultad de Sabiduría Musical. Cierto, no ha salido así, no tengo ni idea de cómo será la vida amorosa de Kate Adie, pero es muy posible que esté en una situación aún peor que la mía, ¿o no? Me he pasado casi treinta años oyendo a éste, al otro y al de más allá cantar sobre sus corazones rotos, ¿y me ha servido de algo? Una mierda.

Por eso, puede que lo que dije antes sobre eso de que escuchar demasiados discos termina por arruinarte la vida…, puede que, al fin y al cabo, tenga algo de verdad. David Owen está casado, ¿no? Se ha ocupado de un millón de cosas y ahora es un diplomático de los grandes. El tío que vino a la tienda con su traje y con las llaves de su coche en la mano también está casado, y ahora es, qué sé yo, un hombre de negocios. Yo en cambio no estoy casado —estoy por el momento todo lo «descasado» que se puede estar— y soy el dueño de una tienda de discos que es un fracaso. Me da la impresión de que si pones la música (y los libros posiblemente, y el cine, y el teatro, y las cosas que tienen sentimiento y que te hacen sentir) en el centro de tu ser, no podrás aclarar ni en broma tu vida amorosa; no podrás pensar en esa vida amorosa como quien piensa en el producto acabado. Tendrás que pasarte la vida dándole caña, tendrás que mantenerla viva y revuelta; tendrás que darle caña sin parar, desenmarañarla a cada paso, hasta que se te deshaga entre las manos y te veas obligado a empezar otra vez de cero. A lo mejor es que todos vivimos la vida a una intensidad excesivamente alta, al menos los que nos pasamos el día entero absorbiendo cosas de alta carga emocional, y es consecuencia lógica que no podamos sentirnos meramente contentos: tenemos que ser infelices, o si no vivir en éxtasis, en un estado de completa felicidad, y esos estados son difíciles de alcanzar dentro de una relación de pareja sólida y estable. Puede que Al Green sea directamente responsable de más cosas de las que había supuesto.

Está visto, los discos me han ayudado a enamorarme, sin duda. Oigo un tema nuevo, con un cambio de acorde que me derrite las entrañas, y sin darme ni cuenta

ando buscando una chica, y antes de que me dé cuenta la he encontrado. Me enamoré de Rosie, la de los orgasmos simultáneos, justo después de enamorarme de una canción de los Cowboy Junkies; la ponía sin parar, una y otra vez, y me ponía en plan soñador, y necesitaba una chica con la que soñar, y la encontré, y…, bueno, todo un problemón.

17

Penny es fácil. Ojo, no quiero decir que sea *fácil* (si lo fuera, no habría tenido que salir con ella ni hablar de meterle mano ni de Chris Thomson, porque primero le habría metido mano, y él nunca habría tenido la oportunidad de insultarme aquel día en el pasillo de la escuela). Quiero decir que es fácil de localizar. De vez en cuando, mi madre ve a la suya; hace un tiempo, mi madre me dio su número de teléfono y me dijo que la llamase algún día; la madre de Penny le dio a ella mi número de teléfono, y aunque ninguno de los dos llegamos a marcarlo, yo sí lo guardé. Le sorprende un montón que la llame —se hace un largo silencio, durante el cual pone en marcha su memoria de ordenador para sacar algo en claro de mi nombre, y al final suelta una risita para darme a entender que ya ha caído en la cuenta—, pero no creo que le desagrade. Quedamos para ir al cine juntos, a ver una película china que ella tiene que ver por su trabajo. Luego, cenaremos algo.

La película no está mal; de hecho, está mejor de lo que había pensado. Trata de una mujer a la que envían a vivir con un individuo que ya tiene varias mujeres, y la peli se centra en cómo se lleva la nueva con sus rivales, aunque todo sale terriblemente mal. Era de esperar. Penny lleva uno de esos bolígrafos especiales, de crítico de cine, que tienen una linterna en la punta. No es crítica de cine, sino periodista de radio para la BBC; de todos modos, todo el mundo la mira de reojo y se dan codazos, así que me siento un poco idiota al estar sentado a su lado. (Aunque no sea muy galante por mi parte, debo decir que ella tiene un aire de lo más extraño, y lo tendría incluso sin su bolígrafo especial de crítico de cine: siempre fue una chica con buen gusto en el vestir, pero la ropa que se ha puesto esta noche, un vestido de gasa, estampado de flores, y una gabardina beige, más que de buen gusto es de una tremenda insensatez. «¿Qué estará haciendo ese tío de la chupa de cuero junto a esa que parece Julie Andrews?», estarán preguntándose los demás espectadores. Bueno, digo yo.)

Vamos después a un restaurante italiano que ella conoce bien y donde la conocen; los camareros hacen alguna ordinariez con el molinillo de pimienta, cosa que a ella al parecer le hace gracia. Las personas que se toman su trabajo muy en serio suelen ser las que más se ríen de los chistes que no tienen ninguna gracia; dan la impresión de no tener suficiente sentido del humor, a resultas de lo cual padecen de eyaculación precoz de la risa. Pero en realidad está bien. Tiene clase, es de buen trato y no cuesta hablar con ella de Chris Thomson y de cuando metíamos mano o, mejor dicho, de cuando nos moríamos de ganas de meterles mano a las tías. Me lanzo de lleno, sin explicación alguna.

Procuro contárselo todo de forma animada, con algún detalle humorístico que me deje a mí a la altura del betún (porque el cuento es cosa mía, no tiene nada que ver con ella, ni con él), pero Penny se queda abrumada, realmente asqueada; termina por

dejar los cubiertos sobre la mesa y aparta la mirada. Me doy cuenta de que está a punto de echarse a llorar.

—Eres un hijo de puta —dice—. Ojalá no me lo hubieras contado.

—Coño, lo siento. Pensé que era agua pasada, de hace mucho tiempo, y que…

—Pues está claro que para ti no ha pasado tanto tiempo.

Gol por toda la escuadra.

—No, pero entonces llegué a pensar que era un poco rarillo.

—¿Y a qué viene esta repentina necesidad de contármelo?

Me encojo de hombros.

—No lo sé…

Muy al contrario, le demuestro que sí lo sé: le cuento lo de Laura con Ian (aunque no le hablo de Marie, del dinero, del aborto, ni de la pelma de Rosie), le hablo de Charlie, es posible que le hable de Charlie más de lo que ella hubiese querido saber. Procuro explicarle que me siento el Hombre del Rechazo, que Charlie quería acostarse con Marco, no conmigo, y que Laura quería acostarse con Ian, no conmigo, y que Alison Ashworth, aunque desde aquello sí que ha pasado una eternidad, quería darse el lote con Kevin Bannister, no conmigo (y en cambio le explico mi reciente descubrimiento sobre la invencibilidad del destino), y que como ella, Penny, quería hacérselo con Chris Thomson y no conmigo, había pensado que tal vez podría ayudarme a entender por qué me ha ocurrido esto tantísimas veces, por qué estoy al parecer condenado a que me abandonen.

Y ella me cuenta con gran vehemencia, con toda franqueza, con un punto de veneno, es verdad, todo lo que recuerda: que estaba loca por mí, que tenía ganas de acostarse conmigo, pero no cuando sólo tenía dieciséis años, sino más adelante, y que cuando yo la dejé…

—Cuando tú me dejaste —repite con rabia—, sólo porque yo era una «estrecha», según tu encantadora expresión, lloré como una loca, y no sabes cuánto te odié. Y fue entonces cuando aquel mierda de tío me propuso que saliéramos juntos; yo estaba demasiado cansada para mantenerlo a raya, y no fue una violación, porque yo dije que sí, que de acuerdo, pero no le faltó mucho para serlo. Luego, no tuve relaciones sexuales con nadie hasta que terminé la carrera, porque el sexo me parecía aborrecible. Y ahora vienes tú con ganas de que charlemos sobre el rechazo y el abandono. ¿Sabes una cosa? Que te folle un pez, Rob.

Así que ésa es otra por la que ya no tengo que preocuparme. Debería haber hablado con ella hace años.

18

Pegada con cinta adhesiva en el interior de la puerta de la tienda hay una nota escrita a mano, amarillenta y desvaída por el tiempo que lleva ahí puesta. Dice así:

SE BUSCAN JÓVENES INSTRUMENTISTAS MODERNOS
(BAJO, GUITARRA, BATERÍA)
PARA FORMAR GRUPO NUEVO.
CONOCEDORES DE REM, PRIMAL SCREAM, ETC.
CONTACTAR CON BARRY EN EL MOSTRADOR.

Antes, el anuncio terminaba con una posdata algo intimidatoria: «VAGOS, ABSTENERSE», pero tras dos años de provocar una respuesta absolutamente decepcionante entre los posibles destinatarios del mensaje, Barry decidió que al fin y al cabo sí podía tratar con vagos, aunque no por eso mejoraron sus perspectivas. A lo mejor es que los interesados no tenían energía suficiente para llegar desde la puerta hasta el mostrador y preguntar por Barry. Hace algún tiempo vino un tío a preguntar, diciendo que tocaba la batería. Aunque esa formación minimalista, compuesta de batería y voz, hizo algunos ensayos (no ha sobrevivido ninguna cinta, es una pena), Barry llegó a la sabia conclusión de que necesitaba un sonido más potente.

Desde entonces, no obstante, nada de nada…, hasta hoy. Dick es el primero que lo ve; me da un codazo y los dos observamos fascinados a un tío que se queda embobado leyendo el anuncio, aunque en cuanto se da la vuelta con la evidente intención de descubrir cuál de los dos puede ser Barry, tanto él como yo nos concentramos rápidamente en nuestras ocupaciones. El tío en cuestión no es ni joven ni moderno; más bien parece un pipa de Status Quo, y no un aspirante a salir un día de éstos en la portada de una revista de pop. Tiene el pelo largo y lacio, y lo lleva recogido en una coleta; la barriga se le ha desplazado por encima del cinturón para ganar un poco de sitio. Por fin se acerca al mostrador y hace un gesto hacia la puerta.

—¿Está por ahí el tal Barry?

—Sí, voy a buscarlo.

En la trastienda, Barry está echándose un sueñecito.

—Oye, Barry, hay un tío que quiere hablar contigo por lo del anuncio.

—¿Qué anuncio?

—El del grupo.

Abre los ojos y se me queda mirando.

—Anda, no me jodas.

—Va en serio, tío. Está ahí y quiere hablar contigo.

Se pone en pie y sale al mostrador.

—¿Qué pasa?

—¿Tú has puesto ese anuncio?

—Sí.

—¿Qué instrumento sabes tocar?

—Ninguno.

Y es que el tremendo deseo que tiene Barry de actuar un día en el Madison Square Garden nunca le ha llevado a un asunto tan trivial como aprender a tocar algún instrumento.

—Pero sabes cantar, ¿no?

—Sí.

—Pues estamos buscando un cantante.

—¿Qué tipo de onda os va?

—Pues la onda que dices tú en el anuncio, ya sabes. Pero queremos darle un toque algo más experimental. Sin perder la sensibilidad pop, pero ampliando sus horizontes.

Dios nos proteja, me digo.

—Por lo que dices, suena bien.

—No tenemos bolos ni nada; nos acabamos de juntar. Si quieres, podemos probar a ver, aunque sólo sea para reírnos un rato. Y a ver cómo salen las cosas, ¿vale?

—Estupendo.

El pipa de los Quo apunta una dirección en un papel, le da la mano a Barry y se marcha. Dick y yo nos lo quedamos mirando, no sea que entre en combustión espontánea, se volatilice o le salgan unas alas de ángel; Barry se guarda la dirección en el bolsillo del tejano y busca algún disco que poner, como si lo que acaba de ocurrir —que un misterioso desconocido haya entrado en la tienda y le haya concedido el deseo de su vida— no fuese ese milagro que la mayor parte de los mortales nos pasamos la vida esperando en vano.

—¿Qué coño os pasa a vosotros dos? —dice de pronto—. Si no es más que una banda de garaje, y supongo que tirando a cutre. Nada especial, ¿no?

Jackie vive en Pinner, que no está lejos de donde nos criamos los dos, y vive con mi amigo Phil, cómo no. Al llamarla me doy cuenta de que me ha reconocido de inmediato, es de suponer que porque soy el único Otro que ha existido en su vida; al principio, me parece precavida, suspicaz, como si pensara que estoy decidido a repetir la historia entera. Le cuento que mis padres están bien los dos, que soy dueño de una tienda de discos, que no me he casado y que no tengo hijos, momento en el cual la suspicacia se convierte en simpatía, y puede que también en un ápice de culpabilidad (¿será por mi culpa?, se la oye pensar: ¿terminó tu vida amorosa en 1975, cuando yo hice las paces con Phil?). Ella me cuenta luego que tienen dos hijos y una casita, que trabajan los dos, que ella nunca fue a la universidad, tal como ya se

temía entonces. Para poner fin al breve silencio que sigue a su currículum, me invita a cenar a su casa, y en el breve silencio que sigue a su invitación, acepto.

Jackie ya peina algunas canas, pero por lo demás está bastante guapa, y se muestra amistosa y atenta, como siempre; le doy un beso y le tiendo la mano a Phil. Phil está hecho todo un hombre; lleva bigote y me recibe en mangas de camisa, la corbata aflojada y una calva incipiente. Sin embargo, hace toda una demostración de pausa antes de aceptar mi gesto. Pretende hacerme entender que éste es un momento simbólico, que me está perdonando todas las fechorías que le hice hace un montón de años. Joder, me digo; se supone que son los elefantes los que nunca olvidan nada, y no un empleado de British Telecom que trabaja en el departamento de servicio al cliente. Claro que, pensándolo bien, ¿qué coño estoy haciendo yo aquí, aparte de sacar a relucir cosas que cualquier otro habría olvidado hace varios años?

Jackie y Phil son las personas más aburridas de todo el sureste de Inglaterra, posiblemente porque llevan muchísimo tiempo casados, y por consiguiente no tienen nada de qué hablar, si descontamos el muchísimo tiempo que llevan casados. Al final, me veo obligado a preguntarles, medio en serio y medio en broma, cuál es el secreto de su éxito como pareja. Me estoy ahorrando algún tiempo, porque supongo que me lo habrían contado de todas formas.

—Si encuentras a la persona adecuada, es que has encontrado a la persona adecuada, y entonces no importa la edad que tengas. (Phil.)

—Hay que trabajar a fondo en una relación de pareja. No puedes darla por terminada cada vez que algo se tuerce. (Jackie.)

—Es verdad. Habría sido muy fácil mandarlo todo a hacer gárgaras, y empezar con otra persona que te vuelva loco, pero está claro que aun así tendrás que llegar a esa etapa en la que tienes que trabajar a fondo en la relación. (Phil.)

—No hay muchas cenas íntimas a la luz de las velas ni segundas lunas de miel, eso te lo puedo asegurar. Hemos pasado ya de todo eso. Ahora, más que nada somos dos buenos amigos. (Jackie.)

—No te puedes meter de cabeza en la cama con la primera mujer que te gusta, y además esperar que tu matrimonio no resulte perjudicado. Da lo mismo lo que digan los demás, porque es así. (Phil.)

—El problema que tienen los jóvenes hoy en día…

No, era broma. Pero lo cierto es que los dos son bastante… *proselitistas*, sí, al hablar de lo que tienen, como si yo hubiese venido de visita a su casa desde el norte de Londres con la intención de detenerlos por estar acusados de monogamia. No es verdad, pero sí tienen razón al suponer que eso es un delito en el lugar del que yo vengo: es contrario a la ley, porque todos somos cínicos y románticos, a veces simultáneamente, y el matrimonio, con todos sus tópicos y con su constante brillo de bajo voltaje, nos resulta tan molesto como un diente de ajo a un vampiro.

Estoy en casa, preparando una cinta de viejos singles, cuando suena el teléfono.

—Hola, ¿eres Rob?

Reconozco la voz: es de alguien que no me cae nada bien, pero de momento no consigo concretar más.

—Soy Ian, Ray.

No digo nada.

—He pensado que a lo mejor deberíamos hablar, aclarar un par de cosillas, ¿no?

Esto… esto es… una chifladura. Alguien ha debido de volverse loco de remate. A veces se emplea esa expresión para indicar que una cosa que iba relativamente bien se ha descontrolado por completo; por ejemplo: «La democracia ha enloquecido.» Bueno, pues lo que quiero es utilizar esa expresión, pero lo malo es que no sé qué es lo que puede haber enloquecido. ¿El norte de Londres? ¿La vida misma? ¿La década de los noventa? No lo sé. Lo que sí tengo bien claro es que en una sociedad decente y sobre todo cuerda, Ian nunca me habría llamado para aclarar un par de cosillas. Y yo tampoco le habría llamado para aclarar un par de cosillas. Se lo aclararía directamente a él, sin contemplaciones, y si le apetece pasar una semana comiéndose los pantalones con peto, va camino de conseguirlo.

—¿Qué cojones hay que aclarar?

Estoy tan cabreado que me tiembla la voz, igual que me pasaba cuando estaba a punto de pelearme con otro chico en la escuela, y por eso no parezco ni mucho menos cabreado, sino más bien atemorizado.

—Vamos, Rob. Es evidente que mi relación con Laura te ha trastornado muchísimo.

—No sé por qué, pero no es que me entusiasme.

Claro y cortante, eso es.

—Rob, no se trata de hacer chistes ni de ver quién tiene más capacidad de ironía. De lo que estamos hablando es de acoso, ¿te enteras? Diez llamadas en una sola noche, aparte de andar merodeando por mi casa…

Hostia. ¿Cómo me habrá visto?

—Sí, bueno, pero ya se ha terminado, ¿no?

De claro y cortante, nada; ahora mismo más bien murmuro, como si fuese culpable y estuviera loco.

—Ya nos hemos dado cuenta, y nos alegramos, pero, claro… ¿Cómo vamos a hacer las paces? Los dos queremos ponerte las cosas tan fáciles como sea posible. Obviamente, yo sé que Laura es muy especial, y entiendo que ahora mismo no estás en tu mejor momento. No sabes cómo me fastidiaría perderla. De todos modos, si me pasara eso, preferiría pensar que ella ha decidido que ya no quiere que nos veamos más e intentaría respetar esa decisión. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—Sí.

—Muy bien. ¿Cómo quieres que lo dejemos?

—Y yo qué sé.

Cuelgo el teléfono, no con un golpe de inteligencia aplastante, ni tampoco con un torrente de insultos, sino con un simple «y yo qué sé». Con eso le habré dado una lección que nunca olvidará.

ÉL: Muy bien. ¿Cómo quieres que lo dejemos?
YO: Yo ya lo he dejado, a ver si te enteras, que eres un soplapollas de lo más patético. Liz tiene toda la razón con lo que dice de ti. [*Cuelga el teléfono de un golpazo*.]

ÉL: Muy bien. ¿Cómo quieres que lo dejemos?
YO: De ninguna manera, Ian. No lo vamos a dejar. Al menos, no seré yo el que lo deje. Un consejo: yo que tú iría cambiando de teléfono. O de domicilio, ya puestos. El día menos pensado, eso de las diez llamadas en una sola noche, además de la visita que te hice, te va a parecer la edad de oro de tu vida. Ándate con cuidado, chaval. [*Cuelga el teléfono de un golpazo*]

ÉL: Preferiría pensar que ella ha decidido que ya no quiere que nos veamos más e intentaría respetar esa decisión.
YO: Si ella decidiera que ya no quiere verte nunca más, yo sí respetaría esa decisión. La respetaría a ella. Sus amigos la respetarían; todo el mundo se alegraría. El mundo entero sería más feliz.

ÉL: Hola, soy Ian, Ray.
YO: Que te den por el culo. [*Cuelga el teléfono de un golpazo*.]

En fin, qué más da.

Debería haber probado cualquiera de esas variantes. Tendría que haberle soltado al menos una obscenidad. Desde luego, tendría que haberle amenazado con violencia. Nunca debería haber colgado el teléfono después de un triste «y yo qué sé». Todo esto me va a reconcomer por dentro, y terminaré por morirme de cáncer, de un ataque cardiaco, qué sé yo. Me quedo temblando, temblando sin poder parar, y mentalmente vuelvo a escribir ese guión hasta que me sale totalmente venenoso, infalible, pero ni siquiera eso me sirve de ayuda.

19

Sarah todavía me manda tarjetas de felicitación por Navidad, con su dirección y su número de teléfono. (Pero no lo apunta de su puño y letra: utiliza esa porquería de pegatinas impresas.) Nunca dice nada más que «Feliz Navidad. Te quiere, Sarah». Viene escrito con su letra grande y redonda, de maestra de primaria. Yo le envío otras postales igualmente convencionales. Hace un par de años me fijé en que había cambiado de domicilio; también me fijé en que había cambiado de calle no sé cuántos, número tal, a un número con el añadido de una letra, que ni siquiera era una «b», pues ya se sabe que la «b» aún puede ser signo de una casa entera, sino que era una «c» o una «d», lo cual sólo denota un piso. En su día no le di muchas vueltas, pero ahora que lo pienso me parece levemente ominoso. A mí me hace pensar en que la dirección de calle no sé cuántos, número tal, era propiedad de Tom, y que Tom ya no está en su vida. ¿Petulante, yo?

Está igual que siempre; puede que un poco más flaca, es posible (Penny estaba mucho más gorda, pero también es verdad que es dos veces más vieja que la última vez que la vi; Sarah en cambio sólo ha pasado de los treinta a los treinta y cinco, y ése no suele ser el tramo de la vida en que más engorda uno), pero sigue mirándolo todo con una curiosidad invencible desde la visera de sus gruesos rizos. Salimos a tomar una pizza, y me resulta deprimente comprobar que, para ella, ésta es una gran ocasión. No me refiero al hecho de comer una pizza, claro, sino al hecho de haber quedado para salir esta noche. Tom la ha dejado, pero la ha dejado de forma cuando menos espectacular. A ver si me explico: no le dijo que era infeliz con la relación que mantenían, ni que había encontrado a una persona con la que le apetecía salir, ni que estuviese saliendo con otra, no, sino que se iba a casar con otra mujer. Eso es tener clase. Es para partirse de la risa, de verdad, pero logré contenerme a tiempo. No es más que otra de esas historias que te hacen decir: mala suerte, qué le vas a hacer. Es una de esas historias, desde luego, que dejan muy mal sabor de boca en las víctimas. Por eso, meneo la cabeza al enterarme de los crueles misterios que encierra el universo.

La veo mirar su copa de vino.

—No puedo creer que te dejase a ti para irme con él —dice—. Qué locura.

No quiero oír eso. No quiero ver cómo rechaza el hecho de haber sido ella la rechazada; quiero que me lo explique de tal modo que pueda absolverla.

Me encojo de hombros.

—Yo qué sé; seguramente en su día te pareció una idea estupenda.

—Seguramente. Pero no consigo recordar por qué.

Podría terminar con una noche de sexo, y la perspectiva, todo hay que decirlo, no me desagrada. ¿Qué mejor modo de exorcizar los demonios del rechazo que follarte a la mujer que te rechazó? Lo que pasa es que eso no sería acostarse con una persona,

no; sería acostarse con toda una cultura unipersonal y más que nada triste. Si fuésemos a su casa seguro que allí habría un gato, y el gato saltaría sobre la cama en el momento crucial, y tendríamos que hacer un alto mientras ella lo engatusara para encerrarlo en la cocina. Y lo más probable es que tuviéramos que oír antes sus discos de Eurythmics, y no tendría nada que ofrecerme para beber. Y no habría nada que me recordase esos encogimientos de hombros tan propios de Marie LaSalle, esos que significan «eh, ¿qué pasa?, las tías también nos podemos poner cachondas, ¿no?». Habría llamadas telefónicas, azoramiento, arrepentimiento. Por eso, no pienso acostarme con Sarah a menos que en algún momento de la noche vea con toda claridad que se trata de esto: o ella o nada, y así durante el resto de mi vida. Y dudo mucho que esa clase de visión descienda hoy sobre mí: he ahí, para empezar, por qué nos dio por salir juntos; he ahí, para seguir, por qué me dejó a mí para irse con Tom. Ella hizo sus cálculos, calibró bien las posibilidades, hizo una apuesta en firme y se lanzó. Que ahora le apetezca otra oportunidad dice más de mí, y de ella, de lo que nunca podría decir el dinero contante y sonante: ella tiene treinta y cinco, y se dice a diario que la vida no le va a dar más de lo que hay esta noche encima de la mesa, eso de entrada. Es una conclusión bastante ingrata, de acuerdo, pero no hace falta mucho para entender cómo ha llegado hasta ella.

Los dos sabemos muy bien que no debería importar demasiado, que en la vida no todo es cuestión de emparejarse, que hay que echar la culpa a los medios de comunicación, etcétera. Pero a veces es muy difícil darse cuenta de eso un domingo por la mañana, cuando quizás aún te faltan diez horas para ir al pub a tomarte una copa y a sostener la primera conversación del día.

No tengo arrestos para meterme en una conversación sobre el rechazo. Ojo, no guardo ningún resentimiento a nadie; me alegro de que fuera ella la que me dejase, me alegro mucho de que no fuera al revés. Bastante culpable me siento ya de todas formas. Hablamos de películas un rato —le encantó *Bailando con lobos*, pero no le gustó la banda sonora de *Reservoir Dogs*— y luego hablamos de trabajo, más tarde volvemos a hablar de Tom, y después de Laura, aunque lo único que le digo es que estamos atravesando una mala racha. Y ella me vuelve a invitar a ir a su casa, pero yo no cedo, y los dos estamos de acuerdo en que lo hemos pasado bien, y nos decimos que hay que repetirlo un día de éstos. Ahora ya sólo me queda Charlie.

20

—¿Qué tal va eso del experimento, eh? ¿Seguís ampliando vuestra sensibilidad pop?

Barry me fulmina con la mirada. Le jode un montón hablar de su grupo.

—Eso, ¿les va la misma onda que a ti, Barry? —pregunta Dick con toda inocencia.

—A nosotros no nos va ninguna onda, Dick. Nosotros tocamos canciones, nuestras canciones.

—Ah, vaya —dice Dick—. Perdona, tío.

—Cojones, Barry —le digo yo—, ¿y a qué suenan vuestras canciones? ¿Suenan a los Beatles, a Nirvana, o a Papá Abraham y los Pitufos?

—Lo más probable es que no conocierais nuestras influencias más inmediatas —dice Barry.

—A ver, prueba.

—Son sobre todo alemanes.

—¿Qué, Kraftwerk y esas cosas?

Me mira con toda la condescendencia de que es capaz.

—Pero qué dices, tío.

—Pues dinos quién.

—No has oído hablar de ellos, Rob, así que cállate, ¿quieres?

—Dinos solamente uno.

—No.

—Pues danos las iniciales.

—No.

—No tienes ni puta idea, ¿a que no?

Sale de la tienda hecho un basilisco.

Ya sé que ésta es la respuesta que todo el mundo da a todas las preguntas, y lo siento, pero si hay un tío al que le haga falta un buen polvo, ése es Barry.

Sigue viviendo en Londres. Consigo su teléfono y su dirección llamando a información; vive en Ladbroke Grove, por supuesto. Y llamo, pero sostengo el auricular a un palmo del teléfono, para colgar enseguida si alguien me contesta. Me contesta alguien, y cuelgo. Vuelvo a intentarlo cinco minutos después, aunque esta vez me pongo el auricular algo más cerca del oído: es un contestador, no una persona. Vuelvo a colgar; aún no estoy listo para oír su voz. A la tercera escucho entero el mensaje de salida; a la cuarta por fin dejo un mensaje. Es increíble, de veras, pensar que esto podría haberlo hecho en cualquier momento, cualquiera, a lo largo de los últimos diez años. Esta mujer ha terminado por adquirir tal importancia que prácticamente me parece elemental que viviera en Marte, y que todo intento de

comunicarme con ella costaría millones de libras, sin contar los años luz que serían necesarios para que le llegase. Es una extraterrestre, un fantasma espectral, un mito y no una persona que tiene un contestador automático, un wok algo oxidado y un abono de metro y bus válido para dos zonas urbanas.

Por la voz, parece más vieja, y supongo que también más pija: Londres ha terminado por sorberle del todo aquel deje de Bristol que tenía al hablar, pero está clarísimo, a pesar de los pesares, que es ella. No dice que esté viviendo con alguien; tampoco esperaba que el mensaje del contestador diera toda clase de detalles sobre la situación sentimental en que se encuentra, pero tampoco dice, por ejemplo: «Hola; Charlie y Marco no pueden atender tu llamada, pero deja tu mensaje…» No, nada de eso. El mensaje sólo dice: «Ahora no hay nadie en casa, deja tu mensaje después de la señal.» Le doy mi nombre y apellido, mi número de teléfono, y lo que suele decirse en estos casos, que cuánto tiempo, etcétera.

No tengo noticias de ella. Dos días más tarde vuelvo a intentarlo y dejo un mensaje muy similar al primero. Pero nada, no hay respuesta. Esto ya me parece más natural, sobre todo si hablamos del rechazo, del abandono: he ahí una persona que no contesta a tus mensajes ni siquiera una década después de abandonarte.

Llega Marie a la tienda.

—Hola, colegas.

Dick y Barry desaparecen llamativamente, de modo algo vergonzante.

—Adiós, colegas —dice ella cuando se han marchado. Se encoge de hombros; luego, me mira intensamente—. ¿Qué pasa, chico? ¿Es que me rehúyes, o qué? —pregunta fingiendo enfado.

—No.

Frunce el ceño y ladea la cabeza.

—En serio —insisto—. ¿Cómo iba a rehuirte, si ni siquiera sé dónde has estado estos últimos días?

—Bueno. Entonces, ¿estás avergonzado?

—Joder, pues sí.

Se ríe.

—No tienes por qué.

Al parecer, esto es lo que sacas en claro por acostarte con una americana, esta muestra descarada de buena voluntad. A una británica decente nunca la verías entrar aquí después de un polvo ocasional, después de una sola noche. Aquí tendemos a dar por sentado que estas cosas, en conjunto, es mejor olvidarlas. Sin embargo, supongo que Marie quiere que hablemos de eso, que exploremos juntos qué es lo que salió mal; es probable que haya un taller de terapia de grupo al que quiere que vayamos, un sitio en donde habrá otro montón de parejas que pasaron juntas una noche de sábado mal encarrilada. Es posible que tengamos que desvestirnos para escenificar lo

ocurrido aquella noche, y seguro que se me atasca el jersey en la cabeza cuando tenga que quitármelo.

—He pensado que a lo mejor te apetece venir esta noche a ver una actuación de T-Bone.

Por supuesto que no. Ni hablar. ¿Es que no lo entiendes, tía? Ya no podemos hablarnos nunca más. Nos acostamos una vez, y ése es el final de la historia. Así son las cosas en este país. Y si no te gusta, vuelve a tu tierra.

—Ah, pues sí. Estupendo.

—¿Sabes dónde queda Stoke Newington? Toca allí, en el Weavers Arms.

—Lo conozco —digo. Supongo que podría darle plantón sin más complicaciones, pero ya sé que estaré allí a la hora que diga.

Y nos lo pasamos muy bien. Tiene todo el derecho del mundo a ser americana incluso en estas cosas: que hayamos pasado una noche en la cama no significa que tengamos que odiarnos. A los dos nos gusta la actuación de T-Bone; Marie canta con él cuando sale a hacer el bis (y cuando sube al escenario, la gente mira al sitio donde estaba antes, y mira, cómo no, a la persona que está donde estaba ella antes, cosa que me agrada). Luego, los tres vamos a su piso a tomar una copa, y hablamos de Londres y de Austin, de discos, y no del sexo en general ni de la otra noche en particular, como si fuese algo que simplemente hicimos, así como fuimos al restaurante indio, lo cual no requiere mayores comeduras de coco. Luego me voy a casa y Marie se despide de mí con un simpático beso. Por el camino, me siento como si hubiese una relación, nada más que una, que realmente funciona bien: un trocito liso y limpio del que puedo sentirme orgulloso.

Por fin me llama Charlie. Pide disculpas por no haber llamado antes, pero es que ha estado fuera, en Estados Unidos, en un viaje de trabajo. Intento que se me note que lo entiendo muy bien, pero no es verdad: yo he estado por trabajo en Brighton, Redditch e incluso Norwich, pero nunca he viajado a Estados Unidos.

—Bueno, ¿y cómo estás? —me pregunta. Por un instante, sólo por un instante, me entran ganas de montarle el numerito: «Pues no muy bien, Charlie, pero no vayas a preocuparte por eso, no es nada. Tú viaja a Estados Unidos, no te preocupes por mí.» Sin embargo, y que conste por los siglos de los siglos, me contengo; finjo que durante los doce años que han pasado desde la última vez que hablamos he conseguido llevar la vida propia de un ser humano en plenitud de facultades.

—Bien, gracias.

—Me alegro de que estés bien, porque te lo mereces.

Aquí hay algo raro, pero no sé dónde: no podría indicar qué pasa.

—Y tú, ¿qué tal?

—Bien, muy bien. Tengo un trabajo estupendo, amigos fenomenales, un buen piso, ya sabes. Los años de la facultad parecen lejanísimos, ¿sabes? ¿Te acuerdas

cuando nos sentábamos en el bar y nos preguntábamos cómo nos trataría la vida?

No, para nada.

—Bueno… Yo soy muy feliz con la forma en que me trata la vida, y me alegro de que tú también lo seas.

Eh, yo no he dicho que fuese feliz. Sólo he dicho que estoy bien, es decir, que no tengo la gripe, que no he tenido accidentes de tráfico de un tiempo a esta parte, que no tengo pendiente una condena que cumplir en la cárcel. En fin, da lo mismo.

—¿Y tienes, tienes niños, como todo el mundo?

—No. Podría haber tenido hijos si hubiera querido, cómo no, pero no he querido tener hijos. Todavía soy muy joven, y los niños son… Ya sabes.

—Sí, también son jóvenes, claro.

—Hombre, evidentemente —se echa a reír con aire de nerviosismo, como si yo fuese idiota, y puede que lo sea, aunque no del modo que ella piensa—, pero también son… No sé, te exigen demasiado tiempo, eso es lo que intentaba decir.

No me lo estoy inventando, de verdad. Ella habla así, como si nadie hubiese hablado nunca, ni una sola vez en toda la historia de la humanidad, sobre el asunto del que hablamos.

—Ah, desde luego. Ya te entiendo.

Acabo de tomarle el pelo a Charlie. ¡A Charlie Nicholson! Esto sí que es raro. Durante estos últimos doce años, he pensado en Charlie la mayor parte de los días, y le he atribuido a ella, o al menos a nuestra ruptura, casi todas las cosas que me han salido mal. Por ejemplo, de no ser por aquello, yo no habría dejado de estudiar, no habría empezado a trabajar en una tienda de discos, no estaría hoy atado de pies y manos a mi tienda, no habría tenido una vida personal tan insatisfactoria. Ésta es la mujer que me rompió el corazón, la que arruinó mi vida; esta mujer es la única responsable de mi pobreza, de la carencia de sentido de mi vida, de mi fracaso. Es la mujer con la que soñé constantemente durante cinco años por lo menos, y ahora es como si le dijera que se largue con viento fresco. Debo decir que me admiro, en serio. Tengo que quitarme el sombrero, darme una palmada en la espalda: «Rob, eres todo un personaje.»

—Entonces, ¿estamos o no estamos, Rob?

—¿Cómo dices?

Me reconforta saber que sigue diciendo cosas que sólo entiende ella. Antes me gustaba, y a veces me daba envidia. Nunca se me ocurría nada que pudiera sonar tan raro, tan incomprensible.

—Nada, perdona… Lo que pasa es que estas llamadas que me hacen los novios que tuve hace tantísimo tiempo me ponen enferma. Y últimamente he tenido unas cuantas. ¿Te acuerdas de aquel tío, Marco, con el que estuve saliendo después de cortar contigo?

—Mmm… Sí, creo que sí.

Ahora mismo ya sé lo que me espera, y no me lo puedo creer. Tras toda aquella dolorosa fantasía mía, el matrimonio, los niños y todo lo demás, tras tantos años de darle vueltas a esa historia, es probable que terminase por darle la patada seis meses después de la última vez que nos vimos.

—Bueno, pues me llamó hace unos meses, y la verdad es que no supe qué decirle. Me pareció que atravesaba por una de esas fases, ya sabes, en las que uno se pregunta por el significado de la vida; dijo que le apetecía que nos viéramos, que charlásemos, en fin, qué te voy a contar que tú no sepas. Y a mí no me apetecía nada. ¿Es que todos los tíos pasáis por esa fase antes o después?

—Nunca había oído hablar de ello.

—Entonces serán sólo los que elijo yo. Perdona, no quería decir…

—No, no, da lo mismo. Claro, debe de ser curioso que te llame de repente, como caído del cielo. No, había pensado, en fin, ya sabes… —Yo no lo sé, así que no entiendo por qué debería saberlo ella—. De todos modos, ¿qué quiere decir «estamos o no estamos», eso que me decías antes?

—Bueno, no sé. Quiere decir que si somos amigos o no. Si somos amigos, estupendo; si no, no entiendo a qué viene la llamada. ¿Te apetece venir a cenar a casa el sábado? Vendrán algunos amigos, y necesito un hombre que venga sin pareja. ¿Tú estás sin pareja?

—Yo… —¿Qué sentido tiene todo esto?—. Sí, por el momento estoy sin pareja.

—Muy bien. Entonces, ¿estamos o no estamos?

—Estamos.

—Vale. Vendrá una amiga mía, Clara, que no tiene novio y que vive más o menos donde tú. ¿Te va bien a eso de las ocho?

Ya lo tengo. Ahora ya sé qué es lo que no marcha en todo esto: Charlie es un horror. Antes no era un horror, pero está claro que le ha pasado algo malo, así que dice estupideces terribles, y no tiene ningún sentido del humor. ¿Qué diría Bruce Springsteen de Charlie?

Le cuento a Liz que Ian me ha llamado, y ella opina que es inconcebible, que Laura se pondrá fatal, lo cual me anima no sabes cuánto. Le hablo de Alison, de Penny, de Sarah y de Jackie; le cuento lo del estúpido bolígrafo con linterna y le hablo de Charlie; le cuento que acaba de hacer un viaje de trabajo a Estados Unidos, y Liz comenta que ella está a punto de irse a Estados Unidos por un asunto de trabajo. Me muestro un poco satírico a su costa, pero no le hace gracia.

—¿Cómo es que odias a las mujeres que tienen un trabajo mejor que el tuyo, Rob?

A veces, Liz es así. Es una tía estupenda, sólo que a veces se pone como una de esas feministas paranoicas, que no ven más que maldades en todo lo que digas.

—¿Y ahora qué te pasa?

—Detestas a esa mujer que sacó un bolígrafo con linterna en el cine, lo cual a mí me parece perfectamente razonable cuando quieres escribir algo a oscuras. Y detestas el hecho de que ¿Charlie?, ¿Charlie, se llama?, haya ido a Estados Unidos. A lo mejor a ella no le apetecía nada ir a Estados Unidos, qué sé yo. Y tampoco te gustó que Laura llevase un tipo de ropa que no le quedaba más remedio que ponerse cuando cambió de trabajo; para postre, yo te parezco de lo más despreciable porque tengo que viajar a Chicago, hablar con unos hombres en la sala de un hotel durante unas ocho horas y luego volver a casa…

—Total, que soy un machista, ¿no? ¿Es ésa la respuesta correcta?

No te queda más remedio que sonreír y aguantarlo. Si no, te vuelves loco.

21

Cuando Charlie me abre la puerta, se me encoge el corazón: está preciosa. Sigue llevando el pelo corto, rubio, aunque ahora se ve que es un corte mucho más caro. Los años le sientan de maravilla, por no decir que envejece de forma realmente elegante: tiene patas de gallo en torno a los ojos, pero son casi invisibles, afables, y le dan un aire muy sexy. Se parece a Sylvia Sims. Y se ha puesto un vestido de cóctel de raso negro, muy de señora y algo afectado (aunque es posible que sólo me parezca afectado a mí, porque me da la sensación de que acaba de quitarse los vaqueros gastados y aquella camiseta de la Tom Robinson Band). De inmediato empieza a preocuparme la idea de que posiblemente me enamore de ella otra vez, con lo cual quedaré como un anormal; ya sospecho que todo terminará de forma dolorosa, humillante, y que me odiaré más que nunca, tal como me pasó la otra vez. Me da un beso, me abraza, me dice que no he cambiado nada, que se alegra mucho de verme, y luego me indica un cuarto donde puedo dejar la chupa. Es su dormitorio: muy de artista, cómo no, con un enorme cuadro abstracto colgado en una pared, frente a lo que parece una especie de alfombra colgada de otra. Me entra un pánico repentino al verme aquí. Los abrigos del resto de los invitados, tirados encima de la cama, son de los caros; por un momento se me ocurre limpiarles los bolsillos y salir por patas.

Lo que ocurre es que me apetece ver a Clara, la amiga de Charlie, la que vive más o menos donde yo. Quiero verla sobre todo porque no sé en qué parte de la ciudad vivo yo, ni en qué ciudad, ni en qué país, y ella a lo mejor puede ayudarme a encontrar mi paradero. Además, seguro que es interesante calibrar en qué parte de la ciudad piensa Charlie que vivo yo, tanto si es por Old Kent Road como si es por Park Lane. (Cinco mujeres que no viven donde yo, al menos según tengo entendido, aunque serían bienvenidas si quisieran mudarse a mi barrio: la Holly Hunter de *Al filo de la noticia*; la Meg Ryan de *Algo para recordar*; una médico que vi una vez en la tele, que tenía el pelo larguísimo y muy rizado, y que dejó hecho trizas a un parlamentario conservador en un debate sobre embriones y bebés probeta, aunque no sé cómo se llama y nunca he podido encontrar un póster suyo; la Katharine Hepburn de *Historias de Filadelfia*, y, por último, Valerie Harper en *Rhoda*, la serie de televisión. Son mujeres que saben contestar, que tienen mentalidad y opiniones propias; son mujeres con chispa, con electricidad, con arrojo… Pero son mujeres que al parecer también necesitan el amor de un hombre bueno. Podría rescatarlas, redimirlas; podrían hacerme reír, y yo podría hacerlas reír a ellas, por qué no, y podríamos quedarnos en casa y ver en vídeo alguna de sus películas, o programas de televisión, o debates sobre embriones y bebés probeta, y adoptar algún niño con problemas, y luego saldríamos todos juntos, la familia entera, a jugar al fútbol a Central Park.)

Cuando entro en el cuarto de estar, me doy cuenta enseguida de que estoy condenado a una muerte lenta, lentísima, asfixiante. Hay un hombre que lleva una especie de chaqueta de color teja, y otro que viste un traje de lino cuidadosamente arrugado; además, está Charlie con su vestido de cóctel y otra mujer con unos pantalones ajustados de color fluorescente y una blusa de seda blanca y reluciente, así como otra mujer que lleva esos pantalones que parecen un vestido, pero que no lo son, o que no lo es, o como se diga, da igual. Nada más verlos me entran ganas de llorar, pero no sólo de terror, sino también de envidia cochina. ¿Por qué no será así mi vida?

Las dos amigas de Charlie, porque es de suponer que son sus amigas, son bellísimas: ojo, no es que sean bonitas, ni atractivas, ni vistosas. Son bellísimas, y para mis ojos temblequeantes por el pánico son prácticamente imposibles de distinguir: las dos tienen palmos y más palmos de cabello oscuro, miles de pendientes enormes, metros de labios carmesíes, cientos de dientes blanquísimos. La que lleva la blusa de seda blanca se desliza a un lado del inmenso sofá de Charlie, un sofá que debe de ser de cristal, o de plomo, o de oro, de algo que en todo caso me intimida, que no parece propio de un sofá, y me sonríe. Charlie interrumpe la conversación de los otros («Chicos, eh, chicos…») y me presenta al resto de los invitados. Clara es la que está conmigo en el sofá, por decirlo de alguna manera, je, je; Nick es el de la chaqueta de color teja, Barney el del traje de lino, y Emma es la de los pantalones que parecen un vestido. Si estas personas estuvieran alguna vez en mi barrio, tendría que protegerme con una buena barricada y no salir de casa jamás.

—Estábamos hablando del nombre que le pondríamos a un perro si tuviésemos perro —dice Charlie—. Emma tiene un labrador que se llama Dizzy, por Dizzy Gillespie.

—Ah, claro —digo—. A mí los perros no me gustan mucho, la verdad.

Nadie dice nada durante un rato. La verdad es que no podrían decir gran cosa sobre mi total falta de entusiasmo por los perros.

—¿Y eso? —pregunta Clara con una dulzura increíble—. ¿Es por el tamaño de tu piso, porque te daban miedo de niño, por el olor de los perros, o…?

—Ah, pues no lo sé. —Me encojo de hombros sin saber qué decir—. Es que no me gustan mucho, ya sabes.

Todos sonríen con verdadera cortesía.

Luego resulta que ésa habrá sido mi principal aportación a la conversación de la velada; después me pondré a recordar con nostalgia lo dicho, como si perteneciera a la Edad de Oro del Ingenio. Estaría dispuesto a utilizarla de nuevo si es que fuera posible, pero los demás temas de conversación que poco a poco se ventilan no me permiten esa posibilidad: no he visto las películas ni las obras de teatro que han visto ellos, y no he visitado los lugares que han visitado ellos. Me entero de que Clara trabaja en una editorial, y de que Nick es relaciones públicas; descubro que Emma vive en Clapham. Emma se entera de que yo vivo en Crouch End, y Clara se entera

de que soy dueño de una tienda de discos. Ella ha leído *Cisnes salvajes*; Charlie no lo ha leído, pero le encantaría, y es posible que se lo pida prestado a Emma. Barney estuvo esquiando hace poco. Si no me quedase más remedio, a lo mejor podría recordar dos o tres cosas más. De todos modos, me paso casi toda la noche sentado como un flan, con la sensación de ser un niño al que le han dejado quedarse despierto hasta más tarde que de costumbre, porque ésta es una ocasión especial. Cenamos platos que me son desconocidos, y tanto Nick como Barney comentan alternativamente las virtudes de cada una de las botellas de vino que bebemos, pero no sale a relucir la que he traído yo.

La diferencia que hay entre estas personas y yo es que ellos acabaron la carrera y yo no (ellos no rompieron con Charlie, y yo sí); a resultas de eso, ellos tienen trabajos estupendos, y yo tengo un trabajo que da asco; ellos son ricos y yo soy pobre; ellos tienen total confianza en sí mismos y yo sólo tengo cierta incontinencia, ellos no fuman y yo sí, ellos barajan opiniones y yo confecciono listas. ¿Podría yo decir si el peor *jet lag* es a la ida o a la vuelta? No. ¿Podrían recitar ellos la formación original de los Wailers? Tampoco. Seguramente ni siquiera saben cómo se llamaba el cantante del grupo.

Sin embargo, no son mala gente. A mí no me va la lucha de clases, y ellos tampoco es que sean una pasada de pijos. Es posible que sus padres vivan en los alrededores de Watford o en un sitio semejante. ¿Querría tener algo de lo que tienen ellos? Por descontado: querría sus opiniones, su dinero, su ropa, su facilidad para hablar sobre nombres de perros sin sentir la menor vergüenza. Lo que quiero es volver a 1979 y empezar de cero.

No ayuda precisamente el hecho de que Charlie no haga más que decir chorradas durante toda la velada; no presta atención a nadie e intenta demasiado visiblemente salirse por la tangente cuando le viene en gana; además, adopta toda clase de acentos irreconocibles e inapropiados. No me importaría decir que todo eso son nuevas costumbres, nuevas modas, pero no es verdad: todo eso estaba ya inventado hace una pila de años. Que no escuche a los demás es algo que hace tiempo interpreté como muestra de su marcado carácter; su afición a salirse por la tangente me pareció algo muy propio de su misterio; los acentos que adopta sin venir a cuento me parecieron de lo más teatral. ¿Cómo me las he arreglado para borrar todos estos rasgos a lo largo de estos años que han pasado? ¿Cómo llegué al extremo de convertirla en la respuesta a todos los problemas que pueda haber en el mundo?

Aguanto el tirón durante la noche entera, aunque no creo que merezca ni el trozo de sofá que he ocupado; al final me quedo más tiempo que Clara y Nick, y sigo allí cuando se marchan Barney y Emma. Es entonces cuando me doy cuenta de que no he hecho más que beber, en vez de charlar con los demás, y que por eso ando bastante despistado, incapaz de centrarme.

—O sea, que tenía razón, ¿no? —me pregunta Charlie—. ¿A que es tu tipo?

Me encojo de hombros.

—Es de un tipo que le gustaría a cualquiera. —Estoy pedo; me pongo un poco más de café, y se me ocurre que sería buena idea pasar al ataque—. Oye, Charlie, ¿por qué me dejaste para irte con Marco?

Se me queda mirando muy seria.

—Lo sabía.

—¿Qué?

—Que atravesabas por una de esas fases, ya sabes, en las que uno se pregunta por el significado de la vida. —Dice «el significado de la vida» con un marcado acento americano y frunce el ceño.

No puedo mentirle.

—Pues sí, es verdad. Desde luego, así es. Y no veas cómo.

Se echa a reír, y me parece que se ríe de mí, no conmigo. Y juguetea con uno de sus anillos.

—Puedes decir lo que quieras —le digo con toda generosidad.

—Bueno, es que a estas alturas todo eso está un poco perdido… en la espesa neblina del pasado. —Dice «en la espesa neblina del pasado» con acento irlandés aunque no venga a cuento, y sacude la mano delante de la cara, presumiblemente para subrayar la densidad que tiene esa neblina—. No era que Marco me gustara más, porque tú me parecías tan atractivo como él en todos los sentidos. —(Pausa)—. Lo que pasa es que él sí sabía que era atractivo, y tú no, y eso es una diferencia tremenda. Tú te portabas como si yo fuese un bicho raro, simplemente porque me apetecía estar contigo. Y eso terminó por cansarme, no sé si me explico. La imagen que tú tenías de ti mismo empezó a contagiárseme, y acabé por pensar que sí, que era un poco rara. Sabía de sobra que eras amable, atento, considerado, y que me hacías reír; me encantaba la forma en que te consumían las cosas que más te gustaban, pero… Marco me parecía algo más, no sé, algo más glamouroso, sí, puede ser. Desde luego, estaba más seguro de sí mismo, encajaba mejor con la gente de moda. —(Pausa)—. Me pareció que iba a ser más fácil, porque contigo tenía a veces la sensación de llevarte a rastras a todos lados. —(Pausa)—. Era más luminoso, tenía más chispa, ¿no? —(Pausa)—. No sé; ya sabes cómo es la gente cuando tiene esa edad. Todo el mundo emite juicios muy superficiales.

¿Qué tiene eso de superficial? Yo era entonces, y por tanto también soy ahora, un poco lerdo, un tío apagado, aburrido, torpe, que no ha estado nunca de moda, que no tiene ningún encanto. Todo eso no me parece nada superficial. No se trata de heridas cutáneas: son puñaladas que me llegan a los órganos internos y amenazan con ser gravísimas, mortales.

—¿Te resulta doloroso? Pues Marco era un pelele, por si te sirve de consuelo.

La verdad es que no, pero tampoco quería un consuelo. Quería las cosas claras, y eso es lo que consigo. Aquí ya no hay ni rastro del destino de Alison Ashworth, ni nada de la reescritura de la historia que hizo Sarah, ni tampoco un recordatorio de que todo el asunto del rechazo y el abandono lo había entendido totalmente al revés,

como me pasó con Penny; aquí no hay más que una explicación perfectamente clara de por qué en este mundo hay quien tiene y quien no tiene. Después, en el camino de vuelta, en el taxi, caigo en la cuenta de que lo único que ha hecho Charlie es reinterpretar los sentimientos que me inspira mi genio por el hecho de ser un tío normal y corriente; y es posible que ese talento en particular, que parece ser el único que tengo, esté sobrevalorado.

22

El grupo de Barry va a dar un concierto, y Barry quiere poner un cartel en la tienda.

—Que no. Y no me jodas.

—Vaya, gracias por tu apoyo, Rob. Te lo agradezco muchísimo.

—Hasta ahora hemos tenido una norma bien clara sobre los anuncios de grupos chungos.

—Sí, para los que vienen de la calle a pedirnos que por favor les dejemos poner un cartel. Todos esos perdedores.

—Como, por ejemplo… Suede. No les dejaste pegar el cartel. Ni a los Auteurs. Ni a St. Etienne. ¿Te refieres a esa clase de perdedores?

—¿A qué viene todo esto? No fui yo el que no les dejó pegar el cartel. Esa norma te la inventaste tú.

—Es verdad, pero a ti te encantaba, ¿verdad? Te flipaba darles puerta a esos chavales. Anda, búscate la vida, les decías.

—Bueno, me equivoqué, ¿o es que uno no puede equivocarse? Venga, Rob, no jodas. Necesitamos que vengan los habituales de por aquí. Si no, vamos a tocar solos, tío.

—Vale, como quieras. ¿Cómo se llama el grupo? Si crees que va a servir de algo, por mí puedes pegar el cartel.

Me planta el cartel en el mostrador: el nombre del grupo y un garabato lamentable.

—Barrytown. ¿Barrytown? Joder, tío. ¿Es que tu arrogancia es infinita?

—Eh, que no es por mí. Es por la canción de Steely Dan. Además, salía en *The Commitments*.

—Sí, Barry, pero a mí no me la pegas. Es imposible llamarse Barry y ser el cantante de un grupo que se llama Barrytown. Suena a…

—Coño, que se llamaban así antes de que yo me uniera al grupo, ¿vale? No ha sido idea mía.

—Por eso has conseguido el bolo, ¿no?

Barry el de Barrytown no dice nada.

—¿Sí o no?

—Bueno, fue una de las razones por las que me propusieron que cantase con ellos, es cierto, pero…

—¡Fantástico! ¡Para caerse de culo, tío! Te pidieron que cantases con ellos porque te llamas como te llamas. Joder, chico. En fin, pega el cartel si eso es lo que quieres, Barry. Ojalá se entere tanta gente como sea posible. Pero no lo pegues en el escaparate, ¿vale? Colócalo allí, encima del expositor de los folletos.

—Bien. ¿Cuántas entradas quieres que te aparte?

Me sujeto los costados con las dos manos y me echo a reír sin poder controlarme.

—Ja, ja, ja. Jo, jo, jo. Para, Barry, para. Me vas a matar de la risa.

—¿Es que no piensas ir?

—Pues claro que no pienso ir. ¿O es que tengo yo pinta de que me apetezca oír el estruendo experimental que arma una banda infumable, llamada Barrytown para más inri, en un espantoso pub del norte de Londres? A ver, ¿dónde es el bolo? —Miro el cartel y me entran más ganas de reír—. ¡En el puto Harry Lauder! ¡Ja!

—Muy bien, pues aquí mismo dejamos de ser amigos y tan campantes. Eres un hijo de puta y un amargado, Rob. ¿No te lo habían dicho nunca?

Agrio y amargado. Al parecer, últimamente todos están de acuerdo en que no tengo muy buen sabor que digamos.

—¿Amargado? No será porque no estoy en Barrytown, ¿eh? Pues yo esperaba que no se me notase tanto. En fin, tú sí que te has portado bien con Dick, el otro día cuando dijiste lo que dijiste de Anna. La hiciste sentirse parte de la familia de Championship Vinyl. Para eso te lo montas que ni pintado, chico.

Y se me olvida decir que yo sí que les he deseado felicidad eterna a Dick y a Anna. ¿Cómo encaja eso con lo agrio que soy? ¿Resulta suficientemente amargo?

—Lo de Anna no fue más que un chiste. Es una tía bien maja, está claro. Lo que pasa… es que yo no tengo la culpa de que tú estés bien jodido por los cuatro costados.

—Vaya, gracias. Ahora me dirás que tú serías el primero de la fila para verme si a mí me diera por tocar en un grupo, ¿no?

—Puede que no fuese el primero, pero seguro que iría.

—¿Va a ir Dick?

—Claro. Con Anna. Y también irán Marie y T-Bone.

¿Será verdad que el mundo es tan generoso? No tenía ni idea.

Supongo que se podrá pensar que estoy amargado, sobre todo si uno se lo propone. Yo en cambio no creo que esté amargado, pero sí desilusionado: pensaba que con el tiempo llegaría a ser digno de algo más que eso, pero también puede ser que esa desilusión me haya salido al revés. No es sólo el trabajo; no es sólo que tengo treinta y cinco años y estoy soltero, más solo que la una, aunque esos factores tampoco ayudan nada. Es más bien…, qué sé yo. ¿Has visto alguna vez una fotografía tuya de cuando eras niño? Si no, ¿has visto alguna fotografía de un famoso cuando era pequeño? En mi opinión, esas fotografías o te ponen contento o te dejan más triste que nunca. Existe una maravillosa fotografía de Paul McCartney cuando era pequeño, y la primera vez que la vi me sentí estupendamente: todo ese talento, todo el dineral que va a ganar, todos esos años de domesticidad dichosa, un matrimonio sólido como una roca, unos hijos deliciosos, y él todavía no lo sabe. Luego, en cambio, están las fotografías de otros famosos: JFK, todos los muertos del rock, los que terminaron bien jodidos y los que se volvieron locos, los que

descarrilaron en una curva, los que fueron asesinados, los que terminaron por ser unos desdichados, o también por volver desdichadas a otras personas, de formas y maneras que son demasiado numerosas para sacarlas aquí a colación…, y entonces te paras a pensar, y llegas a la conclusión de que mejor habría sido quedarse allí, en esa foto, porque la vida nunca será mejor que entonces.
A lo largo de los últimos dos años, aquellas fotos mías de cuando era niño, las fotos que nunca quise que vieran mis novias, han empezado a producirme una punzada de no sé qué, porque no es exactamente infelicidad, pero sí un pesar a la vez llevadero y profundo. Hay una en la que salgo con un sombrero de vaquero, apuntando con un revólver a la cámara, empeñado en parecer un perfecto vaquero pero sin conseguirlo. A duras penas me atrevo a mirar ahora esa foto. A Laura le parecía dulcísima (¡ésa es la palabra que empleó, todo lo contrario de agrio!), y la colgó en la pared de la cocina. Ya la he devuelto al cajón correspondiente. Quiero pedirle disculpas a ese pequeño, decirle que lo siento, que le he decepcionado. Yo era el que presuntamente tenía que cuidar de él, pero la he jodido: me equivoqué en los momentos malos, y ese crío ha terminado por convertirse en mí.

Así, a él le habría gustado ver al grupo de Barry; nunca se habría preocupado gran cosa por los pantalones de peto que gasta Ian, ni por el bolígrafo con linterna de Penny (la verdad es que le habría encantado ese bolígrafo con linterna que tenía Penny), ni por los viajes de Charlie a Estados Unidos. Nunca habría comprendido, así de claro, por qué me dejan tan hundido esas menudencias. Si pudiera estar aquí y ahora, si pudiera saltar de esa foto y aparecer en esta tienda, ese pequeño saldría corriendo por la puerta y regresaría a 1967 a toda la velocidad que le permitiesen sus piernas.

23

Finalmente, un mes después de marcharse, Laura viene a recoger todas sus cosas. No cabe la menor discusión sobre qué pertenece a uno u otro: los discos buenos son todos míos, y los muebles buenos, casi todos los cacharros de cocina y los libros de tapa dura son suyos. Lo único que he hecho ha sido escoger unos cuantos vinilos y algunos compacts que quiero regalarle; son cosas que yo quise comprar y compré, de acuerdo, pero en parte porque a ella le gustaban. De alguna manera, terminaron mezclados con los demás discos de mi colección. He sido extremadamente escrupuloso en la selección: ella no se hubiese acordado ni de la mitad, y yo me los podría haber quedado, pero los he sacado todos, sin olvidar uno solo.

Me temía que decidiera venir con Ian, pero no lo ha hecho. En realidad, se siente visiblemente molesta por su llamada.

—Olvídalo.

—No tenía ningún derecho, y se lo he dicho.

—¿Seguís juntos?

Me mira para saber si lo digo en broma, y hace una mueca como de mala suerte, que en realidad no me parece nada atractiva.

—¿Va todo bien?

—Sinceramente, prefiero no hablar de eso.

—Mal asunto, ¿eh?

—Ya me entiendes.

Se ha traído prestado el Volvo familiar de su padre, y lo llenamos hasta los topes entre los dos. Cuando terminamos, entra en casa a tomarse una taza de té.

—Vaya cuchitril, ¿eh?

La veo mirar el piso entero, observar los parches polvorientos y descoloridos que han dejado sus cosas en las paredes, y por eso entiendo que es preferible evitar toda crítica.

—Por favor, Rob, arréglalo, ¿quieres? No te costará mucho, y seguro que te sientes mucho mejor.

—Me juego cualquier cosa a que ahora ya ni te acuerdas de lo que estabas haciendo aquí, ¿verdad?

—Sí, sí que me acuerdo. Vivía aquí porque quería estar contigo.

—No, no iba por ahí, ya sabes. ¿Cuánto ganas ahora? ¿Cuarenta y cinco? ¿Cincuenta mil? Piénsalo: con esa pasta vivías en este cuchitril infumable de Crouch End.

—Sabes de sobra que no me importaba. Y tampoco pienses que el piso de Ray es mucho mejor.

—Oye, a ver si nos aclaramos de una vez. Cómo se llama, ¿Ian o Ray? ¿Cómo le llamas tú?

—Ray. Ian no me gusta nada.

—Bien. Lo digo para saber a qué atenerme. De todos modos, ¿cómo es el piso de Ian?

Esto es pueril, pero me hace feliz, así de claro. Laura adopta su mejor expresión de contrariedad, de estoicismo. Se la he visto unas cuantas veces, en serio.

—Pequeño. Más pequeño que éste. Pero más aseado y menos desordenado.

—Eso será porque sólo tiene unos diez discos, y todos en compact.

—Ya, y eso lo convierte en un tipo espantoso, ¿no?

—En mi opinión, sí. Barry, Dick y yo llegamos una vez a la conclusión de que nadie puede ser una persona seria si tiene…

—Menos de quinientos, ya lo sé. Me lo has dicho muchas, muchísimas veces, y no estoy de acuerdo. Puedes ser una persona seria aunque no tengas ni un solo disco.

—Como Kate Adie.

Me mira, frunce el ceño y abre la boca: es su manera de insinuar que me he vuelto tarumba.

—¿Sabes con toda seguridad que Kate Adie no tiene ni un solo disco?

—Bueno, alguno tendrá. Dos o tres, seguro: Pavarotti, algo así. Puede que algo de Tracy Chapman, un ejemplar de los *Grandes éxitos* de Bob Dylan y dos o tres álbumes de los Beatles.

Laura se echa a reír. Sinceramente, yo no estaba de broma, pero si a ella le parece gracioso, estoy más que preparado para actuar como si lo estuviera.

—Y me juego cualquier cosa a que era una de aquellas que, en las fiestas, se ponía a chillar «¡Uau!» cuando se terminaba «Brown Sugar».

—Y por lo que a ti se refiere, no existe un delito mayor que ése, ¿no?

—Lo único que se le acerca bastante es corear a gritos el estribillo de «Hi Ho Silver Lining».

—Pues yo lo hacía.

—Imposible.

Ahora se han terminado las bromas, y la miro apesadumbrado. De pronto se echa a reír.

—¡Te lo has creído! ¡Te lo has creído! ¡Debes de pensar que soy capaz de cualquier cosa! —dice, y se echa a reír de nuevo, pero se da cuenta de que lo está pasando bien y se corta.

Le insinúo por dónde van los tiros.

—Ahora es cuando te toca decir que no te habías reído tan a gusto desde hacía un montón de tiempo, y entonces descubres que has cometido un error.

Pone cara de «¿y a mí qué?».

—Me haces reír muchísimo más que Ray, si es eso lo que pretendes decir.

Esbozo una sonrisa de satisfacción, pero no me siento ni mucho menos satisfecho. Me siento como me siento.

—Pero eso no cambia las cosas, Rob. De verdad. Podríamos estar riéndonos hasta que tuvieras que llamar a una ambulancia para que viniera a recogerme, pero ni por ésas descargaría el coche para volver a meterlo todo aquí dentro. Siempre has sabido hacerme reír. En cambio, de todo lo demás no estoy tan segura.

—¿Por qué no reconoces que Ian es un gilipollas como la copa de un pino? Te sentirías mucho mejor, seguro.

—¿Has hablado con Liz o qué?

—¿Por qué? ¿También ella piensa que es un gilipollas? Qué curioso.

—Rob, no lo estropees. Hoy nos hemos entendido bien. Mejor será dejarlo así, ¿eh?

Saco la pila de discos y de compacts que he escogido para ella. Está *The Nightfly*, de Donald Fagen, porque Laura nunca lo ha oído, y hay algunas recopilaciones de blues que he llegado a la conclusión de que más le vale tener en casa; también hay algo de danza jazz, cosas que le compré cuando empezó a ir a clases de danza jazz, aunque sus clases eran con una música distinta, mucho más lamentable; le incluyo alguna cosa de country, en un vano intento por conseguir que cambie de opinión respecto al country, y también…

No quiere llevarse ninguno.

—Pero si son tuyos, Laura.

—No, en realidad no lo son. Ya sé que me los compraste tú, y te lo agradezco; fue un gesto muy dulce, pero sucedió en la época en que aún intentabas convertirme en una persona más parecida a ti. No me los puedo llevar. Sé que me los encontraría a cada paso, y que su presencia me daría vergüenza, y que… no encajan con el resto de las cosas que sí son mías, ¿lo entiendes? Ese disco de Sting que me compraste… Es distinto, porque fue un regalo para *mí*. A mí me gusta Sting, y tú en cambio lo detestas. En cambio, todos ésos… —Escoge la recopilación de blues—. Por ejemplo, ¿quién demonios es Little Walter? ¿Quién es Júnior Wells? Yo no los conozco de nada…

—Vale, lo entiendo, lo entiendo.

—Siento ponerme tan pesada con esto, pero es que, no sé, tiene que haber una lección escondida en algún sitio, y prefiero asegurarme de que te la aprendes bien aprendida. ¿Vale?

—Lo entiendo. Te gusta Sting, pero no te gusta Junior Wells, porque nunca has oído hablar de él.

—Te estás portando como un zoquete, y además lo haces a propósito.

—Pues sí, así es.

Se levanta para marcharse.

—Bueno, piensa en ello.

Y después me pongo a pensar que para qué: ¿qué sentido tiene que piense en eso? Si alguna vez llego a entablar otra relación de pareja, seguro que le compro, quienquiera que sea, discos que tendrían que gustarle a la fuerza, pero que aún no

conoce. Para eso sirve tener un novio nuevo. Es de esperar, además, que no le pida dinero, que no tenga un lío con otra, que ella no se quede embarazada y no decida abortar, que no se largue un día con un vecino, y que al final no haya gran cosa en que pensar. Laura no se fue con Ray porque yo le comprase unos compacts que a ella no le gustaran, y pensar lo contrario es…, es… una paja mental, así de claro. Si de veras lo cree, es que las ramas no le dejan ver el bosque, pero no un bosque cualquiera, sino la selva amazónica. Si no puedo comprarle a una nueva novia una recopilación de blues que encuentro a muy buen precio, ya puedo tirar la toalla, pues no estoy muy seguro de saber hacer todo lo demás.

24

Por lo general disfruto el día de mi cumpleaños, pero hoy no me siento tan a gusto al pensar que ya me toca. Habría que cancelar los cumpleaños que caen en años como éste: tendría que haber una ley, si no natural sí artificial, según la cual sólo fuese legal envejecer cuando las cosas van de maravilla. ¿Para qué quiero cumplir ahora treinta y seis? No me viene nada bien. En este momento, la vida de Rob Fleming está congelada, y se niega a envejecer un solo año. Por favor, guardaos las felicitaciones, las tartas y los regalos para mejor ocasión.

En realidad, eso es lo que parecen haber hecho todos. Son cosas de la ley de Murphy, pero este año mi cumpleaños cae en domingo, de modo que no recibo ni una tarjeta, ni un regalo. El sábado tampoco llegó nada por correo. De Dick y Barry no esperaba nada, claro, aunque después del trabajo, en el pub, se lo dije a los dos: parecieron sentirse culpables de algo, me invitaron a una copa y me prometieron de todo (bueno, cintas variadas); yo en cambio nunca me acuerdo de cuándo es su cumpleaños —es imposible acordarse del cumpleaños de nadie, ¿verdad?, a menos que pertenezcas al género femenino—, de modo que tampoco sería especialmente apropiado cogerse un berrinche, vaya. En cambio, ¿y Laura? ¿Y los parientes? ¿Y los amigos? (No son gente que tú conozcas, porque no han salido a relucir por aquí, pero sí que tengo alguno, y a veces incluso los veo; sé que uno o dos saben con toda seguridad cuándo es mi cumpleaños.) ¿Y mis padrinos? ¿Y cualquiera, quien sea? Recibí una tarjeta de mi madre, es verdad, con una posdata de mi padre, pero los padres no cuentan: si ni siquiera recibes una postal de tus viejos, entonces sí que vas jodido.

Por la mañana del día en cuestión paso un montón de tiempo fantaseando acerca de una enorme fiesta sorpresa que me habrá organizado Laura, puede que con la ayuda de mis padres, que quizá le han facilitado el teléfono y la dirección de algunas personas de las que ella no tiene noticia; llego incluso a irritarme porque no me han dicho nada. ¿Y si me da por ir al cine, pasar a solas mi cumpleaños y divertirme un poco sin decírselo a nadie? Se quedarían a cuadros, ¿a que sí? Ya me gustaría verlos a todos escondidos en un armario mientras yo me voy a ver las tres partes de *El padrino* en el Scala. Se lo tendrían bien merecido. Por eso, decido no decir a nadie adónde voy a ir. Que se queden todos apretujados y a oscuras, malhumorados, acalambrados. («Pensé que tú te encargabas de llamarle», diría uno. «¿Yo? ¡Pero si ya te dije que no tenía tiempo!») No obstante, con un par de tazas de café caigo en la cuenta de que esta línea de pensamiento no me va a dar el menor fruto; al contrario, podría volverme loco de atar, y decido en cambio hacer algo positivo.

¿Como por ejemplo?

Para empezar, ir al videoclub y alquilar montones de películas que llevaba reservando para una ocasión tan deprimente como ésta: *Agárralo como puedas 2 1/2,*

Terminator 2, *Robocop 2*. Luego llamaré a un par de personas, a ver si les apetece que tomemos una copa esta noche. Y no me refiero a Dick y a Barry. Puede que a Marie, por qué no, o a otras personas a las que hace mucho que no he visto. Veré un vídeo o dos, me tomaré unas cervezas y algún que otro aperitivo, frutos secos. Tiene buena pinta; tiene toda la pinta del tipo de celebración de cumpleaños que un tío tendría que darse sin dudarlo al cumplir los treinta y seis. (A decir verdad, es el único tipo de celebración de cumpleaños que se puede dar un tío a los treinta y seis años, sobre todo si es un tío de treinta y seis años sin mujer, sin familia, sin novia, sin dinero. ¡Aperitivos, frutos secos! Anda, no me jodas.)

¿Qué, ya suponías que no iba a quedar nada apetecible en el videoclub? Ya habías pensado que soy tan gafe que encima iba a tener que conformarme con alguna comedia-*thriller* de Whoopi Goldberg que ni siquiera llegó a estrenarse en los cines de este país. Pues no, nada de eso. Están todas las pelis que busco, así que salgo del videoclub con toda esa basura debajo del brazo. Acaban de dar las doce, por lo que puedo comprar también unas cervezas. Me voy a casa, abro una lata, cierro las cortinas para que no me moleste el sol de marzo y veo *Agárralo como puedas*, que encima resulta ser bastante entretenida.

Llama mi madre cuando estoy poniendo *Robocop 2* en el vídeo, y una vez más me desilusiona que sea ella y no otra persona. Si ni siquiera te llama tu madre el día de tu cumpleaños, entonces sí que vas jodido.

Me trata con tacto, con amabilidad; me compadece por tener que pasar el día solo, aunque sé que en el fondo le duele que no haya pensado en ir a pasar el día con ella y con mi padre. («¿Te apetece venir al cine esta tarde, con tu padre y con Yvonne y Brian?», me pregunta. Y le digo que no. Así de claro. No, sin más. Conciso, ¿eh?) Después de su invitación ya no se le ocurre qué más decir. Debe de ser muy duro para los padres, me imagino, ese momento en que se dan cuenta de que a sus hijos las cosas no les van nada bien, de que sus hijos ya no son fáciles de alcanzar a través de los viejos caminos del amor paterno y materno, más que nada porque esos caminos son larguísimos. Se pone a hablar de otros cumpleaños, de un cumpleaños en el que me puse enfermo por comer cientos, miles de canapés, o por beber demasiados cócteles arco iris, aunque aquélla fuera una vomitona concebida desde la felicidad. Como su conversación no me anima lo más mínimo, la detengo. Y opta por iniciar entonces un sermón algo quejumbroso, ese «cómo has podido meterte en semejante atolladero», que ya sé que es resultado de la impotencia y del pánico, aunque hoy es mi día, está bien claro, y tampoco estoy dispuesto a aguantar semejante chorreo. No le importa que termine diciéndole que se calle: como todavía me trata como a un niño, los cumpleaños son ocasiones en las que me está permitido comportarme como un niño.

Llama Laura a mitad de *Robocop 2*, desde una cabina. Me parece interesantísimo, pero puede que no sea el mejor momento para comentar la razón, al menos con Laura. Tal vez más tarde, con Liz, o con quien sea, pero ahora no. Eso es evidente para todo el mundo, salvo para un idiota de remate.

—¿Por qué me llamas desde una cabina?

—Ah, ¿te llamo desde una cabina? —dice. No es la respuesta más suave del mundo precisamente.

—¿Has tenido que introducir monedas en una ranura o una tarjeta para poder hablar conmigo? ¿Notas un olor horroroso a orina rancia? Si la respuesta a cualquiera de las dos preguntas es sí, entonces llamas desde una cabina. Así que ¿por qué me llamas desde una cabina?

—Para felicitarte por tu cumpleaños. Siento que se me olvidase mandarte una tarjeta.

—No quería decir…

—Iba de camino a casa, y he pensado…

—¿Por qué no has esperado a llegar a casa?

—Oye, ¿qué sentido tiene que te diga nada? Estás convencido de que ya sabes la respuesta.

—Ya, pero me gustaría que me la confirmases.

—¿Lo estás pasando bien?

—Vaya, no va mal. *Agárralo como puedas 2 1/2*: muy entretenida. *Robocop 2*: no tan buena como la primera. Y eso es todo, al menos por ahora.

—¿Estás viendo vídeos?

—Sí.

—¿Solo?

—Así es. ¿Te apetece venir? Aún me queda *Terminator 2*.

—No puedo. He de volver a casa.

—Entiendo.

—En fin…

—¿Qué tal está tu padre?

—Últimamente no está mal, gracias por preguntar.

—Me alegro.

—Bueno, que lo pases bien, ¿vale? Que tengas un buen día. No te lo pases enterito delante de la tele.

—Vale.

—Venga, Rob, que no es culpa mía que estés solo. No soy la única persona que conoces, ¿vale? Además, estoy pensando en ti, así que no es como si acabase de abandonar el barco.

—Saluda a Ian de mi parte, ¿quieres?

—Muy gracioso…

—En serio.

—Ya sé que va en serio. Y es muy gracioso, desde luego.

La he pillado. Él no quiere que me llame, y ella no le dirá que me ha llamado. Fenomenal.

Me quedo un poco colgado después de *Terminator 2*. Ni siquiera son las cuatro de la tarde, y aunque he aguantado tres fantásticos vídeos de mierda, nada menos que tres, sigo sin poder quitarme de encima la sensación de que esto ni es cumpleaños ni es nada. Me quedan los periódicos por leer, alguna cinta por grabar; en fin, ya se sabe. Me agarro al teléfono y empiezo a organizar mi propia fiesta sorpresa en el pub. Es fácil: reúno a unas cuantas personas, intento olvidarme de que las he llamado, bajo al Crown o al Queen's Head a tomar tranquilamente un par de pintas, y dejo que me den palmadas en la espalda cuando me felicitan unos cuantos amigos a los que nunca habría esperado ver allí.

De todos modos, es más difícil de lo que había pensado. Londres, ¿eh? Proponer a la gente que salga a tomar una copa contigo esta misma noche es como proponerles que se tomen un año libre y que se vayan a dar la vuelta al mundo: si hablas de quedar más tarde, se entiende que será este mes o el mes que viene, o incluso el año próximo, pero nunca se da por hecho que pueda ser hoy mismo. «¿Esta noche?», dicen uno detrás de otro, y son personas con las que no he hablado desde hace meses, antiguos colegas, compañeros de estudios, o bien personas a las que he conocido a través de antiguos colegas o de compañeros de estudios. «¿Esta misma noche?» Se quedan perplejos, extrañados, patidifusos: no se lo pueden creer. ¿Alguien les llama por teléfono y les propone tomar una copa esta misma noche, así de sopetón, sin Filofax a mano, sin una lista de fechas alternativas, sin consultar previamente, largo y tendido, con un socio? Qué chifladura.

De todos modos, como hay dos que sí dan muestras de flaquear un poco, exploto esa flaqueza sin compasión. No es una flaqueza del estilo «no debería, pero vaya, sí, me apetece una copa». Es una flaqueza que más bien consiste en la incapacidad de negarse. No es que quieran salir de copas esta noche, pero detectan la desesperación en mi voz, y no se atreven a contestar con la firmeza necesaria.

Dan Maskell (en realidad, su nombre de pila es Adrian, pero por fuerza había que cambiarlo) es el primero que cede. Está casado, tiene un hijo, vive en Hounslow y es domingo por la noche, pero no pienso dejar que se me escape del anzuelo.

—¡Hola, Dan! Soy Rob.

—¿Qué pasa, chaval? —Por el momento, genuino placer, lo cual ya es algo—. ¿Cómo estás?

Y así le cuento cómo estoy, y le explico la triste situación en que me encuentro; siento llamarle tan a última hora, las cosas se han liado un poco a la hora de organizar

una fiesta (consigo resistir a la tentación de explicarle que las cosas se han liado bastante en todos los frentes), le digo que me gustaría verle, etcétera. Noto el titubeo en su voz. Como Adrian es además un enamorado de la música, pues por eso mismo nos conocimos hace años, y por eso mismo nos hemos mantenido después en contacto, saco una baza ganadora y me la juego.

—¿Has oído a Marie LaSalle? Es una cantante de folk y country, pero es buenísima, vale la pena, de veras.

No es de extrañar que no la haya oído, pero percibo su interés.

—Bueno, de todos modos, es…, es amiga mía, y también va a venir, así que…, es estupenda, vale la pena conocerla, tío. No sé si…

Con eso más o menos basta. Hablando con franqueza, Adrian es un poco idiota, y por eso supuse que Marie podría ser un incentivo. ¿Que por qué me apetece pasarme la noche de mi cumpleaños de copas con un idiota? Es una larga historia, la mayor parte de la cual ya es sabida a estas alturas.

Steven Butler vive en el norte de Londres, no está casado, no le sobran los amigos. ¿Por qué no puede venir esta noche? Porque ya ha alquilado un vídeo, nada menos.

—Joder, Steve. Qué putada.

—Tendrías que haberme llamado antes, tío. Acabo de volver del videoclub.

—¿Y por qué no te pones ahora a ver la película?

—No. No me hace gracia ver un vídeo antes de la cena. Es como si lo vieses por verlo. ¿Me entiendes? Y si ves un vídeo de día, uno menos que puedes ver de noche.

—¿Cómo se te ha ocurrido eso?

—Pues porque verlos así es como no verlos.

—Oye, pues ya lo verás en otro momento.

—Vaya, claro. Tengo tanta pasta que me puedo permitir el lujo de darle dos libras cada noche al tío del video-club, ¿no?

—Eh, no te digo que lo hagas todas las noches, tío. Mira, hagamos una cosa. Yo te doy las dos libras, ¿vale?

—Hombre, no sé… ¿Estás seguro?

Estoy seguro, y así zanjamos el asunto. Dan Maskell y Steve Butler, hay que ver. No se conocen, casi seguro que no se caen bien; no tienen nada en común, aparte de algunas coincidencias en sus respectivas colecciones de discos (a Dan no le interesa mucho la música negra, a Steve no le va la música blanca; los dos tienen unos cuantos álbumes de jazz). Y Dan cuenta con que va a conocer a Marie, pero Marie no cuenta con conocer a Dan: ni siquiera tiene noticia de que exista. Va a ser una noche alucinante.

Marie por fin tiene teléfono, y Barry me facilita el número; Marie se alegra de que la llame, y se alegra más aún de salir a tomar una cerveza conmigo. Si supiera que es mi

cumpleaños, es probable que estallase de alegría, pero decido no contárselo, no sé muy bien por qué. No me veo obligado a venderle la moto, y es todo un alivio, porque no creo que hubiera sido capaz de explicárselo con pelos y señales. De todos modos, antes de venir al pub tiene que hacer otra cosa, así que paso una hora agonizante, puede que algo más, con Steve y con Dan. Con Dan hablo de rock, mientras Steve mira embobado a un tío que se está forrando con la máquina tragaperras. Hablo con Steve de música soul, mientras Dan se pone a hacer con el posavasos ese truco que sólo saben hacer las personas verdaderamente irritantes. Luego hablamos los tres de jazz, y al cabo de un rato nos quedamos sin conversación, así que miramos embobados al tío que se está forrando con la máquina tragaperras.

Marie, T-Bone y una rubia muy llamativa y muy joven, americana también, aparecen por fin a eso de las diez menos cuarto, así que nos quedan tres cuartos de hora para tomar copas juntos. Les pregunto qué les apetece tomar; Marie dice que no lo sabe y viene conmigo a la barra, a ver si se inspira.

—Ya veo qué querías decir cuando me hablaste de la vida sexual que lleva T-Bone —le digo mientras esperamos a que nos atiendan.

Mira al techo.

—¿A que es la pera? Por cierto, ¿te digo una cosa? Es la mujer menos agraciada de todas las que han salido con él.

—Oye, me alegro de que hayas venido.

—El placer es mío. ¿Quiénes son esos dos?

—Dan y Steve. Los conozco desde hace la tira. En fin, me temo que son un poco sosos, pero alguna vez tengo que salir con ellos, ¿no?

—Ya. Dos patitos negros, ¿no es eso?

—¿Cómo?

—Yo los llamo patitos negros, que es una especie de cruce entre patito feo y bestia negra. Me refiero a esas personas que no te apetece ver, pero que de todos modos crees que estás obligado a ver de vez en cuando.

Patitos negros. Ha dado en el clavo. Para colmo, yo he tenido que suplicarles de rodillas a los míos, he tenido incluso que pagar a uno para que viniese a tomar unas copas por mi cumpleaños.

Estas cosas nunca las pienso a fondo.

—Feliz cumpleaños, Rob —me dice Steve cuando le coloco su cerveza delante. Marie hace amago de mirarme yo diría que con genuina sorpresa, pero también con una hondísima compasión, con una comprensión insondable. No le devuelvo la mirada.

La noche es un desastre. Cuando era pequeño, mi abuela pasaba la tarde del día de San Esteban con la abuela de un amigo mío: mis padres se tomaban unas copas con los padres de Adrian, y yo pasaba la tarde jugando con Adrian, mientras las dos ancianas se sentaban delante del televisor a intercambiar cumplidos y cotilleos. El chiste consistía en que las dos eran sordas como tapias, aunque les daba igual: se

conformaban con su particular versión de lo que puede ser una conversación, en la que había los mismos silencios, asentimientos y sonrisas que en cualquier otra, aunque no hubiese punto de contacto. Hace años que no pensaba en eso, pero esta noche me he acordado.

Steve me pone enfermo: tiene la manía de esperar a que la conversación fluya con toda naturalidad y luego susurrarme algo al oído precisamente cuando estoy a punto de decir alguna cosa o estoy atento a lo que dice alguno de los demás. Así, puedo parecer un borde y no hacerle ni caso, o bien puedo contestarle, meter a todos los demás en lo que diga y cambiar por completo de tercio. Y cuando consigue que todos hablemos de soul, o de *Star Trek* (es de los que van a reuniones y congresos sobre el tema), o de las mejores cervezas del norte de Londres (es de los que van a reuniones y congresos sobre el tema), temas de conversación sobre los que nadie más tiene ni idea, volvemos a empezar de nuevo. Dan bosteza cada dos por tres, Marie es un dechado de paciencia, T-Bone parece irritable; su novia, Suzie, está horrorizada: ¿qué hace una chica como ella en un pub de lo más cutre, con una pandilla semejante? No tiene ni idea. Bueno, yo tampoco. Tal vez Suzie y yo deberíamos largarnos a la francesa, a un sitio algo más íntimo y recogido, y dejar que estos perdedores se hagan el harakiri, si les apetece. En fin, podría repasar la noche entera, pero no creo que tuviese ninguna gracia; mejor será dejarlo, aunque con una muestra lamentable, pero totalmente representativa:

MARIE: … lisa y llanamente increíble, en serio: eran auténticos animales. Estaba cantando «Love Hurts», y va un menda y me grita: «No te dolerá tanto si te lo hago yo, bonita.» Luego se pone a vomitar en toda la camiseta, y sin mover un músculo, como si tal cosa. Y después sigue dando gritos, riéndose con sus colegas. [*Risas*] Tú estabas allí y lo viste, T-Bone. ¿No es verdad?
T-BONE: Sí, supongo que sí.
MARIE: T-Bone sueña con encontrarse algún día un público tan fino como ése, ¿a que sí? En los sitios donde él actúa, tienes que… [*Inaudible, debido a una interrupción de*…]
STEVE [*Susurrándome al oído*]: Han sacado *The Baron* en vídeo, ¿sabías? Los seis episodios, tío. ¿Te acuerdas de la banda sonora?
YO: No, no me acuerdo. [*Risas de Marie, T-Bone, Dan*.] Perdona, Marie, no he oído lo que has dicho. ¿Que tienes que… qué?
MARIE: Estaba diciendo que ese sitio en el que T-Bone y yo…
STEVE: Era magnífica. ¡Tran-tran-TRAN! ¡Tran-tran-tran-TRAN!
DAN: Ya sé lo que es. ¿No es *Man in a Suitcase*?
STEVE: No, es *The Baron*. Acaba de salir en vídeo.
MARIE: *¿The Baron?* ¿Quién actuaba?
DAN: Steve Forrest.

MARIE: Creo que lo conozco, creo que lo daban allí por la tele. ¿No era aquella en la que el tío…? [*Inaudible, debido a una interrupción de*…]
STEVE: [*Susurrándome al oído*]: ¿No leéis nunca esa revista de música soul que se llama *Voices from the Shadows*? Es acojonante. Además, el dueño es Steve Davis. ¿Lo conocéis? Es el jugador de billar, ¿sabéis quién digo?
[*Suzie mira con incredulidad a T-Bone. T-Bone mira el reloj*.]

Etcétera.

Esta combinación de personas nunca más volverá a sentarse a la misma mesa. Era imposible y se nota. Pensé que simplemente por ser bastantes experimentaría automáticamente una sensación de seguridad y consuelo, pero está claro que no. La verdad es que no conozco bien a ninguna de estas personas, ni siquiera a la persona con la que me he acostado. Por vez primera desde que rompí con Laura me entran ganas de tirarme al suelo y ponerme a berrear hasta que los ojos se me salgan de las órbitas. Tengo un ataque de nostalgia.

Se supone que son las mujeres las que consienten en quedarse aisladas cuando entablan una relación de pareja: tarde o temprano terminan por tratarse sobre todo con las amistades del tío y terminan por hacer lo mismo que él (pobre Anna, mira que intentar recordar quién es Richard Thompson… y eso aparte de tener que reconocer que es un desastre imperdonable ser admiradora de los Simple Minds); cuando llega el día en que plantan al tío en cuestión, o cuando éste las deja plantadas, descubren de golpe que sin darse cuenta se han alejado de amistades a las que vieron por última vez como es debido unos tres o cuatro años antes. Antes de Laura, así era mi vida con mis compañeras o con buena parte de ellas.

En cambio, Laura… No sé qué es lo que ocurrió. Me caía bien su gente, Liz y los demás, los que venían al Groucho. Por la razón que sea —el relativo éxito profesional de cada uno, y los aplazamientos que eso trae consigo, supongo—, su gente era más flexible que la mía, y había más solteros. Por eso, por primera vez en la vida me tocó hacer el papel de mujer y puse todos los huevos, por así decirlo, en el cesto de la persona con la que salía. No es que a ella no le cayeran bien mis amigos (no quiero decir los amigos como Dick y Barry, ni como Steve y Dan, sino los amigos de verdad, esas personas a las que he terminado por perder sin saber bien cómo). Lo que pasa es que los suyos le caían mejor, y ella quiso que a mí me cayeran bien, como así fue. Sus amigos empezaron a caerme mejor que los míos, y antes de darme cuenta (nunca me di cuenta, las cosas como son, hasta que ya era tarde), fue mi relación con ella lo que me dio una sensación clara de estar en mi sitio. Y si pierdes esa sensación de estar en tu sitio, la nostalgia se apodera de ti. Más claro, el agua.

Total, ¿ahora, qué? Es como si hubiese llegado al final de la cuerda, y no lo digo en el sentido suicida que tiene esa expresión en tantas canciones de rock americano, sino que lo digo en el sentido que tiene en inglés de Inglaterra, hablando con toda

sencillez. Me he quedado sin aire en los pulmones, y me he quedado parado poco a poco en mitad de ninguna parte.

—¿Esos eran tus amigos? —me pregunta Marie al día siguiente, cuando salimos a tomar un bocadillo poscumpleaños, de beicon crujiente con aguacate.

—No es para tanto. Sólo eran dos de ellos…

Me observa para saber si estoy de broma. Cuando se echa a reír, queda claro que sí lo estoy.

—Pero si era tu cumpleaños…

—Bueno, ya sabes…

—Era tu cumpleaños, Rob. ¿No se te ocurrió nada mejor que hacer?

—A ver; supongamos que hoy es tu cumpleaños y te apetece tomar una copa esta noche. ¿A quién invitarías? ¿A Dick y a Barry? ¿A T-Bone? ¿A mí? Lo digo porque tampoco somos lo mejorcito que hay en el mundo, ¿verdad?

—Venga, Rob. Si ni siquiera estoy en mi país. Si estoy a un montón de kilómetros de mi sitio…

—A eso mismo iba: es justo lo que yo quería decir.

Observo a las parejas que entran en la tienda, a las parejas que veo en los pubs, en los autobuses, o por la ventana. Hay algunas, las que charlan, las que se tocan, las que se ríen y las que hacen toda clase de preguntas, que aún son recientes, salta a la vista, y por eso no cuentan: igual que casi todo el mundo, me encuentro muy bien cuando me toca ser una mitad de una pareja aún reciente. Las que me interesan son esas otras parejas más asentadas, más apacibles, las que han echado a andar por la vida codo con codo, de la mano, e incluso cubriéndose las espaldas uno al otro, en vez de ir por la vida cara a cara.

En sus rostros, la verdad sea dicha, no es mucho lo que se puede descifrar. No hay gran cosa que los distinga de las personas desparejadas: si uno intenta clasificar a la gente que se encuentra por la vida en cuatro categorías distintas —felizmente emparejados, desdichadamente emparejados, solteros y desesperados—, descubrirá que le resulta imposible. Mejor dicho, sí se puede hacer, pero sin tener ninguna confianza en la clasificación efectuada. Es algo que me parece inconcebible. Vamos a ver: es lo más importante que te puede pasar en la vida, ¿no?, y sin embargo es imposible precisar si ése, el otro o el de más allá lo tiene o no lo tiene. ¿No será una equivocación? Seguramente, las personas felices deberían parecer felices en todo momento, sin que importe cuánto dinero tienen, cuán incómodos les quedan los zapatos, lo poco que duerme su hijo pequeño; las personas a las que las cosas les van razonablemente bien, a pesar de lo cual no han encontrado a su alma gemela, deberían parecer en cambio, no sé, por lo menos un tanto ansiosas, como le pasa a Billy Crystal en *Cuando Harry encontró a Sally*; los que están desesperados deberían a su vez ponerse un distintivo, una cinta amarilla en la solapa, por qué no, gracias al

cual podrían ser identificados por personas no menos desesperadas que ellos. Cuando deje de estar desesperado, cuando haya resuelto todo este berenjenal, prometo por lo más sagrado que nunca más volveré a quejarme de cómo va el negocio en la tienda, ni tampoco de la tristeza y el malhumor que respira la música moderna, ni de la guarrería de relleno que ponen en los bocadillos del bar de la esquina (una libra y sesenta peniques por uno de huevo y beicon con mayonesa: a ninguno nos han tocado nunca más de cuatro trozos de beicon en un bocadillo, al menos hasta la fecha), ni pienso quejarme de ninguna otra inconveniencia. Pienso sonreír beatíficamente en todo momento, de puro alivio.

Durante quince días no pasa casi nada. Es decir, pasan aún menos cosas que de costumbre. Encuentro una copia de «All Kinds of Everything» en una tienda de discos de segunda mano que hay cerca de casa, y lo compro por quince peniques con la idea de regalárselo a Johnny la próxima vez que lo vea, siempre y cuando se marche con viento fresco y deje de joder de una vez por todas. Al día siguiente vuelve a la tienda, dispuesto a quejarse porque el disco está rayado: quiere que le devuelva su dinero. Barrytown debutó con gran éxito en el Harry Lauder, donde armaron un estruendo de mil pares de cojones: el ambiente es increíble, hay un montón de individuos que parecen salidos de un cuartel del ejército, todos cortados por el mismo patrón; se vuelven locos de remate, y en serio te lo digo, Rob, tendrías que haber estado allí, qué pasada (Marie se limita a reírse cuando le pregunto qué tal estuvo; dice que todos hemos de empezar por algún sitio). Dick intenta convencerme para que salgamos los cuatro (Anna y él, una amiga de Anna que tiene veintiún años y yo), pero no me dejo. Vamos a ver una actuación de Marie en un club folkie que hay en Farringdon, y me pongo a pensar en Laura mucho más de lo que pienso en Marie cuando toca sus canciones más tristes, aunque Marie dedica uno de los temas a «los tíos de Championship Vinyl»; salgo a tomar algo con Liz, que despotrica contra Ray durante toda la noche. Me parece fenomenal, pero es entonces cuando muere el padre de Laura, y con eso cambia todo por completo.

25

Me entero de la noticia por la mañana, casi a la vez que ella, en caliente. La llamo desde la tienda, sólo con la intención de dejarle un mensaje en el contestador: así es más fácil, pues sólo quería decirle que un antiguo colega suyo ha dejado un mensaje para ella en el contestador de casa, en el mío, vaya. Bueno, si hablamos de propiedad legal debería decir el suyo. Da lo mismo. No esperaba que Laura cogiese el teléfono, pero así es: me da la sensación de que está hablándome desde el fondo del mar. Tiene la voz apagada, plana, grave, envuelta en moquillo desde la primera sílaba a la última.

—Joder, joder; eso sí que es un catarrazo de padre y muy señor mío —le digo—. Espero que estés metida en la cama, con un libro calentito y una buena bolsa de agua caliente. A propósito, soy Rob.

Ella no dice nada.

—¿Laura? —insisto—. Soy Rob…

Todavía nada.

—¿Te encuentras bien?

Y sigue un momento terrible.

—… huerto —dice. Las primeras sílabas son incomprensibles, así que eso de «huerto» no pasa de ser una suposición.

—Bueno, no te preocupes por eso —le digo—. Tú métete en la cama, olvídalo. Ya te preocuparás cuando te encuentres mejor.

—… que se ha muerto —dice.

—¿Quién coño se ha muerto?

Ahora sí la oigo con toda nitidez.

—Mi padre ha muerto —solloza—. Mi padre, mi padre.

Y cuelga el teléfono.

A todas horas pienso que muere tal o cual persona, pero siempre son personas relacionadas conmigo. He pensado mucho en cómo me encontraría si Laura muriese, en cómo le sentaría a Laura que muriese yo, en cómo me tomaría la muerte de mi madre o de mi padre, pero nunca pensé que se fuera a morir la madre o el padre de Laura. Nunca se me había ocurrido. Aunque estuvo enfermo durante todo el tiempo que se prolongó mi relación con Laura, esa posibilidad ni siquiera se me pasó por la cabeza: así como mi padre tiene barba, el padre de Laura tenía angina de pecho, y punto. Nunca pensé que eso pudiera desembocar realmente en nada concreto. Ahora ha muerto, así es, y ojalá… ¿Qué? ¿Ojalá qué? ¿Ojalá me hubiese portado mejor con él? Siempre me porté perfectamente con él, al menos en las contadas ocasiones en que nos vimos. ¿Ojalá hubiésemos estado más unidos? Él era mi suegro, según una ley no escrita; los dos éramos muy distintos, él estaba enfermo…, así que estuvimos tan unidos como tuvimos que estarlo, sin más. Se supone que, cuando muere alguien,

uno ha de pensar en todos esos ojalá, aparte de sentirse desbordado de pesar, de arrepentimiento, de pasarlo fatal a cuenta de todos sus errores y omisiones, así que lo hago lo mejor que puedo. Lo que pasa es que no se me ocurren errores ni omisiones. Era el padre de mi ex, ¿me explico? ¿Qué se supone que debo sentir?

—¿Estás bien? —dice Barry cuando me ve con la mirada perdida—. ¿Con quién hablabas?

—Con Laura. Su padre ha muerto.

—Ah, ya. Qué putada.

Acto seguido, se larga a la oficina de correos con un montón de paquetes para remitir contra reembolso. ¿Lo ves? De Laura a Barry, pasando por mí: de la pena al interés pasajero, pasando por la confusión. Si alguien quisiera resumir el aguijonazo de la muerte, habría que fijarse en Barry. Por un instante, me parece de lo más raro que esas dos personas, primero la que está tan abatida por el dolor que apenas puede pronunciar palabra, luego el que apenas encuentra en su interior la curiosidad necesaria para encogerse de hombros, se hayan conocido una a otra; me parece más raro aún que yo haya sido el enlace entre los dos, rarísimo que hayan vivido incluso en la misma zona, en un mismo tiempo. Hay que tener en cuenta que, para Barry, Ken no era más que el padre de la antigua novia de su jefe. ¿Qué se supone que debe sentir?

Laura me llama al cabo de una hora más o menos. No me lo esperaba.

—Perdona, lo siento —dice. Sigue siendo difícil entenderla; normal, teniendo en cuenta los mocos, las lágrimas, el tono de voz y el volumen que emplea.

—No, no pasa nada.

Llora un rato. No digo nada hasta que se tranquiliza un poco.

—¿Cuándo vas a tu casa?

—Dentro de nada, en cuanto termine de hacer la maleta.

—¿Puedo hacer algo que…?

—No.

Después otro sollozo, otro «no», como si se hubiese dado perfecta cuenta de que nadie puede hacer nada por ella, y tal vez sea ésta la primera vez que se encuentra en semejante situación. Yo ya he pasado por eso. Todas las cosas que me han salido mal en esta vida podría haberlas resuelto con la varita mágica de un director de banco, con el repentino cambio de parecer que le diera a una de mis novias, o bien con alguna cualidad —determinación, coherencia, flexibilidad, agilidad— que tal vez hubiese hallado en mi interior, sobre todo si la hubiese buscado a fondo. No tengo ningunas ganas de verme frente a esa desdicha tan especial que siente Laura ahora. Ni ahora, ni nunca. Si es preciso que las personas mueran, prefiero que no mueran muy cerca de mí. Ni mi padre ni mi madre morirán cerca de mí; de eso me he asegurado por completo. Cuando mueran, prácticamente no sentiré nada.

Al día siguiente vuelve a llamarme.

—Mamá quiere que vengas al funeral.

—¿Qué? ¿Yo?

—A mi padre le caías bien, al menos en apariencia. Y mamá nunca le dijo que habíamos roto, por pensar que él no iba a entenderlo, y porque… Oh, yo qué sé. La verdad es que no lo entiendo, y no tengo ganas de discutir. Creo que ella ha llegado a la conclusión de que él podrá ver todo lo que suceda. Es un poco como si… —Hace un ruidito extraño, que interpreto como una risita de nerviosismo—. Bueno, ella entiende que bastante ha sufrido él con su enfermedad y su agonía, así que no piensa molestarle más de lo imprescindible.

Ya sabía que a Ken le caía bien, aunque nunca llegué a entender por qué, aparte de una vez que él buscaba la grabación original de *My Fair Lady*, la que hicieron los artistas que estrenaron la obra en Londres, encontré un ejemplar en una feria de discos y se la envié por correo. Hay que ver adonde nos llevan esos actos de amabilidad que uno realiza al azar: a un funeral de los cojones, ni más ni menos.

—¿Tú quieres que vaya?

—Me da lo mismo, al menos mientras no cuentes con que te dé la mano.

—¿Va a ir Ray?

—No, Ray no viene.

—¿Por qué no?

—Porque nadie le ha dado vela en este entierro, nunca mejor dicho. ¿Está claro?

—Bueno, pues no me importaría ir, si es que tú quieres que vaya.

—Oh, qué detalle por tu parte, Rob. A fin de cuentas, tú sabrás.

Hay que joderse.

—En fin, ¿piensas venir o no?

—Sí, claro que sí.

—Te puede traer Liz. Ella sabe dónde es la ceremonia y todo eso.

—Perfecto. ¿Cómo te encuentras?

—Perdona, Rob, pero no tengo tiempo para conversaciones. Me queda mucho por hacer.

—Claro, lo entiendo. Ya nos veremos el viernes. Adiós.

Cuelgo sin darle tiempo a que diga nada, para que se entere de que estoy dolido, pero enseguida me dan ganas de llamarle y de pedirle disculpas. Ya sé que no debo hacerlo. Es como si nunca más pudieras hacer lo que has de hacer con una persona, sobre todo si has dejado de compartir cama con ella. No hay manera de encontrar el camino de vuelta, el camino que dé un rodeo, que atraviese el obstáculo, por más que lo intentes.

La verdad es que no existe una sola canción pop sobre la muerte. Al menos, las que hay no son nada buenas. A lo mejor, por eso mismo me gusta el pop y me parece tan repugnante la música clásica. Estaba aquel instrumental de Elton John, «Song For Guy», pero no era más que un traqueteo de pianola, que igual valdría para un aeropuerto que para tu funeral.

—Venga, tíos. Las cinco mejores canciones del pop que hablen de la muerte.

—Fabuloso —dice Barry—. Una lista en homenaje al padre de Laura. Vale, entendido. «Leader of the Pack», la primera. El tío de la canción se mata en un accidente de moto, ¿no? Luego está «Dead Man's Curve», de Jan and Dean, y «Terry», de Twinkle. Mmmm, a ver… Aquella de Bobby Goldsboro, «And Honey, I Miss You»… —tararea desafinando más incluso que de costumbre, y Dick se echa a reír—. ¿Y qué os parece «Tell Laura I Love Her»? Con ésa se vendría la casa abajo.

En fin, me alegro de que Laura no esté aquí, de que no se entere de qué buen rato hemos pasado con eso de la muerte de su padre.

—Eh, que yo intentaba pensar en canciones serias, tío. Ya sabes, canciones que muestren un poco de respeto.

—¿Qué pasa, que vas a pinchar discos en el funeral? No jodas, qué guarrería de encargo. De todos modos, la canción de Bobby Goldsboro podría ser uno de los mejores temas para bailar agarrados. A todo el mundo le hace falta un respiro en pleno guateque. Además, la madre de Laura podría tararearla, seguro. —Y entona el mismo trozo que antes, otra vez desafinado, pero con una voz de falsete con la que quiere dar a entender que la canta una mujer.

—Que te den pomada, Barry.

—Ya he pensado qué quiero que pongan en el mío: «One Step Beyond», de Madness, y «You Can't Always Get What You Want».

—Ya, pero porque sale en *Reencuentro*.

—Yo no he visto *Reencuentro*, tío.

—¿Cómo que no, pedazo de mentiroso? La viste en una sesión doble de Lawrence Kasdan. La otra peli era *Fuego en el cuerpo*.

—Ah, es verdad. Se me había olvidado, lo digo en serio. No quería copiar la idea.

—En fin, poca cosa.

Y así sucesivamente.

Vuelvo a intentarlo más tarde.

—«Abraham, Martin and John» —dice Dick—. Ésa no está nada mal.

—¿Cómo se llamaba el padre de Laura?

—Ken.

—«Abraham, Martin, John and Ken». No, ni en broma. No suena bien.

—Vete a la mierda.

—Y Black Sabbath, ¿qué tal? Ya puestos, Nirvana. A esos grupos sí que les va el rollo de la muerte.

De esta forma se recuerda el fallecimiento de Ken en Championship Vinyl.

Yo sí he pensado en la música que quiero que pongan en mi funeral, aunque nunca he podido pasarle la lista a nadie, porque cualquiera se moriría de la risa. «One Love», de Bob Marley; «Many Rivers to Cross», de Jimmy Cliff; «Angel», de Aretha Franklin. Además, siempre he tenido la fantasía de que una bella y llorosa mujer insistiría en que pusieran «You’re the Best Thing That Ever Happened to Me», de Gladys Knight, sólo que no consigo imaginar quién podría ser esa mujer bella y llorosa. En fin, es mi funeral, y se suele decir que nadie puede ser generoso ni ponerse sentimental al pensar en ese trance. Tampoco cambia nada lo que quiso decir Barry, aunque no se diera cuenta de lo que daba a entender: aquí tenemos cerca de un trillón de horas de música grabada, y apenas hay un solo minuto que pueda describir cómo se siente Laura ahora mismo.

Sólo tengo un traje, un traje gris oscuro. La última vez que me lo puse fue en una boda, hace unos tres años. Ya no me queda demasiado bien, y se me nota todo lo que se me tiene que notar, qué remedio. De todos modos, tendrá que servirme para la ocasión. Plancho mi camisa blanca y por fin encuentro una corbata que no sea de cuero y que no lleve un estampado de saxofones, con lo cual me pongo a esperar a que llegue Liz a recogerme. Ni siquiera llevo un detallito; las tarjetas del quiosco eran todas impresentables, del estilo de las que se podrían regalar los miembros de la familia Addams por sus respectivos cumpleaños. Ojalá hubiese estado en algún otro funeral. De mis abuelos, uno murió antes de que yo naciera, y el otro murió cuando era muy pequeño; mis abuelas en cambio viven las dos, si es que se puede decir así, pero la verdad es que nunca las visito. Una vive en un asilo, y la otra con la tía Eileen, hermana de mi padre. Cuando se mueran, no creo que sea el fin del mundo. Dudo que sea noticia de primera plana que un día muera una persona extremadamente anciana. Aunque sí tenía amigos que han muerto —un tío que iba con Laura a la facultad murió de sida; un amigo de mi amigo Paul murió en un accidente de tráfico; muchos de mis amigos han perdido a sus padres—, todo eso es algo que siempre he conseguido aplazar. Ahora me doy cuenta de que es algo que haré a menudo durante el resto de mi vida. Mis dos abuelas, mi padre y mi madre, mis tías y tíos; a menos que yo sea el primero de mi círculo más íntimo que se vaya al otro barrio, previsiblemente habrá también montones de personas de mi edad, puede que incluso antes de lo previsto, teniendo en cuenta que dos o tres por fuerza la van a espichar antes de lo que cabría esperar. Ya puestos a pensar en todo esto, me resulta terriblemente opresivo, casi como si tuviera que ir a tres o cuatro funerales por semana durante los próximos cuarenta años, o como si no tuviera ni tiempo ni ganas de hacer nada más. ¿Cómo se las arregla el resto del mundo? ¿Hay que ir a la fuerza? ¿Qué pasa si te niegas, qué pasa si dices que te parece demasiado triste? («Laura, lo siento mucho por ti, ya sabes, pero es que no me va.») No creo que pueda soportar el

hacerme más viejo de lo que soy. Noto que aumenta, aunque a regañadientes, la admiración que siento por mis padres, y sólo porque han estado en docenas de funerales y nunca han puesto reparos, o porque al menos a mí no me han dicho que les parezca una putada. No sé, tal vez no tengan la imaginación que hace falta para darse cuenta de que los funerales son más deprimentes incluso de lo que a primera vista puedan parecer.

Si he de ser sincero, sólo voy porque puede que a fin de cuentas me convenga. ¿Se puede ligar con tu ex en el funeral de su padre? No me lo había planteado, pero nunca se sabe.

—Total, que el vicario dice unas cuantas bobadas, ¿y luego? ¿Salimos todos en bloque y lo enterramos?

Liz me está explicando todo el asunto.

—Es en un crematorio.

—No me tomes el pelo, tía.

—No te estoy tomando el pelo, so bobo.

—¿En un crematorio? Joder.

—¿Y qué más da?

—Bueno, tienes razón, da lo mismo, pero es que… —No estaba preparado para esto, así de fácil.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—No lo sé. Pero… Cojones…

La oigo suspirar.

—¿Quieres que te deje en una boca de metro?

—No, claro que no.

—Pues entonces calla de una vez, ¿vale?

—Lo único que pasa es que no quiero desmayarme, así de sencillo. Y si me desmayo por falta de preparación, conste que habrá sido culpa tuya.

—Rob, eres de lo más patético. Sabes muy bien que a nadie le hacen ninguna gracia estas cosas, ¿no? Nadie se lo puede pasar bien con esto. ¿No te habías dado cuenta de que lo que vamos a encontrar esta mañana es terriblemente incómodo? No eres el único que tiene escrúpulos de ese tipo. Yo sólo he estado en una cremación, y te juro que lo aborrecí con toda mi alma. Y aunque hubiera estado en cientos, dudo mucho que me fuese más fácil. No seas tan crío.

—¿Tú por qué crees que no viene Ray?

—Porque no está invitado. En toda la familia no le conoce nadie. Y Ken te tenía aprecio, y Jo piensa que eres un tío estupendo.

Por cierto, Jo es la hermana de Laura, y a mí me parece una tía estupenda. Es muy parecida a Laura, pero no lleva esos trajes agresivos ni tiene la lengua tan agresiva como ella, ni tampoco ha sacado tan buenas notas, ni tiene sus títulos.

—¿Solamente por eso?

—A ver si te enteras, Rob: Ken no ha muerto en beneficio tuyo. En el fondo, es como si todos fuésemos actores de reparto en la película de tu vida, tío.

Pues claro, así es; si no, ¿de qué otro modo se lo montan los demás?

—Liz, tu padre murió hace tiempo, ¿verdad?

—Sí, hace mucho. Yo tenía dieciocho años.

—¿Te afectó? —Terriblemente estúpido—. Quiero decir si te afectó durante mucho tiempo. —Salvado por los pelos, vaya.

—Todavía me afecta.

—¿De qué manera?

—No lo sabría explicar. Todavía le echo de menos, todavía pienso en él. Y a veces también hablo con él.

—¿Y qué le dices?

—Eso es un secreto entre él y yo —dice, aunque con amabilidad, con una sonrisilla—. Ahora que está muerto, sabe de mí mucho más que cuando estaba vivo.

—¿Y quién tiene la culpa de eso?

—El. Era el estereotipo del padre. Ya sabes, siempre ajetreado, siempre agotado. Antes me sentaba fatal, incluso después de su muerte. A la larga me di cuenta de que yo no era entonces más que una niña, una niña buenísima, así de claro. Dependía de él, no de mí, que no nos tratásemos más.

Esto es una pasada. Pienso cultivar la amistad con personas a las que se les haya muerto el padre, o un amigo, o su pareja. Son las personas más interesantes del mundo. Además, son muy accesibles. ¡Están por todas partes! Aunque los astronautas, los Beatles o los supervivientes de un naufragio tuvieran más que aportar, y lo dudo, da lo mismo, porque nunca llegarás a conocerlos. La gente que ha mantenido una relación con alguien que ha muerto —y podría pasar por una canción de Barbra Streisand, aunque no lo sea— es la que más suerte tiene en este mundo.

—¿También lo incineraron en un crematorio?

—¿Por qué te importa tanto?

—No lo sé, me importa, nada más. Como antes has dicho que sólo has estado en una cremación, me estaba preguntando, bueno, ya sabes…

—Yo que tú le daría a Laura un par de días de margen antes de presionarla con preguntas como éstas. La experiencia que ella ha vivido no es de las que se prestan a hablar por hablar, ¿sabes?

—O sea, que me estás diciendo que me calle, ¿no es eso?

—Eso es.

Claro.

El crematorio está en el quinto pino. Dejamos el coche en un inmenso aparcamiento casi desierto y caminamos hasta un complejo de varios edificios nuevos y espantosos,

demasiado llamativos, nada serios. Es imposible imaginar que ahí vayan a incinerar a los muertos; sí que cabe imaginar, en cambio, una reunión de un nuevo grupo religioso, de esos que se juntan a dar palmas y a cantar estupideces una vez a la semana. Yo no dejaría que a mi viejo lo incinerasen aquí. Supongo que me haría falta algo de ambiente para sentirme de veras apenado, y en estas paredes de ladrillo visto y de madera desnuda difícilmente encontraría ese apoyo.

Las tres capillas forman un espacio múltiple. Hay un tablón de anuncios en la pared, donde se especifica qué hay en cada una, y a qué hora.

CAPILLA 1 ~ 11.30 ~ SR. E. BARKER
CAPILLA 2 ~ 12.00 ~ SR. K. LYDON
CAPILLA 3 ~ 12.00 ~ ---

Parece que al menos en la capilla 3 hay buenas noticias. Una cremación cancelada. Se ha exagerado al decir que había muerto, je, je. Tomamos asiento en un área de recepción y esperamos a que la capilla empiece a llenarse de gente. Liz saluda de lejos a dos personas a las que yo no conozco de nada; me pongo a pensar en nombres de varón que empiecen por «E». Espero que la persona que vaya a recibir el tratamiento prescrito en la capilla 1 sea una persona de edad, porque no me apetece ver salir a los asistentes demasiado alterados. Eric. Ernie. Ebenezer. Ethelred. Ezra. Todos estamos bien, muy bien; nos tronchamos de la risa. En realidad, no es que nos estemos riendo exactamente, pero el muerto, sea quien fuere, tiene al menos cuatrocientos años, y nadie se apenará demasiado en semejantes circunstancias, ¿verdad que no? Ewan. Edmund. Edward. Mierda. Podría tener cualquier edad.

De momento, nadie llora aún en el área de recepción, aunque unas cuantas personas sí que están a punto. A decir verdad, se ve bien claro que van a llorar sin poder contenerse mucho antes de que podamos dar por terminada la mañana. Son todos de mediana edad, todos saben de sobra cómo es esto. Hablan en voz baja, se dan la mano, se sonríen con fragilidad, se besan a veces; entonces, sin que exista razón aparente, o sin que yo la descubra, me siento total e irremediablemente perdido, vendido, ignorante, al verlos ponerse en pie y desfilar por la puerta en cuyo dintel cuelga un rótulo que dice «CAPILLA 2».

Dentro todo está bastante oscuro, así que es más fácil sintonizar con el ambiente. El féretro está frente a la entrada, un tanto elevado, aunque no logro averiguar sobre qué reposa. Laura, Jo y Janet Lydon ocupan la primera fila, muy juntas las tres, con otros dos hombres a los que no conozco. Entonamos un cántico, rezamos, el vicario suelta un sermón breve y nada satisfactorio, lee algo del libro, entonamos otro cántico, y de pronto se oye un ruido capaz de helarte el corazón, un estrépito de maquinaria que se pone en marcha, y el féretro desaparece lentamente, como si se lo tragara el suelo. En

ese instante se oye un aullido allí delante, un chillido desgarrado, que no quiero oír; solamente sospecho que es la voz de Laura, pero en el fondo reconozco que sí, que es ella, y en ese instante me vence el deseo de ir a su lado y de ofrecerle mi conversión en otra persona diferente de mí, de suprimir toda huella del que soy, al menos mientras me deje cuidar de ella y hacer lo indecible por que se sienta mejor.

Cuando salimos a la luz, todos se arraciman alrededor de Laura, de Jo y de Janet, y las abrazan. Quisiera hacer lo mismo, pero no creo que pueda. Laura nos ve a Liz y a mí titubear en la franja más alejada del grupo, y se acerca a nosotros, nos da las gracias por haber venido, nos abraza a los dos durante muchísimo tiempo. Cuando me suelta, me doy cuenta de que no hace falta que le ofrezca mi conversión en otra persona diferente, porque eso es algo que ya ha ocurrido.

26

Todo es más llevadero en la casa. Está claro que ha pasado lo peor. Se percibe una calma fatigada, como esa calma fatigada que se tiene en el estómago después de haber vomitado. Se oye a la gente hablar incluso de otras cosas, aunque sean cosas serias: el trabajo, los hijos, la vida. Nadie comenta el consumo de gasolina de su Volvo, ni se habla del nombre que éste o aquél pondría a su perro. Liz y yo nos servimos una copa y nos quedamos de pie, de espaldas contra una estantería, en el rincón más alejado de la puerta. Cruzamos alguna que otra frase, pero nos dedicamos sobre todo a observar a los demás.

Es grato estar en la sala, aunque las razones por las que estamos aquí no sean tan gratas. Los Lydon tienen una amplia casa de estilo Victoriano, vieja y desgastada, muy llena de muebles, cuadros, ornamentos, plantas, objetos que en realidad no casan unos con otros, aunque salta a la vista que han sido elegidos con esmero, con buen gusto. En la sala en que estamos destaca sobre todo un enorme y extrañísimo retrato de familia colgado encima de la chimenea; es de cuando las niñas tenían entre ocho y diez años. Llevan unos vestidos que parecen de dama de honor, y están las dos de pie, en actitud antinatural y cohibida, a uno y otro lado de Ken. Delante de ellas, tapándolas en parte, aparece un perro que se llamaba *Allegro*, aunque lo llamaban *Allie*, que murió antes de que apareciese yo. El perro tiene las patas delanteras apoyadas en el abdomen de Ken, que acaricia a su vez el pelaje del perro mientras sonríe. Janet está de pie, un poco más atrás y algo apartada de los otros tres, observando a su marido. Toda la familia está más delgada (y más borrosa, pero así son los cuadros) de lo que es en realidad. Es pintura moderna, colorista y desenfadada; es un cuadro que ha pintado alguien que obviamente sabía bien de qué iban los cuatro (Laura me dijo que la artista que lo hizo expuso sus cuadros en muchas galerías y fue incluso bastante famosa). Sin embargo, la pintura tiene que competir con una nutria disecada que está en la repisa de la chimenea, y con ese tipo de muebles oscuros que yo detesto. Ah, se me olvidaba: hay una cama turca en un rincón, repleta de cojines, y un enorme aparato de alta fidelidad, de esos negros, mates, a la última, que era con diferencia lo que más enorgullecía a Ken de todas sus pertenencias, a pesar de los cuadros y las antigüedades. Todo está revuelto, pero tendrías que querer a la familia que vivía aquí, porque acabas de darte cuenta de que eran personas interesantes, amables, cordiales. Ahora caigo en que disfrutaba al formar parte de ella, y aunque muchas veces protestaba y me quejaba por tener que ir a pasar un fin de semana o un simple domingo por la tarde, no me aburrí ni una sola vez. Al cabo de unos minutos se acerca Jo y nos besa a los dos, a la vez que nos da las gracias por haber venido.

—¿Cómo estás? —le pregunta Liz, y al hacer hincapié en «estás», consigue que la pregunta resulte directa, simpática, cargada de aprecio y de emoción. Jo se encoge

de hombros.

—Bien, supongo que bien. Mamá tampoco está demasiado molida, pero Laura…, no sé qué decir.

—Antes de esto ya llevaba unas cuantas semanas bastante duras —dice Liz, y noto un matiz de algo que debe de parecerse al orgullo: ha sido por mí. Se le ha hecho difícil por mí. Bueno, en todo caso ha sido por mí y por otros dos, incluida la propia Laura, pero eso es lo de menos. Se me había olvidado que yo era capaz de hacerle sentir algo; de todos modos, es bastante raro que alguien te recuerde precisamente por tu poder afectivo en medio de un funeral: de acuerdo con mi muy limitada experiencia, en un funeral es cuando se pierde por completo el dominio de los afectos y las emociones.

—Se pondrá bien —asegura Liz de forma concluyente—. De todos modos, cuando estás esforzándote al máximo en una de las facetas de tu vida, se hace muy cuesta arriba descubrir de repente que esa faceta no funciona.

Me mira de reojo, como si de pronto estuviera avergonzada, o como si se sintiera culpable, o algo parecido.

—Por mí no os preocupéis —les digo a las dos—. En serio. Por mí no hay problema: hagamos como si estuviésemos hablando de otra persona.

Pretendía decirlo con toda amabilidad, en serio. Solamente quería decir que si van a hablar de Laura y de su vida amorosa, de cualquier aspecto de ella, a mí no me importaba, y menos en un día como el de hoy.

Jo sonríe, pero Liz me mira con cara de pocos amigos.

—Estamos hablando de otra persona. De Laura. Mejor dicho, de Laura y de Ray.

—Eso no es justo, Liz.

—¿Ah, no? —lo dice enarcando la ceja, como si yo fuese un chiquillo insubordinado.

—Y no me jodas con esa jeta que pones.

Dos de las personas que están más cerca se vuelven hacia nosotros al oír la palabra malsonante que he dicho, y Jo me pone la mano sobre el brazo, pero me la quito de encima. De repente estoy enojado, y ni siquiera sé cómo calmarme. Me da la sensación de haber pasado estas últimas semanas con la mano de otra persona en el brazo: no puedo hablar con Laura porque vive con otro, porque me llama desde cabinas telefónicas y además finge que no; no puedo hablar con Liz porque ella sabe lo del dinero y lo del aborto, y sabe que yo estuve saliendo con otra persona; no puedo hablar con Barry y con Dick porque son Barry y Dick; no puedo hablar con mis amigos porque no me hablo con mis amigos; no puedo hablar ahora porque ha muerto el padre de Laura, y tengo que aguantar lo que caiga, porque si no quedaré como una mala persona, poniendo todo el énfasis en mi persona, en mi egoísmo, mi ceguera y mi estupidez. Bueno, pues estoy hasta los huevos de todo esto, de tener que estar así a todas horas. Ya sé que no es el sitio más apropiado para decirlo; no soy tan idiota, pero ¿cuándo podré explayarme, eh?

—Lo siento, Jo. De veras que lo siento. —Vuelvo a hablar en murmullos, como corresponde a un funeral, aunque tengo ganas de ponerme a dar voces—. De todos modos, Liz… Una de dos: o me defiendo algunas veces o termino por creer que es verdad todo lo que dices de mí, y así acabaré por aborrecerme a todas horas. A lo mejor es eso lo que tengo que hacer, al menos en tu opinión, pero eso no es vida, ¿sabes?

Liz se encoge de hombros.

—Con eso no me basta, Liz. Estás totalmente equivocada. Y si no te has dado cuenta, es que eres más torpe de lo que yo pensaba.

Suspira teatralmente y se fija en mi expresión.

—Puede que haya sido un poquito injusta, de acuerdo. De todos modos, ¿te parece que es el mejor momento?

—Pues sí, porque parece que el mejor momento no llega nunca, así que da lo mismo. No podemos pasarnos el resto de la vida pidiendo disculpas, está claro.

—Si con esa primera persona del plural te refieres a los hombres, debo decir que con pedir disculpas una sola vez es suficiente.

No voy a irme del funeral del padre de Laura de mala leche. No voy a irme del funeral del padre de Laura de mala leche. No pienso hacerlo.

Me marcho del funeral del padre de Laura con toda mi mala leche.

Los Lydon viven a varios kilómetros de la población más cercana, que es Amersham. Da lo mismo, porque ni siquiera sé dónde queda la población más cercana. Doblo una esquina, luego tuerzo a la izquierda y salgo a una especie de carretera: veo una parada de autobús, pero no es de esas paradas de autobús que inspiran mucha confianza, porque no hay nadie esperando, y tampoco hay gran cosa alrededor: una hilera de casas bastante grandes a un lado de la carretera, un parque al otro. Espero un rato; me estoy quedando helado con este traje que llevo, y cuando por fin he llegado a la conclusión de que es una parada de autobús que requiere invertir varios días en la espera, en vez de un cuarto de hora, veo un Volkswagen verde que me resulta familiar. Es Laura y ha venido a buscarme.

Sin pensarlo dos veces, salto la tapia que separa una de esas casas de la acera y me quedo tendido sobre las flores. El suelo está empapado. Prefiero quedarme calado hasta los huesos antes de que Laura se vuelva loca y se abalance sobre mí por haber desaparecido sin despedirme, así que allí me quedo todo el tiempo que es humanamente posible. Cada vez que pienso que ya he tocado fondo descubro una nueva forma de hundirme más aún, aunque ahora sé que esto es lo peor, y que no importa todo lo que pueda pasarme en lo sucesivo, lo pobre que sea, lo idiota que sea, lo solo que esté, pues estos minutos permanecerán en el recuerdo como si fuesen una señal luminosa, un aviso. «¿No es mejor acaso que estar tendido boca abajo encima de unas flores, después del funeral del padre de Laura?», me preguntaré cuando

vengan a detenerme a la tienda, o cuando la próxima Laura se largue con el próximo Ray, y la respuesta siempre, siempre será afirmativa.

Cuando ya no aguanto más, cuando mi camisa blanca se ha puesto traslúcida y la chaqueta se me ha embarrado del todo, cuando empiezo a notar calambres en las piernas, o puede que sean dolores de reumatismo, o de artrosis, a saber, me pongo en pie y me sacudo un poco. Laura, que se ha pasado todo este tiempo en el coche, junto a la parada de autobús, baja la ventanilla y me indica que suba.

Lo que me pasó durante el funeral fue más o menos esto: por primera vez en mi vida me di cuenta del miedo que me da morir, y también que mueran otras personas, y entendí que ese miedo me ha impedido hacer toda clase de cosas, como es dejar de fumar (ya que si te tomas la muerte muy en serio, o si no te la tomas demasiado en serio, que es lo que me ha pasado a mí hasta ahora, ¿qué sentido tiene?), o pensar en mi vida, y sobre todo en mi trabajo, de una manera tal que abarque cierta idea del futuro (eso da verdadero miedo, porque el futuro termina en la muerte). Por encima de todo, ese miedo me ha impedido aguantar una relación de pareja, porque si aguantas una relación de pareja, y si tu vida empieza a depender de la vida de esa persona, y si entonces resulta que se muere, tal como a la fuerza ha de ocurrir a menos que medien circunstancias excepcionales (por ejemplo, que sea un personaje de una novela de ciencia ficción)… Bueno, en ese caso vas de culo, cuesta abajo y sin frenos, ¿a que sí? No pasa nada si yo muero antes, digo yo, pero tener que morir antes que muera otra persona no es una idea que me seduzca demasiado: ¿cómo sabré en qué momento se va a morir ella? Podría atropellarla un autobús mañana mismo, lo cual implica que hoy mismo tendría que tirarme yo delante de un autobús. Cuando vi la cara de Janet Lydon en el crematorio…, ¿cómo se puede ser tan valiente? ¿Cómo lo hará? Para mí, es más sensato ir saltando de mujer en mujer, hasta que ya seas demasiado viejo para seguir dando saltos, y entonces es sencillo: vives solo y mueres solo, y tampoco es tan terrible, teniendo en cuenta las alternativas. Hubo noches con Laura en las que de alguna manera me acurrucaba contra su espalda, cuando ya estaba dormida, y me invadía este inmenso terror sin nombre, sólo que ahora ya le he puesto nombre: Brian. Ja, ja. Vale, vale; no es un nombre de veras, pero así pude ver de dónde salía, y por qué me empeñé en acostarme con Rosie, aquella pedorra de los orgasmos simultáneos, y si parece algo flojo como justificación…, ¡qué más da! Ah, ya entiendo: se acuesta con otras mujeres porque le da miedo la muerte. Lo siento mucho, pero así son las cosas.

Cuando me acurrucaba de noche contra la espalda de Laura, tenía miedo porque no quería perderla, y al final ya se sabe que perdemos a alguien, o que ese alguien nos pierde a nosotros. Prefiero no correr ese riesgo. Prefiero no volver a casa después de trabajar, un día cualquiera, dentro de diez, o dentro de veinte años, y encontrarme con una mujer pálida y aterrada, que me dice de pronto que hace deposiciones con sangre

—lo siento, lo siento, pero a veces sucede, le puede pasar a cualquiera—; vamos juntos al médico, el médico dice que no se puede operar, y entonces… yo no tendría cojones, así de claro. Lo más probable es que me largase, que me fuera a vivir a otra ciudad, con nombre falso, y que Laura ingresara en el hospital, a morirse allí, y que le preguntaran si su compañero no irá a visitarla. Ella tendría que contestar que no: «Cuando se enteró de que tenía cáncer, me abandonó.» ¡Vaya tío! «¿Cómo, que tienes cáncer? Lo siento mucho, pero eso no lo aguanto. ¡Ni por el forro!» Es mejor no ponerse en semejante situación. Es mejor dejarse de líos.

En resumidas cuentas, ¿adónde me lleva todo esto? La lógica del asunto es que estoy metido en un juego de porcentajes. Ahora tengo treinta y seis años, ¿no? Digamos que la mayor parte de las enfermedades mortales —cáncer, problemas de corazón, lo que sea— se producen después de los cincuenta. Hay quien tiene mala suerte y se come el marrón mucho antes, pero el grupo de individuos de más de cincuenta años tiene todas las papeletas para que le pase lo peor. Por eso, para no correr riesgos hay que parar antes de llegar a los cincuenta: con tener relaciones de pareja que me duren dos años durante los próximos catorce y dejarlo entonces en seco, de una vez por todas, asunto resuelto. ¿Se lo explicaré a la persona con la que conviva? Puede que sí. Es justo, desde luego. Y es menos emotivo, sin duda, que ese follón con el que suelen terminar las relaciones de pareja. «Te vas a morir, así que no tiene mucho sentido que sigamos juntos, ¿no te parece?» Es perfectamente aceptable poner fin a una relación de pareja cuando uno de los dos emigra a otro país, o cuando vuelve a su país de origen, dando por sentado que cualquier prolongación de la relación sería demasiado dolorosa. ¿Por qué no iba a ser igual al pensar en la muerte? La separación que la muerte entraña por fuerza ha de ser más dolorosa que la separación producida por una emigración, qué duda cabe. Quiero decir que si ella emigra a otro país, siempre podrás ir con ella. Siempre puedes decirte: «Bah, a tomar por el culo. Hago el equipaje y me voy con ella; seré vaquero en Texas, o recolector de té en la India, o lo que sea.» Pero cuando viene la vieja dama eso no se puede ni pensar. A no ser que uno opte por la solución Romeo, y si lo piensas despacio…

—Pensé que te ibas a quedar toda la tarde tumbado entre las flores.

—¿Eh? Oh. Ja, ja. No, qué va.

Adoptar un aire de indiferencia y despreocupación es más complicado de lo que parece cuando te encuentras en este tipo de situación, aunque quedarte tendido entre las flores del jardín de un perfecto desconocido, para esconderte de tu ex el día en que su padre ha sido enterrado, o incinerado, mejor dicho, probablemente no es ningún tipo de situación, sino más bien algo único, algo nada típico.

—Estás empapado.

—Ejem.

—Y además eres un idiota.

Habrá otros combates por librar. No tiene mucho sentido empeñarse en éste, porque todos los elementos conspiran contra mí.

—Ya entiendo por qué lo dices. Mira, lo siento mucho. De veras. Lo último que hubiese querido… Y por eso me marché, porque… perdí los estribos, y no quise armar una bronca allí en tu casa, y… Mira, Laura: la razón por la que me acosté con Rosie, la razón por la que lo eché todo a perder, es que tenía miedo de que tú murieses. Me daba miedo, en serio, tu muerte. Lo que sea. Y ya sé que parece inaceptable, pero…

Todo se reseca con la misma facilidad con la que antes brotó. Me quedo mirándola con la boca abierta.

—Bueno, pues está claro que un día moriré. En ese sentido no ha cambiado nada.

—No, no, lo entiendo perfectamente, y no cuento con que me digas otra cosa. Sólo quería que lo supieras, eso es todo.

—Gracias. Te lo agradezco de veras.

No hace ademán de poner el coche en marcha.

—No puedo decir lo mismo.

—¿Qué quieres decir?

—No me acosté con Ray porque me diera miedo tu muerte. Me acosté con Ray porque estaba harta de ti y necesitaba algo que me ayudara a salir de ese atolladero.

—Oh, claro, claro, lo entiendo. Oye, no quisiera abusar de tu tiempo. Es mejor que vuelvas; yo me quedo aquí a esperar un autobús.

—No quiero volver. Yo también la he armado.

—Ah, ya. Estupendo. O sea, no quiero decir que sea estupendo, pero tú ya me entiendes.

Empieza a llover de nuevo. Pone en funcionamiento los limpiaparabrisas, aunque no se ve gran cosa por el cristal.

—¿Con quién te has enfadado?

—Con nadie. No creo ser lo bastante adulta, eso es lo que pasa. Quisiera que alguien me cuidase, ahora que mi padre ha muerto. Pero allí no hay nadie que pueda cuidarme. Por eso, cuando Liz me dijo que te habías largado, lo aproveché como excusa para salir de allí.

—Somos tal para cual, ¿eh?

—¿Con quién te has cabreado tú?

—Oh, con nadie. Bueno, con Liz. Le dio por… —No se me ocurre una expresión adulta para decirlo, así que utilizo la que tengo más a mano—. Le dio por meterse conmigo.

Laura resopla.

—Ella se mete contigo y tú te chivas como un acusica.

—Sí, la verdad es que ha sido eso. No ha llegado la sangre al río.

Suelta una carcajada breve, sin alegría.

—No es de extrañar que estemos todos metidos en semejante fregado. Joder, si es que somos como Tom Hanks en *Big*… Somos como críos y crías atrapados en cuerpos de adultos, obligados a vivir así. Y en la vida real aún es peor, porque no todo son besuqueos y dormir en literas, ¿verdad? Además está todo esto. —Hace un gesto hacia el parabrisas, hacia el parque y la parada de autobús, hacia un hombre que ha sacado a pasear al perro, pero entiendo lo que quiere decir—. Te voy a decir una cosa, Rob. Largarme de ese funeral ha sido de lo peorcito que he hecho en mi vida, pero también ha sido de lo más alegre, de lo más liberador. No te puedes ni imaginar qué mal y qué bien me he sentido, no te lo puedo explicar. O sí, sí que puedo: me he sentido como Alaska calcinada por el sol.

—Oye, tampoco es que te hayas largado del funeral. Sólo te has largado de la recepción, que es muy distinto.

—De todos modos, mi madre, Jo y los demás… nunca lo olvidarán. Pero no me importa. He pensado tanto en él, he hablado tanto de él… Ahora, la casa está llena de gente que sólo pretende darme tiempo y ocasión para pensar más en él y hablar más de él. A mí sólo me apetecía ponerme a chillar.

—Él lo entendería.

—¿Tú crees? No estoy segura de que yo lo entendiera si me lo hicieran a mí. Querría que todo el mundo se quedase hasta el final, por amargo que fuera. Es lo mínimo que podrían hacer, ¿sabes?

—Pero tu padre era más comprensivo que tú.

—Sí que lo era, ¿verdad?

—Sí, unas cinco o seis veces más que tú.

—Tampoco te pases.

—Perdona.

Observamos a un hombre que intenta encender un cigarro a la vez que sujeta la correa del perro y sostiene el periódico y un paraguas. Es una misión imposible, pero no renuncia.

—Bueno, ¿cuándo piensas volver?

—No lo sé. Después, ya veré. Oye, Rob, ¿quieres acostarte conmigo?

—¿Qué?

—No sé, creo que tengo ganas de hacer el amor. Tengo ganas de sentir algo que no sea tristeza y culpabilidad. Así que una de dos: o eso, o me voy a casa y meto la mano en el fuego. Bueno, a no ser que quieras apagarme unos cuantos cigarrillos en el brazo.

Laura nunca ha sido así. Laura es abogada de profesión y abogada por naturaleza, y ahora mismo se comporta como si anduviera buscando un papel secundario en una película de Harvey Keitel.

—Sólo me quedan dos, y los guardo para luego.

—Entonces tendremos que hacer el amor.

—¿Dónde? ¿Y qué me dices de Ray? ¿Y qué pasa con…? —Iba a decir «todo». ¿Qué pasa con todo?

—Tendremos que hacerlo en el coche, ¿no? Vamos a buscar un buen sitio.

Es ella la que conduce.

Ya sé qué estarás pensando: eres un patético fantasioso, Fleming, estás loco de atar, y en tus sueños más desatados deseas… Etcétera. Pero dudo mucho que en un millón de años llegara a aprovechar nada de todo lo que me ha ocurrido hoy, nada, como base de una fantasía sexual. Para empezar, estoy mojado, y aunque me doy cuenta de que mi mojadura tiene unas cuantas connotaciones sexuales, hasta el pervertido más chiflado tendría serias dificultades para excitarse con esta clase de mojadura (los pantalones del traje no tienen forro, y noto que me escuecen las piernas), con el mal olor (ningún gran fabricante de perfume ha intentado captar el aroma de unos pantalones mojados, por razones más que evidentes), con los trozos de vegetación que llevo pegados por todas partes. Tampoco he tenido nunca la secreta ambición de hacerlo en un coche (mis fantasías siempre se desarrollan en una cama); puede que el funeral haya surtido un curioso efecto en la hija del difunto, pero para mí ha sido deprimente, así de claro; tampoco estoy muy seguro de que me siente muy bien hacer el amor con Laura ahora que vive con otro (¿es mejor, es mejor, es mejor?); en fin…

Detiene el coche. Descubro que hemos recorrido un tramo lleno de baches durante los últimos dos minutos del trayecto.

—Papá nos traía aquí cuando éramos pequeñas.

Estamos en la cuneta de una carretera sin asfaltar, larga y llena de roderas, que va a morir en una gran casa de campo. A un lado crece la hierba muy alta, y hay arbustos y matorrales; al otro lado de la carretera se ve una hilera de árboles. Estamos de este lado, mirando hacia la casa, con el coche algo inclinado.

—Era un colegio privado, pero se arruinó hace bastantes años, y la casa ha estado abandonada desde entonces.

—¿Para qué os traía aquí?

—Para dar un paseo. En verano había moras; en otoño recogíamos castañas. Es una carretera privada, y por eso era más emocionante.

Joder. Me alegro de no saber nada de psicoterapia, de Freud y de Jung y de todos ésos. Si supiera algo, ahora mismo probablemente estaría extremadamente asustado: esa mujer que quiere hacer el amor en el sitio al que venía con su padre a dar paseos, ahora que su padre ha muerto, seguramente es muy peligrosa.

Ha dejado de llover. Las gotas que caen de los árboles rebotan contra el techo, y el viento sacude con fuerza las ramas, así que de vez en cuando también nos cae encima algún trozo de vegetación.

—¿Quieres pasar al asiento de atrás? —propone Laura con un tono de voz llano, distraído; lo dice como si fuésemos a recoger a otra persona.

—Supongo que sí. Será más fácil, supongo.

Como ha aparcado pegada a los árboles, tiene que salir del coche por mi lado.

—Pon todo eso ahí encima, en la bandeja.

Hay un callejero, un mapa de carreteras, un par de fundas de cintas vacías, un paquete de caramelos abierto y un puñado de envoltorios de caramelo. Me tomo mi tiempo para retirar todo eso del asiento.

—Ya sabía yo que había una buena razón para ponerme una falda esta mañana —comenta al entrar. Se inclina hacia mí y me besa en la boca, con lengua y todo. Noto cierto interés incluso a mi pesar—. Estate quieto —dice. Se recoloca el vestido por aquí y por allá y se sienta en mi regazo—. Hola —añade—. No hace tanto tiempo que te miré desde aquí, ¿sabes? —Sonríe, me besa otra vez, me palpa la bragueta. Empezamos con los prolegómenos y todo eso, y de pronto me acuerdo, sin saber por qué, de una cosa que teóricamente hay que recordar, pero que rara vez se tiene en cuenta.

—¿Sabes? Con Ray…

—Oh, Rob. Por lo que más quieras, no empecemos con eso, ¿vale?

—No, no. No es… ¿Sigues tomando anticonceptivos?

—Sí, claro. No hay por qué preocuparse.

—No me refería a eso. Quería decir… ¿eso es lo único que has utilizado?

Se queda callada, y de repente se echa a llorar.

—Oye, seguro que podemos hacer otras cosas —le digo—. También podemos ir a donde sea y comprar uno.

—No lloro porque no podamos hacerlo —dice—. No es eso. Lo que pasa es que… he vivido contigo, Rob. Has sido mi pareja hasta hace muy poco. Y ahora te preocupas, no sea que te pegue algo que te mate. Tienes todo el derecho del mundo a preocuparte, pero ¿no te parece terrible? ¿No te parece tristísimo?

Menea la cabeza y solloza, y enseguida se quita de encima de mí y se instala en el asiento. Nos quedamos sentados uno junto al otro sin decir nada, viendo correr las gotas de lluvia por las ventanillas.

Después me pregunto si de veras me preocupaba por lo que pueda haber hecho Ray, por dónde pueda haber estado. ¿Es bisexual? ¿Consume drogas por vía intravenosa? Lo dudo mucho. (No tendría cojones para ninguna de las dos cosas.) ¿Se habrá acostado alguna vez con alguien que consuma drogas por vía intravenosa, o con alguien que alguna vez se haya acostado con un bisexual? No tengo ni idea, y esa ignorancia me autoriza a insistir en que tomemos precauciones. A decir verdad, es el simbolismo lo que me interesa más que el miedo. Quiero hacerle daño, precisamente en un día tan señalado, tan distinto de los demás, simplemente porque desde que me dejó es la primera vez que he podido hacer tal cosa.

Vamos en el coche a un pub, un sitio bastante cursi, de estilo campestre, donde sirven una cerveza estupenda y unos bocadillos bastante caros. Nos sentamos a charlar en un

rincón. Compro más cigarrillos y ella se fuma la mitad; mejor dicho, enciende uno, da un par de caladas, hace una mueca de asco y lo apaga; cinco minutos después repite la operación. Los apaga con tal violencia que es imposible rescatarlos para su uso posterior. Cada vez que apaga uno me resulta imposible concentrarme en lo que está diciendo, ya que bastante ocupado estoy viendo desaparecer mis cigarros. Al final se da cuenta: dice que me comprará un paquete, y yo me siento vulgar y mezquino.

Hablamos sobre todo de su padre; mejor dicho, hablamos de cómo será la vida sin él. Luego hablamos en general de cómo será la vida de cualquiera sin su padre, preguntándonos si será eso lo que por fin te lleva a sentirte realmente como un adulto. (Laura cree que no, teniendo en cuenta los datos disponibles hasta la fecha.) Yo no tengo ningunas ganas de hablar de eso, claro está: yo quiero hablar de Ray y de mí, comentar si alguna vez llegaremos a sentirnos los dos tan unidos como para hacer el amor, si el calor y la intimidad de esta conversación significan algo o no. Pero consigo contenerme.

Y entonces, cuando empezaba a asumir que la conversación no iba a tener nada que ver conmigo, suspira y se arrellana en su sillón, y con una media sonrisa, que es a medias desesperación, dice algo que me sobresalta.

—Estoy demasiado cansada para no salir contigo.

Ojo, porque ahí hay una especie de doble negación: «demasiado cansada» es negativo, en todo caso no es muy positivo que digamos, y me lleva un rato averiguar qué es lo que ha querido decir.

—A ver si lo entiendo bien: si tuvieras un poco más de energía, seguiríamos separados. En cambio, tal como estás, fatigada y agotada por todo lo que has pasado, te gustaría que volviéramos a estar juntos.

Asiente con un gesto.

—Todo se me hace demasiado cuesta arriba. Puede que alguna otra vez tenga arrestos para montármelo yo sola, a mi aire, pero ahora mismo no puedo.

—¿Y qué me dices de Ray?

—Ray es un desastre. La verdad es que no sé cómo me dio por ahí. No me lo explico, a no ser, claro, que a veces te haga falta alguien que estalle como una granada de mano en medio de una relación de pareja que no va nada bien, para dinamitarla y hacerla trizas.

Me gustaría hablar con detenimiento sobre todos los aspectos por los que Ray es un desastre.

De hecho, me gustaría escribir una lista en el dorso de un posavasos y guardármela para siempre. Puede que algún otro día.

—Ahora que has dejado atrás esa relación de pareja que no va nada bien, ahora que ya la has hecho trizas, lo que quieres es volver a intentarlo, recoger los trozos y pegarlos.

—Sí. Ya sé que no es muy romántico, pero ya habrá momentos románticos en alguna fase posterior, estoy segura. Lo que necesito a toda costa es estar con alguien;

necesito estar con alguien que conozca, alguien con quien me lleve bien. Tú has dejado bien claro que quieres que volvamos a estar juntos, así que…

¿A que no te lo crees? De repente me invade el pánico: todavía quiero pintar los anagramas de las mejores discográficas en la pared de mi casa, todavía quiero acostarme con cantantes americanas que tengan un disco grabado. Tomo a Laura de la mano y la beso en la mejilla.

Al volver a la casa se arma una escena tremenda, cómo no. La señora Lydon está llorando, Jo está muy enfadada, y los pocos invitados que aún quedan miran fijamente sus vasos sin decir nada. Laura lleva a su madre a la cocina y cierra la puerta; yo me quedo en la sala con Jo, encogiéndome de hombros, meneando la cabeza y enarcando las cejas, apoyándome alternativamente en un pie y en otro, haciendo todo lo que se me ocurre, en fin, para manifestar azoramiento, comprensión, rechazo, infortunio. Cuando me duelen las cejas de tanto enarcarlas, cuando he meneado la cabeza tanto que me crujen las bisagras, cuando he recorrido más de un kilómetro sin moverme del sitio, Laura sale de la cocina hecha todo un poema y me coge del brazo.

—Nos vamos a casa —dice, y así es como reanuda su curso nuestra relación de pareja.

27

Cinco conversaciones:

1. (Tercer día, en un restaurante indio. Paga Laura.)
—Me apuesto lo que quieras a que sí, a que te quedaste ahí sentado como si tal cosa, a los cinco minutos de marcharme yo, fumándote un pito —siempre recalca esa palabra, para que quede bien claro que no le gusta nada—, pensando que no pasaba nada, que todo iba bien, que podrías sobrevivir sin mayores problemas. Te sentaste, te pusiste a pensar en alguna cosa relacionada con el piso… Ya sé, ya lo tengo: antes de que yo viniera a vivir contigo pensabas encargarle a un tío que te pintara en las paredes algunos anagramas de compañías discográficas. Seguro que te quedaste ahí sentado, fumándote un pito, preguntándote si aún tenías en algún sitio el teléfono de ese tío. ¿A que sí?

Aparto la mirada para que ella no me vea sonreír, pero no sirve de nada.

—Dios, cuánta razón tengo, ¿eh? Tengo tanta razón que no me lo puedo creer. Y luego… Espera, espera un poco. —Se lleva los dedos a las sienes, como si las imágenes le llegasen al cerebro por telepatía—. Luego pensaste que no era tan grave, que la mar está llena de peces, que llevabas mucho tiempo con ganas de novedades. Seguro que pusiste algo de música y te pareció que todo iba bien en tu patético y reducido mundo.

—Y, luego, ¿qué?

—Te fuiste a trabajar y no les dijiste nada a Dick ni a Barry. Todo te parecía estupendo hasta que Liz abrió la caja de los truenos, que fue cuando te asaltaron los impulsos suicidas.

—Y entonces me acosté con otra.

No me ha oído.

—Mientras tú estabas follando con ese imbécil de Ray, yo me estaba tirando a una cantautora americana que se parece a la Susan Dey de *La ley de Los Ángeles*.

Sigue sin oírme. Rompe un trozo de papadum y lo moja en el cuenco de mango chutney.

—Y me sentía bien, bastante bien, o al menos no del todo mal.

No reacciona. A lo mejor debería decirlo una vez más, pero en voz bien alta, en vez de murmurarlo para mis adentros.

—Lo sabes todo, ¿no?

Se encoge de hombros, sonríe y adopta su sempiterna expresión de petulancia.

2. (Séptimo día, en la cama, después.)
—No esperarás que te lo cuente.

—¿Por qué no?

—Pues porque… ¿para qué? ¿De qué serviría? Podría describirte cada minuto, y conste que no fueron muchos. Te dolería, pero seguirías sin entender ni papa de lo que de veras importa.

—Me da lo mismo. Quiero saberlo.

—¿Quieres saber el qué?

—Cómo fue.

Resopla.

—Pues como es el sexo. ¿Qué otra cosa iba a ser?

Hasta una respuesta así me resulta dolorosa. Había confiado en que no fuese en absoluto como es el sexo; había esperado que fuese algo más aburrido o menos agradecido.

—Ya, pero ¿sexo del bueno, del malo o del regular?

—¿Y qué diferencia hay?

—Sabes de sobra qué diferencia hay.

—Eh, que yo no te he preguntado qué tal te ha ido en tus ratos de ocio.

—¿Que no? Sí has preguntado. No sé si te acuerdas, pero me preguntaste: «¿Lo has pasado bien, querido?»

—Fue una pregunta retórica. Oye, ahora estamos bien, ¿no? Lo acabamos de pasar bien. Dejémoslo estar, ¿vale?

—Vale, vale, pero lo bien que lo acabamos de pasar… ¿ha sido mejor, igual o menos bueno que los buenos ratos que pasabas hace un par de semanas?

Ella no dice nada.

—Venga, Laura. Di lo que sea. Miente si quieres. Me sentiré mucho mejor, y dejaré de hacerte preguntas.

—Te iba a mentir, pero ya no puedo, porque te habrías dado cuenta de que era mentira.

—¿Y por qué ibas a mentirme?

—Para que te sintieras mejor.

Y así sucesivamente. Quiero enterarme de todo (aunque en realidad, por supuesto, no quiero enterarme de nada) lo relativo a los orgasmos múltiples, las diez veces por noche, las mamadas y las posturas de las que yo no tengo noticia, pero me falta valor para preguntarlo, y está claro que ella no me lo dirá nunca. Sé que lo han hecho, y bastante me fastidia; ahora mismo, sólo puedo aspirar a que los daños sean limitados. Querría que ella me dijese que fue puro trámite, nada del otro mundo, cuestión de dejarse hacer y pensar en Rob; ojalá me dijese que Meg Ryan se lo pasó mejor en la escena del restaurante que ella en casa de Ray. ¿Es mucho pedir?

Se apoya en un codo y me planta un beso en el pecho.

—Mira, Rob, es bien simple. Pasó lo que pasó. Y estuvo bien que pasara, ya lo creo, porque nosotros dos no íbamos a ninguna parte, y ahora en cambio es posible que vayamos por buen camino. Y si pasarlo bomba con el sexo fuese tan importante

como tú crees, si me lo hubiese pasado bomba, ten bien claro que no estaríamos aquí acostados. Y es lo último que pienso decir sobre este asunto, ¿te queda bien claro?

—De acuerdo.

Su última palabra podría haber sido mucho peor, desde luego, aunque ya sé que no ha dicho gran cosa.

—De todos modos, ojalá tuvieras un pene tan grande como el suyo.

A juzgar por la longitud y el volumen de las risitas primero y las carcajadas, los resoplidos y los chillidos que se marca Laura después, éste debe de ser el chiste más gracioso que se le ha ocurrido en toda su vida: el chiste más gracioso, de hecho, que se ha inventado en la historia de la humanidad. Supongo que debe de ser una muestra del famoso sentido del humor que tienen las feministas. ¿Qué? Para desternillarse, ¿no?

3. (En el coche, de camino a casa de su madre; segundo fin de semana; suena una cinta que ha grabado ella, en la que salen Simply Red y Genesis y Art Garfunkel cantando «Bright Eyes».)

—Me da igual. Puedes poner la cara que quieras; ésta es una de las cosas que va a cambiar entre nosotros. Estamos en mi coche, ése es el aparato de música de mi coche, la cinta es mía, y vamos de camino a casa de mis padres.

Dejamos que la última palabra quede suspendida en el aire; la vemos volver a rastras al sitio del que ha salido, la olvidamos. La dejo ahí un momento antes de ponerme de nuevo a librar seguramente la batalla más agria de todas las batallas agrias que se libran entre hombres y mujeres.

—¿Cómo es posible que te gusten Art Garfunkel y Solomon Burke? Es como defender a los israelíes y a los palestinos.

—No, nada de eso, Rob. Art Garfunkel y Solomon Burke hacen música pop, los árabes y los israelíes no. Art Garfunkel y Solomon Burke no están enzarzados en una brutal guerra territorial; los israelíes y los palestinos sí. Art Garfunkel y Solomon Burke…

—Vale, vale, pero…

—Además, ¿quién ha dicho que a mí me gusta Solomon Burke?

Esto ya es demasiado.

—¡Solomon Burke! «¡Got to Get You off My Mind!». ¡Si es nuestra canción! ¡Solomon Burke es el responsable de toda nuestra relación, Laura!

—¿En serio? ¿Y tienes su número de teléfono? Te lo pregunto porque me gustaría charlar un rato con él.

—Pero ¿es que no te acuerdas?

—Me acuerdo de la canción; no me acordaba de quién la canta.

Meneo la cabeza y la miro con total incredulidad.

—¿Lo ves? Éste es uno de esos momentos en los que los hombres preferimos darlo todo por perdido. ¿De verdad no te das cuenta de la diferencia que hay entre «Bright Eyes» y «Got to Get You off My Mind»?

—Pues claro que sí. Una va de conejos, y la otra lleva una banda de metales.

—¡Una banda de metales! ¡Una banda de metales! ¡Es una sección de vientos! Joder, joder, joder…

—Bueno, lo que sea. Ya entiendo por qué te gusta más Solomon que Art. Lo entiendo, de verdad que lo entiendo. Y si alguien me preguntase cuál de los dos es mejor, siempre diría que Solomon. Es auténtico, es negro, es legendario, ya sabes. Pero a mí me sigue gustando «Bright Eyes». Tiene una melodía deliciosa. Lo demás me da igual. Hay muchas otras cosas por las que preocuparse. Ya sé que esto te parecerá propio de tu madre, pero no son más que discos de pop, ¿no?, y si uno es mejor que otro, estupendo: ¿a quién le importa? O sea, ¿le importa a alguien más, aparte de Barry, de Dick y de ti? Para mí es como discutir sobre la diferencia que hay entre McDonald's y Burger King. Seguro que hay alguna diferencia, pero ¿quién va a tomarse la molestia de encontrarla?

Lo más terrible de todo esto, cómo no, es que yo ya sé cuál es la diferencia: tengo una compleja opinión sobre el tema, estoy bien informado. Y si me pongo a charlar sobre los pros y los contras de una hamburguesa a la parrilla del Burger King frente a una de un cuarto de libra con queso, como las hacen en McDonald's, los dos tendremos la impresión de que por raro que sea he demostrado lo que ella quería decir, así que me ahorro la molestia.

De todos modos, la discusión se prolonga hasta doblar mil esquinas, atravesar la calle, volver sobre sí misma y terminar en un sitio en el que ninguno de los dos hemos estado, al menos sobrios y a plena luz del día.

—Antes te importaban más esos asuntos, como lo de Solomon Burke, ¿sabes? —le digo—. Cuando nos conocimos, cuando te grabé aquella cinta, estabas realmente entusiasmada. Dijiste, y son palabras tuyas, que fue positivo que te hiciera avergonzarte de tu colección de discos.

—Qué poca vergüenza, ¿eh?

—¿Qué quieres decir?

—Vaya, pues que me gustabas. Eras pinchadiscos, me parecías muy molón; yo estaba sin novio, y quería tener uno.

—Entonces…, ¿la música no te importaba un carajo?

—Bueno, sí que me importaba. Un poco. Me importaba más entonces que ahora. Pero la vida es así, ¿no crees?

—Ya, pero… Eso es lo único que soy. En mí no hay nada más. Si ha dejado de interesarte eso, es que ya no te intereso para nada. ¿Por qué estamos juntos?

—¿De verdad lo crees así?

—Sí. Tú mírame, mira la casa. ¿Qué más hay, si descuentas los discos, los compacts y las cintas?

—¿Y te gusta que sea así?

Me encojo de hombros.

—La verdad es que no.

—Pues por eso estamos juntos, porque tú tienes mucho potencial, y yo estoy contigo para conseguir que todo eso salga a relucir.

—¿Que tengo mucho potencial? ¿Como qué?

—Como ser humano. Tienes todos los ingredientes necesarios, Rob. Eres un tío que sabe ser adorable, sobre todo si te lo propones. Sabes cómo hacer que la gente se ría a gusto, sobre todo si te apetece y te quieres tomar la molestia, y eres amable; cuando llegas a la conclusión de que alguien te cae bien, esa persona se siente contigo como si estuviera en el centro del universo, y ésa es una sensación de lo más sexy. Lo que pasa es que casi nunca te lo propones ni te tomas la molestia.

—No. —No se me ocurre nada más que decir.

—Tú es que…, es que no haces nada. Te pierdes en comeduras de coco, te quedas sentado, dándole mil vueltas a las cosas, en vez de ponerte a hacer algo. Y lo que te da por pensar no es más que basura. Es como si siempre se te escapase lo que de verdad está pasando.

—Oye, es la segunda canción de Simply Red en lo que va de cinta. Una ya es imperdonable; dos son todo un crimen de guerra. ¿Me la puedo saltar? —Me la salto sin esperar respuesta, y caigo en un tema lamentable de Diana Ross, de los tiempos posteriores a la Motown. Gimo. Laura sigue a lo suyo sin hacer ni caso.

—«Tiene todo el tiempo en sus manos, pero sólo piensa en sí mismo.» ¿Conoces el dicho? Pues ése eres tú.

—¿Ah, sí? ¿Y qué debería hacer?

—No sé, lo que tú quieras. Trabajar, ver gente. Organizar un grupo de *boyscouts*, montar un club, una discoteca, ¿por qué no? Lo que sea, con tal de no quedarte sentado y esperar a que la vida cambie, siempre y cuando te deje bien abiertas las posibilidades de elegir. Si pudieras, dejarías abiertas esas posibilidades durante toda tu vida. Seguro que el día en que te veas en tu lecho de muerte, a punto de palmarla por culpa de una enfermedad que habrás pescado por tanto fumar, te pondrás a pensar en que bueno, al menos has dejado abiertas todas las posibilidades, no te has cerrado ninguna puerta. Tienes treinta y seis tacos y no tienes hijos. ¿Cuándo piensas tener hijos? ¿Cuando tengas cuarenta? ¿O cincuenta? Supongamos que cuando tengas cuarenta; supongamos que tu hijo no quiere tener hijos hasta que tenga treinta y seis. Tendrás que vivir mucho más de los setenta años que nos suelen tocar, solamente para ver de reojo a tu nieto. ¿Te das cuenta de que te estás negando unas cuantas cosas?

—Total, que todo se reduce a eso.

—¿Qué?

—O tenemos hijos o nos separamos para siempre. Es la amenaza más vieja del mundo.

—Vete a la mierda, Rob. No es eso lo que te estoy diciendo. Me da lo mismo que quieras tener hijos o no. Yo sí quiero, y lo tengo muy claro, pero aún no sé si los quiero tener contigo; ni siquiera sé si tú quieres tener hijos, por cierto. Eso es algo que tendré que decidir por mi cuenta. Lo único que intento es despertarte. Intento hacerte comprender que ya has vivido la mitad de tu vida, y sin embargo, no pareces tener más de diecinueve. Y no me refiero al dinero, las propiedades, los muebles, ni nada de eso.

Ya sé que no. Está hablando de los detalles, del bagaje que uno tiene, de esas cosas que impiden que se te lleve el viento.

—A ti te es muy fácil decir todo eso, ¿verdad, señorita? La abogada rompedora, la que se abre camino en la City. No es culpa mía que la tienda no vaya demasiado bien.

—Joder.

Cambia de marcha con una violencia que llama la atención, y se pasa un buen rato sin dirigirme la palabra. Sé que estamos a punto de llegar a alguna parte; sé que si tuviese un par de huevos le diría que tiene toda la razón, que lo que ha dicho es muy sabio, que lo necesitaba, que la quiero. Le hubiese propuesto que se casara conmigo o algo así. Lo que pasa, ya se sabe, es que a toda costa quiero dejar bien abiertas todas las posibilidades. Además, no hay tiempo para eso, porque Laura aún no ha terminado de echarme la bronca.

—¿Sabes qué es lo que me fastidia de verdad?

—Sí, todo lo que me acabas de decir. Mi manía de dejar abiertas mis posibilidades, y todo eso.

—No, aparte de eso.

—Joder, pues vaya usted a saber.

—Yo te puedo decir con exactitud, con toda exactitud, qué es lo que tienes que resolver; puedo explicarte cómo resolverlo, y tú en cambio no podrías hacer eso mismo por mí, ¿a que no?

—Sí, sí que podría.

—Pues venga, adelante.

—Estás descontenta con tu trabajo.

—Y eso es lo único que me pasa, ¿verdad?

—Más o menos.

—¿Ves lo que te digo? No tienes ni puñetera idea.

—Eh, dame un respiro, ¿vale? Hace muy poquito que estamos juntos otra vez. Seguramente, en un par de semanas habré descubierto más cosas.

—Pero si es que ni siquiera estoy descontenta con mi trabajo. Si quieres que te diga la verdad, me gusta, me gusta mucho.

—Eso sólo lo dices para que me sienta como un imbécil.

—No, no es verdad. Me gusta mi trabajo, es estimulante, me cae bien la gente con la que trabajo, me he acostumbrado al dinero que gano…, pero no me hace ninguna gracia que me guste tanto. Estoy algo confusa. No soy la que yo quería ser de mayor.

—¿Qué querías ser de mayor?

—No sé, pero no quería ser una mujer que viste trajes caros, que tiene secretaria, que está pendiente de que le ofrezcan ser socio del bufete. Quería ser una abogada dedicada a la asesoría legal para marginados, tener un novio que fuese pinchadiscos. Y eso se me está yendo al cuerno.

—Pues búscate un pinchadiscos. ¿Qué quieres que le haga?

—No quiero que le hagas nada, Rob. Lo que sí quiero es que te des cuenta de que a mí no me define del todo la relación que pueda tener contigo. Quiero que te des cuenta de que si tú y yo nos aclaramos entre nosotros, eso no significa que me haya aclarado yo sola. Tengo otras dudas, otras preocupaciones y otras ambiciones. Ni siquiera sé qué clase de vida quiero llevar, en qué clase de casa quiero vivir; la cantidad de dinero que seguramente ganaré dentro de dos o tres años me da miedo, y…

—¿Y por qué no lo has dicho antes? ¿Cómo quieres que lo adivine? ¿A qué viene tanto secreto?

—No hay ningún secreto. Lo único que quiero es señalar que lo que suceda entre nosotros no es ni mucho menos la historia entera. Yo sigo existiendo aunque no estemos juntos, ¿sabes?

Eso ya lo hubiese descubierto yo solito. Me habría dado cuenta de que, aunque yo me ponga blando, borroso y difuso cuando no tengo pareja, eso no significa que les pase lo mismo a todos los demás.

4. (Viendo la tele, la noche siguiente.)

—… un sitio agradable. Italia, Estados Unidos, incluso alguna isla del Caribe. ¿Por qué no?

—Es una idea excelente. Mira, lo que voy a hacer es meter mañana mismo en una caja mis singles de 78 r.p.m. de Elvis Presley, los que grabó con la Sun, para pagar todos los gastos con lo que saque.

Me acuerdo de aquella señora de Wood Green y de su marido fugado, me acuerdo de su pasmosa colección de singles, y noto un rápido aguijonazo de remordimiento.

—Imagino que debe de ser algún chiste de coleccionistas de discos, de hombres, cómo no.

—Sabes de sobra que estoy sin blanca, Laura.

—Tú también sabes que tus gastos los pago yo, y me da igual que aún me debas dinero. ¿Qué sentido tiene que trabaje en lo que trabajo si he de pasar las vacaciones en una tienda de campaña en la isla de Wight?

—Ya, ya. ¿Y de dónde voy a sacar yo la pasta para pagar media tienda de campaña?

Nos quedamos viendo en la tele cómo intenta Jack Duckworth esconder un billete de cincuenta libras, ganado en las carreras de caballos, para que no lo encuentre Vera.

—Sabes muy bien que lo de menos es la pasta, Rob. No me importa que ganes una miseria. Me gustaría que fueses más feliz con tu trabajo; al margen de eso, haz lo que quieras.

—Pero si es que las cosas no tenían que haber sido así, ¿no lo entiendes? Cuando nos conocimos, éramos dos personas iguales. Ahora ya no somos iguales, y por eso…

—¿En qué sentido éramos iguales?

—Tú eras como toda la gente que venía al Groucho, y yo era como los que pinchan discos en sitios así. Tú llevabas vaqueros y chupa de cuero, igual que yo. Yo sigo vistiendo así, pero tú no.

—Pero es porque no me está permitido. Sí que visto así por la noche.

Intento encontrar una manera distinta de decir que no somos los mismos que éramos, de explicar cómo nos hemos distanciado, bla, bla, bla, pero es un esfuerzo que me supera.

—«No somos los que éramos. Nos hemos distanciado.»

—¿A qué viene esa voz tan ridícula?

—Era para indicar que lo he dicho entre comillas. Quería encontrar una manera distinta de decirlo, igual que intentaste tú encontrar una manera distinta de decir que o teníamos un hijo o terminábamos nuestra relación.

—Yo no he dicho…

—Eh, que era broma.

—Entonces, ¿tú crees que mejor lo dejemos? ¿Es eso lo que pretendes decir? Porque si es así, se me va a terminar la paciencia.

—No, pero…

—¿Pero qué?

—Pero… ¿por qué no tiene importancia que no seamos los que éramos?

—En primer lugar, creo que debo señalar que tú no tienes ninguna culpa en ese sentido.

—Gracias.

—Eres exactamente el mismo que eras. En todos los años que han pasado desde que te conocí, creo que no has cambiado ni siquiera de calcetines. Si nos hemos distanciado, ha sido por mi culpa. Y lo único que he hecho ha sido cambiar de trabajo.

—Y de peinado, y de ropa, y de manera de ver las cosas, y de amigos…

—Eso no es justo, Rob. Sabes muy bien que no podría ir al trabajo con el pelo de pincho. Y ahora me puedo permitir el lujo de salir de compras más que antes. Y en este último año he conocido a un par de personas que me caen muy bien, la verdad. Así que sólo te queda la manera de ver las cosas.

—Hombre, eres más dura que antes.

—Puede que tenga más confianza en mí misma.

—No, tienes más callo.

—Menos neurótica, si acaso. ¿Es que tú piensas seguir igual durante el resto de tu vida? ¿Piensas tener los mismos amigos, o la misma falta de amigos, mejor dicho? ¿El mismo trabajo? ¿La misma manera de ver las cosas?

—Así estoy bien.

—Ya, así estás bien, desde luego. Pero no eres perfecto, y está muy claro que no eres feliz. ¿Qué pasaría si llegases a ser feliz? Sí, ya sé que es el título de un álbum de Elvis Costello, he aprovechado la referencia adrede, para que te fijaras. ¿O es que me tomas por idiota de remate? ¿Tendríamos que dejarlo, sólo porque yo estuviera acostumbrada a que tú no seas feliz, sino todo lo contrario? ¿Qué pasaría, es un suponer, si pusieras en marcha tu propia compañía discográfica, y si además fuese un éxito? ¿Sería el momento de pillarte otra novia?

—Eso es una estupidez.

—¿En qué sentido? Explícamelo. Explícame qué diferencia hay entre que tú tengas tu propia compañía y que yo empiece a trabajar en un bufete de la City.

No se me ocurre una sola diferencia.

—Lo único que intento decir es que si crees que se puede mantener una relación monógama a largo plazo, si te importa además tenerla, tienes que dejar que a los demás les pasen cosas de todo tipo. Y también tienes que pensar que tal vez no les pase nada. Si no, ¿de qué sirve, eh?

—De nada.

Lo digo con falsa mansedumbre, pero me he quedado acobardado por su inteligencia, por su ferocidad, por esa manera que tiene de dar siempre en el clavo. Al menos, conmigo siempre da en el clavo y me deja sin respuestas.

5. (En la cama, parte antes de y parte durante, a ver si me explico, sólo que dos noches más tarde.)

—No lo sé. Lo siento. Creo que es porque no me encuentro muy seguro.

—Perdona, Rob, pero eso que dices no hay quien se lo crea. Yo al menos no me lo puedo creer ni en broma. Creo que es porque estás un poco achispado. Siempre que nos hemos encontrado con este problema ha sido por eso.

—Pero no esta vez. Esta vez es por mi inseguridad.

Me cuesta trabajo pronunciar la palabra inseguridad; en mis labios es una palabra que ahora pierde la segunda «i». Y el error de pronunciación no da más peso a mi alegato.

—¿Qué dirías que te produce esa inseguridad?

Se me escapa un breve «¡ja!» sin el menor asomo de alegría, una demostración elemental del arte de reír sin ganas.

—Así no me dices nada nuevo.

—Ya sabes, «estoy demasiado cansada para romper contigo». Y todo eso. Y Ray, y el hecho de que parezcas… cabreada conmigo a todas horas, molesta porque no

tengo remedio.

—¿Y lo vamos a dejar por eso? —Se refiere al rollo sexual del momento, no a la conversación ni a la relación.

—Pues supongo que sí —digo. Estaba encima de ella, pero me hago a un lado y dejo el brazo sobre ella. Me quedo mirando al techo.

—Entiendo. Lo siento, Rob. No he estado muy… Vaya, no creo que haya sabido dar la impresión de que esto realmente me apetece una barbaridad.

—¿Y por qué será? ¿Tú qué crees?

—Espera, espera. Quiero intentar al menos explicártelo como es debido. Pensé que estábamos unidos solamente por un cordón muy sencillo, por nuestra relación; pensé que si cortaba ese lazo, no pasaría nada. Por eso corté, sólo que no fue tan simple. No sólo era un cordón, sino cientos, miles de cordones que nos unían; cada vez que me paraba a pensar en ello, y sin pensar en ello siquiera, me encontraba con nuevos lazos: que Jo se quedara muy callada cuando le dije que habíamos roto, que me sintiera tan rara el día de tu cumpleaños, que yo me sintiera igual de rara… no cuando hacía el amor con Ray, pero sí después, y que además me sintiera fatal cuando puse en el coche una cinta que tú me habías grabado, y que no dejara de preguntarme qué tal estarías…, bah, millones de detalles. Luego resultó que estabas mucho más jodido de lo que creía, y eso me lo puso aún más difícil… Y lo del día del funeral… Fui yo la que quiso que fueras, yo, no mi madre. Quiero decir que a ella le agradó que fueras, me parece, pero a mí ni siquiera se me pasó por la cabeza decirle a Ray que fuera al funeral, y fue entonces cuando me sentí demasiado cansada. No estaba preparada para hacer yo sola un trabajo tan enorme. No valía la pena, si todo consistía en quedarme tan lejos de ti.

Y se ríe un poco.

—¿Ésa es la manera más amable de decirlo?

—Ya sabes que no se me dan nada bien estas cosas tan delicadas.

Me besa en el hombro.

¿Has oído eso último que ha dicho? ¿Que no se le dan nada bien las cosas delicadas? Para mí, eso es todo un problema, tal como seguramente lo es para todo hombre que haya oído cantar a Dusty Springfield «The Look of Love» a una edad en la que aún se impresionaba con facilidad. Eso es lo que pensé que iba a pasar cuando me casara (y entonces decía «casarme», mientras que ahora sólo diría «juntarme» o «emparejarme»). Pensaba que iba a estar con una mujer sexy, con una voz sexy, con maquillaje sexy en abundancia, cuyo desmedido aprecio por mí se le saldría por todos los poros de la piel. Y existe, es verdad, eso que la canción llama «la mirada del amor». No es que Dusty nos llevara de la mano por un camino de rosas, así de claro. Lo que ocurre es que la mirada del amor no es ni de lejos lo que yo esperaba que fuera. No tiene esos ojos enormes, desbordantes de un anhelo situado más o menos en medio de una cama inmensa, con las sábanas y el cobertor incitadoramente vueltos a un lado; es más bien esa mirada de indulgencia benévola que una madre dedica a su

hijo pequeño al verlo gatear, o una mirada de divertida exasperación, e incluso una mirada de preocupación y de dolor. ¿Dónde está esa mirada del amor de la que hablaba Dusty Springfield? Olvídala. Es tan mítica como la lencería exótica.

Las mujeres se confunden cuando se quejan por las imágenes de la mujer que difunden los medios de comunicación. Los hombres entendemos que no todas tienen los senos de la Bardot, el cuello de Jamie Lee Curtis, el trasero de Cindy Crawford. Y no nos importa en absoluto. Obviamente, cualquiera se quedaría con Kim Basinger antes que con Phyllis Diller, igual que cualquier mujer se quedaría con Keanu Reeves antes que con el sargento Bilko, pero no es el cuerpo lo que realmente tiene importancia, sino el nivel de humillación al que se llegue. Enseguida nos dimos cuenta de que las chicas Bond no entraban en nuestra competencia, aunque tardamos mucho más en comprender que las mujeres nunca nos van a mirar como mira Ursula Andress a Sean Connery, ni tampoco como mira Doris Day a Rock Hudson. Yo en todo caso no estoy seguro de haberlo comprendido debidamente.

Empiezo a acostumbrarme a la idea de que Laura puede ser la persona con la que pase el resto de mi vida; al menos, empiezo a acostumbrarme a la idea de que sin ella soy tan desdichado que no vale la pena pensar en las posibles alternativas. En cambio, es mucho más duro acostumbrarse a que mi infantil idea del romanticismo, aquello de los *negligés* y las cenas a la luz de las velas incluso en casa, aquello de las miradas ardientes, no tenga la menor base en la realidad. Sobre eso sí que deberían ponerse las mujeres como fieras: por eso no sabemos funcionar debidamente en una relación de pareja. No es la celulitis, ni las patas de gallo. Es la…, la… falta de respeto.

28

Tras dos semanas de convivencia, tras mucho hablar, mucho sexo y mucho discutir en términos al menos bastante tolerables, vamos a cenar a casa de unos amigos de Laura llamados Paul y Miranda. Puede que no te parezca de lo más apasionante, pero para mí sí que representa mucho: es todo un voto de confianza, una aprobación sin condiciones, un ejemplo de cómo es el mundo por el que me voy a mover seguramente durante unos cuantos meses. Laura y yo nunca hemos estado cara a cara con Paul y Miranda; de hecho, yo ni siquiera los conozco. Laura y Paul entraron a trabajar en el despacho más o menos al mismo tiempo, y se llevan muy bien; por eso, cuando la invitaron a cenar (y a mí con ella), yo dije que no, que muchas gracias. No me hacía gracia el tal Paul, no me gustaba nada el entusiasmo que Laura sentía por él, aunque cuando supe que también existía Miranda me di cuenta de que me estaba portando como un imbécil, así que me inventé otro montón de excusas. Dije que me parecía típico de esa clase de gente con la que ella iba a encontrarse a diario a causa de su deslumbrante trabajo; dije que así yo me quedaba atrás, al margen; como con eso sólo conseguí cabrearla, decidí subir la apuesta, y cada vez que salía a relucir el nombre de Paul siempre lo acompañaba con adjetivos del estilo de «tarado» y «gilipollas», e incluso le atribuí una vocecilla chillona y todo un conjunto de intereses y de modales que probablemente no tiene; entonces Laura sí que se cabreó de veras, y decidió ir a cenar sola con ellos. Como le había llamado gilipollas tantas veces, me pareció que Paul y yo no habíamos empezado con buen pie, y cuando Laura les invitó a cenar en casa salí por ahí hasta las dos de la madrugada para no tener que tropezarme con ellos; aunque sabía que tienen un niño pequeño y que se irían poco después de las once y media. Cuando Laura dijo que estábamos invitados otra vez a su casa, me di cuenta de que era realmente importante no sólo porque ella estaba dispuesta a darme otra oportunidad, sino porque eso quería decir que ella había comentado con otros que estábamos juntos de nuevo. Está bien claro que sus comentarios no podían haber sido negativos.

Cuando llegamos a la puerta de su casa (que no es tan pija como pensaba, sino una casa de tres habitaciones en Kensal Green, como tantas otras), me pongo a enredar con el botón de la bragueta de mis 501, un tic nervioso que a Laura no le gusta lo que se dice nada, quizá por motivos muy comprensibles. En cambio, esta noche me mira y sonríe, y me da un rápido apretón en la mano (en la mano que tengo libre, no la que uso para rascarme frenéticamente la entrepierna). Sin darme cuenta de cómo ha sido, estamos en la casa, envueltos en un torrente de sonrisas, besos y presentaciones.

Paul es alto y bien parecido, lleva el pelo largo (no a la moda, sino con esa longitud de los que no se toman la molestia de ir al peluquero, como les suele pasar a los colgados de la informática) y va muy derecho, sin encorvarse a pesar de su

estatura. Lleva unos pantalones de pana marrón y una camiseta de Body Shop en la que aparece una especie de lagarto, o un árbol, o una planta de color verde intenso, no se distingue bien. Ojalá me hubiera dejado sin abrochar algunos botones de la bragueta, porque así no daría la impresión de haberme vestido con poca espontaneidad para la ocasión. Miranda, igual que Laura, lleva un jersey grande y *leggings*; usa unas bonitas gafas con montura al aire, y es rubia, redonda y bonita, no redonda como por ejemplo Roseanne Barr, pero sí tan redonda que te das cuenta enseguida. Total, que no me intimida su manera de vestir, ni tampoco la casa, ni ellos dos; además, me tratan con tanta atención que por un momento casi me dan ganas de llorar. Salta a la vista, por muy inseguro que uno pueda ser, que Paul y Miranda están encantados de que yo haya venido a verlos, no sé si porque han llegado a la conclusión de que soy un tío de lo más simpático o porque Laura tal vez les ha dicho que es feliz conmigo, tal y como ahora están las cosas. Y si resulta que me equivoco y que no he entendido la mitad de lo que ocurre, si los dos están fingiendo, ¿qué más da, si son actores fenomenales?

No sale a relucir nada que tenga que ver con el nombre que éste o aquél pondría a su perro, en parte porque todos sabemos a qué se dedican los demás (Miranda da clases de lengua y literatura en un instituto), y en parte porque la velada no es de ese tipo, ni por asomo. Ellos preguntan por el padre de Laura, y Laura les habla del funeral, o al menos de parte del funeral, y también cuenta cosas que yo no sabía —por ejemplo, dice que sintió una emoción pasajera antes de que le invadiera la pena y el dolor por la pérdida: «Fue como si, Dios santo, esto es lo más adulto que me ha ocurrido en toda mi vida.»

Miranda habla un poco de la muerte de su madre, y Paul y yo le hacemos algunas preguntas al respecto, mientras que Paul y Miranda me preguntan después por mis padres, y luego pasamos a hablar de las aspiraciones que tiene cada uno, de lo que queremos en la vida, de las cosas que no nos hacen felices, de… Yo qué sé. Parecerá una bobada, pero a pesar de los temas de conversación que tocamos, la verdad es que me lo paso muy bien: no me da miedo nadie, y todo lo que digo se lo toman en serio, y además veo que Laura me mira cariñosamente en un par de ocasiones, lo cual me sube la moral. No es que nadie diga algo memorable, cargado de sabiduría o especialmente agudo; es más bien cuestión de ambiente, de buen humor. Por primera vez en toda mi vida me siento como si estuviera en un episodio de *Treinta y tantos*, en vez de estar a todas horas en un episodio de…, de una serie que aún no se ha hecho, pero que trata de tres tíos que trabajan en una tienda de discos y que se pasan el día entero hablando de solos de saxo y cosas así. Me encanta. Sí, ya sé que *Treinta y tantos* es una horterada y una ñoñería; ya sé que es totalmente americana, que es un topicazo, ya lo sé. Pero cuando estás metido en un piso que sólo tiene un dormitorio, en Crouch End para más señas, cuando tu negocio se va a hacer gárgaras y cuando tu novia se ha marchado con el vecino de arriba, un papelito en un episodio de *Treinta y tantos*, sólo que en la vida real, con los niños, los matrimonios, los trabajos, las

barbacoas y los compacts de K. D. Lang, es decir, todo lo que implica una cosa así, me parece más de lo que puede pedirse en esta vida.

La primera vez que me enamoré de una chica fue cuatro o cinco años antes de que apareciese en el horizonte Alison Ashworth. Fuimos de vacaciones a Cornualles; una pareja que estaba de luna de miel ocupó la mesa contigua a la nuestra a la hora del desayuno, y no sé cómo nos pusimos a hablar con ellos. Creo que me enamoré de los dos, no de uno, ni de otro, sino de la pareja como unidad. (Y ahora que lo pienso, puede que fueran estos dos, tanto como Dusty Springfield, los que me llevaron a albergar estas expectativas tan poco realistas sobre las relaciones de pareja.) Creo que los dos intentaron demostrar, como les pasa a veces a los recién casados, que los niños se les daban de maravilla, que él llegaría a ser un padre estupendo, que ella sería una madraza fantástica, y yo me beneficié de ese empeño: me llevaron a nadar, me llevaron a pasear por las rocas, me compraron helados. Cuando se fueron, se me rompió el corazón.

Esta noche me pasa algo muy parecido con Paul y Miranda. Me enamoro de los dos: de lo que tienen, de cómo se tratan uno al otro, de su manera de hacerme sentir que soy el nuevo centro de su universo. Son una pareja fenomenal, y me entran ganas de que nos veamos al menos dos veces por semana, todas las semanas, durante el resto de mi vida.

Sólo muy al final de la noche me doy cuenta de que me han tendido una trampa. Miranda está arriba, con el niño; Paul ha ido a ver si encuentra en el fondo de un armario algún licor repugnante, de esos que uno compra en vacaciones, para echar más leña al fuego lento que todos tenemos en el estómago.

—¿Por qué no echas un vistazo a los discos? —me propone Laura.

—No me hace falta; puedo sobrevivir sin husmear las colecciones de discos de los demás, ¿sabes?

—Anda, míralos. Es un favor que te pido yo, ¿vale?

Así pues, me acerco a la estantería, ladeo la cabeza e inspecciono los discos: sin duda, es una zona declarada de desastre, una colección de compacts tan horrorosa, tan mala, que lo mejor sería meterla en un contenedor metálico y mandarla a un país del Tercer Mundo. Están todos, no falta ni uno: Tina Turner, Billy Joel, Kate Bush, Pink Floyd, Simply Red, los Beatles, por supuesto, Mike Oldfield (*Tubular Bells I* y *II*, nada menos), Meat Loaf… No tengo tiempo suficiente para repasar despacio los vinilos, pero sí veo dos álbumes de los Eagles, y también lo que parece sospechosamente un disco de Barbara Dickson.

Paul vuelve al cuarto de estar.

—Vaya, no creo que haya muchos que te gusten, ¿a que no?

—Ah, no sé. Los Beatles eran un grupo excepcional, desde luego.

Se echa a reír.

—Me temo que no estamos muy al día en música pop. Tendremos que hacerte una visita por la tienda para que nos pongas las pilas.

—¿Sabes qué te digo? Zapatero, a tus zapatos.

Laura se me queda mirando.

—Nunca te había oído decir eso, Rob. Pensaba que en el feliz mundo de Fleming, eso de «zapatero, a tus zapatos» es un sentimiento que bastaría para que te ahorcasen.

Me las arreglo para esbozar una sonrisa algo perversa y le tiendo a Paul la copa para que me sirva otro trago de ese Drambuie pleistocénico que contiene la botella pegajosa que por fin ha encontrado.

—Seguro que lo has hecho adrede —le digo cuando volvemos a casa—. Ya sabías que me iban a caer bien. Ha sido una encerrona.

—Sí, te he tendido una trampa para que conocieras a una pareja que te ha caído estupendamente. Te he estafado para que lo pasaras bien.

—No es eso. Me entiendes muy bien.

—De vez en cuando, todos hemos de poner a prueba nuestras convicciones. Y supuse que sería gracioso presentarte a una persona que tiene un disco de Tina Turner para ver si después seguías pensando lo mismo.

Desde luego que pienso lo mismo. Al menos, estoy seguro de que seguiré pensando lo mismo. Sin embargo, esta noche he de confesar (aunque sólo para mis adentros, por descontado) que tal vez, si se dan esas peculiares circunstancias que probablemente son irrepetibles y disparatadas, lo que cuenta no es lo que te gusta, sino cómo eres. Claro que no pienso ser yo el que le explique a Barry de qué manera puede ocurrir esto.

29

Llevo a Laura a ver a Marie, y le encanta.

—¡Pero si es buenísima! —dice—. ¿Cómo es posible que no sea más conocida? ¿Cómo es que no se ha llenado el local?

Su comentario me parece bastante irónico, ya que me he pasado todo el tiempo que llevamos juntos intentando convencerla para que escuche a unos cuantos artistas que deberían ser famosos y no lo son. De todos modos, no me tomo la molestia de recordárselo.

—Hace falta tener buen gusto, buen gusto de verdad, para darse cuenta de que es muy buena. Y supongo que no abunda la gente de buen gusto.

—¿Y dices que ha ido a la tienda?

Sí, y además me he acostado con ella. Una pasada, ¿a que sí?

—Sí, la atendí yo mismo. Una pasada, ¿a que sí?

—Eres un hacha con las estrellas, Rob. —Marie termina una canción, y Laura aplaude dándose palmadas en el dorso de la mano con que sujeta su media pinta de Guinness—. ¿Por qué no le propones que un día toque en la tienda? Sería algo así como una actuación especial para tus clientes, ¿no te parece? Nunca se te ha ocurrido montar algo de ese estilo…

—Es que hasta ahora no he tenido ocasión.

—¿Y no sería divertido? Seguramente ni siquiera le hará falta micrófono.

—Si le hace falta un micrófono para cantar en Championship Vinyl es que tiene alguna enfermedad grave en las cuerdas vocales.

—Es probable que vendieras algunas cintas suyas, y puede que alguna cosa más, ¿no? Y podrías poner una nota en la lista semanal de actuaciones del *Time Out*.

—Eh, para el carro, Lady Macbeth. Cálmate y disfruta de la música, ¿vale?

Marie está cantando una balada que trata de un tío que se murió. La gente que está a nuestro alrededor se vuelve al notar que Laura se apasiona hasta perder los papeles.

La verdad es que me atrae esa idea. ¡Una actuación especial, como las que montan en las tiendas de la cadena HMV! (¿Se firman también las cintas, como se firman los discos? Imagino que sí.) Además, si la de Marie saliera bien, puede que otros cantantes también estuvieran dispuestos a tocar en mi tienda, y si es cierto eso que se cuenta de que Bob Dylan ha comprado una casa en el norte de Londres…, ¿por qué no? Ya sé que las grandes estrellas del pop no suelen actuar en una tienda de discos para promocionar la venta de discos de segunda mano que ni siquiera son novedad en el mercado, pero si de ese modo me quitase de encima esa copia de *Blonde on Blonde* que tengo en monoaural ya ni se sabe desde cuándo, y si la vendiera a un precio exorbitante, no me importaría ir a medias con él. Si estampase su firma, le daría incluso el sesenta por ciento.

Y después de un concierto reducido, sólo acústico, como el que daría Bob Dylan en Championship Vinyl (con un disco en directo, en edición limitada, ¿por qué no?; aunque surgiera algún complicado detalle contractual, todo es posible, eso está claro), no sería muy difícil imaginar un futuro mejor. Quién sabe, podría hacerme con el traspaso de una sala como el Rainbow: está cerca de casa, y nadie se ha interesado por un sitio tan cargado de sabor histórico. La inauguración sería un concierto para recaudar fondos para una causa justa, quizás una repetición del famoso concierto de Eric Clapton en el Rainbow…

Nos acercamos a saludar a Marie en el descanso, mientras vende sus cintas.

—¡Eh, hola! ¿Qué tal? He visto que Rob había venido acompañado, y esperaba que fueras tú —le dice a Laura con una sonrisa inmensa. Estaba tan liado pensando en esta idea promocional que incluso se me olvida ponerme nervioso al ver a Laura y a Marie cara a cara. (Dos mujeres, un hombre… Hasta un idiota se habría percatado de que iban a surgir problemas. Etcétera.) De momento, ya tengo que dar explicaciones: si he atendido a Marie en la tienda una o dos veces, según mi versión, ¿a cuento de qué esperaba Marie que Laura fuese Laura? («Son cinco libras y noventa y nueve peniques. Ah, qué curioso: mi ex novia tenía un monedero igual que ése. Me encantaría que la conocieras, pero hemos partido peras, ¿sabes?»)

Laura parece lógicamente desconcertada, pero sigue como si tal cosa.

—Me encantan tus canciones. Y me gusta mucho tu manera de cantar. —Se ruboriza un poco, y menea la cabeza con un gesto de impaciencia.

—Me alegro. Por cierto, Rob tenía razón. Eres muy especial. («Ten, el cambio. Son cuatro libras y un penique. Mi ex novia es muy especial.»)

—No sabía que fuerais tan amigos —comenta Laura con más acidez de la que puede tolerar mi estómago.

—Pues sí, Rob es un buen amigo mío casi desde que llegué a Londres. Y también son amigos míos Dick y Barry. Los tres han hecho que me sienta como en casa.

—Mejor dejamos a Marie que siga vendiendo cintas, Laura.

—Oye, Marie, ¿estarías dispuesta a hacer una actuación especial en la tienda de Rob? —le pregunta Laura a quemarropa.

Marie se ríe. Se ríe, pero no contesta. Nos quedamos clavados en el sitio, con cara de bobos.

—Estás de cachondeo, ¿no?

—No, para nada. Sería un sábado por la tarde, cuando la tienda esté llena de clientes. Podrías cantar sentada en el mostrador, ¿eh? —Este último adorno es cosa de Laura. La miro con total incredulidad.

Marie se encoge de hombros.

—De acuerdo. Pero me quedo todo lo que saque con la venta de las cintas.

—Desde luego. —Otra vez habla Laura. Sigo mirándola como antes, y por eso me tengo que conformar con endurecer un poco la mirada. No me queda otro remedio.

—Gracias por todo. Me alegro de haberte conocido.

Y volvemos al sitio en que estábamos viendo su actuación.

—¿Has visto? —me dice—. Ha sido fácil, ¿verdad?

A veces, durante las primeras semanas que pasan después del regreso de Laura, intento averiguar cómo es la vida ahora, si mejor o peor, si ha cambiado lo que siento por Laura, si soy más feliz que antes, si faltará poco para que de nuevo me comporte como un culo de mal asiento, que es lo que quizá soy en el fondo, y si ha cambiado Laura; procuro aclarar cómo es la vida con ella. Las respuestas son fáciles —mejor, más o menos, sí, no mucho, bastante grata—, pero también son insatisfactorias, pues sé de sobra que no salen de lo más profundo de mí. De todos modos, tengo menos tiempo para comeduras de coco desde que ha vuelto Laura. Andamos muy ocupados con tanto hablar, trabajar, follar (por ahora follamos muchísimo, y casi siempre inicio yo la aproximación, una manera estupenda de suprimir de raíz la inseguridad que pueda sentir), y también comer, ir al cine. No sé, quizá debería dejar de hacer todo esto y aclararme las ideas, porque sé muy bien que éste es un momento importante. O no, puede que no sea del todo bueno prescindir de todo eso y ponerme a pensar; tal vez es así como hay que hacer las cosas. Tal vez es así como consiguen los demás entablar una relación de pareja.

—Esto es la hostia, tío. A nosotros nunca nos has propuesto que toquemos en la tienda, ¿eh?

Barry. ¿Será gilipollas? En fin, debería haber previsto que tendría motivos de queja por la inminente actuación de Marie en la tienda.

—¿No os lo he propuesto? Qué raro. Yo pensaba que sí, y que me dijiste que ni hablar.

—A este paso, no sé cómo vamos a ponernos en marcha. Ni siquiera los amigos nos apoyan.

—Rob te dejó pegar el cartel, Barry. No seas injusto. —Dick lo dice de manera concluyente, aunque está claro que no termina de agradarle que Barry ande metido en un grupo. Para Dick, o eso creo yo, tocar o cantar con un grupo es una actividad que nada tiene que ver con la verdadera afición a la música.

—Joder, de puta madre. Vaya detallazo de los cojones, dejarnos pegar un cartel.

—¿Cómo piensas meter un grupo aquí dentro? Tendría que comprar el local de al lado, y no pienso meterme en semejante lío sólo para que tú puedas armar un escándalo de mil pares un sábado por la tarde.

—Podríamos hacer un concierto acústico.

—Qué idea, tío. Kraftwerk desenchufado. Sería la de Dios.

A Dick le hace reír la comparación, y Barry lo mira como si tuviera ganas de partirle la boca ahí mismo.

—Calla de una vez, so mamón. Ya te dije que hemos dejado la onda alemana.

—Además, ¿de qué serviría? ¿Qué venta se puede promocionar? ¿Habéis grabado un disco? ¿Todavía no? Bueno, pues entonces está claro.

Mi lógica es tan demoledora que Barry tiene que conformarse con dar vueltas por la tienda, cabreado, durante unos cinco minutos. Luego se sienta en el mostrador y se pone a leer un ejemplar atrasado de *Hot Press*. De vez en cuando masculla entre dientes alguna bobada (por ejemplo, «es sólo porque te la has tirado», o «¿cómo puedes tener una tienda de discos si la música no te interesa nada?»); de todos modos, se ha calmado, y seguramente sigue dándole vueltas a lo que podría haber ocurrido si yo diera a Barrytown la oportunidad de actuar en directo en Championship Vinyl.

En el fondo, esto de la actuación en directo es una chorrada. A fin de cuentas, todo quedará en media docena de canciones tocadas con guitarra acústica, ante un público que difícilmente llegará a la media docena de espectadores. Lo que más me deprime es lo mucho que me apetece organizarlo, lo mucho que he disfrutado con los penosos, mínimos preparativos que hemos tenido que hacer (unos cuantos carteles pegados por ahí, un par de llamadas para conseguir una remesa de cintas). ¿Y si estoy a punto de quedar definitivamente insatisfecho con mi perra suerte? ¿Qué haré entonces? Sólo de pensar que la cantidad de…, de vida, sí, que aún me queda en la nevera puede que no sea suficiente para llenarme, me pongo enfermo. Creía que era preciso descartar todo lo superfluo y quedarse con lo demás, pero no parece que sea ésa mi situación.

El gran día transcurre en un visto y no visto, como seguramente le pasó a Bob Geldof cuando organizó el macroconcierto de Live Aid. Aparece Marie, todo el mundo se da la vuelta para mirarla (la tienda está llena, y aunque no llega a sentarse en el mostrador para tocar, sí tiene que colocarse detrás, subida a un par de cajas de madera que le hemos puesto): la aplauden, algunos compran cintas cuando termina la actuación, y otros compran otros discos que han visto en la tienda. Mis gastos no llegan a un total de diez libras, y vendo género por valor de unas treinta o cuarenta libras: estoy que me subo por las paredes de contento. Encantado de la vida. O muy sonriente, vaya.

Marie sabe cómo promocionar la venta. Toca una docena de canciones, pero sólo la mitad son temas suyos; antes de empezar, pasa un buen rato repasando los discos, comprobando que tengo versiones de todos los temas que piensa tocar, y apunta en un papel los nombres, los títulos y los precios de los discos en los que se puede encontrar cada uno. Si resulta que no tengo en stock uno de los que ella había pensado tocar, lo tacha de la lista y escoge otro que sí tengo.

—Éste es un tema de Emmylou Harris. Se titula «Boulder to Birmingham» —anuncia—. Está en el disco titulado *Pieces of the Sky*, que Rob ha puesto esta misma tarde a la venta al increíble precio de cinco libras y noventa y nueve peniques. Lo podéis encontrar ahí mismo, en la sección de «Cantautoras country».

Después de otra canción, vuelve a la carga:

—Este otro es un tema de Butch Hancock, que se titula…

Al final, cuando la gente quiere llevarse uno de los discos que ella ha mencionado, aunque confiesan que se les ha olvidado el título, Marie les ayuda a localizarlos. Es una tía fenomenal. Cuando canta, me da por pensar que ojalá no viviese con Laura, y que ojalá hubiera salido mejor aquella noche que pasé con Marie. En fin, puede que la próxima vez, si es que hay una próxima vez, no me sienta tan hundido cuando Laura me deje, y entonces todo será muy distinto con Marie, y tal vez… Es absurdo, porque siempre que Laura me deje me sentiré hundido. Eso lo tengo muy claro. Por eso debería alegrarme de que haya vuelto, ¿no? Así es como ha de ser, ¿no? Y así es como más o menos funcionan las cosas. Se trata de no comerse el coco a todas horas.

Podría decirse que mi modesto espectáculo, salvando las distancias, sale mucho mejor que el macroconcierto de Live Aid…, al menos desde el punto de vista puramente técnico. No hay reverberaciones, no hay problemas de sonido (cierto, hay que reconocer que difícilmente podría haberse torcido la cosa, a no ser que a Marie se le rompiera una cuerda de la guitarra, a no ser que se cayera de la tarima que hemos improvisado), y únicamente se produce un incidente adverso: cuando llevamos sólo dos canciones, se oye una voz de sobra conocida desde el fondo de la tienda.

—¿Vas a tocar «All Kinds of Everything»?

—No me la sé —responde Marie con dulzura—. Si la conociera, desde luego que la cantaría para ti.

—¿Que no te la sabes?

—No.

—¿De verdad que no te la sabes?

—No, ya te he dicho que no.

—Tía, no jodas. ¡Si ganó un festival de Eurovisión!

—Pues ya ves, soy una ignorante. De todos modos, prometo que la aprenderé para la próxima vez que actúe aquí en directo.

—Eso espero, me cagüen…

Voy hasta la puerta y bailo con Johnny el numerito de siempre hasta ponerlo de patitas en la calle. No se puede comparar con el fallo de Paul McCartney cuando se le cae el micrófono al cantar «Let It Be», ¿a que no?

—Me lo he pasado bomba —dice Marie después—. En serio, no estaba segura de que pudiera salir bien, pero ha sido fantástico. ¡Y todos hemos ganado una pasta! Eso

siempre me sienta de puta madre.

Yo no me siento de puta madre ahora que todo ha terminado. Esta tarde he trabajado en un sitio al que tenían ganas de venir otras personas, y me ha sentado…, no sé cómo decirlo, cómo explicar la diferencia. Me he sentido, me he sentido… Venga, dilo con todas las letras, no te cortes. Me he sentido… mucho más hombre, una sensación que es al mismo tiempo una sorpresa y un consuelo.

Los hombres de verdad no trabajan en una bocacalle silenciosa y desierta de Holloway: trabajan en la City, en el centro de la ciudad, o en una fábrica, en una mina, en una estación de tren, en un aeropuerto, en una oficina. Trabajan en sitios donde trabaja más gente y tienen que luchar para llegar ahí, y puede que por eso mismo no tengan la impresión de que la vida es algo que sucede en otra parte. Ni siquiera me siento como si fuera el centro de mi propio mundo, así que ¿cómo voy a sentir que yo sea el centro del mundo para otra persona? Cuando sale el último cliente y cierro la puerta con llave, de repente me asalta el pánico. Sé que tendré que hacer algo con la tienda: arrendarla, olvidarme de ella, pegarle fuego, lo que sea. Sé que tendré que buscarme un trabajo como los que tienen los hombres hechos y derechos.

30

Sin embargo, fíjate:

LOS CINCO TRABAJOS DE MIS SUEÑOS:

1. Periodista del *New Musical Express* entre 1976 y 1979. Hubiese conocido a los Clash, a los Sex Pistols, a Chrissie Hynde, a Danny Barker, etc., etc. Hubiese recibido montones de discos gratis, y discos de los buenos. Después, hubiese pasado a ser presentador de un concurso de televisión o algo así.
2. Productor de Atlantic Records entre 1964 y 1971 (aprox.): hubiese conocido a Aretha, a Wilson Pickett, a Solomon Burke, etc. Hubiese recibido montones de discos gratis (posiblemente), y discos de los buenos. Hubiese ganado muchísima pasta.
3. Músico de cualquier clase (excepto de clásica y de rap). No hacen falta comentarios. De todos modos, me hubiese conformado con tocar con los Memphis Horns; tampoco se trata de ser Hendrix, Jagger u Otis Redding.
4. Director de cine. También da lo mismo de qué tipo, aunque preferiblemente ni alemán ni cine mudo.
5. Arquitecto. En el puesto número 5 de la lista, una entrada sorpresa, ya lo sé. Lo que pasa es que se me daba bien el dibujo técnico cuando estaba en el instituto.

Eso es lo que hay. La lista ni siquiera recoge mis cinco trabajos preferidos: no existe un número 6 ni un número 7 que haya tenido que dejar fuera por las limitaciones del ejercicio. Si he de ser sincero, tampoco es que me guste mucho la idea de ser arquitecto, pero pensé que si no juntaba cinco, la lista iba a parecer bastante floja.

Fue idea de Laura que yo confeccionara esta lista. Como no se me ocurrió una lista sensata, hice una lista que tiene bastante de gilipollez. No pensaba enseñársela, pero no sé por qué —autocompasión, envidiadlo que sea— al final se la enseño.

Ella no reacciona.

—Pues tendrá que ser arquitectura, ¿no te parece?

—Supongo que sí.

—Son siete años de carrera. —Me encojo de hombros—. ¿Estás dispuesto a pasarte tanto tiempo estudiando?

—No, no creo.

—Ya me lo parecía.

—No estoy muy seguro de que me apetezca ser arquitecto.

—Entonces, en tu lista salen cinco trabajos que sí harías, siempre y cuando la cualificación, el tiempo, la historia y el salario no fueran un inconveniente, mientras

que hay uno que no te atrae para nada.

—Claro, por eso lo he puesto en el número cinco.

—¿De verdad te gustaría haber sido periodista del *New Musical Express*, en vez de haber sido…, qué sé yo, un explorador del siglo XVI, o rey de Francia?

—Joder, pues claro.

La veo menear la cabeza.

—¿Por qué? ¿Tú qué hubieras querido ser?

—Cientos de cosas. Dramaturga, bailarina, músico, sí, pero también pintora, profesora universitaria, novelista o una gran cocinera.

—¿Cocinera?

—Sí, me encantaría tener el talento que hace falta para eso. ¿A ti no?

—Hombre, tampoco me importaría. Pero no creo que me hiciera mucha gracia tener que trabajar de noche. —Lo digo en serio.

—Entonces, lo mismo da que sigas con la tienda.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—¿No prefieres seguir con la tienda, en vez de ser arquitecto?

—Supongo que sí.

—Entonces, está claro. Es el número cinco de tu lista de trabajos de ensueño, y como los otros cuatro son del todo imposibles, mejor será que te quedes con lo que tienes.

No les digo a Dick y a Barry que estoy pensando en cerrar el negocio. En cambio, sí les pregunto qué cinco trabajos les gustaría tener si pudieran elegir.

—¿Se puede hacer subdivisiones? —pregunta Barry.

—¿Qué quieres decir?

—Por ejemplo, saxofonista y pianista. ¿Cuentan como dos trabajos o como uno solo?

—Son dos, tío.

Se hace el silencio en la tienda; por unos momentos, el local se convierte en un aula de una escuela primaria en plena clase de dibujo. Veo que mordisquean los bolis, hacen tachaduras, fruncen el ceño. Yo les miro a los dos por encima del hombro.

—Y bajista y guitarra solista, ¿es uno o son dos?

—No sé, pero creo que es uno.

—¿Cómo? Entonces, según tú, ¿resulta que Keith Richards tiene el mismo trabajo que Bill Wyman?

—Yo no he dicho que tengan…

—Pues alguien debería decírselo, porque uno u otro podrían haberse ahorrado un montón de malos tragos.

—¿Y crítico de cine y crítico de música? —pregunta Dick.

—Es uno.

—De puta madre. Así me queda sitio para poner otros.

—No me digas, tío. ¿Cuáles?

—De entrada, pianista y saxofonista. Y aún me quedan dos huecos.

Y así sucesivamente. De todos modos, lo que cuenta es que mi lista tampoco era tan desatinada. Podría haber sido la lista de cualquier otro, creo yo. Al menos, de cualquiera que trabaje aquí. Nadie pregunta dónde lleva el acento «odontólogo»; nadie pregunta si médico y veterinario cuentan como dos trabajos o si son uno solo. Los dos se pierden soñando con estudios de grabación, camerinos, el bar de un hotel de cinco estrellas.

31

Laura y yo vamos a visitar a mis padres, una visita que tiene algo de oficial, como si viniéramos a anunciar algo. Creo que esa sensación es más por ellos que por nosotros. Mi madre se ha puesto un vestido elegante, y a mi padre no le da por ponerse pesado con su maldito vino casero; tampoco anda pendiente del mando a distancia del televisor, sino que se sienta muy atento en una silla y escucha lo que decimos, hace preguntas que concuerdan con lo que hablamos; si la luz fuera menos intensa, podría recordar incluso a un ser humano normal y corriente, en plena conversación con unos invitados.

Si tienes novia es mucho más llevadero tener padres. No sé muy bien por qué, pero es verdad. Mi padre y mi madre me aprecian más cuando estoy con alguien, y da la sensación de que se sienten más cómodos conmigo. Es como si Laura se convirtiese en una especie de micrófono humano, en un amplificador por el que hablamos todos para hacernos entender mejor.

—¿Has visto últimamente *El inspector Morse*? —pregunta Laura sin que venga demasiado a cuento.

—Pues no —responde mi padre—. Pero están dando capítulos antiguos, ¿no? Y los tenemos grabados en vídeo desde la primera vez que los dieron.

Es la típica intervención de mi padre. No le basta con decir que nunca ve las reposiciones, con dar a entender que siempre es el primero de la fila; tiene que añadir, cómo no, un adorno innecesario y mendaz.

—Si no tenías vídeo cuando los pasaron por televisión la primera vez —le digo no sin razón. Mi padre hace como que no se ha enterado—. ¿Por qué dices eso? —le pregunto. Él le guiña el ojo a Laura, como si ella conociera al dedillo un particularísimo chiste de la familia. Y ella le devuelve el gesto con una sonrisa. ¿En qué familia estamos, por cierto? ¿La suya o la mía?

—Se pueden comprar en los videoclubs —dice—. Ya están a la venta.

—Lo sé, pero tú no los tienes, ¿a que no?

Mi padre hace de nuevo como que no me oye. En este momento, si sólo hubiésemos estado los tres habríamos organizado una trifulca: yo le habría dicho que es un mentiroso o que ya está chocheando; mi madre me habría dicho que no hiciera una montaña de un grano de arena, etc. Y yo le habría preguntado a ella si tiene que aguantar trolas como ésa todos los días, momento en el que habríamos aumentado la intensidad de la discusión.

Como Laura está aquí, todo es diferente. No llegaría al extremo de afirmar que mis padres le caigan verdaderamente bien, pero sí es verdad que, a su juicio, los padres son en general buena gente, razón por la que se les puede aguantar sus caprichos, sus salidas de tono y sus bobadas características: son manías por las que no hace falta poner el grito en el cielo. Las mentiras, las fantasmadas y las

incongruencias de mi padre son para ella como las olas; las salta como si estuviera haciendo surf, con destreza, tacto y verdadero placer.

—Claro, pero suelen ser muy caras esas cintas que se ponen a la venta, ¿verdad? —dice—. Yo le compré a Rob un par de vídeos por su cumpleaños, el año pasado o el anterior, no me acuerdo, y casi me costaron veinticinco libras.

Esto ya pasa de castaño oscuro. Es un descaro: a ella, veinticinco libras nunca le han parecido mucha pasta, pero sabe que a ellos sí. Mi madre remata su comentario con un chillido aterrado, agudo, muy acorde a ese dineral. Y acto seguido nos ponemos a comentar el precio de las cosas —chocolatinas, casas, todo lo que uno pueda imaginar—, y las tremendas mentiras de mi padre se olvidan como si tal cosa.

Y mientras fregamos los platos, sucede más o menos lo mismo, sólo que con mi madre.

—Me alegro de que hayas vuelto para meterlo en vereda —dice—. Sabe Dios cómo tendría el piso si tuviera que ocuparse de todo él solito.

Esto sí que me jode, a) porque le dije que no mencionara la reciente ausencia de Laura, b) porque tampoco es precisamente un acierto decirle a cualquier mujer, y menos aún a Laura, que una de sus principales cualidades es lo bien que sabe cuidarme, y c) porque resulta que soy yo el más limpio y ordenado de los dos, y porque el piso estuvo de hecho más presentable mientras ella no estuvo.

—No sabía que te hubiese dado por examinar cómo tenemos la cocina, mamá.

—No me hace ninguna falta, muchas gracias. Te conozco muy bien, Rob.

—No, me conocías muy bien cuando tenía dieciocho años. Ahora no tienes ni idea de cómo soy, así que te fastidias.

¿De dónde habrá salido esa coletilla infantil, burlona y petulante? Bueno, la verdad es que sé muy bien de dónde sale: viene directamente de 1973.

—Rob es más ordenado y más limpio que yo —interviene Laura con toda sencillez, pero también con gravedad. Esta frase la habré oído al menos unas diez veces, siempre con la misma entonación, desde que me vi obligado a traer a Laura a casa de mis padres por vez primera.

—Sí, la verdad es que es buen chico. Ojalá se dejase de tonterías, ojalá sentara la cabeza de una vez por todas.

—Cada cosa a su tiempo.

Y las dos me miran con cariño, así que he de reconocer que sí, que me han tratado como al cubo de la basura, que me han tratado como a un crío, que se preocupan por mí, aunque ahora se nota un calorcillo luminoso en la cocina, un genuino afecto a tres bandas, mientras que antes sólo había, a lo sumo, un antagonismo mutuo. Todo termina cuando a mi madre se le escapa una lágrima y yo salgo dando un portazo. La verdad es que prefiero que sea así; me alegro de que Laura esté aquí.

32

Los carteles publicitarios me encantan. La única idea creativa que he tenido en toda mi vida consistía en una exposición de fotografías de carteles publicitarios. Haría falta trabajar durante diez, puede que veinte años, hasta reunir material suficiente; sin embargo, estoy convencido de que quedaría pero que muy bien una vez terminada. En los tablones que hay clavados sobre el escaparate del local situado frente al mío se pueden ver unos cuantos documentos históricos de verdadera importancia: un cartel que anuncia un combate de Frank Bruno, una manifestación antinazi, el nuevo single de Prince, la actuación de un humorista caribeño y montones de conciertos, cómo no. En menos de quince días habrán desaparecido, cubiertos seguramente por las arenas movedizas del tiempo o, si no, por un anuncio del último disco de U2. Se nota cómo es el espíritu de la época, ¿verdad? (Ya puestos, voy a contar un secreto: la verdad es que llegué a poner en marcha ese proyecto. En 1988 hice tres o cuatro fotografías con mi Instamatic, todas ellas delante de un local desocupado que estaba en Holloway Road; lo que pasa es que entonces se alquiló el local, y de alguna manera se me pasó el entusiasmo del primer momento. Las fotos me salieron bien, o al menos eran pasables, pero está claro que nadie te dejaría montar una exposición solamente con tres fotos, ¿no?) De todos modos, de vez en cuando me pongo a prueba, a ver qué tal ando de reflejos: me quedo mirando esa tienda o cualquier otra para asegurarme de que conozco a los grupos que van a dar un concierto aquí o allá. La triste verdad es que estoy perdiendo facultades. Antes los conocía a todos, me sabía todos los nombres, por absurdos que fueran, sin tener en cuenta el aforo del local en el que iban a tocar. Y entonces, hará unos tres o cuatro años, cuando dejé de devorar cada página de las revistas musicales, empecé a darme cuenta de que ya no reconocía los nombres de los artistas y los grupos que iban a tocar en los pubs o en los clubs más pequeños; el año pasado hubo un par de conciertos en el Forum, pero los nombres de los grupos no me decían nada. ¡En el Forum, ojo! ¡Que tiene un aforo de mil quinientos espectadores en localidades de asiento, dispuestos a ver a un grupo del que yo no sabía nada! La primera vez que me pasó me tiré la noche entera deprimido, seguramente por haber cometido el error de confesarles mi ignorancia a Barry y a Dick. (Barry estuvo a punto de morirse de risa, mientras que Dick se quedó mirando su cerveza: sentía tanta vergüenza ajena que no se atrevía siquiera a mirarme a la cara.)

Da igual. Hago las comprobaciones de turno (al menos veo que sigue saliendo Prince en los carteles, así que no me quedo con el marcador a cero: un día sí que me quedaré en blanco, y ese día me ahorco, lo juro), y veo de pronto un cartel que me resulta conocido: «¡POR PETICIÓN POPULAR! —dice—. ¡VUELVE EL GROUCHO CLUB!» Y más abajo añade este dato: «TODOS LOS VIERNES, A PARTIR DEL 20 DE JULIO, THE DOG AND THE PHEASANT.» Me quedo

pasmado, mirando el cartel durante una eternidad, boquiabierto. Tiene el mismo tamaño, los mismos colores de los carteles que poníamos en los viejos tiempos; han tenido incluso el morro de copiar nuestro diseño, nuestro logotipo, las gafas de Groucho Marx y el bigote sobre la segunda «o» de «Groucho», y el puro que sobresale del culo de la «b» (ya sé que no debe de ser ése el término correcto, pero así llamábamos nosotros al hueco de la «b») de «club».

En aquellos carteles aparecía un último renglón en el que se enumeraba el tipo de música que pinchaba yo. E incluso añadía al final el nombre del brillante, dotadísimo pinchadiscos, con la descabellada esperanza de convertirlo en una figura de culto entre unos cuantos seguidores. A este cartel no se le ve la parte de abajo, porque alguien ha pegado una tonelada de pegatinas que anuncian no sé qué grupo nuevo. Las quito una a una y ahí está: «STAX, ATLANTIC, MOTOWN, R&B, SKA, SONIDO MERSEY Y ALGO DE MADONNA PARA VARIAR: BAILABLES PARA TREINTAÑEROS. DJ, ROB FLEMING.» Resulta de lo más reconfortante comprobar que sigo haciendo lo mismo, teniendo en cuenta los años que han pasado.

¿Y qué es lo que sucede?, me pregunto. Sólo hay tres explicaciones posibles: a) ese cartel está ahí pegado desde 1986, y los arqueólogos de los carteles publicitarios lo acaban de encontrar; b) he decidido poner en marcha el club de nuevo, he encargado que impriman los carteles, los he pegado por ahí, y luego he sufrido un tremendo ataque de amnesia; c) alguien ha decidido inaugurar de nuevo el club y ha querido ponérmelo en bandeja. Calculo que la explicación más probable es c), así que me voy a casa a esperar que llegue Laura.

—Es un regalo de cumpleaños tardío. Se me ocurrió la idea cuando aún vivía con Ray, y me pareció tan buena que me jodió mucho que ya no viviéramos juntos. Quién sabe, a lo mejor por eso he vuelto. ¿Te gusta? —dice. Después de trabajar, ha salido a tomar unas cervezas con no sé quién, y anda un pelín achispada.

No me había parado a pensarlo, pero la verdad es que sí que me gusta. También me pone algo nervioso; la verdad, me intimida (la cantidad de discos que tendré que encontrar, los preparativos con el equipo de música…), pero sí, sí que me gusta. Me apasiona, qué coño.

—No tenías derecho a… —le digo—. Suponiendo que… —¿Qué?—. ¿Y si ese día tuviera que hacer algo que no puedo suspender, eh?

—¿Cuándo tienes tú que hacer algo que no se pueda suspender?

—No se trata de eso, lo sabes de sobra.

No sé por qué tengo que ponerme así, tan severo y tan malhumorado, ni por qué insisto en que no es cosa suya: más bien debería deshacerme, llorar de alegría, de gratitud y de amor, pero no de cabreo.

Laura suspira, se tumba en el sofá y se quita los zapatos.

—Bueno, da lo mismo. Seguro que lo harás, ¿verdad?

—Ya veremos.

Un día de éstos, cuando me ocurra algo parecido a esto, me limitaré a darle las gracias, a decirle que es maravilloso, que es una gran idea, que me apetece muchísimo. Pero todavía no ha llegado ese día.

—¿Sabes que vamos a tocar unos cuantos temas? —dice Barry.

—Y una mierda, tío.

—Eh, que Laura ha dicho que sí. Ha dicho que podíamos tocar un rato a cambio de que la ayudase con los carteles y todo eso.

—Joder, no pensarás tomártelo al pie de la letra, ¿eh?

—Pues claro que sí, ¿qué pasa?

—Oye, os doy el diez por ciento de lo que se saque en taquilla a cambio de que no toquéis.

—No sirve, porque ya tenemos asegurado el diez por ciento.

—¿A qué cojones estará jugando esta tía? Bueno, pues te ofrezco el veinte.

—No. Necesitamos esa actuación.

—Te doy el ciento diez por ciento, y es mi última oferta.

Barry se echa a reír.

—Eh, que no es broma. Si vienen cien personas y pagan cinco libras cada una, te doy quinientas cincuenta libras. ¿Te das cuenta de lo mucho que me importa que no toquéis?

—Rob, no somos tan malos como tú imaginas.

—No me lo creo. Mira, Barry; te lo voy a poner bien claro. Vendrá gente que trabaja con Laura, gente que tiene perro, niños, discos de Tina Turner. ¿Cómo piensas apañártelas con un público así?

—El problema no es ése, Rob, sino cómo se las apañarán ellos con nosotros. A todo esto, ya no nos llamamos Barrytown. Los demás se hartaron del rollo de Barry/Barrytown, así que ahora nos llamamos SDM, que significa Sonic Death Monkey.

—Sonic Death Monkey, vaya…

—¿Qué te parece? A Dick le ha gustado.

—Barry, tienes más de treinta tacos. Creo que te lo debes en primer lugar a ti mismo, pero también le debes a tus amigos, a tu padre y a tu madre, no cantar con un grupo que se llama Sonic Death Monkey.

—Para nada, tío. Lo que me debo a mí es sobre todo apretar el acelerador, Rob, y este grupo de verdad que aprieta el acelerador. No veas las revoluciones que alcanzamos.

—Fijo que te pasas de revoluciones si el viernes que viene te acercas a un metro de mí.

—Eso es lo que buscamos, Rob. Que la gente reaccione. Y si los amigos de Laura, esos abogados aburguesados, no lo pueden aguantar, pues que los folle un pez. Que se amotinen si quieren, ya verás cómo controlamos. Estamos preparados para todo.

Y suelta lo que seguramente él identificaría como una risotada demoníaca, de drogadicto loco.

Habrá quien se frote las manos con esto, desde luego. Habrá quien lo convierta en una de las anécdotas más repetidas de la historia; habrá quien ensaye a fondo la manera de contarla para no olvidar los detalles de la destrucción del pub, ni el llanto de los abogados que se dirigían a la salida de emergencia con los oídos sangrando. Pero que no cuenten conmigo para eso. Yo en cambio lo apelotono todo en una bola de ansiedad y de nervios y me la meto en algún lugar indefinido, a mitad de camino entre el ombligo y el culo, para guardarlo a buen recaudo. Ni siquiera Laura parece tan preocupada como yo.

—No es más que la primera vez. Además, les he dicho que no pueden pasar de media hora. De acuerdo, puede que pierdas a dos o tres amigos míos, pero tampoco son de los que podrían encontrar una buena canguro para los niños todas las semanas.

—Tengo que depositar una fianza, ¿sabes? Y además hay que pagar el alquiler de la sala.

—Todo eso ya está hecho, Rob.

Es esta frasecilla de nada la que activa algún mecanismo dentro de mí. De repente me noto asfixiado, y no es por la pasta, sino por la manera que ha tenido de planearlo todo: una mañana me despierto y la encuentro repasando mi colección de singles, seleccionando los que recuerda haberme oído poner en el club, colocándolos en esos maletines especiales que usaba yo en tiempos y que había guardado no sé dónde. Se había dado cuenta de que me estaba haciendo falta una buena patada en el culo. Y sabe también qué feliz era yo cuando me dedicaba a esto. Lo mire como lo mire, y por más vueltas que le dé, sigue estando clarísimo que lo ha hecho porque me quiere.

Sucumbo a un impulso que llevaba un buen rato aguantando, y la rodeo con mis brazos.

—Perdona que haya estado tan gilipollas. Te agradezco un montón lo que has hecho por mí. Sé que lo has hecho con las mejores intenciones, y te quiero, aunque a veces parezca que no.

—Me alegro de que lo digas. La verdad es que pareces muy molesto a todas horas.

—Lo sé. Es que no me aclaro.

De todas formas, si tuviera que adivinarlo a ciegas, diría que estoy molesto conmigo mismo porque en el fondo sé que estoy totalmente pillado, y eso no me gusta nada. En cierto sentido, sería mucho más gratificante no estar tan atado a ella;

sería mucho más gratificante que todas esas dulces posibilidades, todas esas expectativas y todos los sueños que tienes a los quince años, a los veinte, a los veinticinco e incluso después, cuando sabes muy bien que a lo mejor llega un día a la tienda la persona más perfecta del mundo, o que te la puedes encontrar en una fiesta…, sería mucho mejor si todo eso estuviera aún en el aire, o si lo tuviera metido en un bolsillo del pantalón, o al menos en un cajón, en casa. Pero todo esto ha desaparecido, es evidente, y eso basta para que se sienta molesto consigo mismo hasta el más pintado. Laura es la persona con la que estoy ahora, y de nada serviría fingir lo contrario.

33

Conozco a Caroline cuando viene a hacerme una entrevista, y me quedo prendado de ella desde el primer momento, mientras estamos en la barra del pub; ha dicho que me invita a una cerveza. Es un día caluroso, el primer día genuinamente veraniego de todo el año. Salimos a sentarnos a una mesa de caballetes que hay en la calle, a la entrada del pub, a ver pasar los coches y la gente. Tiene las mejillas sonrosadas y lleva un vestido de verano, sin mangas y sin entallar, que combina con botas gruesas. No sé por qué, pero es un *look* que a ella le sienta realmente bien. De todas formas, me da en la nariz que hoy me habría prendado de cualquiera. Por el maravilloso tiempo que hace, me da la sensación de haberme librado de todas las terminaciones nerviosas muertas que me impedían sentir de verdad; además, ¿cómo no vas a enamorarte de una chica que viene a hacerte una entrevista?

Colabora con una revista que se llama *Tufnell Parker*, una de esas revistas independientes que subsisten gracias a los anuncios locales y que suelen colarte en el buzón o por debajo de la puerta; es una de esas revistas que, en cuanto la recibes, la tiras a la basura sin más. En realidad, aún está estudiando periodismo, y este trabajo forma parte de las prácticas que le exigen. Por si fuera poco, comenta que el director de la revista ni siquiera está muy seguro de publicar su entrevista conmigo, porque no le suena de nada ni la tienda ni el club, y para colmo Holloway está muy al límite de su zona de cobertura, de su zona de influencia, de captación o como se llame. Lo que ocurre es que Caroline venía al club en los viejos tiempos, y le encantaba; por eso quería darnos un empujón.

—No deberían haberte dejado entrar —digo—. Seguro que no tenías más de dieciséis años.

—Ay, ay, ay —dice; no entiendo a qué viene esto hasta que pienso mejor lo que acabo de decir. No pretendía que fuese un chiste patético, ni una manera de entablar conversación. Sólo he querido decir que si ahora está estudiando periodismo, en los viejos tiempos aún debía de estar en el instituto, por más que tenga pinta de tener veintimuchos o incluso treinta y tantos. Cuando después me entero de que entró en la universidad ya de mayor, y de que antes trabajó como secretaria en una editorial izquierdista, procuro corregir la impresión que debo de haberle producido, sólo que sin borrarla del todo, no sé si me explico, y termina saliéndome una chapuza de tomo y lomo.

—Cuando dije que no deberían haberte dejado entrar, no quise decir que parezcas muy joven. La verdad es que no lo pareces. —Joder, a ver si atino—. Claro que tampoco pareces mayor. No, yo diría que tienes aire de tener la edad que tienes. —Qué desastre: ¿y si tiene cuarenta y cinco tacos?—. En serio, si acaso, un poquito más joven, puede ser, pero no demasiado. No mucho, vaya. Se me había olvidado que se

puede empezar a estudiar en la universidad cuando uno tiene más de veinticinco, ya ves.

Joder, preferiría ser un impresentable y un deslenguado, antes que un bobalicón que sólo acierta a farfullar y a decir incoherencias.

Sin embargo, al cabo de pocos minutos echo de menos aquellos tiempos de bobalicón incoherente, porque me parecen muchísimo mejores que mi siguiente impostura, la del tío sórdido y turbio a más no poder.

—Seguramente tendrás una colección de discos enorme —dice Caroline.

—Pues sí —contesto—. ¿Quieres venir a echarle un vistazo?

¡Lo he dicho en serio! ¡Totalmente en serio, sin dobleces! Suponía que a lo mejor le apetecía sacarme unas fotografías delante de mis discos o algo parecido. En cambio, cuando Caroline me mira por encima de sus gafas de sol, rebobino la cinta y repaso lo que acabo de decir: se me escapa un imperdonable gemido de desesperación, y al menos sirve para que se ría un poco.

—Oye, yo no suelo ser así, de veras.

—No te preocupes, tampoco creo que me dejen hacer un perfil como los que suelen sacar en el *Guardian*.

—No era eso lo que me preocupaba.

—No, pues no te preocupes, que va bien.

Por suerte, todo queda olvidado, cuando dispara la siguiente pregunta. Me he pasado la vida entera esperando un momento como éste, y ahora que por fin se presenta casi no me lo puedo creer: me pilla desprevenido, por no decir que me caigo de culo.

—¿Cuáles son tus cinco discos preferidos de todos los tiempos? —me pregunta.

—Perdona, ¿cómo dices?

—Que cuáles son los cinco discos que más te gustan de todos los tiempos, los cinco que te llevarías a una isla desierta, aparte de otros dos o tres, claro.

—¿Aparte de otros tres qué?

—Bueno, en Discos para llevarse a una isla desierta, el programa de la radio, siempre son ocho. ¿No lo conoces o qué? Por eso digo, ocho menos tres son cinco.

—Sí, cinco más tres, no menos tres.

—No, decía… Bueno, da igual. Dime, ¿cuáles son tus cinco discos preferidos de todos los tiempos?

—Pero a ver… ¿en el club o en casa?

—¿Y qué más da? ¿Es muy distinto?

—¡PUES CLARO QUE ES…! —No, demasiado altisonante. Finjo un carraspeo, toso y contesto de nuevo—. Bueno, pues sí, sí que es distinto. Por una parte están mis cinco discos de baile preferidos, y luego están mis cinco discos preferidos, a secas, de todos los tiempos. ¿Ves? Uno de mis discos preferidos es «Sin City», de los Flying Burrito Brothers, pero es un disco que nunca pondría en el club, porque son todo

baladas de country-rock. Todo el mundo se iría a su casa si lo pusiera cuando vienen a bailar.

—No importa, dime cinco en total. Con otros cuatro, ya tenemos la lista hecha.

—¿Cómo? ¿Sólo otros cuatro?

—Claro, si uno de ellos es «Sin City», nos quedan cuatro más.

—¡Que no, que no es eso! —Esta vez ya no me esfuerzo por disimular el pánico —. ¡No he dicho que fuera uno de mis cinco discos preferidos! Sólo he dicho que es uno de los que más me gustan, pero ¿quién sabe? Podría quedar fácilmente en el puesto número seis, o tal vez en el siete.

Estoy quedando como un imbécil, pero no lo puedo evitar: esto es algo demasiado importante, es algo que llevaba esperando desde hace demasiado tiempo. ¿Adónde habrán ido a parar todos los discos que he tenido en mente durante años por si acaso un día me llamaba Roy Plomley, Michael Parkinson, Sue Lawley, no sé, el que hacía aquel programa titulado *Mis doce preferidos* en Radio One, a fin de proponerme que confeccionase una lista para el programa, sin dejar de reconocer que había contactado conmigo como suplente de última hora, y además bastante desconocido, de un famoso al que no pudo localizar? No entiendo por qué, pero no se me ocurre un solo disco, si dejo a un lado «Respect», y eso que no es ni mucho menos mi canción preferida de Aretha.

—¿Me das permiso para que vaya a casa, prepare la lista y te llame luego para dártela? No tardaré más de una semana, te lo prometo.

—Oye, si no se te ocurre nada, tampoco es grave. Ya haré yo una lista con mis cinco preferidos de los viejos tiempos del Groucho, o algo parecido. ¿De acuerdo?

¿Cómo? ¿Que ella hará una? ¿Que me va a robar mi única ocasión de publicar una lista en un periódico, en una revista, donde sea? ¡No, ni hablar!

—No, espera; seguro que se me ocurre algo. Espera un momento, ¿vale?

«A Horse with No Name». «Beep Beep». «Ma Baker». «My Boomerang Won’t Come Back». De pronto, se me llena la cabeza de títulos que corresponden a discos impresentables. Estoy tan nervioso que empiezo a respirar aguadamente.

—Bueno, pues pon «Sin City». —Tiene que haber algún otro buen disco en la historia del pop, digo yo…—. ¡Ah! «Baby, Let’s Play House».

—¿De quién es eso?

—De Elvis Presley, ¿de quién iba a ser?

—Ah, claro.

—Y luego… —Aretha, me digo: piensa en algo de Aretha—. «Think», de Aretha… Franklin.

Un poco aburrido, pero servirá. Ya van tres. Me quedan dos. Venga, Rob, que tú puedes.

—«Louie, Louie», de los Kingsmen. «Little Red Corvette», de Prince.

—Perfecto. Te ha quedado fenomenal.

—¿Ya está?

—Hombre, no me importaría charlar un ratito, si tienes tiempo.

—Pues claro. Pero decía…, ¿ya está hecha la lista?

—Sí, ya van cinco. ¿Quieres cambiar alguno o qué?

—¿He dicho «Stir It Up», de Bob Marley?

—No.

—Pues me gustaría incluirlo.

—¿Y cuál quieres quitar?

—El de Prince.

—Vale, eso está hecho.

—También querría poner «Angel» en vez de «Think».

—Como tú digas. —Hace el cambio y mira qué hora es—. Bueno, mejor será que te haga un par de preguntas más antes de marcharme. Por ejemplo, ¿por qué has decidido empezar de nuevo con el club, eh?

—La verdad es que ha sido idea de una amiga. —No tengo remedio; una amiga, joder. Soy lamentable—. Lo ha organizado todo ella sola, sin decirme ni palabra. Es una especie de regalo sorpresa, un regalo de cumpleaños, ¿sabes? Por cierto, también querría introducir algo de James Brown, ¿puedo? «Papa's Got a Brand New Bag», en vez del tema que te he dado de Elvis.

La observo con toda atención mientras tacha uno y escribe otro.

—Debe de ser una amiga muy simpática.

—Pues sí.

—¿Y cómo se llama?

—Mmm… Laura.

—¿Y el apellido?

—Lydon.

—Por cierto, el lema del cartel, eso de «bailables para treintañeros», ¿ha sido invento tuyo?

—No, de Laura.

—¿Qué quiere decir?

—Oye, perdona que me ponga tan pelma, pero me gustaría poner «Family Affair», de Sly and the Family Stone. Tendré que quitar «Sin City».

Tacha y anota una vez más.

—Cuéntame, ¿qué es eso de «bailables para treintañeros»?

—Bueno, ya sabes… Hay muchísima gente que aún no es vieja para irse de marcha, a bailar a un club o a una discoteca, aunque sí que son viejos para el acid jazz, la música de garaje, el ambiente y todo eso. Lo que les apetece oír es un poco de soul de la Motown, funk con solera, alguna cosilla nueva y demás, todo bien mezclado. Y no hay locales donde pongan ese tipo de música.

—Tienes mucha razón. Bueno, pues con esto creo que me conformo. —Se termina de un trago el zumo de naranja—. Salud y hasta la vista; me apetece mucho ir

al Groucho el viernes que viene, porque me encantaba la música que ponías. De verdad.

—Si quieres, te puedo grabar una cinta…

—¿De verdad? ¿Lo dices en serio? Así podría oír auténtica música Groucho, sólo que en casa…

—Pues cuenta con ello. Me encanta grabar cintas para los amigos.

Sé muy bien que probablemente la grabaré esta misma noche; sé muy bien que cuando desprenda el celofán de la cinta, cuando oprima el botón de pausa, me parecerá una traición.

—No me lo puedo creer —dice Laura cuando le cuento lo de Caroline—. ¿Cómo has podido…?

—¿El qué?

—Desde que nos conocemos, siempre has dicho que «Let's Get It On», de Marvin Gaye, es con diferencia el mejor disco de todos los tiempos. Y resulta que no aparece en tu lista, Rob.

—Mierda. Me cago en… Cojones. Ya sabía yo…

—Y, además, ¿qué ha pasado con Al Green? ¿Y los Clash? ¿Y Chuck Berry? ¿Y ese tío por el que tuvimos aquella discusión, ese Solomon no sé cuántos?

La hostia.

A la mañana siguiente llamo a Caroline, pero no está. Dejo un mensaje, pero tampoco me devuelve la llamada. Lo intento de nuevo, le dejo otro mensaje. Esto empieza a dar vergüenza, pero no pienso consentir que «Let's Get It On» se quede fuera de esa lista de mis cinco preferidos.

A la tercera, consigo dar con ella, y noto que se muestra avergonzada, aunque comprensiva, y cuando le explico que solamente la he llamado para hacer un par de cambios en la lista, parece tranquilizarse.

—Muy bien, ahí va. Mis cinco discos preferidos, de una vez por todas. El número uno, «Let's Get It On», de Marvin Gaye. El dos, «This Is The House That Jack Built», de Aretha Franklin. El tres, «Back in the USA», de Chuck Berry. El cuatro, «White Man In The Hammersmith Palais», de los Clash. El cinco, aunque no menos importante que los anteriores, je, je, «So Tired of Being Alone», de Al Green.

—Vale, pero no la podré volver a cambiar. Así queda.

—Por mí, estupendo.

—De todos modos, me alegro de que llames, porque estaba pensando que a lo mejor sí que encaja que incluyamos también la lista de tus cinco discos de baile preferidos. Al director de la revista le ha gustado el artículo, todo lo de Laura, ya sabes.

—Ah, vaya.

—¿Es posible que me des una lista rápida con los temas que según tu experiencia llenan más la pista de baile, o es mucho pedir?

—No, eso está hecho. Sé de sobra cuáles son.

Se los dicto sobre la marcha, aunque cuando se publica el artículo, en esta lista aparece «In The Ghetto», como la canción de Elvis, y ese error lo achaca Barry a mi ignorancia.

—Ah, ya casi tengo grabada tu cinta.

—¿De verdad? Qué detalle…

—¿Quieres que te la mande por correo, o te apetece que tomemos una cerveza un día de éstos?

—Mmm… Pues sí, tomemos una cerveza. Me encantaría invitarte.

—Gracias.

Esto de las cintas… Tiene gracia, pero nunca falla.

—¿Para quién es? —pregunta Laura cuando me ve preparar la grabación, con las correspondientes subidas y bajadas de volumen, el orden correcto, el ajuste de los controles.

—Ah, para esa chica que me entrevistó… ¿Cómo se llamaba? ¿Carol, Caroline? Algo así. Comentó que le sería más fácil, ya sabes, hacerse una idea de cómo es la música que ponemos en el Groucho.

De todos modos, no consigo decírselo sin que se me suban los colores, sin dejar de mirar fijamente la pletina; sé que en realidad no se lo cree. Laura sabe mejor que nadie qué representa de verdad una cinta grabada especialmente para una persona determinada.

El día anterior a mi cita con Caroline, aunque sólo sea para tomar una cerveza y darle la cinta que le he grabado, me entran de golpe todos los síntomas de enamoramiento que se citan en los libros de texto: nerviosismo estomacal, largos ratos de quedarme embobado, mirando las musarañas, e incapacidad para recordar cómo es ella. Consigo acordarme del vestido y de las botas, del peinado que llevaba, pero su cara es un espacio en blanco, que relleno con detalles tomados de cualquier tía potente: labios carnosos y pintados de rojo intenso, aunque lo que me atrajo de entrada fue su carita bien lavada, de inglesita lista; ojos almendrados, aunque prácticamente no se quitó las gafas de sol; piel blanca, perfecta, aunque sé que tiene bastantes pecas. Cuando me encuentre con ella, ya sé que notaré al principio una punzada de desilusión: ¿por tan poca cosa estoy como una moto desde ayer? Luego, enseguida encontraré en ella algo que me apasione: el hecho de que realmente haya venido a la cita, o lo sexy que me parezca su voz, su inteligencia, su ingenio, lo que sea. Entre la

segunda y la tercera cita habrá nacido todo un nuevo conjunto de mitos, como siempre.

Esta vez, en cambio, ocurre algo distinto. Me pasa por andar pensando en las musarañas. En realidad, me limito a comportarme como siempre; me imagino con todo lujo de detalles la totalidad de nuestra relación, desde el primer beso hasta el primer revolcón, desde que nos vamos a vivir juntos hasta que decidimos casarnos (antes llegaba incluso a organizar el orden de las canciones que pondríamos en la fiesta), sin olvidar lo guapa que estará cuando se quede embarazada, los nombres que les pondremos a los niños que tengamos…, hasta que de golpe y porrazo entiendo que no queda nada que en realidad, a ver si me explico, pueda ocurrir. Ya lo he hecho todo; ya he vivido la relación entera en mi imaginación. He visto la película a cámara rápida, me sé al dedillo toda la trama, cómo termina, qué buenos momentos contiene. Ahora tendré que rebobinar y volver a pasarla entera, de cabo a rabo, sólo que en tiempo real. ¿Y eso puede resultar divertido?, me pregunto.

Y toda esta jodienda… ¿cuándo cojones va a terminar toda esta jodienda? ¿Es que me voy a pasar el resto de mi vida saltando de roca en roca, hasta que no me queden rocas por saltar? ¿Es que me voy a largar corriendo cada vez que reconozca que soy un culo de mal asiento? Lo digo porque me entra esa sensación cada cuarto de hora, casi cada vez que llega una factura de la luz, del teléfono, del gas. Y me pasa más a menudo mientras es verano en Inglaterra. Llevo pensando con la polla desde los catorce años, y si he de ser sincero, pero sólo entre tú y yo, que no se entere nadie más, he llegado a la conclusión de que mi polla tiene un cerebro de mosquito.

Ya sé qué es lo que no va bien con Laura. Lo que no va bien con Laura es que nunca más la volveré a ver por segunda o tercera vez. Nunca más me pasaré dos o tres días agobiado, empeñado en recordar cómo es de verdad; nunca más llegaré a un pub con media hora de antelación para esperar que llegue ella, mirando sin ver el mismo artículo de una revista, echándole un vistazo al reloj cada treinta segundos más o menos. Pensar en ella es algo que nunca más me pondrá como me pone, por ejemplo, «Let’s Get It On». Y es verdad, la quiero, me gusta, tenemos conversaciones estupendas, ella me cuida, se preocupa por mí, me organiza el Groucho para que yo lo disfrute, pero ¿de qué sirve todo eso cuando por la tienda aparece alguien con un vestido sin mangas, con una sonrisa bien maja y unas Doc Martens, y dice que me quiere entrevistar? De nada, no sirve de nada, así de claro. Pero seguramente sí que debería servir.

A tomar viento. Le mandaré por correo la cinta de los cojones. Bueno, eso creo.

34

Llega con un cuarto de hora de retraso, lo cual significa que me he tirado tres cuartos de hora en el pub, mirando el mismo artículo de una revista sin leerlo realmente. Se disculpa por la tardanza, aunque no se disculpa con verdadero entusiasmo, teniendo en cuenta lo que hay. De todos modos, no le digo nada del retraso. No es el día más indicado para eso.

—Salud —dice, y golpea su refresco contra mi botella de Coronita. Se le ha corrido en parte el maquillaje por el calor que hace, y tiene las mejillas sonrosadas. Está maravillosa—. Qué sorpresa tan agradable.

No digo nada. Estoy demasiado nervioso.

—¿Qué? ¿Estás preocupado por lo de mañana por la noche?

—No, la verdad es que no —digo, y me abstraigo a la vez que empujo el trozo de lima hasta que pase del todo por el cuello de la botella.

—¿Vamos a hablar un rato o me pongo a leer el periódico?

—No, hablaremos.

—Muy bien.

Agito la cerveza para que se impregne bien de lima.

—¿Y de qué quieres que hablemos?

—Quiero que hablemos de un asunto muy elemental: si piensas casarte o no. Quiero decir, si piensas casarte conmigo.

Se ríe a mandíbula batiente, hasta agotar una buena ración de carcajadas.

—Lo digo en serio.

—Lo sé.

—Vaya, pues muchísimas gracias, cojones.

—Oh, lo siento. Es que hace un par de días andabas enamorado de esa mujer que te hizo una entrevista para no sé qué revista, ¿no?

—No es que estuviera exactamente enamorado, pero…

—Bueno, tendrás que perdonarme si sigo pensando que no eres la apuesta más segura del mundo, ¿no?

—¿Y te casarías conmigo si lo fuera?

—No, no lo creo.

—Vale, muy bien. Creo que lo he entendido. ¿Nos vamos a casa?

—No te pongas así, hombre. ¿A qué viene todo esto?

—No lo sé.

—Joder, qué convincente resultas a veces.

—¿Es que a ti se te puede convencer?

—No, no lo creo. Pero sí tengo curiosidad por saber cómo se pasa de grabar una cinta para una persona un día, a proponerle matrimonio a otra al día siguiente. ¿Me explico?

—Te explicas muy bien.

—Ya, ¿y?

—Que estoy harto de pensar en eso a todas horas.

—¿En eso? ¿En qué?

—En todo este rollo. El amor, el matrimonio… Tengo ganas de ponerme a pensar en algo diferente.

—He cambiado de idea. Eso es lo más romántico que me han dicho en toda mi vida, de veras. Lo más romántico que me dirán en la vida entera.

—Calla un momento, ¿quieres? Intento explicarte…

—Perdona, perdona. Ya me callo. Sigue.

—¿Sabes qué pasa? Siempre me ha dado miedo casarme, pero me ha dado miedo, ya sabes, por eso de estar atado a la pata de la cama. Quiero seguir gozando de mi libertad, así de claro. En cambio, cuando me puse a pensar en esa chiquilla, de golpe entendí que era justo al revés: si te casas con una persona a la que sabes de sobra que quieres, a la que tienes bien claro que quieres muchísimo, y si te aclaras de una puta vez, te quedas libre para un montón de cosas. Ya sé, ya sé: tú no tienes muy claro qué sientes por mí, pero yo sí sé, y lo sé muy bien, qué es lo que siento por ti. Sé que quiero estar contigo y a la vez vivir como si las cosas fueran de otro modo entre tú y yo, y sé que así sólo podremos seguir adelante a trancas y barrancas. Es como si tuviéramos que firmar un contrato cada quince días, y eso es algo que ya no me apetece nada. Y también tengo muy claro que, si nos casáramos, yo me lo tomaría en serio, y sé que se me quitarían las ganas de andar haciendo el idiota.

—¿Y de verdad que puedes tomar una decisión así, sobre una cosa así, con semejante frialdad? Zas, ya está hecho: si lo hacemos como yo digo, las cosas serán como yo preveo. ¿En serio? Yo no estoy tan segura de que funcione así de fácil.

—Pero sí que lo será, ¿no te das cuenta? Aunque sea una relación de pareja, aunque esté hecha de sentimientos, uno puede tomar decisiones intelectuales al respecto. A veces hay que tomar decisiones así, dejarse de sentimientos; si no, no vamos a ninguna parte. Es precisamente ahí donde yo me he equivocado, y me he equivocado a cada paso. He dejado que el tiempo, mis músculos estomacales, o un fenomenal cambio de acorde en una canción de los Pretenders, lo que fuera, me llevase a tomar una decisión de peso. Y ahora quiero tomar las decisiones de peso yo solito, con todas las consecuencias.

—Bueno, puede ser.

—¿Puede ser? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que a lo mejor sí que tienes razón, pero que a mí no me resuelve nada, ¿o sí? Tú siempre eres así de bestia: se te ocurre una cosa, y todo tiene que encajar con tu idea. ¿O es que de verdad contabas con que te dijera que sí?

—No lo sé. No lo había pensado, la verdad. Lo importante, para mí, era pedírtelo.

—Bueno, pues ya lo has hecho —dice, sólo que lo dice con dulzura, como si entendiera muy bien que lo que le he pedido es algo realmente bonito, algo que tiene

verdadero sentido, aun cuando no esté interesada en ello—. Muchas gracias.

35

Antes de que entre el grupo, todo sale de maravilla. En los viejos tiempos, siempre me costaba un buen rato conseguir que la gente entrase en calor; hoy en cambio todos han venido a saco. En parte, debe de ser porque casi todos los que han venido esta noche tienen unos cuantos años más que hace un tiempo, no sé si me explico; por decirlo de otro modo, son exactamente los mismos de los viejos tiempos, no son la pandilla que podría ser su equivalente en 1994. Por eso, está bien claro que no les apetece esperar hasta las doce y media o hasta la una de la madrugada para meterse en harina: ahora ya están cansados para andarse por las ramas, y muchos de ellos tendrán que volver a casa a una hora prudente para relevar a las canguros que les estarán cuidando a los niños. Sin embargo, debe de ser sobre todo porque se respira un auténtico ambiente de fiesta, un aire de celebración muy propio del momento, como si todos supieran que lo suyo es disfrutar a tope mientras se pueda disfrutar, y es un punto que nada tiene que ver con lo que suele ocurrir en un club que a la semana siguiente volverá a estar en su sitio, igual que la semana después.

Sin embargo, tengo que decir que me siento de putísima madre: sigo teniendo la misma magia de antes. Organizo una secuencia de temas —primero, los O'Jays con «Back Stabbers»; luego, Harold Melvin and the Bluenotes con «Satisfaction Guaranteed», Madonna («Holiday», claro), «The Ghetto» (que arranca una salva de gritos y aplausos, como si fuese una canción mía, y no de Donny Hathaway), para cerrar con «Nelson Mandela», de los Specials— que deja exhausto al personal: todos piden clemencia, les hace falta un respiro. Y llega el momento de que actúe el grupo.

Me han dicho que los presente. Barry me ha escrito en un papel lo que teóricamente debo decir: «Damas y caballeros, es el momento de prepararse. Yo que ustedes estaría muerto de miedo. Muéranse de miedo. Ahí los tienen, ahí están… ¡SONIC DEATH MONKEY!» No, una mierda. Al final, me las compongo para farfullar el nombre del grupo con los labios pegados al micro.

Aparecen todos trajeados, con corbata fina. Cuando enchufan los trastos se oye un terrible chirrido de acople. Por un momento llego a pensar que es así como piensan dar comienzo a su primer tema. Pero descubro de golpe que Sonic Death Monkey ya no son lo que eran. A decir verdad, qué cosas: ya ni siquiera son Sonic Death Monkey.

—Ya no nos llamamos Sonic Death Monkey —dice Barry nada más agarrar el micro del escenario—. Puede que estemos a punto de convertirnos en The Futuristics, pero aún no lo tenemos nada claro. Esta noche, con todos ustedes, somos Backbeat. Así que… Un, dos, tres. WELL SHAKE IT UP BABY…

Y se lanzan de lleno al «Twist and Shout», que les sale genial. Todos los que han venido se vuelven majaras.

Ah, y Barry sí sabe cantar. Canta que da gusto.

Hacen «Route 66», «Long Tall Sally», «Money» y «Do You Love Me?» Atacan el bis con «In The Midnight Hour» y terminan con «La Bamba». En pocas palabras, todo lo que tocan está más visto que el tebeo, y tiene todas las garantías de gustar a una panda de treintañeros convencidos de que el hip-hop es la música que oyen sus hijos en las clases de música y de expresión corporal. La gente se queda tan a gusto con su actuación que se sientan a descansar mientras suena la secuencia de canciones que he preparado para animarles a bailar de nuevo después de que Sonic Death Monkey los dejase muertos de miedo, confusos.

—¿De qué iba todo eso? —le pregunto a Barry cuando viene a la cabina del pincha, sudoroso y achispado, pero sobre todo encantado consigo mismo.

—¿No te ha gustado o qué?

—Me ha gustado bastante más de lo que esperaba, tío.

—Laura nos dejó bien claro que sólo podíamos tocar si hacíamos las canciones que había que hacer en una noche como ésta, tío, pero nos lo hemos pasado bomba. ¿Sabes qué? Los chicos del grupo ya están pensando en dejarse de chorradas, pasar de aspirantes a estrellas del pop y dedicarse a tocar en cumpleaños, bodas y celebraciones diversas.

—¿Y a ti qué tal te sentaría una cosa así?

—Joder, pues de puta madre. Yo ya empezaba a tener mis dudas con la onda que llevábamos, ¿sabes? Y en el fondo prefiero ver que la gente baila «Long Tall Sally» como si le fuera la vida en ello a verles salir por patas tapándose las orejas.

—¿Te gusta el club?

—Sí, está bien. Un pelín populista para mi gusto, ya sabes —dice. Y no lo dice de broma.

El resto de la velada es como el final de una película. Todos los actores, figurantes y técnicos han salido a bailar. Dick baila con Anna (él se queda casi quieto y silba mientras Anna le coge de las dos manos e intenta que se suelte un poco), Marie baila con T-Bone (Marie se ha pasado de copas, y T-Bone mira por encima de su hombro a una chica… ¡Es Caroline, no te lo pierdas!), mientras Laura baila con Liz, que charla animadamente y anda al parecer bastante cabreada por no se sabe qué.

Pongo por fin «Got to Get You off My Mind», de Solomon Burke, y todo el mundo hace un intento por marcarse un baile, supongo que por obligación, aunque sólo los que de verdad saben bailar pueden aguantar el tirón. En toda la sala no hay nadie que se cuente entre los que de verdad saben bailar, ni entre los que saben bailar un poco. Laura, cuando oye los primeros compases del tema, se da la vuelta, me mira y me hace con el pulgar el gesto de que todo va bien, no una, sino varias veces. Mentalmente, me pongo a montarle una cinta sólo para ella, una cinta con un montón de cosas que ya ha oído y otro montón de cosas que le encantaría oír. Esta noche, por primerísima vez, creo que ya sé cómo hay que hacerlo.